

CeDInCl



pensamiento
crítico

pensamiento crítico

Pensamiento Crítico responde a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria. De aquí que los artículos publicados no corresponden necesariamente a la opinión de la revista, que se reserva el derecho de expresarla por medio de notas aclaratorias o artículos cuando lo estime necesario.

Director
Fernando Martínez
Consejo de Dirección
Aurelio Alonso
José Bell Lara
Jesús Díaz
Thalía Fung
Diseño y emplane
Balaguer
suscripción anual \$ 4.80
40 centavos

Redacción / Calle J No. 556, Vedado, Habana, Cuba. Telf. 32-2343
● Precio del ejemplar / 0.40 centavos ● Circulación / Distribuidora Nacional de Publicaciones, Neptuno 674. Teléfono 7-8966 ● SUSCRIPCIONES ● En el territorio nacional a / Distribuidora Nacional de Publicaciones / Neptuno 674; teléfono 7-8966, La Habana / precio de la suscripción anual: \$4.80 ● En el extranjero a / Departamento internacional del Instituto del Libro / 19 No. 1002 Vedado / La Habana Cuba ● Precio de la suscripción anual / correo marítimo 5.00 dólares canadienses / Correo aéreo / para Latinoamérica y Estados Unidos: 10.00 dólares canadienses / para Europa: 25.00 dólares canadienses.

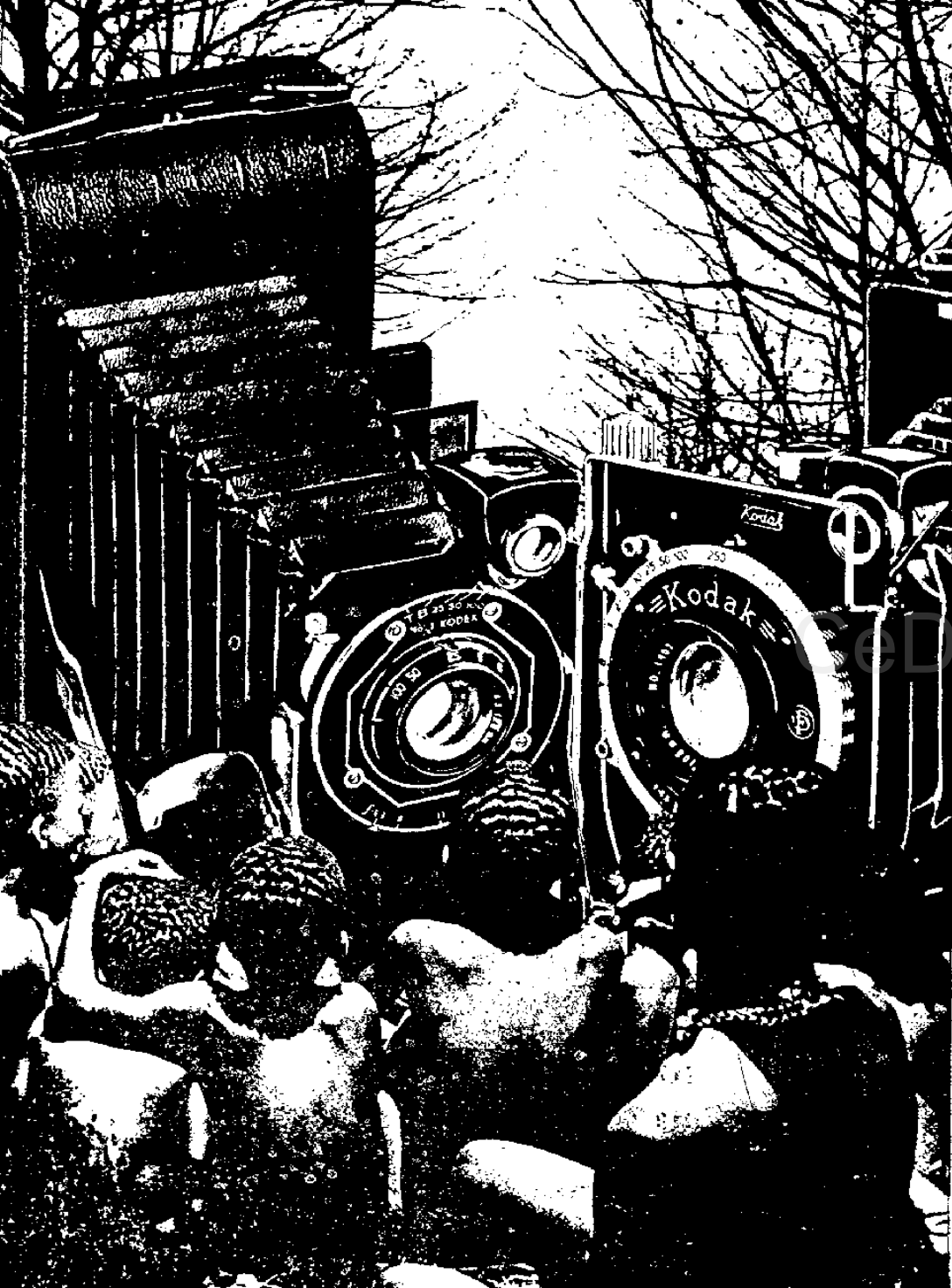


índice

- Jitendra Mohan* 5 VARIEDADES DEL SOCIALISMO AFRICANO
- Giovanni Arrighi y John S. Saul* 65 SOCIALISMO Y DESARROLLO ECONOMICO EN AFRICA TROPICAL
- Bob Fitch y Mary Oppenheimer* 100 GHANA: LA COEXISTENCIA PACIFICA EN UN PAIS
- S. Ossowski* 127 LA SINTESIS MARXISTA
- H. Marcuse* 146 MAX WEBER: RACIONALIDAD Y CAPITALISMO
- Celso Furtado* 165 LA CONCENTRACION DEL PODER ECONOMICO EN LOS ESTADOS UNIDOS Y SUS PROYECCIONES EN AMERICA LATINA
- Fidel Castro* 181 SI LAS RAICES Y LA HISTORIA DE ESTE PAIS NO SE CONOCEN, LA CULTURA POLITICA DE NUESTRAS MASAS NO ESTARA SUFICIENTEMENTE DESARROLLADA

217 LIBROS RECIBIDOS

219 LOS AUTORES



PRESENTACION

Africa es hoy un continente inestable. Los golpes de estado se suceden. La guerra civil en Nigeria dura casi dos años. La reacción gana posiciones. La Rhodesia racista se mantiene «independiente». La República sudafricana interviene descaradamente contra los movimientos de liberación en el cono sur del continente. Recientemente Pierre Mulele, que en cierto momento pareció simbolizar la lucha de liberación en el Congo (K), cayó víctima de su candidez y/o traición.

Una vasta ofensiva del imperialismo se desarrolla en Africa. Pero la descripción de los acontecimientos, situados fuera del marco histórico en que tienen lugar y sin una comprensión de las complejas estructuras sociales de Africa, sólo puede brindarnos un inventario aparentemente objetivo pero privado de toda significación.

¿Hacia dónde se desarrolla la ofensiva imperialista? ¿Qué logros llegaron a alcanzarse que ahora se pierden? ¿Qué formas adquiere el régimen neocolonial en Africa? ¿Hasta dónde los regímenes progresistas de Africa han hecho cambios en las estructuras sociales que permitan una transformación revolucionaria autosostenida? ¿Hasta que punto es posible una verdadera opción socialista en Africa? Las respuestas a estas interrogantes sólo pueden lograrse a través del estudio de la realidad africana.

Este número, al estructurar un conjunto de puntos de vista sobre el llamado socialismo africano, pretende ayudar al lector a comprender el contexto sociopolítico del Africa de hoy.

La historia del Africa contemporánea es la historia del «lado malo» del capitalismo. A partir de estructuras precisas —que se han descrito como formas

tribales, feudales, modo de producción asiático, sociedad tradicional—, se integró un complejo de explotación colonial primero, neocolonial hoy en la mayor parte del continente, para cuya comprensión se hace necesario elaborar modelos a partir de la realidad africana.

Parte de la tragedia del subdesarrollo es el colonialismo mental, la visión metropolitana de los fenómenos locales, por parte del colonizado. África no se ha escapado a este mal.

Como rechazo ha surgido una africanía que trata de incorporar el elemento negroafricano a toda manifestación cultural o social. Muchas veces esa incorporación no pasa del mero folklore.

En cierto sentido los llamados socialismos africanos se inscriben dentro de esta corriente. Surgidos como expresión del signo revolucionario de nuestro tiempo: el socialismo, expresa la impotencia de las élites dirigentes al tratar de lograr un desarrollo económico sin provocar una revolución social. El adjetivo de africano se traduce en un sucedáneo ideológico, para el adormecimiento de las masas, ante la popularidad del socialismo, resultante entre otras cosas del rechazo a la cara colonial del capitalismo.

África será socialista, pero el camino será abierto por quienes rechazando el sistema, arman al brazo, entren en la historia porque «cuando los procesos se llevan a cabo ininterrumpidamente, al colonialismo sucede, sin violencia, un neocolonialismo de iguales efectos en cuanto a la dominación económica se refiere».

VARIEDADES DEL *Jitendra Mohan* SOCIALISMO AFRICANO

I

El presidente Nkrumah, de Ghana, ha reafirmado recientemente que «hay solamente un socialismo: el socialismo científico»¹ y que «nuestra ideología socialista, el nkrumafismo, es la aplicación de los principios del socialismo científico a nuestro medio social africano».² En el otro extremo, el reciente informe oficial del gobierno de Kenya expone: «En la frase "socialismo africano", la palabra "africano" no se introduce para describir un continente al cual hay que trasplantar una ideología extranjera. Su propósito es llevar las raíces africanas de un sistema que tiene en sí características africanas».³ Entre estas dos posiciones hay un abigarramiento de «socialismos nacionales» —«árabe», «senegalés», «malgache», «neodestour»— así como «socialismo africano, tradicionales», «socialismo pragmático», «socialismo empírico» y, en Nigeria Oriental, hasta «socialismo fabiano», como una alternativa a algo denominado «socialismo catastrófico».⁴ Pocos son los estados africanos cuyos dirigentes hayan resistido la tentación de insinuar el «socialismo» en su retórica política, aun cuando en realidad sus programas son sorprendentemente similares a los que siguen países como Nigeria y Costa de Marfil, cuyos líderes, muy desenfadadamente, patrocinan y siguen la «libre empresa». Lo que el presidente Sékou Touré de Guinea ha descrito como socialismo, «por decir que se hace socialismo»⁵ está muy en boga actualmente en África.

¹ *Ghanaian Times*, Accra, 20 de diciembre de 1965.

² *The Worker*, 1º de mayo de 1965, p. 31.

³ República de Kenya. «African Socialism and its Application to Planning in Kenya» (1963), p. 2.

⁴ MICHAEL I. OKPARA, Primer Ministro de Nigeria Oriental, en una alocución en 1960. Citado en *Africa Report*, (Washington, D.C.), 8 (5) de mayo 1963, p. 24.

⁵ SÉKOU TOURÉ, *La Revolución guineana y el progreso social*, El Cairo, n.d. (1963), p. 362.

Para descubrir o establecer algún patrón significativo en medio de esta complejísima variedad, lo mejor es empezar por echar una rápida ojeada a los problemas e inquietudes comunes de África, especialmente África tropical. Los dirigentes africanos están decididos, en primer lugar, a crear y fomentar la «unidad nacional» dentro del marco de un estado moderno y eficiente. El actual carácter heterogéneo y «multitribal» de las sociedades africanas refleja las circunstancias de la colonización y repartición de África, llevadas a cabo sin tener en cuenta los intereses ni las divisiones e instituciones naturales de sus pueblos. La infraestructura administrativa y política, proyectada por las potencias coloniales con el propósito de gobernar a las colonias de una manera efectiva y económica, fue una infraestructura «feudal», tanto en su organización y principios básicos como en su asimilación y amplificación de las normas de autoridad precoloniales y feudales. El «estado» colonial heredado por los nuevos dirigentes africanos, no pasa de ser esencialmente una conveniencia administrativa y una ficción legal. Lo que les preocupa, por tanto, es «modernizarlo», «democratizar» su estructura y procedimientos, y sobre todo convertirlo en un instrumento eficiente, para realizar a la vez la construcción de la nación y el desarrollo nacional y lograr todo esto, *sin* perder al mismo tiempo su propia autoridad a causa de los cambios y las fuerzas que ellos mismos han inaugurado.

En segundo lugar, esos dirigentes están interesados en promover rápidamente el desarrollo económico dentro de sus países, todos ellos subdesarrollados y la mayor parte de ellos económicamente atrasados en cierto grado. La fisonomía y anatomía de su pobreza y subdesarrollo son bien conocidas por cierto. Pero en esto también la mayor parte de los dirigentes africanos, aunque interesados en mejorar el nivel de vida de sus pueblos, se interesan por lo menos igualmente en garantizar que los cambios económicos y sociales, con sus acompañamientos políticos, que ellos mismos manejan, no arruinen o pongan en peligro su propia preminencia, política y muchas veces económica, dentro de sus países. Y cuando hablan de «socialismo», los dirigentes africanos quieren decir desarrollo económico; muchos de ellos emplean los términos «desarrollo» y «socialismo» como palabras equivalentes. Que haya un modo «capitalista» de producción al igual que un modo «socialista» es algo que en su retórica se reconoce muy poco. Casi todos los dirigentes africanos parecen no reconocer más que el modo «socialista».

Algunos dirigentes africanos que se refieren al «capitalismo» aunque no sea más que para desecharlo, ponen de manifiesto no obstante ciertas presuposiciones significativas en cuanto a su naturaleza. En su autobiografía, Nkrumah expresó que el capitalismo era «un sistema demasiado complicado para una nación de reciente independencia. De ahí la necesidad de una sociedad socialista».⁶ Más recientemente ha argumentado que «las presuposiciones y propósitos del capitalismo son contrarios a los de la sociedad africana. El capitalismo sería una traición a la personalidad y conciencia de África».⁷ Más concretamente: «Con poco o ningún capital de inversión que sea de nuestra propiedad y con un grupo, muy reducido de técnicos (ambas cosas, resultantes de muchos decenios de colonialismo), tenemos que señalar a nuestro pueblo que el ritmo más rápido de desarrollo, acompañado de una distribución humanitaria de los dones del progreso, no se puede lograr si no se toma el camino socialista del desarrollo.»⁸ El presidente Dacko, de la República Centroafricana, declara: «No hay capitalismo africano... Así, por la propia fuerza de las circunstancias, estamos avanzando hacia la economía socialista, con el estado cada vez más forzado a intervenir.»⁹ Y el ex ministro de planificación y economía rural de Mali, Seydou Kouyati, dice abiertamente: «No se puede ser capitalista cuando no se tiene capital.»¹⁰ Más recientemente, el señor Kouyati dijo que los países subdesarrollados no podían seguir el camino capitalista «por razones evidentes: la lentitud en la formación de capital, la subordinación del interés general y la aquiescencia colectiva a las ganancias realizadas por los individuos...»¹¹

Mamadou Dia y Senghor, de Senegal, ofrecen variaciones interesantes sobre este tema. Dia observa que «en la mente de las naciones proletarias existe, naturalmente, una completa identificación entre el capitalismo y el colonialismo, entre el sistema político y el sistema económico». De ahí el repudio al capitalismo

⁶ KWAME NKRUMAH, *Ghana*, Edimburgo, 1959, edición en rústica, p. 7.

⁷ KWAME NKRUMAH, *Consciencism*, Londres, 1964, p. 74.

⁸ KWAME NKRUMAH, «Why I Found "The Spark"», *The Spark*, Accra, No. 100, 13 de noviembre de 1964, p. 1.

⁹ Citado en *Africa Report*, op. cit., p. 20. Dacko ha sido derrocado recientemente por un golpe militar que tuvo lugar aproximadamente al mismo tiempo de los golpes militares de Dahomey y Alto Volta. Al igual que la toma de la presidencia por el general Mobutu en el Congo (Leopoldville) un poco antes, estos golpes militares presagian una tendencia que merece ser examinada cuidadosamente.

¹⁰ Citado en KENNETH W. GRUNDY, «Mali: The Prospects of "Planned Socialism" en las ediciones de William H. Friedland y Carl G. Rosberg, Jr., *African Socialism*, Stanford, Londres, 1964, p. 176.

¹¹ *Ibid.*, p. 176.

de «los líderes más convenientes».¹² Después habla de «la debilidad del campo capitalista, la impotencia de sus métodos, la senectud de sus instituciones. Sus soluciones no pueden satisfacerlos».¹³ Senghor, después de observar la «paradoja» de que «por lo menos en la Unión Soviética la construcción del socialismo se parece cada vez más al crecimiento capitalista de los Estados Unidos, al modo de vida norteamericano», añade: «Sin embargo, no nos dejaremos llevar a un régimen de capitalismo liberal y de libre empresa. No podemos cerrar los ojos ante la segregación, aunque el gobierno federal la combata, ni podemos aceptar el éxito material como un modo de vida».¹⁴ Puesto que su acusación al capitalismo no pasa de ahí, ¿podemos suponer que Senghor pondrá su lealtad al servicio del «capitalismo liberal», una vez que Estados Unidos haya resuelto su problema racial? Tanto Senghor como Dia, dicho sea de paso, proclaman que en las sociedades africanas «el dinero no era el rey» y reprochan al capitalismo por su «egoísmo» y materialismo».¹⁵ [Ló cierto es que esta ambigüedad acerca de la «inadaptabilidad» del capitalismo en África —la renuencia a reconocerlo como un posible modo de desarrollo o exponer sus inconveniencias en el contexto africano— resulta sintomática, principalmente entre los líderes africanos cuyos programas económicos han conllevado una reestructuración mínima de las instituciones económicas coloniales, y que desgraciadamente están muy ansiosos de crear las condiciones económicas y sobre todo políticas para que la «libre empresa» pueda funcionar sin que nadie se meta con ella. Emplean la retórica del «socialismo», no como una orientación para sus verdaderos programas y objetivos, sino como un tinglado ideológico, entre otros artificios, para monopolizar el poder.]

En tercer lugar, los dirigentes africanos están preocupados por la estabilidad política, que ellos, por supuesto, consideran sinónimo del control que ejercen sobre el poder político en sus respectivos países. Estas apreciaciones han contribuido a la formación del sistema político de un solo partido, que opera en casi todos los países africanos, llevando a él todas las fuerzas y tendencias que

¹² MAMADOU DIA, *The African Nations and World Solidarity*, Nueva York, 1961, pp. 35-36.

¹³ *Ibid.*, p. 86.

¹⁴ LEOPOLD SEDAR SENGHOR, *On African Socialism*, Nueva York, 1964, p. 46.

¹⁵ Esta repulsa al «materialismo y egoísmo de occidente» que aparece también en algunas variedades del «socialismo asiático» y se manifiesta en personas que, por otra parte quieren atraer la «tecnología occidental», para promover el «desarrollo económico» en sus países a fin de mejorar el «nivel de vida» de sus poblaciones, es un síntoma importante para trazar la etiología y establecer la calidad de un tipo particular de «socialismo».

durante el curso de la descolonización convergían hacia una pequeña *élite* política indígena y ayudaban a consolidarla, tanto en aquellos países donde las potencias coloniales se vieron obligadas a otorgar la independencia política por las presiones ascendentes e irresistibles de los movimientos nacionalistas de las masas, como en aquellos, incluyendo a la mayoría de los países de habla francesa, en que la descolonización «parcial» se produjo como una política deliberada de las potencias coloniales. Por otra parte, como consecuencia lógica de la situación colonial, esta *élite* pudo establecer para sí misma una autoridad y legitimidad de amplia base en toda la nación. Esto fue especialmente lo que sucedió en los países africanos cuyos dirigentes, durante la prolongada lucha por la independencia nacional, fueron capaces de organizar partidos políticos masivos como el Partido Convención Popular (PCP) de Costa de Oro, el *Parti Démocratique de Guinée* (PDG) en Guinea o Unión Nacional Africana de Tangañica (UNAT), en Tangañica. Muy frecuentemente eran sólo organizaciones nacionales en sus países, pero crearon, o llevaron a su órbita política para formal alianza, organizaciones de masas —sindicatos, organizaciones femeninas, juveniles y estudiantiles, etc.—; a nivel nacional, desplazaban o absorbían constantemente las «asociaciones voluntarias», y asumían, además de sus extraordinarias actividades políticas, una amplia gama de actividades «no políticas», particularmente a nivel de las aldeas y pequeñas poblaciones. En resumen, se convirtieron en movimientos nacionales que lo abarcaban todo; y el ensanchamiento de su base y de su carisma se desarrollaba al mismo tiempo que los dirigentes se concentraban en la cumbre. Aunque en menor grado, y frecuentemente con la «intervención» de la potencia colonial, esto sucedió incluso en los territorios en que se le impedía al nacionalismo asumir las dimensiones de un movimiento de masas.

Después de la independencia, esta *élite* política o nacionalista, se convierte en la nueva clase dominante, e inevitablemente reconstruye para su propia ventaja —consolidar, agrandar y legitimizar su monopolio sobre el poder político— el carisma y la autoridad que adquirió al dirigir la lucha nacionalista. Está ansiosa, desde luego, de modernizar las instituciones políticas y económicas del país, pero más ansiosa está todavía de dirigir el curso, y además controlar las consecuencias, de la modernización, principalmente porque el proceso de la modernización, al iniciar cambios económicos y sociales y producir nuevas diferenciaciones económicas y políticas, tiene que aumentar y complicar aún más las divisiones y tensiones, en parte de origen colonial, y en parte originadas por

el colonialismo, que permanecieron ocultas pero sin dejar de existir en modo alguno durante la lucha nacionalista, con su perentoria exigencia de «unidad nacional». Esta es la razón por la cual en muchos países africanos, durante el período inmediatamente anterior o posterior a la adquisición de la independencia, hay tan graves convulsiones políticas —frecuentemente a causa de cuestiones triviales como es el hecho de si la constitución del país ha de ser federal o unitaria— que no solamente sirven para subrayar el carácter débil de la «unidad nacional», sino también para apreciar de antemano los complejismos y apremiantes problemas de carácter político que tienen que esperar los nuevos dirigentes al «día siguiente» de la independencia. La nueva clase dominante, que se considera paladín de los «intereses nacionales», llega de este modo a proclamar y asegurar «la supremacía de la acción política», «la supremacía de la política». «La necesidad de la acción y dirección políticas en todos los sentidos», y así por el estilo. No sólo tiene que predecir las metas sino también trazar el curso del desarrollo económico; tiene que garantizar, por ejemplo, que los sindicatos desempeñen el papel que se les asigne en el esfuerzo por el desarrollo; tiene que intentar bastante reestructuración económica y social como para llevar a la masa del pueblo a la participación en este esfuerzo, sin poner al mismo tiempo en peligro su propia supremacía ni perder el apoyo decisivo de cualesquiera grupos o clases sociales importantes dentro del país. Por todas estas razones considera al sistema de un solo partido como el más útil de todos los instrumentos políticos, a la vez que encuentra en él la mejor garantía posible para su propia longevidad política, y también para los considerables gajes y oportunidades económicas del poder político. Y por las mismas razones que el sistema necesita de un solo partido político, necesita también una «ideología». Y esa ideología es el «socialismo africano» con su larga secuela de «socialismos nacionales».

II

Antes de echar una mirada a algunos de los temas comunes en la literatura del «socialismo africano»,¹⁶ será conveniente observar de paso su vocabu-

¹⁶ Hay evidentes dificultades para emplear la frase «socialismo africano». En este trabajo, cuando la frase se emplea sin comillas se refiere a los dirigentes y teoría africanos que usan el marbete de «socialistas». Por otra parte, cuando se usa la frase entre comillas, se refiere a los que proclaman una calidad «africana especial o única de su socialismo». En casi todos los casos, el contexto en que se usa la frase aclara sus connotaciones particulares.

lario.¹⁷ Al igual que su ancestro, su lenguaje es muy complejo. Como los africanos de habla francesa estuvieron sometidos a una cultura política más propensa a la especulación teórica e ideológica que la de sus hermanos africanos de habla inglesa, la mayor parte de la literatura del «socialismo africano» no solamente está en francés sino que lleva signos inequívocos de su origen y orientación franceses. (Nkrumah, en su gran interés por los problemas ideológicos, es único entre los dirigentes africanos de habla inglesa.) Fuertes y al mismo tiempo ininterrumpidos fueron los vínculos y contactos entre los africanos de habla francesa y los políticos, intelectuales y dirigentes sindicales de la metrópoli francesa, especialmente a partir de los acontecimientos que tuvieron lugar durante 1944-45 y posteriormente. Los partidos políticos y sindicatos de África francesa estuvieron vinculados a los partidos políticos y movimientos sindicales de Francia; los comunistas franceses, en particular, estuvieron muy interesados y activos en África francesa, especialmente después de 1945, cuando su poderosa posición política dentro de Francia y su participación en varias coaliciones inmediatamente después de la guerra les permitieron mayor libertad en las colonias. Dentro de África francesa, condujeron su trabajo por tres medios: mediante los *Groupes d'Etudes Communistes* (GEC); mediante la asociación desiva entre el *Rassemblement Démocratique Africain* (RDA) interterritorial y los comunistas franceses desde 1946 hasta 1950; y mediante la *Confédération Général du Travail* dirigida por los comunistas, con la cual estaban vinculados muchos sindicatos de África francesa. Los grupos de estudios comunistas prosperaron en lugares como Dakar, Abidjan y Conakry, donde «un número restringido de africanos, bajo la orientación de los comunistas franceses»,¹⁸ estudiaron y se familiarizaron con el vocabulario del marxismo-leninismo.

La asociación del RDA con los comunistas franceses produjo resultados más tangibles. La experiencia y la instrucción sobre los métodos comunistas para la organización de un partido hicieron posible que algunas ramas territoriales del RDA, como las de Guinea y Sudán, no tardasen en crecer hasta

¹⁷ Véanse dos excelentes trabajos de Thomas Hodgkin sobre temas más generales relativos al socialismo africano: «A note on the Language of African Nationalism», en Kenneth Kirkwood, ed., *African Affairs*, No. 1, Londres, 1961, pp. 22-40; y «The Relevance of "Western" Ideas for the New African States», en J. Roland Pennock, ed., *Self Government in Modernizing Nations*, Englewood Cliffs, N. J., 1964, pp. 50-80.

¹⁸ RUTH SCHACHTER MORGENTHAU, *Political Parties in French-Speaking West Africa*, Oxford, 1964, p. 23. Toda la sección sobre «los franceses comunistas» es una lectura instructiva.

convertirse en partidos políticos poderosos y bien organizados. Igualmente, la asociación de algunos sindicatos de África francesa con la CGT les impartió una orientación «sindicalista» que resultó políticamente inapreciable para un político-sindical como Sékou Touré en Guinea, especialmente cuando los sindicatos más antiguos y mejor organizados de África francesa eran a menudo los de los servidores civiles que, además, a diferencia de sus congéneres en África inglesa, no estaban desprovistos de «política». Por otra parte, los comunistas franceses se opusieron a la inmediata creación de un partido comunista africano en concordancia con el criterio de Stalin a este respecto, aunque no fueron remisos en asegurar a sus camaradas de África francesa que esto no era «indicio de una falta de confianza en los comunistas africanos; esto no es porque los africanos no estén suficientemente evolucionados y educados para ser capaces de organizar un partido comunista. Esto es simplemente porque tal partido no se adaptaría al tipo de batalla que los comunistas tienen que librar actualmente en África tropical».¹⁹ Relacionaron esto con la necesidad de «solidaridad entre los pueblos coloniales oprimidos y las clases trabajadoras de Francia», arguyendo en realidad que la liberación de África tenía que depender de la de Francia.²⁰

Algunos dirigentes africanos han contradicho sutilmente la noción de la «solidaridad» de los pueblos coloniales y las clases trabajadoras de los países colonizadores, sobre la base de que éstas estuvieron entre los beneficiarios de la explotación colonial.

Paradójicamente —ha declarado Sékou Touré— son los países subdesarrollados, que exportan materias primas y productos no terminados, los que aportan una parte considerable del costo de las mejoras sociales de que se benefician los obreros de los países plenamente desarrollados.²¹ Según Pierre Moussa, Mamadou Dia observa «el hecho de que la clase obrera occidental —después de luchas enconadas y violentas, por supuesto— se aprovecha de una parte importante de las ganancias extraídas por los capitalistas».²² Y

¹⁹ Ibid., p. 24.

²⁰ Es interesante especular sobre el grado en que el hecho de que dejen de surgir partidos comunistas en África (en contraste con su proliferación en Asia) o de que los comunistas dejen de convertirse en una gran fuerza política en África tropical, puede ser atribuido a la incapacidad del marxismo-leninismo «ortodoxo» para desarrollar una teoría adecuada sobre el «factor racial» en el colonialismo africano.

²¹ SÉKOU TOURÉ, *Guinean Revolution and Social Progress*, op. cit., p. 116.

²² MAMADOU DIA, *The African Nations and World Solidarity*, op. cit., pp. 7-8.

Senghor dice: «Ahora es un hecho de sobra conocido que el nivel de vida de las masas europeas no ha podido elevarse sino a expensas al nivel de vida de las masas de Asia y África. La economía de las naciones europeas consiste fundamentalmente en poner precios elevados a los productos que fabrican para vender a los países subdesarrollados, y comprarle materias primas al más bajo costo posible... En pocas palabras, el proletariado europeo se ha beneficiado con el sistema colonial; por consiguiente, jamás se le ha opuesto realmente —quiero decir— efectivamente.»²³ Después sigue diciendo: «En realidad, la conquista y colonización europeas beneficiaron no solamente a la burguesía capitalista, sino también a las clases medias y al proletariado. Permitieron la emigración de «blancos pobres» para colonizar países, el dominio de mercados extranjeros y la adquisición de fuentes abundantes de materias primas».²⁴ Nkrumah concluyó su obra *Towards Colonial Freedom* (escrita en 1945) con una nota «internacionalista»: «PUEBLOS DE TODAS LAS COLONIAS, UNÍOS: los obreros de todos los países están con vosotros.»²⁵ En el más reciente de sus libros ofrece una variación interesante. «El neocolonialismo, al igual que el colonialismo —dice él— es una tentativa de exportar los conflictos sociales de los países capitalistas.»²⁶ Particularmente después de 1945, los gobiernos de las potencias coloniales se vieron obligados, por la creciente presión de los movimientos de la clase obrera europea, a establecer «estados de beneficencia», basados en «niveles de vida elevados para la clase obrera y un capitalismo regulado por el estado dentro del país», que necesitaban una intensificación del colonialismo y por ella se han hecho posibles, especialmente en su nueva forma neocolonialista; de este modo los países desarrollados han logrado —pero temporalmente, advierte él— «exportar su problema interno y transferir el conflicto entre ricos y pobres del escenario nacional al internacional.»²⁷

Otra corriente política e intelectual de Francia —en parte el *personalismo* de Emmanuel Mounier y en parte las teorías de Teilhard de Chardin— que ha contribuido a la literatura de África francesa sobre el socialismo africano formó parte del «cuerpo general del pensamiento político católico latino».

²³ LEOPOLD SEDAR SENGHOR, *On african Socialism*, op. cit., p. 33.

²⁴ Ibid. p. 69.

²⁵ KWAME NKUMAH, *Towards Colonial Freedom*, Londres, 1962, p. 43.

²⁶ KWAME NKUMAH, *Neocolonialismo: última etapa del imperialismo*, México, 1967.

²⁷ Ibid., p. 255.

El propio uso de la frase «socialismo africano», se difundió por otros canales, mediante la sección en África occidental de la *Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos* (CFTC), de inspiración católica, «con ideas políticas católicas llevadas al Congo, la República Centroafricana y Tangañica, donde los misioneros de la orden de los Padres Blancos participaron activamente en los diálogos políticos».²⁸ El altamente estilizado «socialismo africano» de Senghor está muy acicalado con adornos extraídos de Teilhard de Chardin, cuya obra *El Fenómeno Humano* considera él como una continuación y un mejoramiento de *Dialéctica de la naturaleza*, de Engels.²⁹ Dice: «Según la socialización de Teilhard, nuestro socialismo no es más que la *organización técnica y espiritual de la sociedad humana por la inteligencia y el corazón*».³⁰ Y dice también: «y de este modo, el socialismo científico hemos rechazado el ateísmo y la violencia, que son fundamentalmente contrarios a nuestro genio, pero hemos aceptado la investigación y la tecnología, de las que hemos carecido porque las hemos descuidado. Hemos desarrollado especialmente la cooperación, no colectivista sino comunal. Porque la cooperación, en la familia, en la aldea, en la tribu, se ha honrado siempre en África, no en su forma colectivista como un conglomerado de individuos, sino en su forma comunal como conjura de corazones, de un corazón a otro. Reconoceréis en esto la *unión* de Teilhard de Chardin, que unifica las mentes y las almas».³¹

Y Mamadou Dia ha declarado que «pretendemos enriquecernos con todo lo que podamos recibir, particularmente del marxismo como un análisis de las realidades económicas, y del existencialismo como un concepto de un humanismo nuevo».³²

Entre los elementos marxistas del vocabulario del socialismo africano, hay un contraste que merece observación especial. Dirigentes africanos como Nkrumah y Sékou Touré, aunque presuntamente familiarizados con el conjunto de la literatura marxista, han asimilado el marxismo, en gran parte, en sus aspectos político y económico, y especialmente en su forma leninista. Sus escritos están llenos de términos como «la supremacía del partido», «el

²⁸ RUTH SCHACHTER MORGENTHAU, «African Socialism: Declaration of Ideological Independence», en *African Report*, op. cit., p. 5.

²⁹ SENGHOR, *On African Socialism*, op. cit., pp. 134-139.

³⁰ *Ibid.*, p. 146. En esta cita, como en las subsiguientes, las cursivas están en el original, a menos que se especifique lo contrario.

³¹ LEOPOLD SÉDAR SENGHOR, *Prose and Poetry*, Londres, 1965, p. 110.

³² Citado en *Africa Report*, op. cit., p. 18.

centralismo democrático», «el papel de vanguardia del partido», «la crítica y autocrítica», «la democracia interna del partido», etc., con la significativa diferencia de que han asignado al «partido» (como la incorporación del pueblo en general) muchas de las funciones que en el esquema leninista corresponden al «proletariado» (dirigido por el partido comunista). Ocasionalmente han buscado también «sanciones tradicionales» para algunos de estos conceptos. Así, Nkrumah ha hablado de la «práctica inmemorial del centralismo democrático en África».³³ La «autocrítica», según Fanon, es «una institución africana».³⁴ Y la definición oficial del «nkrumalismo», determinada por el Instituto Ideológico Kwame Nkrumah, se refiere a «la creencia tradicional en África de que el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos».³⁵ En general, los líderes africanos cuya lectura y práctica del «socialismo» son radicales, han encontrado en el marxismo, y particularmente en las ideas leninistas sobre la organización del partido, lo que Aimé Césaire ha llamado «una técnica política muy segura».³⁶

Por otra parte, dirigentes africanos como Senghor ponen un énfasis mucho mayor en los «primeros» *Manuscritos económicos y filosóficos* de Marx, anteriores a 1848, y se interesan principalmente en elaborar y refinar el aspecto filosófico de Marx, y en particular su concepto de la «enajenación». Este tema recibió gran atención de los participantes en el coloquio de Dakar sobre el «socialismo africano», en diciembre de 1962, participantes que en su mayoría tenían el francés como idioma nativo.³⁷ En una referencia a las *Tesis sobre Feuerbach* de Marx, Senghor observa una «similitud» entre la primera tesis y la «gnoseología negro-africana».³⁸ Sékou Touré considera que esto no pasa de ser un montón de «metafísica, que tiene poca pertinencia política o valor práctico». El marxismo «que sirvió para movilizar a la población africana —ha observado él— y particularmente a la clase obrera, y para llevar a esa clase a la victoria, ha sido despojado de aquellas de sus caracte-

³³ *Towards Socialism, Message to the Seminar for Regional Commissioners, Etc., on 24th November, 1962, de Osagyefo*, Accra, p. 3.

³⁴ FRANTZ FANON, *Los condenados de la tierra*, La Habana, 1965.

³⁵ *The Spark*, No. 67, 17 de marzo de 1964.

³⁶ AIMÉ CÉSAIRE, «The Political Thought of Sékou Touré», en *Présence Africaine*, edición inglesa, v. 1, p. 65.

³⁷ Véase ARISTIDE R. ZOLBERG, «The Dakar Colloquium: The Search for a Doctrine», en Friedland and Rosberg, *African Socialism*, op. cit., especialmente las pp. 120-22.

³⁸ SENGHOR, *On African Socialism*, op. cit. p. 151.

rísticas que no correspondían a las realidades africanas». Y ha dicho también: «En el marxismo, los principios de organización, democracia, control, etc. ...todo lo que es concreto y se refiere a la vida orgánica de determinados movimientos puede adaptarse perfectamente a las actuales condiciones en África. Pero es innegable que habríamos fracasado si nos hubiéramos enfrascado en una filosofía abstracta. Digo que no nos interesa esa filosofía. Tenemos necesidades concretas.»³⁹

Lo que le ha preocupado, como ha dicho Césaire, «no ha sido tanto hacer marxista al África como hacer marxismo africano».⁴⁰ Senghor, aunque lleno de entusiasmo por el Marx de los primeros tiempos, considera al Marx posterior —«el Marx revolucionario»— como un producto peculiar de la Europa occidental del siglo XIX, y por tanto sin pertinencia en el África del siglo XX; y tiene buen cuidado de distinguir el leninismo (o comunismo soviético), «cuya mayor desviación es el stalinismo»,⁴¹ del marxismo. Senghor, Touré y Nkrumah están todos interesados en «adaptar» el marxismo a las «realidades africanas», pero, en tanto que los dos últimos se interesan por las realidades políticas y económicas de África, Senghor se preocupa por las realidades filosóficas y espirituales que él denomina *negritudes*. Es indudable que esto ha influido en que hayan escogido las características del marxismo que necesitan «amputación», y que también arroja luz sobre la diferencia de sus programas económicos y políticos. Por otra parte, la teoría de Lenin sobre el imperialismo, aunque en formas modificadas, ha logrado abrirse paso en la retórica y el pensamiento político de casi todos los dirigentes africanos.

Los dirigentes africanos de habla inglesa, con la significativa excepción de Nkrumah, se han concentrado primordialmente en el «socialismo africano tradicional». Hubo pocos vínculos directos o íntimos entre los partidos políticos y sindicatos de Gran Bretaña y las colonias inglesas en África. Después de la guerra, el gobierno laborista se dio a la tarea de fomentar un sindicalismo «responsable» y «apolítico» en algunas colonias africanas, pero su éxito fue parcial y efímero. Algunos africanos de habla inglesa, de visita en Inglaterra, tuvieron contactos esporádicos con el Partido Laborista; muchos más fueron los contactos que tuvieron con intelectuales antillanos, como Padmore, que les proporcionaron alguna educación sobre el «socialismo democrático»

³⁹ Citado en CÉSAIRE, op. cit., p. 69

⁴⁰ Ibid., p. 69.

⁴¹ SENGHOR, *On African Socialism*, op. cit., p. 46.

pero, con algunos intelectuales negros de Estados Unidos, fue aún más lo que aprendieron sobre el «panafricanismo»; mucho menos fueron las relaciones que tuvieron con el Partido Comunista Británico, que estaba particularmente interesado en exportar «la revolución» al África. Existe no obstante cierto «matiz» británico en los dirigentes africanos de habla inglesa: el reciente informe oficial del gobierno de Kenya sobre el «socialismo africano» es impecablemente fabiano. En los países del Magreb y en Sudán lo que hay que observar es el impacto del fermento árabe de antes de la guerra en los aspectos político e intelectual.

Después de la independencia, algunos dirigentes africanos han visitado muchas capitales extranjeras y encontrado muchos «modelos de desarrollo». Muchos de ellos han visitado la China, la Unión Soviética y los países de Europa oriental (y han tenido el cuidado de equilibrar el balance con un viaje por los Estados Unidos). Para los dirigentes africanos de habla inglesa que, durante su lucha por la independencia nacional, se inspiraron en el ejemplo de la India, el «socialismo indio» ha tenido ciertos atractivos;⁴² como los ha tenido también, desde luego, el «modelo británico» (y el escandinavo). En el contexto del «no alineamiento», el modelo yugoslavo ha sido objeto de alguna atención. También se han tenido en cuenta los experimentos e innovaciones llevados a cabo en Israel, que ha prestado considerable ayuda económica y técnica a varios estados africanos.

III

El «socialismo africano» es una triple afirmación. Afirma la «originalidad» de África, su «distinción» y su «personalidad». Afirma la «independencia» de África, ideológica y políticamente. Y afirma la «receptividad» de África, su repulsa a la «tiranía de los conceptos», y en realidad de las «ideologías», su adaptabilidad y flexibilidad, en resumen, su *eclecticismo*. Los siguientes ejemplos de la literatura del socialismo africano son típicos:

«Vayamos al extranjero a pedir préstamos y asistencia técnica, no a pedir ideales ni ideologías. Avancemos rápidamente en la construcción de África de nuestra visión y nuestros sueños, contando con nuestro sudor y con

⁴² Pero véase de MADERA KEITA, «When a man like Nehru, who seems to me like a good British bourgeois from the City...», citado en Paul A. Sigmund, Jr., ed., *The Ideologies of Developing Nations*, Nueva York, 1963, p. 180.

nuestros recursos y energías, y no con los anteproyectos de occidente u oriente».⁴³

«Nuestros incesantes esfuerzos deben estar dirigidos hacia el hallazgo de nuestros propios medios de desarrollo, si es que deseamos que nuestra evolución y nuestra emancipación tengan lugar sin que por ello se altere nuestra personalidad. Cada vez que adoptemos una solución auténticamente africana en su naturaleza y concepción, resolveremos fácilmente nuestros problemas, porque los que tomen parte en ello no se verán desorientados ni sorprendidos por lo que han logrado; no les será difícil comprender la forma en que tienen que trabajar, actuar o pensar. Nuestras cualidades específicas serán empleadas a plenitud, y en última instancia habremos de acelerar nuestra evolución histórica.»⁴⁴

«...declaramos que nuestro país debe desarrollarse sobre la base de los conceptos y la filosofía del socialismo democrático africano. Rechazamos tanto el capitalismo occidental como el comunismo oriental y escogemos para nosotros una política de no alineamiento positivo.»⁴⁵

«Luego, *Ujamaa*, o «Familiaridad» describe a nuestro socialismo. Se opone al capitalismo, que trata de construir una sociedad feliz sobre la base de la explotación del hombre por el hombre; y se opone igualmente al socialismo doctrinario, que trata de construir su sociedad feliz sobre una filosofía de inevitable conflicto entre unos hombres y otros.»⁴⁶

«Hemos escogido el socialismo democrático y hemos dado la espalda al capitalismo, que depende de la explotación del hombre por el hombre, y al comunismo, que desconoce la libertad y patrocina el ateísmo, porque deseamos una economía que sirva al pueblo y no busque ganancias. Sólo tal economía puede lograr la paz y reconciliar la justicia con la libertad.»⁴⁷

«Estamos en favor de una posición intermedia (entre el comunismo y el capitalismo), de un *socialismo democrático*, que vaya tan lejos como

para integrar los valores espirituales, un socialismo que se vincule con la antigua corriente ética de los socialistas franceses.

Histórica y culturalmente pertenecemos a esa corriente. Además, los socialistas franceses —desde Saint-Simon hasta el León Blum de *Para toda la humanidad*— no son tan utópicos como se les tilda de que son. En la medida en que son idealistas, satisfacen las necesidades del alma negra-africana, las necesidades de los hombres de todas las razas y todos los países...»⁴⁸

«No he ocultado el hecho de que el modo malgache del desarrollo tiene que ser el socialismo. No creo que sea posible llegar a cualquier otra solución. Este socialismo será nuestro propio socialismo, un socialismo práctico y humano que viva y prospere sin preocupación por las grandes teorías que a menudo hacen obsoletos los acontecimientos. Este socialismo estará basado en el trabajo, la igualdad, la fraternidad y el amor a nuestra patria en el nuevo despertar de nuestras tradiciones socialistas ancestrales.»⁴⁹

El tema escabroso de este coloquio consiste en qué es lo que se puede llamar «no alineamiento ideológico», pero éste es útil para muchos propósitos políticos e ideológicos. Fundamental para su comprensión es la perspectiva del mundo desde dos polos opuestos, supuesta y admitida por casi todos los países del «tercer mundo», aunque no sea más que para rechazar su «tiranía», pero con el significativo énfasis de que la bifurcación mundial de la guerra fría es *ideológica* al igual que es militar y política: de que el «*bloque occidental*» es «capitalista» y el «*bloque oriental*» es «comunista». Los marbetes ideológicos más conocidos en occidente, que distingue al «occidente democrático» del «oriente totalitario», se usan mucho menos frecuentemente en África, principalmente por el «ala derecha» de los socialistas democráticos africanos.⁵⁰ El no alineamiento afroasiático a nivel internacional es una negativa a concertar alianzas en cualquiera de los dos agrupamientos de la

⁴³ TOM MBOYA, «*African Socialism*» en *Africa's Freedom*, Londres, 1964, p. 87.

⁴⁴ SÉKOU TOURÉ, citado en Césaire, op. cit., pp. 67-8.

⁴⁵ Declaración preliminar por Jomo Kenyatta, en *African Socialism and its Application to Planning in Kenya*, op. cit.

⁴⁶ JULIUS NYERERE, «*Ujamaa, the Basis of African Socialism*», en *Africa's Freedom*, op. cit., p. 76.

⁴⁷ CHABI MAMÁ, secretario general del *Parti Démocratique de l'Unité*, entonces en el gobierno, en 1962, citado en *Africa Report*, op. cit., p. 24.

⁴⁸ SENGHOR, *On African Socialism*, op. cit., p. 46.

⁴⁹ Presidente Philibert Tsiranana, de la República Malgache; citado en *Africa Report*, op. cit. 28.

⁵⁰ «Socialismo Democrático» es una frase completamente desconocida en África, y los movimientos democrático-socialistas y laborales de Europa Occidental tienen un impacto extremadamente ligero en África, tanto políticamente como a través de los movimientos sindicales.

guerra fría; internacionalmente, es el complemento del nacionalismo afroasiático. Puesto que la guerra fría se considera como una confrontación entre «occidente» y «oriente» y al mismo tiempo entre el «capitalismo» y el «comunismo», hay una tendencia general en los estados afroasiáticos a convertir su «equidistancia» entre el «bloque occidental» y el «bloque oriental» en una equidistancia entre el «capitalismo» y el «comunismo». Así, el «socialismo» ofrece una situación intermedia muy saludable y una postura de equidistancia. Este es el motivo por qué la «ideología» de muchos estados nuevos es un compuesto de «nacionalismo», «neutralismo» y «socialismo». Sin embargo, en un plano más dinámico, en el cual el logro de la «independencia nacional» no es más que la primera etapa de un prolongado proceso de «descolonización», que tiene que significar la completa transformación de las estructuras coloniales en los órdenes políticos y económicos, la verdadera equidistancia se alcanzará *solamente* después que se termine la descolonización. Luego, el no alineamiento en este sentido en el contexto de los diversos «vínculos coloniales» de los nuevos estados con las antiguas potencias coloniales (que son además la parte directriz del «bloque occidental») tiene que significar el rompimiento activo y sistemático y la enemistad con los vínculos económicos y políticos que *ya* existen con *occidente*, así con la negativa a soportar *nuevos* vínculos militares y políticos *ya sea* con «Oriente» o con «Occidente». Esta distinción entre los dos criterios del «no alineamiento» se presenta como un importante instrumento analítico para la comprensión de la política de los nuevos estados. Con toda seguridad, contribuye a explicar las diferentes interpretaciones y los programas de países como, por ejemplo, Ghana y Senegal en cuestiones como «socialismo», «neocolonialismo» y pan-africanismo». ⁵¹

⁵¹ Dos ejemplos de Senegal: Mamadou Dia: «Se estima que en Senegal, los gastos militares ascienden a 10 mil millones de francos aproximadamente. Esto ayuda a estabilizar la renta nacional y enfatiza las consecuencias de la evacuación masiva de las tropas francesas, una evacuación razonablemente rechazada por los dirigentes de la Federación de Mali» (*The African Nations and World Solidarity*, p. 115). Senghor, (*On African Socialism*, pp. 57-8) arguyó en 1959 que su condición de miembros de la Comunidad Francesa «no tiene que crear ningún complejo de inferioridad», pues como países subdesarrollados, Senegal y Sudán tienen que obtener ayuda financiera del exterior; al dirigirse a las naciones europeas y a Estados Unidos, no harían más que «cambiar de guardianes, véanse las desventajas; en el peor de los casos, podríamos dirigirnos a cualquiera, haciendo así que la guerra fría se acerque a nosotros cada vez más (las cursivas son agregadas). Senghor emplea en este caso los temores a la guerra fría para justificar la renuencia a cultivar relaciones de comercio y ayuda con los países del *bloque* soviético, junto a las que ya existen con los países del *bloque* del Atlántico,

El «socialismo africano» es pues, en primer lugar, una negativa de los nuevos estados africanos a sucumbir a ese «neocolonialismo político» ⁵² que, forzándolos a escoger entre «capitalismo» y «comunismo», trata de reinstalar su dominación política —que esos estados han echado abajo hace precisamente muy poco tiempo— mediante la «dominación ideológica». En relación con esto hay una imagen o estereotipo general de «ideología» a manera de sistema rígido, inflexible y «cerrado» que predetermina y limita los medios a emplear y los caminos a seguir en el logro de sus metas. Casi todos los líderes africanos se adhieren a una serie de objetivos comunes y muy generalizados, como el «desarrollo», la «elevación del nivel de vida del pueblo» y así por el estilo. Esos objetivos se pueden alcanzar de muchos modos diferentes, pero el mejor de todos es una combinación flexible, «empírica» o «pragmática» de técnicas extraídas de distintos «sistemas ideológicos». Creen que si empalman su vagón al tren de una ideología particular (no importa cuán espectaculares sean sus logros dentro de su propio marco); ello les privaría del acceso a técnicas «ajenas a esa ideología», aun cuando esas técnicas ajenas —más bien que las ideológicamente «determinadas»— fuesen las que mejor satisficieran sus necesidades. El informe oficial de Kenya declara que «el socialismo africano puede sacar provecho de los errores de otros. A diferencia de muchos países que han eliminado muchos mecanismos económicos ventajosos basándose en estrechos fundamentos ideológicos, Kenya está en libertad de escoger y adoptar los métodos que la práctica ha demostrado que son adaptables a sus propias condiciones, sean cuales fueren la ideología que otros les atribuyan». ⁵³ En cambio al rechazar las desventajas de una completa aceptación de una ideología particular, tanto en el campo de la ideología como en el de la tecnología, los estados africanos aceptarán ayuda libre e igualmente de todos los orígenes y lugares, «orientales» y «occidentales», «capitalistas» y «comunistas» por igual. Así, el «rechazo de la ideología» por parte de los

⁵² LEOPOLD SEDAR SENGHOR, *Democracy and Socialism* (Universidad de Ibadán, 1964, mimeografiado) p. 17.

⁵³ *African Socialism and its Application to Planning in Kenya*, op. cit., p. 8.

mientras que, según la opinión de Nkrumah sobre el no alineamiento y la descolonización, es imprescindible que un país subdesarrollado y no alineado desarrolle relaciones económicas con la Unión Soviética y demás «países socialistas» para reducir la dependencia de Occidente y además establecer una equidistancia «adecuada» entre Oriente y Occidente. (Es bien conocida la oposición de Ghana al estacionamiento de tropas extranjeras en suelo africano y, en general, a las alianzas militares entre estados africanos y no africanos).

dirigentes africanos es a un tiempo un rechazo de la inflexibilidad, que es presuntamente una característica de todas las «ideologías», y una aceptación de las diversas técnicas de desarrollo procedentes de todas partes pero sin trabas ideológicas.

Pero el no alineamiento ideológico tiene la ventaja —que no es la menos significativa aunque realmente no sea la más importante— de la ambigüedad o imprecisión, que es políticamente inapreciable, especialmente para la clase dominante que busca una ideología que le permita estimular, dirigir y movilizar a la masa del pueblo para la modernización parcial, sin exponer su propia preminencia a grandes peligros innecesarios e imprevistos. Aunque más sorprendente que la mera cantidad, es la verbosidad de toda la literatura sobre el socialismo africano. Los «excesos materiales y morales» del capitalismo que depende de la explotación del hombre por el hombre, son respetuosamente deplorados. Pero los verdaderos programas económicos y sociales que adoptan muchos dirigentes «socialistas» africanos no difieren sino ligeramente de los programas adoptados por los que ni creen necesario señalarse con la etiqueta de «socialistas».⁵⁴ La gran ventaja de esta esmerada ambigüedad, desde el punto de vista de muchos dirigentes africanos, es no solamente que por el momento aparta la atención del pueblo de los programas realmente adoptados. No es tampoco la libertad de maniobrar, nacional e internacionalmente que disfrutan y en algunos casos ejercen constructivamente los dirigentes africanos mediante esta cuidadosa imprecisión. Esa ventaja radica sobre todo en la seguridad de sus propias credenciales económicas y sociales como una clase en sociedades que, según ellos proclaman generalmente, «no tienen clases»; seguridad que un alineamiento más sólido con el «capitalismo o con el comunismo» —que los obligaría a formular sus prioridades y programas económicos más abierta y claramente— tiene que poner en peligro al crear una situación más definida y suscitar un escrutinio más minucioso por parte de sus pueblos. Mientras tanto, su «socialismo» es a lo sumo una amalgama mal combinada de intenciones buenas y planes malos.

⁵⁴ Un comentario sobre el coloquio de Dakar en *Le Monde*: «...En primer lugar, debemos tener presente la notable moderación de lo que se dijo, tanto en la tribuna como en las conversaciones privadas... Lo que es más notable aún es que nadie negó la necesidad de pedir ayuda en inversiones extranjeras.» Citado en *Africa Report*, op. cit., p. 18.

IV

Las «realidades africanas» que aparecen en la literatura del socialismo africano son principalmente y por encima de todo «tradiciones africanas». «Luego, escribe Nyerere, la «Ujamaa» «familiaridad», describe a nuestro socialismo... El socialismo africano moderno puede extraer de su herencia tradicional el reconocimiento de la «sociedad» como una extensión de la unidad familiar básica».⁵⁵ Cuando habla del socialismo africano, Tom Mboya expone: «Me refiero a los códigos de conducta acreditados en las sociedades africanas, que a través de los tiempos han conferido dignidad a nuestros pueblos y les han ofrecido seguridad en cualquier situación que los ciudadanos hayan tenido en la vida. Me refiero a la caridad universal que ha caracterizado a nuestras sociedades, y me refiero a los procesos del pensamiento y las ideas cosmológicas de Africa, que consideran al hombre, no como un medio social, sino como un objetivo y una entidad en la sociedad».⁵⁶ Nkrumah observa que «el hombre es considerado en Africa principalmente como un ente espiritual, un ser dotado originalmente de cierta dignidad interior, de integridad y valor... He aquí dónde radica la base teórica del comunismo africano». A causa de ello, «en las sociedades comunales, el socialismo no es un credo revolucionario, sino una reafirmación en lenguaje contemporáneo de los principios que fundamentan el comunismo».⁵⁷ Sin embargo, en conformidad con su convicción de que hay solamente un socialismo, el socialismo científico, Nkrumah tiene el cuidado de hacer que la «adaptación» sea un doble proceso. Escribe que lo que hace falta es «ofrecer una exposición filosófica del socialismo que preserve los principios universalmente válidos de la ideología que hay en el contexto de la historia de Africa, de las tradiciones y aspiraciones africanas. En pocas palabras, el socialismo incluye la restitución de los principios igualitarios y humanistas de la vida africana tradicional dentro del contexto de una sociedad técnica moderna que satisfaga las necesidades de todos sus miembros».⁵⁸ Casi todos los líderes africanos enfatizan la existencia en las sociedades africanas de una relación orgánica entre el individuo y su comunidad, y estas sociedades se describen como «comunales», «comunitarias» o «comunocráticas», aunque jamás queda plenamente aclarado si se refieren a las

⁵⁵ JULIUS NYERERE, «Ujamaa...», op. cit., p. 76.

⁵⁶ TOM MBOYA, «African Socialism», op. cit., p. 80.

⁵⁷ KWAME NKUMAH, *Consciencism*, op. cit., pp. 68-9, 74.

⁵⁸ KWAME NKUMAH, «Why I Founded *The Spark*», op. cit., p. 1.

sociedades africanas precoloniales o a las actuales. Esta relación orgánica, al igual que la suprema importancia que tiene en África la religión, se consideran generalmente como los fundamentos del «socialismo africano». En la práctica, son la base y el origen de una ética de «trabajo duro», «espíritu colectivo» y «autosacrificio» a que apelan constantemente los líderes africanos cuando se dirigen a sus pueblos en sus esfuerzos para movilizar la masa del pueblo para el empeño del desarrollo. Así, Nyerere escribe:

«En la sociedad africana primitiva, esta cuestión de las limitaciones de la responsabilidad entre el individuo y la sociedad en que vive no estaba definida de un modo muy claro. La comunidad africana tradicional era una comunidad pequeña, y el africano podía pensar en sí mismo aparte de esa comunidad en que vivía. Tenía su esposa —o esposas— y sus hijos, de modo que pertenecía a una familia. Pero la familia se fusionaba en una mayor familia sanguínea», que a su vez se fusionaba en un clan o tribu. Así se veía constantemente como un miembro de una comunidad, pero no veía conflicto alguno entre sus propios intereses y los de su comunidad, porque su comunidad era para él una prolongación de su familia. Podría haber visto un conflicto entre sí mismo y otro miembro individual de la misma comunidad, pero con la propia comunidad, no veía ninguna lucha. Nunca se consideraba como un engranaje de una máquina. No podía existir este concepto exhaustivo y todo poderoso de una sociedad que puede emplear a una persona como un engranaje... El africano no es comunista ni en su pensamiento ni en su modo de vida tradicional. Si puedo adoptar la expresión —he oído que se emplea en la India— el africano no es comunista, es «comunitario» en su pensamiento y en su modo de vivir. No es un miembro de una «comuna», una especie de unidad artificial de seres humanos; es miembro de una genuina comunidad o una fraternidad».⁶⁰

En este tipo de argumento hay varios aspectos interesantes. No es nuestro interés juzgar aquí, por ejemplo, la exactitud del criterio de Nyerere acerca de la «sociedad africana primitiva», a menos que sea para observar de paso que su descripción es aplicable a cualquier otra sociedad primitiva no africana tanto como lo es a la africana. Mucho más importante es su afirmación de que en esta sociedad «las limitaciones de la responsabilidad entre el individuo

y la sociedad en que vivía no estaban definidas de un modo muy claro». Con toda seguridad, esa es una característica de las sociedades «subdesarrolladas». En estas sociedades, el individuo tiene que «surgir» todavía de la matriz social de la cual forma una parte tan orgánica. El hecho de que no haya todavía una línea divisoria bien definida entre el individuo y su familia por un lado, y la comunidad por el otro, es precisamente la causa de que en los nuevos estados exista en tan gran escala un abuso privado o personal del poder político y los fondos públicos. La demarcación entre la «familiaridad» y el nepotismo es muy endeble y fácilmente quebrantada. Cuando los vínculos familiares o comunales de un individuo son tan fuertes como deben ser en este criterio virtualmente idealizado, existe el gran peligro de que el individuo que ocupe un cargo público asuma una actitud de propietario en ese criterio y trate de convertirlo en ventaja personal, aunque vea su ventaja personal a través del prisma de los vínculos de la familia y el clan. Los dirigentes africanos conocen perfectamente este problema, y exhortan continuamente a sus ciudadanos a que tengan «espíritu colectivo», a que sean «concientes» y estén «atentos» a los «bienes públicos» —por ejemplo, los fondos y propiedades públicos— que administran en su condición de servidores públicos. El mismo Nyerere ha proclamado que «la misma actitud mental socialista que, en los días tribales, dio a todos los ciudadanos, la seguridad que proviene de pertenecer a una familia muy extensa, tiene que ser conservada dentro de la sociedad todavía más amplia de la nación».⁶⁰ Y sin embargo, como lo reconocen Nkrumah y Sékou Touré, esto es algo más que una simple cuestión de «actitud mental», y conlleva la creación de nuevos resguardos institucionales.

Este mismo interés en la formación de una nueva ética de responsabilidad pública es lo que hace que los líderes africanos enfatizen la necesidad de que funcione la sociedad tradicional. Nyerere señala que la base del «gran logro socialista» que dio a sus miembros «el sentido de seguridad», radicó en que «se daba por sentado que todos los miembros de la sociedad —con la sola excepción de los niños y los enfermos— contribuían en la medida de sus posibilidades físicas a producir su riqueza». En esa sociedad no había «holgazanes» ni «socios». «Sin trabajo no puede haber nada que se parezca siquiera al socialismo».⁶¹ El informe oficial de Kenya, después de observar que «todo miembro de la sociedad africana tradicional tenía el deber de trabajar»,

⁶⁰ J. NYERERE, citado en *Africa Report*, op. cit., p. 20.

⁶⁰ NYERERE, «Ujamaa», op. cit., pp. 76-7.

⁶¹ Ibid., pp. 70-1.

añade que «el socialismo africano espera que los miembros del estado moderno contribuyan voluntariamente y sin restricciones al desarrollo de la nación».⁶² El presidente Tsiranana, de la República Malgache, declara que «para ser socialista hay que practicar la fraternidad, la solidaridad y el amor al trabajo... Los que no trabajan no son socialistas sino capitalistas; por consiguiente, queremos formar sindicatos que defiendan los intereses de los que trabajan...»⁶³ En términos menos «tradicionales», hombres como Nkruma exhorta a su pueblo a trabajar más y mejor para elevar la productividad, el «producto nacional global», etc. Todo esto, desde luego, no tiene nada que ver directamente con la «construcción del socialismo»; presumiblemente sería preciso trabajar incluso para construir el capitalismo. Esa es la razón por la cual éste es uno de los poquísimos temas sobre los cuales están de acuerdo todos los dirigentes africanos, sean o no socialistas y sea cual fuere la calidad de su «socialismo». En una bien conocida alocución declaraba Nkrumah:

«...Africa necesita un nuevo tipo de hombre; un hombre abnegado, modesto, honrado y desinteresado. Un hombre que se ponga por completo al servicio de su nación y de la humanidad. Un hombre que aborrezca la codicia y deteste la vanidad. Un nuevo tipo de hombre cuya humildad sea su fuerza y cuya integridad sea su grandeza. El nuevo hombre de Africa tiene que ser un hombre de verdad».⁶⁴

Es evidente que aquí no se refiere él al «africano tradicional» ni el africano de hoy»; realmente está proyectando el «africano modelo» sin el cual no es posible el socialismo. Los ingredientes de que se forma el africano modelo tienen un sabor distintamente religioso. No es extraño que él, y aún más otros dirigentes africanos, en sus esfuerzos por inculcar en sus pueblos la ética del trabajo y el autosacrificio, hayan tratado de atraerse el apoyo de la religión. Senghor y Dia han hablado frecuentemente del «socialismo de los creyentes», y muchos «socialistas» africanos han reprochado al marxismo por su ateísmo, y por esta razón lo han rechazado ostensiblemente. Lo menos que han hecho es tranquilizar vehementemente a sus pueblos con el argumento de que el «socialismo» no es incompatible con la religión. Nkrumah ha declarado en su autobiografía que «actualmente soy un cristiano sin secta y un

⁶² *African Socialism... Kenya*, op. cit., p. 4-5.

⁶³ Citado en *Africa Report*, op. cit., p. 25.

⁶⁴ KWAME NKRUMAH, *Building a Socialist State* (Accra, 1961) p. 12.

socialista marxista, y no he encontrado contradicción alguna entre el cristianismo y el marxismo».⁶⁵ Kofi Baako, uno de sus allegados más íntimos, va más lejos: «el nkrumaismo no es una religión ni ha venido a remplazar ninguna religión, sino que predica y trata de implantar todo lo que predica de verdadera religión. Por lo tanto, sin temor a equivocarme, puedo describir al nkrumaismo como religión aplicada, y como el modo de vida que hay que vivir».⁶⁶ Los dirigentes africanos en cuyos países la religión principal es el islamismo han enfatizado frecuentemente la afinidad de éste con el «socialismo». «En sus primeros días —ha declarado Nasser— el islam fue el primer estado socialista».⁶⁷ Refiriéndose al «socialismo del Neo Destour», Bourguiva ha declarado que su método era «el de la solidaridad y asociación como miembros de una familia unida en todas las circunstancias... Estas cualidades no son extrañas para nosotros. Fueron las características de los compañeros del profeta en el primer siglo del islam, que fueron socialistas antes de que se inventara la palabra».⁶⁸ En un complicado análisis, el argelino Amar Auze-gane arguye que la «incompatibilidad del islam y el socialismo es una imagen falsa de la teoría marxista. La coexistencia de ambos refleja una realidad socioeconómica y expresa cierta relación de fuerzas dentro de los países subdesarrollados... Necesitamos una nueva clase de *jihad* para realizar la revolución argelina, el triunfo de la democracia nacional y la conquista de la justicia social».⁶⁹ Es evidente que en todo esto hay una tentativa de desplegar la religión junto a las fuerzas que tratan de ascender, aunque solamente sea, como parece sugerir Ouzegane, para despojar a las «fuerzas ultraconservadoras» de uno de sus posibles «puntales ideológicos».

La importancia que la literatura del socialismo africano concede a la religión tiene que ser, pues, contemplada en el contexto de la triple relación que hay entre las fuerzas de la tradición y las fuerzas del cambio. En primer lugar, la clase dominante emplea todos los medios posibles para fomentar la moder-

⁶⁵ KWAME NKRUMAH, *Ghana*, op. cit., p. 10.

⁶⁶ Kofi Baako, «Nkrumaism-Its Theory and Practice», en Sigmund, *The Ideologies of Developing Nations*, op. cit., p. 188. Una comunicación reciente aparecida en *West Africa* (N° 2532, 11 de diciembre de 1965) congratula al Gobierno de Ghana por la adquisición de medio millón de biblias para la instrucción religiosa en las escuelas de su país. Fue el mayor pedido despachado por la Sociedad Bíblica en su siglo y medio de vida.

⁶⁷ Mencionado por Sigmund, op. cit., pp. 17 y 18.

⁶⁸ Citado en *Africa Report*, op. cit., p. 22.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 21.

nización, ya sea parcial o total, y especialmente incluir la tradición con el propósito de mitigar los efectos traumáticos, del cambio rápido y repentino en los órdenes económico y social. En segundo lugar, particularmente cuando la propia clase dominante tiene base tradicional —en una tradición precolonial o creada en la colonia, o en una combinación de ambas— y está interesada por tanto en una modernización mínima o parcial, emplea la tradición como un freno para regular la velocidad y el ímpetu de la modernización, y en particular para garantizar que el proceso del cambio social no arruine su propia preeminencia que se fundamenta, por lo menos parcialmente, en la tradición. Esto es una realidad en la mayoría de las nuevas clases dominantes de África. En tercer lugar, aun cuando la clase dominante, como parte de su prospecto de modernización radical o total, socava sistemáticamente la tradición, y particularmente la «autoridad tradicional», por considerarla un estorbo para el ejercicio de su control social y político, con el propósito de llevar a cabo su gran proyecto de cambio social, procura no obstante asimilar una parte del simbolismo tradicional a fin de ensanchar y reforzar la base de su legitimidad.

V

El problema de la relación entre «la clase dominante» y las otras «clases sociales», particularmente en el contexto del alegato de que en África no hay «clases», nos conduce al «problema de clases» que se destaca en la literatura del socialismo africano. Esto es así por varias razones. Los dirigentes africanos —y en esto no son una excepción los «socialistas africanos»— son los exponentes por excelencia de un sistema político de un solo partido, en el cual el partido gobernante, cuando no es el único partido político del país, ejerce un monopolio del poder político que no está dispuesto en modo alguno a cumplir ni abandonar. La mayoría de los dirigentes africanos, ya sea que acepten o repudien el marxismo, han asimilado en diversas formas la noción marxista de que los partidos políticos representan intereses o clases socio-económicas, y que la lucha por el poder que hay entre los partidos políticos es principalmente por la manipulación de las instituciones del estado a fin de fortalecer los intereses de una clase cualquiera. Admitir una diversidad de clases en las sociedades africanas es por consiguiente reconocer las aspiraciones rivales o competitivas de llegar al poder político y destruir de este modo la base del sistema de un solo partido, una posibilidad que, dado su criterio de la

importancia fundamental de ese sistema en la tecnología y la construcción nacional, consideran como una probable subversión de la «unidad nacional», de la cual se consideran encarnación y custodia, y del «desarrollo económico», cuyo éxito creen que depende de la eficacia del control y dirección políticos.

La negativa a admitir aspiraciones rivales al poder político está vinculada a la subordinación de todos los intereses y grupos «seccionales» a las abrumadoras pretensiones de la «supremacía política». En ninguna parte se ve esto más claramente que en la forma en que manipulan los sindicatos en sus países. Son muchos los dirigentes africanos que empezaron sus carreras como líderes sindicales, y todavía muchos de ellos expresan sus simpatías por los sindicatos. Pero dirigentes africanos que en otros aspectos son tan distintos como Sékou Touré, Senghor, Nyerere y Nkrumah han señalado reiteradamente a los sindicatos la necesidad de estructurar una nueva orientación de sus perspectivas, basándose, en primer lugar, en la aserción de que los «asalariados» y la clase obrera constituyen una minoría que, en comparación con las masas campesinas es una minoría verdaderamente privilegiada, que no puede arrogarse el derecho de legislar para toda la nación —un derecho reservado única e incondicionalmente para el partido como encarnación de la nación— y en segundo lugar, en el alegato de que hay que superar la negativa aunque esencial actitud «de consumo» que adoptaron los sindicatos durante la lucha por la independencia nacional, que entonces era conveniente, y más que conveniente necesaria, además de estar acorde con las funciones tradicionales de un sindicato, el mejoramiento de los intereses económicos de sus miembros. Puesto que el estado es «de ellos», y en todo caso (especialmente en el África de habla francesa) ellos son empleados del gobierno, no es posible que vayan a la huelga contra «sí mismos». Puesto que están representados en el partido y en sus organismos más elevados, no es posible que pongan en duda la supremacía del partido. Es indudable que hay diferencias fundamentales entre los criterios, por ejemplo, de Nkrumah y Touré y los de Senghor —los dos primeros, a diferencia de Senghor, que en realidad trata de neutralizar políticamente a los sindicatos, les imparten una dimensión política al integrarlos en el partido, aunque al mismo tiempo agrandan sus funciones «no políticas»— pero de todos modos hay similitudes significativas. Al discutir el «problema» (término de Senghor) o el «papel» (término de Nkrumah y Touré) de los sindicatos, los dirigentes africanos afirman también a menudo la primordial importancia de la misión «revolucionaria» del campesinado que, por constituir

realmente el grueso de la población, es frecuentemente el sostén principal del partido.

Los enfoques de los «socialistas» africanos con respecto al problema de las clases en África ponen de manifiesto una diversidad significativa, aunque dejan ver una notable semejanza en las conclusiones políticas a que llegan; por lo menos en la medida en que estas conclusiones expresan y enfatizan la hegemonía del partido gobernante.

En un extremo del espectro están aquellos, en su mayoría «socialistas tradicionales de África oriental, que sostienen de un modo muy categórico que en la sociedad africana tradicional no había «clases» y que tampoco las hay actualmente; de lo cual llegan a inferir que el marxismo es inaplicable a las condiciones africanas. Nyerere duda que «el equivalente de la palabra «clase» exista en algún idioma africano indígena, porque el idioma describe las ideas de los que lo hablan, y la idea de «clase» o «casta» no existía en la sociedad africana». «El fundamento, y el objetivo, del socialismo africano es la extensión de la familia».⁷⁰ El informe oficial del gobierno de Kenia es aún más categórico: «La crítica que hizo Marx de la sociedad de su tiempo y su lugar fue una crítica válida... Tiene validez según la descripción de Marx, pero esa descripción tiene poca semejanza con la Kenia de la actualidad... El marco histórico que inspiró a Marx no tiene equivalencia en la Kenia independiente». Y dice también:

«Las agudas divisiones de clases que una vez existieron en Europa no tienen lugar en el socialismo africano ni paralelo en la sociedad africana. En la sociedad africana tradicional no surgió ningún problema de clases, como ninguno existe entre los africanos de hoy. Por consiguiente, el problema de clases que hay en África, es en gran parte un problema de prevención, en particular:

- 1) eliminar el riesgo de dominación económica extranjera; y
- 2) planificar el desarrollo de modo que evite el surgimiento de clases antagónicas...»⁷¹

Puesto que en África no existen las «clases» no hace falta ningún análisis serio de las fuerzas sociales que hay en África. Senghor ha declarado que «las

⁷⁰ «Ujamaa...», op. cit., p. 76.

⁷¹ *African Socialism... Kenya*, op. cit., pp. 6-7, 12-13.

realidades de África occidental son las de los países subdesarrollados —países campesinos en unas partes y países ganaderos en otras— que una vez fueron feudales, pero tradicionalmente sin clases ni sectores asalariados».⁷²

Esta visión «utópica» de las sociedades africanas tradicionales —es decir pre-coloniales— está relacionada con el criterio de que el colonialismo, al introducir en África los valores e instituciones del capitalismo, originó una tendencia a la formación de clases en África. Esto es lo que sugiere Senghor. Más particularmente, hombres como Nkrumah y Sékou Touré arguyen que el capitalismo, por sus propias razones, «precipitó una clase media» para servir de intermediaria entre las autoridades coloniales y las poblaciones africanas. Una clase media que, aunque al principio creó y articuló sentimientos nacionalistas, más recientemente se ha convertido en un instrumento o socio intencional del «neocolonialismo». Nkrumah, después de observar en *Consciencism* que la actitud del África tradicional hacia el hombre era «socialista», arguye que en aquella situación social era imposible que surgieran clases de tipo marxista. «Cuando hablo de una clase de tipo marxista me refiero a una clase que tiene lugar en una estratificación social horizontal... En este sentido, no había clases en la sociedad africana tradicional». Y agrega:

«Pero el colonialismo vino a cambiar todo esto... Para tener éxito, la administración colonial necesitaba un grupo de africanos que, al ser instruidos con un mínimo de educación europea, se contagiaron con los ideales europeos, cuya validez para las sociedades africanas sería aceptada por ellos... Además de ellos surgieron grupos de comerciantes, traficantes, abogados, médicos, políticos y dirigentes sindicales que, armados con las habilidades y grados de eficiencia que satisfacían a la administración colonial, se iniciaron en algo parecido a la clase media europea. También hubo algunos elementos de mente feudal que se dejaron calar por los ideales europeos, mediante la educación europea directa o la intimidad con la administración colonial local...»⁷³

Sékou Touré, al hacer un recuento del «saqueo» de las colonias por el «capitalismo colonial», sostiene que esta política entrañaba:

- a) la conversión de los gobernantes feudales en terratenientes, que se hi-

⁷² SENGHOR, *On African Socialism*, op. cit., p. 7.

⁷³ NKUMAH, *Consciencism*, op. cit., p. 69.

cieron agentes ejecutores de la explotación económica llevada a cabo por los monopolios coloniales;

b) la creación de una clase africana algo inferior a la clase media, que incluía los cuadros nativos, y los estudiantes graduados que, psicológicamente, fueron conquistados por la teoría de la asimilación;

c) la depauperación general de las masas trabajadoras, cuyo poder adquisitivo disminuía a medida que aumentaba su producción.

Está claro que, los esfuerzos por dejar que una categoría de terratenientes y una burguesía surgieran por encima de las masas subyugadas tendía entonces, no tanto al establecimiento de un régimen realmente burgués, como a la transformación del dominio completamente colonial en un dominio indirecto por medio de los elementos de los pueblos colonizados que de este modo eran ganados para la causa del imperialismo. Estas mismas son ahora las tácticas del neocolonialismo.⁷⁴

En otro lugar observa cómo la política colonial de «asimilación» fomentó la «incipiente oposición entre lo que puede ser denominado la *élite* intelectual por una parte y las masas rurales por la otra».⁷⁵

Pero aunque el colonialismo logró fabricar una clase media indígena en las sociedades africanas, no produjo su completa estratificación; esto se debió a que, si bien promovió el desarrollo de una clase media, el colonialismo «obstruyó el desarrollo de un capitalismo nacional africano y por ende el surgimiento de clases».⁷⁶ Touré sostiene por tanto que «tenemos la suerte de que formamos una sociedad en que prevalecen magníficas relaciones humanas. Pese a la realidad de estas relaciones, todavía hay antagonismos vinculados a intereses egoístas en una fase elemental, que pueden ser vencidos por la acción vigilante e incansable del partido».⁷⁷ Advierte que el antagonismo de clases ha de surgir en nuestra sociedad si permitimos que los grupos de intereses egoístas —aunque sean intereses laborales— se conviertan en clases de una índole reaccionaria y tendencia burguesa».⁷⁸ Entre tanto, sin embargo, rechaza firmemente «la lucha de clases a causa de la identidad de los grupos sociales africanos en cuanto las condiciones de vida y la falta de diferen-

⁷⁴ SÉKOU TOURÉ, *Guinean Revolution and Social Progress*, op. cit., p. 197

⁷⁵ SÉKOU TOURÉ, *Toward Full Re-Africanisation*, op. cit., pp. 9-10.

⁷⁶ SÉKOU TOURÉ, *Guinean Revolution and Social Progress*, p. 212.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 105.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 184.

ciación en clases antagónicas, y a causa de la enajenación económica y política a que están sometidos actualmente los pueblos de Africa tropical».⁷⁹

Así, pues, los dirigentes africanos están de acuerdo en que en sus países no se ha producido todavía una plena estratificación. «Algunos partidos de oposición sostienen, por el contrario, que esa estratificación ya se ha producido, y que el gobierno de su país respectivo, Senegal, por ejemplo, es un «régimen burgués».⁸⁰ (Después discutiremos la significación de esto.) Pero muchos de ellos alegan que *podría* producirse, a menos que se tomen las medidas «preventivas» necesarias. Enfatizan particularmente la posibilidad de que los cuadros educados, en el orden administrativo y en el técnico, mediante la supervivencia de las tendencias «pequeñoburguesas» o «capitalistas» se conviertan en una «nueva clase». Nyerere ha dicho:

«A medida que triunfe el nacionalismo, irá disminuyendo la probabilidad de que los europeos y asiáticos mantengan una posición permanente privilegiada en nuestros países. Pero se multiplicarán las probabilidades de que los africanos educados se conviertan en una nueva clase privilegiada. Pero esto no es evidente en tanto que los europeos y asiáticos sean más ricos que los africanos, con una diferencia tan notable. El presunto explotador africano puede disfrazarse de gran reformador social concentrando el ataque sobre el privilegio europeo y asiático. Antes de que sepamos dónde estamos, lo que es ahora una clase privilegiada esencialmente moribunda habrá sido remplazada por una clase permanentemente privilegiada de africanos educados».⁸¹

Observando la escasez de «cuadros y técnicos» en los países subdesarrollados, Mamadou Dia aduce que «existe realmente el peligro de que estos cuadros, cuyo número es reducido en relación con las necesidades, se aprovechen de su

⁷⁹ «Resolution CGTA (Confédération Générale du Travail Africain) Doctrine» citado en Thomas Hodgkin, «A note on the Language of African Nationalism», op. cit. p. 37.

⁸⁰ Véanse las opiniones del ya proscrito *Parti Africain de l'Indépendance* (P. A. I.) sobre el «socialismo senegalés»: «Este socialismo, que protege los intereses de las burguesía local y extranjera, no es ni más ni menos que una forma africana de capitalismo perteneciente a la era neocolonial.» Citado en «Senegal and the African Party of Independence», on *The African Communist* II, (3), abril / junio de 1963, p. 50 Véase también *Democratic Socialism: Being the Manifesto of the Action Group of Nigeria for an Independent Nigeria* (Lagos, 1960), para un interesante análisis de las «clases económicas» nigerianas.

⁸¹ Citado en *Africa Report*, op. cit., p. 9.

escasez para obtener ventajas y niveles de vida injustificados. De este modo surgiría una clase privilegiada... no distinta de los poseedores de capital en las economías capitalistas». ⁸²

Vale la pena señalar que casi todos los dirigentes africanos, al subrayar el peligro del ascenso de una «clase administrativa» privilegiada, parecen desconocer el peligro más serio, y por cierto más real, de los «cuadros políticos», particularmente dentro del marco del sistema de un solo partido (del cual están ausentes las restricciones de un sistema efectivo de dos o varios partidos), que pueden convertirse en una «nueva clase» privilegiada. Esto es lo que realmente ha ocurrido en la mayoría de los países africanos, donde la élite política y administrativa se ha equipado con todas las prerrogativas de una «clase social» —con grandes y numerosas casas, muchos negocios, innumerables cuentas en los bancos de Suiza, muchas veces mediante la «prolongación de la familia»— o, lo que es más, se ha unido a la clase media, a cuya cúspide se ha elevado. ⁸³ Nkrumah es casi el único que ha reconocido este peligro y ha tomado medidas para contrarrestarlo (con éxito solamente parcial). En 1959, advirtió:

«El Partido Convención Popular se ha convertido de una pequeña organización en un movimiento de amplitud nacional, que abarca dentro de sus filas y entre sus simpatizadores la abrumadora mayoría de nuestra nación. La composición del partido se ha hecho socialmente heterogénea por completo, y existe el peligro de que nuestro objetivo socialista sea obstaculizado por transigencias y componendas con los elementos pequeño-burgueses que hay en nuestras filas y que son indiferentes y a veces hostiles a los fines a cuya consecución se ha dedicado nuestro partido». ⁸⁴

En su bien conocida «alocución radial del amanecer», en 1961, fue todavía más explícito:

«A pesar de mis constantes aclaraciones y explicaciones sobre nuestros fines y objetivos, algunos miembros del parlamento siguen una línea

⁸² Citado en *Africa Report*, op. cit., p. 17.

⁸³ Para una excelente descripción de una de tales élites políticas, y de la forma en que opera en el contexto del neocolonialismo, véase, de Benoit Verhaegen, «Social Classes in the Congo», en *Revolucion I* (12) abril de 1964, pp. 115-28.

⁸⁴ KWAME NKUMAH, *I speak of Freedom*, Nueva York, 1961, p. 163.

de conducta que está en abierta contradicción con los fines de nuestro partido. Tienen la tendencia, en virtud de sus funciones y posiciones, a convertirse en un agrupamiento social aislado con el propósito de hacerse una nueva clase dominante con objetivos y aspiraciones personales. Esta tendencia está contribuyendo a enajenar el sostén de las masas y llevar al aislamiento la Asamblea Nacional». ⁸⁵

Algunos líderes africanos han discutido el problema de las clases en relación con su defensa del sistema de un solo partido, aunque hacen reversible la relación entre «clases» y «partidos». Nyerere arguye que «la tradición anglosajona de un sistema de dos partidos es un reflejo de la sociedad en que evolucionó, y en la cual había una lucha entre 'poseedores' y 'desposeídos'. Así, pues, la existencia de clases distintas en una sociedad, y la lucha entre ellas, dio como resultado el desarrollo del sistema de dos partidos... Con raras excepciones, la idea de clases es algo enteramente ajeno a África... Para nosotros, 'el otro partido' es el poder colonial». Y detalla también algunos otros factores, para argumentar que el sistema de dos partidos no es el «único modelo de democracia». ⁸⁶

Sin embargo, en la literatura del «socialismo senegalés» es donde se ve más claro la relación entre «clases» y «partidos». En Senegal, el partido de Senghor, la *Union Progressive Sénégalaise*, (UPS), mantiene todos los ochenta escaños de la Asamblea Nacional; pero como en el país existen algunos otros partidos, aunque son inefectivos, la UPS, según Senghor, es el partido «mayoritario», el partido «dominante», el *partido unificado*, que él distingue del partido «solo» o *partido único*, como por ejemplo, el PCP, el PDG y el TANU*. Tanto Senghor como Mamadou Dia (ex primer ministro de Senghor, a quien eliminó y encarceló hace algún tiempo) han discutido el sistema político de su país en término de los grupos y fuerzas sociales que hay en su seno. Al discutir los esfuerzos del gobierno en los últimos años «en favor del campesinado» por transformar las estructuras económicas coloniales, Dia ha expuesto lo siguiente:

«Es cierto que esta transformación estructural es obstaculizada por la existencia de clases medias y una *burguesía* local, productos y subproductos del sistema

⁸⁵ *Dawn Broadcast*, (abril de 1961) (Accra), p. 3.

⁸⁶ Citado en Sigmund, *The Ideologies of the Developing Nations*, op. cit., pp. 198-9.

establecido, que encuentra en estos elementos influyentes aliados y grupos importantes para hacer presión. La resistencia que así se forma no se puede minimizar, puesto que los dirigentes de la nación se ven obligados a restringir una oposición política que, aunque se proclama izquierdista, está dispuesto a aliarse con las fuerzas regresivas...»⁸⁷

Las implicaciones de este argumento se hacen más explícitas en el análisis de Senghor. Este alega que «no hay clases en nuestra sociedad. Pero el análisis revela cierta tendencia, un verdadero movimiento, hacia la formación de clases».⁸⁸

Toda la significación política e ideológica del argumento tiene que esperar un análisis de las «fuerzas sociales» en Senegal y el resto de África. Es preciso, mientras tanto, enfatizar sus rasgos más salientes. No hay «clases en guerra» sino solamente grupos sociales o técnicoprofesionales que luchan por adquirir influencia. Es el deber de la «mayoría», pero especialmente de los partidos de «oposición», «evitar que los grupos sociales se solidifiquen en clases antagonicas». En los «intelectuales» están incluidos los profesionales liberales, los servidores civiles, los empleados, e incluso los trabajadores: «incluso los trabajadores». Hay una «oposición» implícita entre los intereses de los «intelectuales» (que incluyen a los dirigentes políticos y sindicales) y los de los «campesinos, pastores y artesanos», que tienen que ser protegidos, particularmente por los «partidos mayoritarios», contra la «opresión de los intelectuales». Sin embargo, parece oportuno un comentario que se refiere a la relación entre «clases» y «partidos». Al mismo tiempo que proclaman que en sus países el partido es la incorporación de la nación *en conjunto* (y no meramente el protector de los intereses de un sector particular de la población, sea cual fuere su magnitud), hay dirigentes africanos, como Nkrumah, que repudian el sistema de muchos partidos porque, en su opinión, se presta a la manipulación y el abuso, bien mediante los intereses «regionales» o «tribales» (es decir, por medio de los intereses que militan contra la integridad y unidad de «la nación») o mediante los intereses «neocoloniales» o, las más de las veces, por la combinación de ambas cosas.

⁸⁷ MAMADOU DIA, *The African Nations and World Solidarity*, op. cit., p. 112.

⁸⁸ SENGHOR, *On African Socialism*, op. cit., 55.

* Siglas de las siguientes organizaciones: PCP: Partido de la Convención Popular (Ghana). PDG: Partido Democrático de Guinea. TANU: Unión Nacional africana de Tanzania. (N. de la R.)

Por otra parte, Senghor justifica las medidas represivas contra los partidos de oposición (o contra los elementos recalcitrantes que hay en su propio campo) alegando que, al fomentar sin cortapisas los intereses de los intelectuales, la oposición contribuye a la solidificación de los grupos «sociales» o «técnicoprofesionales» en «clases antagonicas». La distinción entre «clases en guerra» y «grupos sociales por adquirir influencia» —que analíticamente no tiene significado— adquiere así una importancia absoluta para la defensa que hace Senghor del sistema político de *partido unificado*. Admitir que estos «grupos técnicoprofesionales» son en realidad «grupos antagonicos» le obliga admitir lo mismo en cuanto a la «guerra de partidos» que es normal en una «sociedad de clases». Pero al argüir que hasta ahora hay «cierta tendencia hacia la formación de clases», que pueden y deben ser revertidas, pero que no pueden dejar de solidificarse en clases antagonicas, si la oposición ejerce a plenitud sus derechos, puede justificar la adopción de leyes y medidas para impedir la «subversión» que pueda llevar a cabo la oposición que, mediante una conclusión completamente falsa, él se las arregla para declarar que está «teleguiada» desde el extranjero. Huelga decir que estos partidos de oposición, en general, están muy distantes hacia la izquierda del partido de Senghor.

VI

Muchos líderes africanos —marxistas o no marxistas— admiten que en sus sociedades existen ciertas «contradicciones sociales» o «diferenciaciones sociales» que no pueden ser pasadas por alto, especialmente porque algunos intelectuales y dirigentes sindicales africanos emplean el concepto de «lucha de clases» para justificar la crítica y la oposición que hacen a sus gobiernos. Ya hemos observado los «grupos sociales» o «técnicoprofesionales» de Senghor. Sékou Touré reconoce que en la sociedad guineana existen «contradicciones entre los individuos y los grupos», particularmente entre los últimos:

«En realidad existe un individualismo del grupo, del mismo modo que hay un individualismo de la persona. Aquí no hay un hombre que se considere con relación a otro hombre, sino todo un grupo étnico, racial y orgánico que se define con relación a otro grupo. Esta actitud colectiva crea antagonismos que, al unirse, constituyen un enorme impedimento, un poderoso freno para el desarrollo político y económico de la nación.

Aquí estamos ante una agrupación de intereses que son característicos de una facción social, y que está en conflicto con el interés general, o que forma un frente común con otros intereses faccionarios.

Añade, no obstante, que «estas diversas contradicciones jamás ponen en duda los principios políticos» del PDG.⁸⁹ Esto es presumiblemente lo que le hace insistir en que no hay que confundir la «diferenciación social» con las «clases sociales» que, por definición, son «antagónicas». En un análisis posterior, declara:

«Aunque la vida social de Guinea no está dominada por el antagonismo de clases ni por profundas diferenciaciones sociales, se caracteriza por tendencias contradictorias, que podrían convertirse en lucha de clases si el PDG —con sus propósitos económicos y sociales— y el estado guineano —con el tenor revolucionario de sus leyes— no pusieran coto a todo desarrollo ulterior de estas tendencias y a los intereses sectoriales que las fundamentan».

Identifica «varias capas» en la sociedad guineana: «los campesinos que viven de la agricultura individual, familiar o cooperativista, el pastoreo, la pesca, a los artificios domésticos»; los «asalariados»; «los hacendados que poseen importantes recursos materiales y financieros y emplean un número creciente de trabajadores pagados»; «los propietarios de casas alquiladas»; los «comerciantes», comunmente llamados *dioulas*, que viven de la especulación comercial; «los grandes traficantes, propietarios de tiendas, transporte público, etc.», «los contratistas, propietarios de talleres o pequeñas industrias de procesamiento». «Los comerciantes, fabricantes y funcionarios de alto rango —observa él— se inclinan frecuentemente y en cierta medida al «aburguesamiento», tienden a distinguirse de la masa del pueblo, al que algunas veces llegan a despreciar abiertamente». La burguesía es «una base para las actividades subversivas, destructoras y contrarrevolucionarias. En tanto que la burguesía financiera se dedica al soborno y al sabotaje económico (el tráfico, las elevaciones ilegales de los precios, etc.), la burguesía de cuello y corbata se dedica a la especulación intelectual que se fundamenta en argumentos subjetivos, cuando no envenena las mentes con teorías reaccionarias u oportunistas».⁹⁰

El «grupo» o «facción social» que se analiza con más frecuencia es el que está formado por los «asalariados», cuyos «intereses faccionarios», articulados

⁸⁹ SÉKOU TOURÉ, *Toward Full Re-Africanisation*, op. cit., p. 103.

⁹⁰ SÉKOU TOURÉ, *Guinean Revolution and Social Progress*, op. cit., pp. 357-8.

por sus sindicatos, han llegado en muchos países africanos a entrar en conflicto con el «interés general» «representado» por el partido o el gobierno (del partido mayoritario). (La distinción entre si es el partido o el gobierno, el que «representa el interés general» es fundamental, como trataremos de establecer en el análisis siguiente con el propósito de evaluar la calidad «socialista» del «socialismo» de cualquier dirigente africano determinado.) En particular, el hecho de que, históricamente, el socialismo y el sindicalismo hayan estado íntimamente relacionados durante mucho tiempo, hace aún más necesario analizar y comparar las opiniones de los «socialistas» africanos sobre los «asalariados» y la misión de los sindicatos.

Muchos dirigentes africanos proclaman que, en sus países, los «asalariados» son en realidad «una minoría privilegiada», a diferencia de los proletarios de los países capitalistas que constituyen una mayoría desprovista de privilegios, y entre los cuales tiene sentido por tanto el concepto de la «lucha de clases». Después de observar un «verdadero movimiento» hacia la formación de clases en África, Senghor declara:

«Paradójicamente, algunos dirigentes laborales incluyen en el proletariado a todos los miembros de los sindicatos, que están compuestos exclusivamente de empleados del gobierno y trabajadores asalariados en empleos privados. Pero la renta anual de un servidor civil africano es aproximadamente de 360 000 francos CFA; el de un asalariado en el sector privado es 180 000 francos; en tanto que el de un campesino en la antigua África occidental francesa es de 10 000 francos. No es necesariamente el proletariado el que reclama ese privilegio.»

De ahí procede el argumento contra cualesquiera aumentos salariales para los servidores civiles⁹¹ (que a menudo basan la reclamación de un aumento, no solamente en la constante elevación de los costos de la vida, sino además en el señalamiento del desenfado con que los miembros del parlamento y los ministros aprueban frecuentemente aumentos en sus propios emolumentos y asignaciones).

Refiriéndose a Guinea, «donde toda la población consta de trabajadores, que viven en pésimas condiciones», escribe Sékou Touré:

«Solamente el 3 ó 4 por ciento de los trabajadores son asalariados, con una mayoría de servidores civiles que, socialmente, están en una situación bastante

⁹¹ SENGHOR, *On African Socialism*, op. cit., p. 55.

privilegiada. Aquí, en Guinea, la renta media anual de un trabajador no calificado es más o menos dos veces mayor que la de un agricultor; por añadidura, mientras el agricultor vive en la inseguridad, constantemente amenazado en su trabajo por los desastres naturales, el obrero goza de seguridad social: concesiones familiares, atención médica gratuita, seguros contra accidentes, pensiones, etc... Además, es muy ardua la brega con que los agricultores y pastores producen lo que necesitan para su manutención.»⁹²

Touré, que acepta en principio el análisis marxista de las «clases» y se adhiere fervientemente a la necesidad de la «lucha de clases» en los países capitalistas industrializados, niega al mismo tiempo que ello sea aplicable a los países africanos, donde no existen «clases antagónicas» sino «diferenciaciones sociales». Arguye que la «definición marxista» de la «clase obrera» abarca, «además de los obreros industriales, los trabajadores agrícolas y todas las categorías asalariadas y explotadas por una clase de patronos que son propietarios de los instrumentos de producción». Esta definición, agrega él:

«...no es aplicable a los países no industrializados, como son casi todos los países africanos, ya que éstos no tienen una burguesía nacional que posea los instrumentos de producción: en los países subdesarrollados, el término «clase obrera» abarca todas las masas trabajadoras que constituyen las fuerzas productivas, pero dentro de las cuales, los asalariados —trabajadores manuales o empleados de cuello y corbata— forman una minoría relativamente privilegiada si se la compara con los demás obreros...»⁹³

Luego, la «clase obrera colonial» es «también la fracción burguesa de los pueblos colonizados». El camino por el cual se nos hace llegar a esta conclusión está delineado por numerosas y sugerentes ambigüedades, que abren fascinantes perspectivas de análisis social. Al igual que los «profesionales liberales» (que «como los grandes funcionarios del gobierno —según dice Senghor en una nota al pie— son muy poco numerosos»),⁹⁴ la «minoría privilegiada» de «intelectuales» de Senghor consta en gran parte de «servidores civiles, empleados e incluso trabajadores»; y se parece notablemente a la «minoría privilegiada» de «asalariados» de Sékou Touré que consta principalmente de «servidores civiles»,

⁹² SIKOU TOURÉ, *Guinean Revolution and Social Progress*, op. cit., p. 185.

⁹³ Ibid. pp. 211-12.

⁹⁴ SENGHOR, *On African Socialism*, p. 143.

de «trabajadores manuales» y empleados de cuello y corbata, y asimismo, de «obreros industriales, empleados y trabajadores no calificados», y se parece también a la «clase obrera-burguesía» de Fanon, que comprende a los «conductores de tranvías, choferes de alquiler, mineros, estibadores, intérpretes, enfermeras, etc., etc.» Si el conjunto de miembros de una clase particular se determina a base de la identificación del origen o la magnitud de sus rentas, o se determina por la similitud de sus condiciones de vida, de todos modos hay un campo evidentemente amplio para una mayor reclasificación dentro del análisis que hacen Senghor, Touré y Fanon. Una categoría social que tiene un alcance tan amplio como para incluir a los «obreros manuales al igual que a los de cuellos y corbata, a los obreros industriales al igual que los trabajadores no calificados, a las enfermeras al igual que los obreros, a los servidores civiles al igual que los choferes de alquiler —una categoría seleccionada, es decir, sin referencia a cualesquier criterio o factores determinantes de los que emplean en los «análisis de clases»— tiene poca utilidad analítica pero considerable significación política. En estos análisis hay no obstante una diferencia fundamental, pese a su notable semejanza en otros sentidos. En tanto que Senghor pone todo su fervor en subrayar la oposición que existe entre los intereses de la «minoría privilegiada» y los de los «campesinos, pastores y artesanos», Sékou Touré no es menos fervoroso, al mencionar la ausencia de una «burguesía nacional» (y al insistir, además, en que las «estructuras democráticas» del régimen popular de Guinea «forman una barrera» para el surgimiento de esa burguesía), en enfatizar que los intereses de toda la «población trabajadora» y los de su «sector asalariado privilegiado» son fundamentalmente los mismos.

De este énfasis en los «asalariados» como una pequeña minoría privilegiada se derivan actitudes y tendencias políticas que son comunes a muchos dirigentes africanos y devalúan el aporte político y la misión de los sindicatos, repudian su autonomía de organizaciones políticas —lo mismo del partido que del gobierno— y exhortan a los dirigentes sindicales, como representantes y jefes de los asalariados, a superar un mezquino «egoísmo» de ocupación laboral, por el cual se inclinan a promover los intereses de sus miembros en contra, o a expensas, de los de la comunidad o la nación en general. Puesto que «los sindicatos no representan ahora más que una pequeña minoría de la población adulta de Kenya —expone el informe oficial del gobierno de Kenya— no se les puede permitir que beneficinen a esos pocos a expensas de sus numerosos

hermanos menos afortunados»,⁹⁵ a quienes Kenyatta, en una glosa posterior del informe, identifica como «campesinos». ⁹⁶ Tom Mboya, que en su condición de ministro de planificación económica y desarrollo de Kenya, fue el principal responsable del informe de Kenya sobre el socialismo africano, comenzó su carrera pública, al igual que algunos otros dirigentes africanos, como dirigente sindical; muchos de ellos tienen, o dicen que tienen, no solamente inclinaciones laborales, sino activos antecedentes sindicales. Frecuentemente reconocen las grandes aportaciones políticas de los sindicatos —por medio de huelgas bien reguladas, etc.— durante la lucha por la independencia nacional. Muchos de ellos sostienen que han contribuido a su vez, después de convertirse en dirigentes gubernamentales de sus países, al mejoramiento de los salarios y condiciones de vida de los obreros. Por otra parte, casi todos han chocado con reiteradas demandas y huelgas por aumentos salariales y otras linduras por el estilo, a las que han replicado, no solamente pidiendo a los obreros «restricciones salariales» y «sacrificio», sino también con severas medidas represivas, como en el tratamiento dado a las huelgas. Lo cierto es que en la mayoría de sus países, los sindicatos —por voluntad propia o por lo que sea— han sufrido una disminución general en sus actividades e importancia, tanto en el orden político como en el económico.

Durante la era colonial, los sindicatos fueron, por lo menos para empezar, «de consumo»; procuraban y estimulaban los beneficios económicos. Puesto que, especialmente en África francesa, los sindicatos más antiguos y a menudo los mejores organizados eran los de los servidores civiles africanos (que ocupaban los puestos más insignificantes) o los sindicatos industriales (y el «capital era en gran parte expatriado o colonial»), sus demandas y agitaciones económicas eran al mismo tiempo «políticas», con tendencia a socavar el sistema colonial. Como además eran urbanos en su mayor parte, sus miembros constituían frecuentemente la parte más activa de los partidos y movimientos nacionalistas. Por consiguiente, los sindicatos eran en general un elemento activísimo poli-

⁹⁵ *African Socialism... Kenya*, op. cit., pp. 44-5.

⁹⁶ JOMO KENYATTA, «African Socialism and African Unity», en 1 (1) verano de 1965, p. 37. En la comunicación de Kenyatta, dicho sea de paso, no se establece en ningún momento la relación entre el «socialismo africano» y la «unidad africana». La mayor parte de los líderes africanos que hablan de «socialismo africano», en realidad, no enuncian ni crean un vínculo entre ese socialismo y la unidad africana. Por otro lado, dirigentes como Nkrumah y Touré, que repudian la idea de un «socialismo africano», relacionan continuamente la construcción del «socialismo» en sus países con la imperiosa necesidad de la unificación política y económica de África.

ticamente; y a veces, sus dirigentes se las arreglaban para desplazar, a los «intelectuales» moderados que encabezaban un movimiento nacionalista determinado, acelerando así su paso y haciéndolo, a la vez más radical. En otras ocasiones, las huelgas tenían una inspiración política que les daban los dirigentes nacionalistas, con el propósito de originar un trastorno general en el sistema colonial.⁹⁷ Después de la independencia, sin embargo, los mismos sindicatos se han enfrentado a los nuevos gobiernos «nacionalistas» con demandas «de consumo». Los gobiernos, por su parte, han solicitado de los sindicatos una actitud «de producción», exponiendo la necesidad de mayor productividad y cosas por el estilo, amonestándolos por su «egoísmo», de siempre querer «más y más» y no preocuparse bastante por sus hermanos menos afortunados, y en general, se han opuesto a las demandas de aumentos salariales, y han tratado con mano dura las huelgas y a los dirigentes sindicales recalcitrantes. En tanto que durante la lucha por la independencia nacional, los dirigentes políticos se beneficiaban con las huelgas y frecuentemente las estimulaban o «inspiraban», ahora —especialmente en los países donde los sindicatos en general simpatizan con los partidos de oposición— han denunciado las huelgas «de inspiración política». En otros países, el sindicalismo «anticuado» ha dado lugar al «sindicalismo político», con el movimiento sindical completamente integrado al partido, y con dirigentes sindicales que desempeñan a veces un activo papel en el gobierno o a su alrededor.

Al discutir el papel de los sindicatos africanos, Nyerere se ha opuesto a que en África se importe la noción de que los sindicatos no dependan del control político, noción derivada de los sindicatos en los países europeos, donde «el estado» fue durante largo tiempo el instrumento político de los «capitalistas». ⁹⁸ En su discusión del «socialismo», endilga la etiqueta de «capitalista» a un grupo «que explota o trata de explotar» a otros grupos sociales. Porque el hecho de que un grupo reclame una mayor participación en la renta general debido a su mayor contribución a ella, aun a expensas de los intereses de otros miembros de la comunidad, es poner de manifiesto una actitud mental capitalista.⁹⁹

⁹⁷ Para una opinión un poco contrastante, véase el capítulo «Trade Unions de Elliot. J. Berg y Jeffrey Butler, en James S. Coleman, and Carl G. Rosberg, eds., *Political Parties and National Integration in Tropical Africa* (Berkeley / Los Angeles, 1964).

⁹⁸ Citado en Sigmund, *The Ideologies of the Developing Nations*, op. cit., págs. 202-05.

⁹⁹ «Ujamaa», op. cit., pp. 74-5. En Tanganika ha habido gran conflicto entre el gobierno y las organizaciones sindicales nacionales. A continuación del motín de los

Donde mejor se reflejan muchas de estas tendencias en las relaciones entre los gobiernos y los sindicatos es en el análisis, característicamente nítido, de Senghor, en el que hay tres temas que aparecen insistentemente. En primer lugar sostiene él que en Senegal (o en la Federación de Mali o en África tropical), los «asalariados» forman una minoría numéricamente pequeña y económicamente privilegiada. No solamente sus salarios actuales... son por lo menos iguales a los que reciben los empleados metropolitanos, «sino que también existe ya una gran diferencia entre el nivel de vida de los habitantes de la ciudad —empleados civiles, obreros y demás trabajadores— y en los campesinos, que constituyen más del 90 por ciento de la población». «En Francia, los empleados del gobierno constituyen el 17 por ciento de la población adulta y cobran el 25 por ciento del presupuesto. En Senegal, constituyen el 1 por ciento de la población, y cobran ¡el 48 por ciento del presupuesto!»¹⁰⁰

En segundo lugar, aunque tiene en cuenta la gran aportación política de los sindicatos antes de la creación de los partidos políticos y especialmente antes de la *Loicadre*, Senghor demanda de los sindicatos una «reconversión» a su «papel natural, que es primordialmente la defensa del poder adquisitivo de sus miembros». Antes de la existencia de los partidos políticos negroafricanos, «era de la incumbencia del movimiento laboral negroafricano asumir todas las responsabilidades de la *cuasinación*». Pero después de la aparición de los partidos políticos en 1945, y particularmente, después de los acontecimientos políticos que tuvieron lugar en 1956-57 y a continuación determinados por la *Loicadre*, «ya no correspondía a los sindicatos, sino más bien a los partidos políticos, el asumir la totalidad de las responsabilidades nacionales. A partir de entonces, los sindicatos debían volver a su papel natural de defender los intereses profesionales». Esta reversión, «implícita en el pensamiento de Marx» se ha producido realmente «en todos los regímenes comunistas... después de la revolución proletaria. Puesto que representa la totalidad de los intereses de las masas y la nación, el *partido* asume el papel principal en lo tocante a di-

¹⁰⁰ SENGHOR, *On African Socialism*, op. cit. pp. 55-6.

«Tanganyika Rifles» en enero de 1964, «fueron detenidos más de 200 miembros de sindicatos, según los informes oficiales» (Friedland and Rosberg, *African Socialism*, op. cit., p. 285, nota 17), y la Federación del Trabajo de Tanganika y sus sindicatos constitutivos fueron disueltos por la legislación. En su lugar fue creado un nuevo sindicato único, la Unión Nacional de Trabajadores de Tanganika. Por esta legislación, al presidente de Tanganika (o sea, Nyerere), se le otorga el derecho de nombrar al secretario general y al secretario diputado general del sindicato. El Ministro de Trabajo de entonces fue nombrado el primer secretario general.

rección y control». Refiriéndose presumiblemente a las elecciones de 1959, Senghor sostiene que «este partido (el UPS) comprende el 85 por ciento de la población».¹⁰¹

Pero, en tercer lugar, exigir una «reversión» en este papel, no quiere decir que «el sindicalismo tiene que convertirse, egoístamente, en una agencia de reivindicaciones». Y sigue diciendo Senghor:

«Puesto que constituyen el grupo más educado y por ende más conciente, los asalariados tienen que ir más allá de sus propios intereses como grupos y de sus preocupaciones estrictamente profesionales. Colocándose a un nivel más elevado, abarcarán los intereses de todos los grupos sociales y, en primer lugar, los de aquellos que no tienen privilegios: los campesinos, los pastores, los pescadores, los artesanos.»

Después de reiterar que los asalariados (y sus sindicatos) formaban «el grupo social más culto e influyente» del país, Senghor se pone de acuerdo con la Confederación Nacional de Sindicatos de Mali para propugnar, en una resolución, la participación de ésta en la *administración* de los asuntos económicos y sociales, no solamente como una organización consultiva, sino *responsable* (el subrayado es de Senghor). Después de recordarles que «los asalariados constituyen menos del 10 por ciento de la población activa» del país, agrega Senghor: «El confiarles el control de los intereses de la nación, aunque esto se limitase a los asuntos económicos y sociales, violaría las reglas de la democracia: negaría la existencia del estado.»

Senghor desarrolla aún más su argumento «hablando como un dirigente sindical». Después de observar que en el pasado los sindicatos se habían interesado «más en la defensa de los intereses de sus miembros que en la de los intereses de la *cuasinación*, se refiere al aumento en la renta anual de los campesinos, etc., que es «menos atribuible a los sindicatos que al partido político, por la sencilla razón de que la mayoría de los miembros del partido son campesinos, pastores y pescadores, por no hablar de los artesanos y tenderos». Los grupos sin privilegios no pueden seguir siendo pasados por alto, como lo eran bajo el régimen colonial. Ya no es posible igualar los salarios africanos a los de la metrópoli... por consiguiente, los sueldos no serán rebajados, sino más bien congelados, a partir de este año (1960). Esto nos permitirá utilizar los ahorros así realizados en inversiones productivas en la infraestructura, agri-

¹⁰¹ SENGHOR, *On African Socialism*, op. cit. pp. 96-7.

cultura, crianza de ganado, pesca y artesanía».¹⁰² Anteriormente, Senghor había hecho algunas observaciones significativas acerca de otros «grupos sociales distintos» en la sociedad de África occidental. «En cuanto a los comerciantes, la mayoría de ellos son pequeños tenderos que no presentan una amenaza social inmediata. El peligro estaría en que, en vez de hacerse ricos, se hicieran cada vez más pobres a causa del capitalismo extranjero y de su propia falta de organización». Y con respecto a las «profesiones liberales»: «Aunque sus miembros son los que tienen una educación más elevada, no son los más influyentes, ni política ni económicamente.» Pero «la situación de los asalariados... agrupados en sindicatos», como ya hemos visto, era «completamente distinta».¹⁰³ En una discusión anterior, Senghor había identificado a los «estudiantes» y los «dirigentes laborales» como «nuestras élites». De los estudiantes dijo que «pueden tomar como modelos a los estudiantes de África del Norte, que siempre han confiado en los dirigentes políticos de sus respectivos países.»¹⁰⁴ Se refería sin duda al «no» de los estudiantes, así como de los dirigentes laborales, en el referéndum de setiembre de 1958, que contrastaba con su propio «sí» y el de su partido.

Así, hay varios aspectos significativos en el razonamiento de Senghor. No solamente proyecta su partido político —que forma el gobierno— como vocero y protector de los grupos «no privilegiados» —los campesinos, pastores, pes-

¹⁰² *Ibid.*, pp. 97-9. Senghor recalca constantemente su preocupación por los intereses de los campesinos «no privilegiados», etc. Superficialmente esto parece estar de acuerdo con la primordial importancia concedida al campesinado por varios dirigentes africanos. Sékou Touré ha señalado la mayor «conciencia revolucionaria» del campesinado. Y Fanon ha asegurado que «en los países coloniales solamente los campesinos son revolucionarios, porque no tienen nada que perder y mucho que ganar». El pensamiento de Fanon fue modelado principalmente por su participación en la guerra argelina. Ben Bella y otros dirigentes argelinos también han puesto énfasis en el importante papel del campesinado, al igual que lo ha hecho Modibo Keita. Los dirigentes africanos que todavía están enfrascados en la «lucha por la liberación nacional», como Amílcar Cabral en Guinea Portuguesa, o los líderes del Partido Sawaba de Nigeria, que combaten al régimen neocolonial, enfatizan asimismo el papel decisivo del campesinado. Y todos se refieren a las revoluciones china y cubana. Tal parece que en todos los países donde la lucha por la liberación nacional se ha convertido en una «guerra por la liberación nacional» —con el empleo de la violencia armada en gran escala, y con guerrillas que combaten en los campos o las montañas, y cuyo éxito depende de la ayuda y participación activas y enérgicas de las masas rurales— los líderes se han visto obligados a reconocer el papel primordial y decisivo del campesinado. Pero está claro que esto tiene poco en común con la actitud solícita Senghor ante los «no privilegiados».

¹⁰³ SENGHOR, *On African Socialism*, op. cit., pp. 95-5.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 54.

cadores, tenderos y artesanos— sino que también niega que los comerciantes o las profesiones liberales constituyan un grupo social grande, influyente o «peligroso», al mismo tiempo que subraya que los «asalariados» constituyen la «verdadera burguesía», que se esfuerza por fomentar sus propios intereses a expensas de los de la nación, cuya encarnación es el partido mayoritario y cuyo guardián es su gobierno, y aboga en realidad por la castración de los sindicatos. No es, por tanto, de extrañar que, en Senegal, las relaciones de los sindicatos con «el partido mayoritario» y el gobierno hayan sido y sigan siendo mutuamente hostiles. Los dirigentes sindicales han apoyado generalmente a los «partidos minoritarios», que están proscritos cuando no son inefectivos. Resulta significativo, en este sentido, que Senghor, que siempre manifestó lealtades panafricanas y se opuso a la *Loicadre* porque ésta proponía la desintegración de la «estructura federal» en África francesa, no solamente se haya unido en los últimos años a las filas de los «gradualistas» y «regionalistas» sobre la cuestión de la unidad africana, sino que además se ha opuesto activamente a que los sindicatos senegaleses se unan a las organizaciones sindicales panafricanas. «No podemos combatir al colonialismo europeo o francés para sustituirlo con el colonialismo africano. El imperialismo de ciertos estados africanos independientes, en que los sindicatos no son realmente más que satélites del partido mayoritario —precisamente la relación de Senghor prescribe para los sindicatos en su propio país— elimina toda duda acerca del peligro de la Unión Panafricana.»¹⁰⁵ La iniciativa para tales organizaciones sindicales panafricanas ha partido generalmente de los dirigentes sindicales en estados africanos como Ghana y Guinea, cuyos dirigentes son panafricanistas radicales, además de que en ellos las organizaciones sindicales nacionales están incorporadas muy íntimamente a los partidos y gobiernos nacionales.

VII

La actual «clase política» de casi todos los estados de África tropical es totalmente y en particular un producto de la situación colonial de África. Al principio constaba de un número muy reducido de africanos, los que estaban en los más bajos niveles de la escala administrativa y en las profesiones liberales, como el derecho, la enseñanza y la medicina; comerciantes (minoristas en su mayoría) y grandes y medianos agricultores y cosecheros de cultivos

¹⁰⁵ SENGHOR, *On African Socialism*, op. cit., p. 98.

para el mercado (especialmente en África occidental). No era una burguesía nacional (aunque después de la independencia ha asumido muchas características de tal) del tipo que se desarrolló, por ejemplo, en la India como resultado del dominio colonial británico, porque, en África, los programas económicos y políticos —mediante los que la gran industria, el comercio y las plantaciones estuvieron casi por completo bajo el seguro control de los europeos— evitaron que se acumulara en manos africanas una afluencia de capital que permitiese a una clase indígena emprendedora, el desarrollo de un capitalismo africano. Por otra parte, los gobernantes coloniales se vieron obligados —tanto por la exigüedad de su número, como por la necesidad de gobernar a millones de personas con hábitos e idiomas extraños— a «extraer» de las masas de africanos, pequeños grupos para asumir funciones particulares, principalmente como «intermediarios». El sistema de «gobierno indirecto» fue uno de tales artificios; pero por su propia naturaleza —su carácter tradicional— las autoridades nativas fueron incapaces de ayudar eficazmente en la modernización parcial que el sistema colonial, por los objetivos económicos y políticos que lo fundamentaban, estaba obligado a emprender. Las autoridades coloniales necesitaban, sobre todo, un grupo de africanos con bastante educación «europea» —es decir, educados en el idioma de la potencia colonial— para ocupar los puestos inferiores en la administración colonial: amanuenses, mecanógrafos, mensajeros, etc. En recompensa, a los miembros de este grupo se les concedían algunos «privilegios» residuales de las élites coloniales. Recibían salarios regulares aunque pequeños; radicaban en las poblaciones principales; ellos y sus hijos iban a las escuelas, y en muchos otros sentidos tenían cierto valor en el sistema colonial, aunque solamente en su periferia. La «educación» era la diferencia y se hizo el rasgo distintivo de este grupo. Con la ampliación de las oportunidades educacionales, a este grupo se unió otro, aunque mucho más reducido, de africanos que pertenecían a las «profesiones liberales»: empleados de bufetes y más tarde abogados, maestros de escuela primaria y después de secundaria, ayudantes de medicina y después médicos. Otro grupo, de pequeños comerciantes, engrosó en su oportunidad esta «clase» incipiente. En tanto que el comercio en gran escala estaba en manos de europeos (y en menos grado de asiáticos y árabes), en el comercio al detalle, especialmente en las poblaciones más pequeñas, estaba en poder de africanos emprendedores que después se hicieron ricos. Finalmente, como las autoridades coloniales estimulaban el cultivo de cosechas para el mercado, como cacao, café y mani, apareció en el escenario un grupo bastante próspero de cultivadores africanos, particular-

mente en África occidental, donde el clima resultaba inhóspito para plantaciones de propiedad y administración europeas.

El rasgo más importante de este grupo numeroso, aunque bastante reducido en relación a la población total de África, era su carácter homogéneo, que consecuentemente le daba «conciencia de clase». Era una «clase media» por cuanto ocupaba una posición intermedia entre la élite colonial y la masa de los pueblos africanos, pero *no* era una «clase media», en el sentido europeo, por cuanto no tenía una base económica independiente ni una función económica claramente diferenciada en el sistema colonial, comparables a las de la clase capitalista de Europa, o siquiera de la India. Por otra parte, en relación con el resto de la población, estaba mucho más centralizada: casi todos sus miembros vivían en las ciudades y mayores poblaciones, y los que vivían en el «monte», o bien formaban parte de la autoridad, que ejercían por disposición de los principales centros administrativos; o creaban vínculos e intereses, por mediación de los comerciantes y cultivadores en la adquisición de propiedades; por ejemplo, o con el envío de sus hijos a recibir educación en las escuelas de las poblaciones mayores. Su carácter predominantemente urbano facilitaba una comunicación regular y completa entre sus miembros. Esta clase se diferenció inmediatamente de los amos coloniales y de las masas coloniales, y por los mismos criterios derivados de la propia situación colonial. De las masas coloniales, se diferenciaba por su «educación», por su «posición especial» ante la élite, por su nivel de vida relativamente más elevado y aún más, por sus más elevadas perspectivas económicas y por la orientación de su sistema valorativo. De los amos coloniales, se diferenciaba por la barrera del color, la «cultura», inherente al propio sistema colonial: por los mismos términos de la situación colonial, se encontraba limitada a posiciones inferiores, en las profesiones, en los negocios y en el comercio, y por los mismos trabajos sus miembros cobraban menos que los europeos; eran prácticamente extranjeros en su «terruño nativo», aunque su estilo de vida estaba mucho más próximo al de los europeos que al de los africanos; en resumen, el sistema colonial puso a su avance, un límite político y administrativo muy sólido y casi insuperable. Su educación los separaba de los africanos, su color de los europeos. La misma ambigüedad de su posición dentro de la situación colonial los hacía destacarse como una clase social bien definida. Su posición intermedia en la jeraquía colonial de los valores —riqueza, prestigio, poder— no sólo delineaba claramente sus contornos sociales en la sociedad colonial, sino que también hacía que sus miembros estuviesen concientes de ser miembros de la misma clase.

En ninguna parte se reflejó mejor la ambigüedad engendrada por su posición intermedia que en sus actitudes políticas, antes y después de la independencia. Dio voz y forma al nacionalismo africano; pero, en última instancia, su nacionalismo no fue más que su deseo y determinación de superar las incapacidades en que la había colocado la situación colonial para lograr la máxima autoexpresión política y económica y para ejercer sobre su «propio» pueblo la hegemonía que, a la luz de su propia autovaloración, consideraba que le correspondía. Su «nacionalismo» fue en muchos casos bastante genuino; y buscó la ayuda de los «gobernantes tradicionales» dondequiera que le fue posible, y la del «pueblo común» dondequiera que le fue necesaria, para asegurar la derrota del colonialismo. Pero al mismo tiempo, y esto fue una realidad particularmente entre los «asimilados» de África francesa, su perspectiva nacionalista estaba tan conformada y limitada por la *élite* colonial y por las normas de la sociedad colonial, que la incapacitó para comprender —o reconocer voluntariamente— que la terminación del dominio colonial no era más que la primera etapa del completo desmantelamiento de la estructura colonial, sin el cual no se puede mejorar el nivel de vida de los pueblos africanos en ningún sentido significativo. Procuró, no destruir el sistema colonial, sino desplazar la *élite* colonial. No procuró transformar, sino «africanizar», las estructuras coloniales. Y esta clase es ahora la clase gobernante en la mayor parte de los nuevos estados de África tropical. Se la puede llamar «burguesía burocrática», no en el sentido estrecho en que emplea el término, por ejemplo, Potejin, para referirse solamente a los empleados civiles que devengan altos salarios,¹⁰⁶ sino por cuanto deriva su poder económico de su monopolio sobre el poder político y administrativo, de modo que, por ejemplo, sus componentes «comerciales» aseguran sus numerosas ventajas —licencia de importación de divisas extranjeras, etc.— mediante el control en que participa sobre los aparatos político y administrativo. Y el «socialismo africano» —y su enjambre de «socialismos nacionales»— es la «ideología» de la burguesía burocrática.

Las economías africanas son agrarias en su inmensa mayoría, y la tierra es fuente de donde extrae sus medios de vida la mayor parte de la población, y de donde extrae el estado casi todos sus ingresos. Por consiguiente, el desarrollo económico es, por encima de todo, una cuestión de mejorar el nivel de vida de las poblaciones campesinas (primero, modernizando la agricultura y haciéndole rendir un nivel de vida más elevado, pero a la larga, y más funda-

¹⁰⁶ POTEJIN, *Africa's Ways of Development* (Moscú, 1964), p. 64.

mentalmente, haciendo que sea cada vez mayor la cantidad de personas que deje de depender de la tierra para vivir, mediante la diversificación de la economía en varios sentidos). Hay dirigentes africanos, como Senghor, Nyerere y Mboya, que sostienen que en África, la tierra se mantenía y poseía en común, por la tribu o la comunidad. «Entre nosotros, los africanos, siempre se reconoció que la tierra pertenecía a la comunidad... El gobierno del TANU tiene que volver a la costumbre tradicional africana en cuanto a la posesión de la tierra. Es decir, un miembro de la sociedad tiene derecho a una parcela de tierra a condición de que la trabaje. Hay que acabar con la propiedad incondicional, o «absoluta» de la tierra (que conduce a la especulación y al parasitismo).»¹⁰⁷ Pero cualquiera que sea la base de la propiedad de la tierra —y el informe oficial de Kenya admite «algún conflicto de opinión con respecto a la actitud tradicional ante los derechos a la tierra— es poco el desacuerdo que hay entre los dirigentes en cuanto a que el derecho a usar la tierra se ejerce en las sociedades africanas sobre una base familiar. La tierra africana se cultiva realmente por «una vasta masa de pequeños campesinos». El campesino cultiva una pequeña parcela de tierra que es suya mientras la use, aunque no puede enajenar o transferir su propiedad. Todos los tipos distintos de cooperativas agrícolas que se ensayan en África dejan intacto el cultivo de la tierra sobre una base familiar. (Ghana, entre otros países, está experimentando con granjas estatales). Para adaptarla a una economía moderna y monetaria —declara el informe oficial de Kenya— la propiedad de la tierra tiene, que... hacerse más definida y explícita, si se quiere que tenga pleno éxito su consolidación y desarrollo.¹⁰⁸ Un reciente estudio sobre Tanganica se refiere a la legislación de 1963, que se realizó según las normas trazadas en el informe de Nyerere sobre el «socialismo africano», y que elimina efectivamente todos los títulos de propiedad absoluta. Pero esta política no era aplicable, deliberadamente, a la tierra poseída por africanos «bajo el derecho y hábito nativos», y que por tanto no se consideraba como propiedad absoluta. Por lo tanto, la legislación es aplicable realmente sólo a la tierra de europeos y asiáticos. El mismo estudio observa que «en el cultivo de café de Haya y Chagga, las sociedades

¹⁰⁷ «Ujamaa...», op. cit., pp. 72-3.

¹⁰⁸ *African Socialism... Kenya*, op. cit., pp. 10-11. En su *Freedom and After* (Londres, 1963, pp. 172-3), Tom Mboya, un fervientísimo «socialista tradicional», duda que el kibbutzim israelí sea aceptable para los africanos, porque, según dice él, «cada vez es mayor el número de africanos que quieren posesiones individuales, de las cuales puedan disponer a voluntad, de las cuales puedan decir 'esto es mío'».

más ricas y más altamente desarrolladas de Tanganica, son comunes las propiedad individual y la transferencia». Las opiniones de Nyerere acerca de la abolición de la propiedad absoluta «no fueron bien recibidas, y muchos agricultores prósperos que cultivaban café llegaron incluso a amenazar con abandonar el TANU a causa de esta cuestión».¹⁰⁹

Así, pues, los dirigentes africanos recalcan que lo que más les interesa es la «modernización» de la agricultura, en cuya promoción el gobierno tiene que asumir el mando mediante diferentes tipos de «inversiones productivas» y en el fomento de cooperativas mercantiles, etc. Este énfasis en el «papel fundamental del estado» está de acuerdo con el enorme engrandecimiento del papel del gobierno que tuvo lugar durante el período colonial, a despecho de ciertas diferencias conceptuales y estructurales entre los sistemas políticos de las potencias coloniales. Como parte del proceso de mantener a sus colonias dentro de un marco, integrado en lo político y lo económico a una infraestructura concomitante, el «estado» colonial se componía de un conjunto masivo de poder administrativo y político, especialmente en el contexto, por lo demás, de la extremada centralización de los sistemas francés y belga y la orientación «benéfica» de la política británica particularmente después de 1945. Después de la «transferencia del poder» a manos africanas, en vista de la ausencia de una clase empresaria indígena y también, y principalmente, a causa del carácter inevitablemente infraestructural de una buena parte del desarrollo —con muy pocos atractivos para la «empresa privada»— el estado tuvo que seguir desempeñando un papel prominente, que cada vez más se hacía mayor. Y como el socialismo atribuye al estado un papel fundamental en la dirección económica, resulta muy cómodo para muchos dirigentes africanos ponerles una etiqueta «socialista» a sus programas de desarrollo.

Mas, para tener éxito, la modernización de la agricultura tiene que contar con la más amplia participación de las propias poblaciones campesinas: las «masas» tienen que ser «movilizadas» con el esfuerzo por el desarrollo. Esto se intenta, en parte, mediante la *animation rurale*, *l'investissement humain* y otros programas similares de «desarrollo comunal» y «autoasistencia», que tratan de enlazar la cooperación y el trabajo voluntarios de los propios campesinos en proyectos particulares de «mejoramiento». Esto a su vez presupone la necesidad de hacer que las masas trabajen más y soporten el autosacrificio.

¹⁰⁹ FRED G. BURKE, «Tanganyika: The Search for Ujamaa» en Friedland and Rosberg, *African Socialism*, op. cit., p. 216.

Sean cuales fueren los logros concretos de los programas rurales de autoasistencia —y en países como la India, en que han sido ampliamente ensayados, ha distado mucho de ser tan buenos como se esperaba—, están dirigidos por funcionarios del gobierno y el partido, y de este modo se proporciona a la clase dominante una inapreciable oportunidad de consolidarse a nivel de las aldeas. Al mismo tiempo que solicitan de sus pueblos una ética de trabajo fuerte, autoasistencia y autosacrificio, los dirigentes africanos tienen que inculcarles también un sentido de «pertenencia» y unidad nacionales. El «socialismo africano» es una excelente ideología de múltiples propósitos, con su énfasis en la «igualdad, en el bienestar del pueblo», en el predominio del interés «social» (o «comunal», según los términos tradicionales) sobre el interés individual, y por encima de todo, con la gran ventaja de su retórica de «integración» general, especialmente en el contexto de la «ausencia de clases» de Africa.¹¹⁰

El «socialismo» en la «planificación» resulta un artificio extraordinariamente atractivo y eficaz. Muchos dirigentes africanos tienen una fe casi religiosa en la «planificación» como panacea para todos sus males, y consideran, no que ayuda, sino que sustituye el cambio estructural radical. Un buen ejemplo de ello lo tenemos en Senghor, quien ha inspirado una parte de su más elegante prosa en el ensalzamiento de la *planificación*. En un examen previo del «plan» que se hizo en 1959, Senghor señaló que incluía tres sectores: «un sector socializado —la agricultura—; un sector mixto —servicios públicos y sociedades semigubernamentales— y un sector libre. El último —bancos, comercio, industria— estará orientado hacia los objetivos del plan y, en cierta medida, será controlado. ¿Cómo? Por una moratoria a largo plazo sobre los impuestos concedidos a las nuevas inversiones o a las empresas comprendidas dentro del marco del «plan». «En cuanto a la agricultura, tenemos la suerte de que tradicionalmente ha tenido un carácter socialista, dada su índole comunal en la sociedad negroafricana.» Anteriormente, al exponer que «no se puede tratar de nacionalización en una nación subdesarrollada», añadió «un argumento final: puesto que los capitalistas adiestran y emplean personal africano, reinvierten parte de sus ganancias y pagan impuestos, el capital está, a todos los efectos prácticos, nacionalizado».¹¹¹ En 1964, en un análisis del plan senegalés, «que socializa

¹¹⁰ El concepto de «ausencia de clases no igualitarias» tiene pertinencia en este caso, por supuesto. Véase, de Stanislaw Ossowski, *Class Structure in the Social Consciousness* (Londres, 1963). Ver en este No. el capítulo quinto de dicho libro (N. de R).

¹¹¹ SENGHOR, *On African Socialism*, pp. 58-9.

lo que puede ser socializado y nada más», Senghor declara que, dada la ausencia de propiedad sobre la tierra en África —«tenemos resuelto de una vez por todas el problema de la *justicia social* en África negra»— «el *sector principal* —la economía rural— está, por lo tanto, socializado». Y agrega: «Los *sectores que van en segundo y tercer lugar* —la industria y la artesanía, los bancos y el comercio— serán los únicos *controlados*. Aquí el capital extranjero tendrá la oportunidad de invertir. Los que lo hagan, dentro del marco del plan, gozarán de ciertas garantías y exenciones fiscales en virtud del *Código de inversiones*. Pero con todo eso no abandonaremos el ideal socialista. Un *Código laboral* que, prácticamente evita las *huelgas*, garantiza a los trabajadores, al mismo tiempo que salarios que están entre los más elevados de África negra, una razonable cuantía de *seguridad social*»¹¹² Detrás de todo esto hay una obstinada determinación a evitar todo cambio trascendental o drástico en las estructuras coloniales. Por supuesto, la gran ventaja de la «planificación» radica en que enfatiza y refuerza el papel directivo del estado, facilita el acrecentamiento y la concentración del poder político y contribuye a consolidar aún más el control que ejerce la clase dominante sobre los aparatos político y económico. Existe un gran énfasis en la «africanización» de la administración y la economía que, aunque es una parte necesaria de la descolonización, no es de por sí más que una multiplicación de las salidas de que disponen los miembros y auxiliares de la clase dominante. En este sentido es muy reveladora una reciente tabulación de las profesiones de los dirigentes políticos del UPS. De los 167 miembros no parlamentarios del Comité Ejecutivo del UPS de quienes se pudieron obtener datos, el 79,5 por ciento estaban en «empleos del gobierno», el 4,8 por ciento en «empleos profesionales» y el 15,6 por ciento en los «negocios, de la agricultura, etc.» Los por cientos respectivos para 79 miembros de la Asamblea Nacional fueron 63,3; 22,8 y 13,9; para 42 miembros del más alto organismo del partido, el Buró Ejecutivo; 64,4, 28,6 y 7,2.¹¹³

El ideólogo de esta clase dominante tiene que subrayar la oposición entre las «masas» y la «minoría privilegiada», pero ha de hacerlo enmascarando la verdadera «minoría privilegiada»; que es la propia clase dominante. En realidad, tiene que mantener la ficción del sistema de varios partidos, con el «partido dominante como partido de las masas». En un pasaje significativo,

¹¹² SENGHOR, *Democracy and Socialism*, op. cit., 22-3.

¹¹³ WILLIAM J. FOLTZ, «Senegal», en Coleman and Rosberg, *Political Parties and National Integration in Tropical Africa*, op. cit., cuadro 9, p. 32.

Senghor expone sus razones para preferir el «partido dominante» al «partido único, que agrupa intelectuales, obreros y campesinos, y que era concebible en Europa después de la revolución socialista» y que están tratando de adaptar líderes africanos como Nkrumah, Sékou Touré y Modibo Keita. «En un país subdesarrollado —arguye Senghor— el partido único parecía presentar el peligro del gobierno por camarilla, el peligro de la esclerosis... La fórmula del *partido dominante* nos pareció la mejor. Rechaza la violencia, que aquí no hace ninguna falta.»¹¹⁴ A fin de consolidar y legitimar su monopolio sobre el poder político, la clase dominante tiene que postular y «estimular» una oposición de intereses entre las «masas no privilegiadas» y la «minoría privilegiada», correspondiente a la oposición entre el «partido dominante» y su gobierno y los partidos minoritarios (aunque no todos los dirigentes africanos están interesados en un refinamiento ideológico tan esmerado como el de Senghor, y se contentan con prescindir por completo de los partidos de oposición, mientras se adhieren a su papel de protectores de las «masas» contra la «minoría privilegiada»). Al mismo tiempo, el «partido dominante» tiene el buen cuidado de abstenerse de toda reestructuración considerable de la sociedad, ya sea en el interior o en sus relaciones internacionales. Internamente, entre otras cosas, las instituciones parlamentarias se estancan y atrofian a causa del desuso prolongado. Y, como señala Fanon, el partido, si es dominante o único, es el actor suplente en la administración y la política, y controla las masas, no para garantizar que participen realmente en el negocio de gobernar la nación, sino con el propósito de recordarles constantemente que el gobierno espera de ellas obediencia y disciplina».¹¹⁵

Puesto que en muchos de los nuevos estados africanos, la práctica del socialismo está combinada con la práctica del dominio del partido dominante o único, son muchos los que se inclinan a suponer que la decisión de muchos dirigentes africanos a lograr el socialismo es lo que ha de explicar el hecho de que opten por los «controles políticos» de un sistema político autoritario; y éste es un criterio que estos dirigentes no dejan por cierto de estar muy deseosos de estimular, y para lo que suministran generosamente la documentación necesaria. Pero en realidad lo que cuenta para que opten por el «socialismo», es la necesidad de explicar y justificar el sistema autoritario, ante sus propios pueblos no menos que ante el resto del mundo. Si nos hemos

¹¹⁴ SENGHOR, *On African Socialism*, p. 145.

¹¹⁵ FANON, *Los condenados*, ed. cit.

referido tan extensamente a Senegal ello se debe solamente al hecho de que el vocero principal de la clase dominante es quien ha ofrecido la más amplia y clara exposición de la ideología de dicha clase, una exposición en la cual cual se mezclan cuidadosa y sistemáticamente los «socialismos» «africano», «tradicional» y «nacional».

VII

Hay algunos otros países africanos —Ghana, Guinea, Malí y Argelia (aunque el derrocamiento de Ben Bella ha introducido por el momento una nota de incertidumbre en cuanto al curso de su desarrollo)— donde el «socialismo» juega un papel político e ideológico enteramente distinto. Es ineludible que haya ciertas similitudes entre su curso de desarrollo y el de países, como Senegal, a consecuencia del hecho de que todos ellos están «subdesarrollados» —aunque algunos (como Guinea) lo están más que otros (como Ghana)—, ya que todos ellos han heredado por igual estructuras coloniales, y que todos sus dirigentes tienen que elaborar programas en un marco africano e internacional sobre el que tienen alguna influencia, en distintos grados, pero poco control efectivo. Lo más sorprendente de este pequeño grupo de estados africanos es que sus líderes jamás hablan de «socialismo africano», «socialismo tradicional», «socialismo guineano» ni de nada por el estilo. Acerca de esto hay un cáustico pasaje de Sékou Touré:

«Se habla mucho del "socialismo africano", y esto parece dar a entender que también existe un socialismo chino, un socialismo americano, un socialismo yugoslavo o búlgaro... Por qué no han de hablar mañana las gentes acerca de la trayectoria nigeriana o togolesa del socialismo africano, o de la química senegalesa, o de las matemáticas marroquíes... Entregarse a un socialismo que de socialismo no tiene más que el nombre es tratar de segar con el mango de la hoz.»¹¹⁶

Y Nkrumah ha afirmado frecuentemente que no hay más que un socialismo. En Malí se emplea más a menudo la frase «socialismo planificado». La mejor forma en que se puede comprender la actitud política e ideológica de estos países consiste en volver, una vez más, a la discusión de los dirigentes sobre el papel de los sindicatos en sus países.

¹¹⁶ SÉKOU TOURÉ, *Guinean Revolution and Social Progress*. op. cit., p. 362.

Nkrumah observa que en los países africanos, los sindicatos fueron siempre la vanguardia de los movimientos nacionalistas, y que los líderes nacionalistas, que ahora son en su mayoría dirigentes gubernamentales de sus países, han estimulado y apoyado constantemente el movimiento sindical. En Ghana siempre han sido estrechas las relaciones entre el Partido Convención Popular y el Congreso Sindical de Ghana. Durante la «segunda revolución» por la reconstrucción económica del país, al igual que durante la primera revolución por la independencia nacional, el PCP es la «vanguardia política» del esfuerzo nacional, que durante esta segunda etapa, aún más que en el pasado, requiere la completa unidad y plena movilización de todas las fuerzas sociales —bajo una dirección común, centralizada y política— para el logro de los objetivos nacionales. El PCP es por tanto la «expresión política» del movimiento sindical, que a su vez es el «sala sindical» del PCP. El gobierno del PCP ha tomado una serie de medidas para mejorar los salarios y condiciones de vida de los obreros. «Los obreros son para el estado y el estado es para los obreros y de este modo están trabajando para sí mismos.» Los obreros a su vez tienen que reciprocarse trabajando más y mejor, a fin de elevar la productividad e incrementar la riqueza nacional, lo que permitirá al partido y al gobierno mejorar el nivel de vida del pueblo en general. Para hacer que en los obreros se promueva un sentido de participación directa y personal en el desarrollo de la nación, se les está introduciendo en la administración de ciertas empresas estatales. El PCP tiene que atender la educación política e ideológica del movimiento sindical, porque sólo el partido como encarnación de toda la nación está calificado para decir la última palabra sobre los objetivos y prioridades nacionales y «para zanjar las diferencias entre las clases sociales». En el comité central del PCP hay representantes de los sindicatos, así como de otras organizaciones populares; el gobierno del PCP es «un gobierno del pueblo, es decir, un gobierno de los obreros urbanos y rurales y de los campesinos —un verdadero gobierno del pueblo— libre, fuerte e independiente, que sigue un modelo de reconstrucción. Los intereses de los trabajadores están, por lo tanto, bien salvaguardados por el estado. Los sindicatos tienen por consiguiente un papel distinto del de los sindicatos de una sociedad capitalista». Los funcionarios sindicales tienen que deshacerse consecuentemente de su mentalidad y métodos coloniales y tener presente que no están luchando contra capitalistas. Y allí donde tengan que pelear contra explotadores contarán con la protección del estado». Esto va acompañado de la reiterada determinación de no permitir que se desarrolle en Ghana el «capi-

talismo privado». Nkrumah insiste en que el papel de los sindicatos en los estados africanos independientes tiene que distinguirse del papel que tienen en los territorios coloniales. En los primeros, los sindicatos «tienen que movilizarse para el rápido desarrollo económico de la nación, y esto tiene que imponer la necesidad de restricciones salariales y sacrificio personal de parte de los trabajadores para el mayor bien de ellos mismos y de todo el pueblo». En los territorios coloniales, por otra parte, los sindicatos «tienen que estar organizados para la acción política: el derrocamiento del colonialismo».¹¹⁷

El análisis detallado y más sistemático que hace Sékou Touré de los sindicatos en Africa colonial y poscolonial merece que se le escrute cuidadosamente. Antes de la independencia de Guinea, Touré consolidó inicialmente su condición de líder del movimiento nacionalista mediante su control sobre el movimiento sindical. También fue el inspirador y primer secretario general de la *Unión General de Trabajadores de Africa Negra* (UGTAN). Empieza su análisis exponiendo cómo, en sus años de formación, el movimiento sindical africano, que sólo aspiraba a promover sus propios intereses «económicos» por medio de la acción «económica», no tardó en darse cuenta de la ineficacia de su mezuño «profesionalismo», de su «anarcosindicalismo». Consecuentemente, los sindicatos unieron sus esfuerzos al «movimiento de liberación nacional» en el que pronto se hicieron el elemento determinante y más activo. En los países «no coloniales» (o sea, capitalistas), la tarea clásica de los sindicatos es llevar adelante por todos los medios la «lucha de clases». Pero en los territorios coloniales, «durante el período de liberación nacional, el aspecto social de vuestra lucha adopta un carácter secundario en relación a las exigencias políticas que impone a nuestra conciencia despierta esta lucha libertaria». Y, después de todo, «la lucha antimperialista y anticolonialista asume necesariamente el carácter de una lucha de clases, si se lo ve a nivel internacional en las relaciones antagónicas que hay entre la fuerza de trabajo que produce y las fuerzas financieras que explotan las capacidades físicas e intelectuales de los obreros».¹¹⁸ Aun después que el país obtiene la indepen-

¹¹⁷ Las opiniones de Nkrumah han sido parafraseadas de tres de sus discursos sobre cuestiones sindicales, pronunciados en octubre de 1959, julio de 1960 y marzo de 1962. Aparecen en *I speak of Freedom*, op. cit., pp. 178-8; *Speech Delivered by Osagyefo Kwame Nkrumah at the Opening of the Hall of Trade Unions* (Accra); y *Osagyefo in Kumasi; Four Speeches by Osagyefo in March 1962* (Accra).

¹¹⁸ SÉKOU TOURÉ, *Guinean Revolution and Social Progress*, op. cit., pp. 170-72. (Este último es tratado por muchos dirigentes africanos).

dencia formal, puede seguir «teniendo un pueblo no independiente cuyas condiciones de vida son idénticas a las de un país legalmente colonial o dependiente... *La lucha por la democratización de las estructuras es una etapa necesaria en la afirmación del poder de autodeterminación de nuestros pueblos*». Pero hay una gran diferencia entre los sindicatos africanos y los europeos, que radica «en la exigua minoría que constituyen los trabajadores asalariados en relación a la población total de nuestros países. Esta minoría fluctúa entre el 2 y el 20 por ciento del pueblo. Es el signo evidente del estado no desarrollado o subdesarrollado de todos nuestros países africanos». Esto impone con más razón a los obreros la necesidad de «una unidad de acción» con «las capas explotadas» y con «las fuerzas democráticas y revolucionarias» durante la lucha de liberación nacional. Otra diferencia fundamental radica «entre el papel del estado en los países europeos y el papel del estado en los países subdesarrollados de Africa». En un «país predominantemente capitalista, el estado es *a priori* el instrumento de las fuerzas de explotación». Por otra parte, en los países subdesarrollados, «el estado abarca la totalidad de las aspiraciones y la totalidad de los deseos de liberación y progreso democrático de poblaciones que se mantienen en la pobreza y la ignorancia». Y añade:

«Sin embargo, el estado es una estructura política y las organizaciones sindicales que hay dentro de él tienen que apreciar su papel en el desarrollo de la nación para no perder de vista la línea política aceptada por el pueblo ni tampoco los fenómenos políticos que pueden acelerar o comprometer la evolución del movimiento nacional... Nuestras naciones tienen que ser creadas y consolidadas, y esta creación y consolidación no pueden resultar de la dispersión de nuestras fuerzas ni de la oposición fundamental entre las capas sociales que por lo demás poseen idénticas condiciones de vida: el atraso económico con sus consecuencias sociales y humanas.»¹¹⁹

Pero en un estado africano independiente como Guinea, el problema de las relaciones adecuadas entre el movimiento sindical por un lado y el partido nacional y el aparato estatal por el otro, requiere un examen más minucioso. En la propia Guinea, el PDG y su gobierno tuvieron que afrontar dificultades con la Unión de Maestros y la Unión de Ferroviarios. Dado el papel del partido, como «vanguardia política» tanto en la lucha por la liberación nacional, como en la reconstrucción nacional, no puede haber duda alguna en cuanto a una línea sindical «independiente», es decir, independiente de

¹¹⁹ SÉKOU TOURÉ, *Guinean Revolution and Social Progress*, op. cit., pp. 173-4.

la línea política del PDG. Las distintas organizaciones de masas tienen funciones diferentes, pero se hacen «significativas en distintos sentidos solamente en relación con una orientación política general que formula el partido como encarnación de la totalidad de la nación». Los mismos sindicatos, desde luego, participan plena y activamente en la formulación de esta línea política común, pero una vez establecidos de estricta conformidad con los procedimientos democráticos del partido —centralismo democrático, crítica y autocritica, etcétera.— los sindicatos, al igual que todos los demás grupos y organizaciones de masas del país, están obligados a someterse a esa línea. Argumentar lo contrario es minar la naciente «unidad nacional» y «democracia nacional». Tampoco pueden los sindicatos, en vista de que los obreros no son más que una pequeña minoría de la población total (que es también, a excepción de los niños, etc., la «población trabajadora»), demandar o esperar una hora decisiva para sí mismos. Al mismo tiempo que significaría una «peligrosa exageración» de la actual posición e importancia de los «asalariados» en relación a las «masas trabajadoras africanas» en general, el asignarles una posición suprema y primordial sería sumamente «antidemocrático», porque «la unidad de una nación es esencialmente unidad política, y esto no será lograda por ningún sindicato, ya que no se puede engendrar por medio de un pensamiento que no entrañe las aspiraciones democráticas de las amplias masas del pueblo ni por acción alguna que una minoría imponga sobre la mayoría. La unidad política es engendrada por ideales comunes, la comunidad de intereses populares y la acción consecuente impuesta sobre una minoría reaccionaria —si es preciso— por una mayoría que tenga empeños políticos. Esta es la razón por la cual el PDG ha adoptado la dictadura popular como término funcional y orgánico de la democracia del pueblo».¹²⁰ «Introducir la noción de la "lucha de clases", arguye Sékou Touré, es interpretar de un modo, totalmente erróneo la situación africana. No puede haber fundamento para la lucha de clases en una sociedad que no está dividida en clases antagónicas. ¿Cuándo se puede hablar de antagonismo de clases? Cuando una clase social impone a otras una relación de opresión y explotación. Y puede hacerlo cuando dispone de medios de explotación y opresión: capital y medios de producción de propiedad privada.»

«Entonces —sigue diciendo él—, hagámonos esta pregunta: ¿tenemos acaso tales condiciones en la República de Guinea, un país donde los sectores prin-

cipales de la vida económica de la nación están bajo el control directo del estado, un país en que la propiedad de la tierra está abolida, un país donde los campesinos y asalariados elaboran las leyes y tienen amplios poderes de administración?»

Está claro que en tal situación, particularmente por la razón de que la supremacía del partido y las estructuras democráticas del país impiden efectivamente el surgimiento de una «burguesía nacional», los «obreros, oficinistas, médicos, maestros, magistrados, soldados y demás agentes del estado no están en relación antagónica con los ministros, mandatarios regionales y jefes de empresas estatales y servicios públicos». ¿A quién, pues, afectarían las huelgas?

«Antes de nuestra independencia, por lo que respecta a las estructuras antipopulares de los servicios públicos, las huelgas llevadas a cabo por los empleados públicos afectaban la base colonial, política y económicamente, y de este modo servían a la causa de la emancipación del pueblo. Pero hoy, ¿quién sufriría las consecuencias financieras, económicas y políticas en una empresa nacional o servicio público, si no es el pueblo de Guinea?»¹²¹

Sékou Touré insiste cuidadosamente en las enormes responsabilidades de los obreros y los sindicatos en la administración de las actividades económicas e industriales en nombre del país, aunque al mismo tiempo recalca que la «democratización de la administración no puede significar la "colectivización" de las empresas estatales, para que los obreros se apoderen —en un "espíritu gremial"— de los frutos y ganancias de la propiedad que pertenece a la nación y tiene que ser colectivizada sólo a nivel nacional».¹²² Tampoco trata de negar las diferencias sociales que son inherentes a la «naturaleza humana», o que se derivan de las sociedades precapitalistas o se basan, como en cualquier sociedad moderna, en las diferentes «funciones». Todo lo que proclama es que, por ahora, estas diferencias y contradicciones no tienen indole de clases antagónicas, y pueden y deben ser armonizadas sólo a nivel nacional, políticamente, y mediante el carácter y los procedimientos populares y democráticos del PDG. Por consiguiente, al vincular orgánicamente los sindicatos al PDG, Sékou Touré trata de orientar y agrandar sus funciones tanto económica como políticamente, a diferencia de Senghor, que

¹²¹ SÉKOU TOURÉ, *Guinean Revolution and Social Progress*, of. cit. pp. 182-3

¹²² *Ibid.*, pp. 188-9, 193-5.

¹²⁰ SÉKOU TOURÉ, *Guinean Revolution and Social Progress*, of. cit., p. 184.

trata de neutralizarlos políticamente a la vez que reduce sus funciones económicas. Tanto en Ghana como en Guinea, los principales dirigentes sindicales forman parte de las capas superiores de la dirección del partido; por ejemplo, Kaba Mamady, presidente de la organización sindical de Guinea, es miembro del Buró Político Nacional del PDG. Nkrumah, Touré y Modibo Keita han patrocinado activamente el sindicalismo panafricano que, a la vez que concuerda con su política de «no alineamiento», sirve para asegurar que sus esfuerzos por «reconvertir» los movimientos sindicales dentro de sus países no sean obstaculizados por medio de «interferencia» exterior.

En estos países africanos, es el «partido nacional» —el PCP, el PDG o la *Union Sudanaise*— lo que constituye el control del sistema político y le da su carácter peculiar. Estructural e ideológicamente, el «partido nacional» es muy diferente del «partido dominante» o del «único». Originalmente, durante la fase colonial, su dirección era esencialmente pequeñoburguesa y provenía de elementos de la periferia de la *élite* africana, más bien que del interior de esa *élite*. Debido a sus orígenes pequeñoburguesa, esta dirección estaba socialmente mucho menos distante de las masas africanas que de la *élite* africana, lo que pronto le permitió convertir su partido político en un movimiento nacional y conquistar después la independencia nacional. En consecuencia experimentó a menudo la hostilidad u oposición de la «intelectualidad» o *élite* africana, cuyo derecho a «dirigir» las poblaciones africanas negaba o reclamaba como propio.

En su programa, y lo que es más importante, en su organización, el «partido nacional» elude el «tribalismo» o cualquier otra lealtad mezquina que pueda estorbar o menoscabar la «unidad nacional». Se considera la «vanguardia política» de la «revolución nacional» por la «liberación» del país y también por su «reconstrucción». Su composición es «popular», su perspectiva «nacional» y sus procedimientos «democráticos» (aunque en la práctica queda por debajo del modelo). Es «monolítico» por cuanto todas las demás organizaciones populares y de masa están integradas a él y funcionan bajo su dirección política. Aunque reconoce que existen «contradicciones» y «diferencias» dentro del país, las subestima y procura subordinarlas a los abrumadores intereses generales de toda la nación. Considerándose a sí mismo el instrumento político y al estado como el instrumento «técnico de la nación», proclama y ejerce su supremacía sobre el aparato estatal. Está muy a la «izquierda del eje político», particularmente en relación a las tendencias conservadoras

de oposición que haya en el país, a diferencia del «partido dominante» de Senegal, por ejemplo, que está muy a la «derecha» de los partidos de oposición. Su lenguaje es radical, sus propósitos revolucionarios, su organización altamente integrada y centralizada. El partido nacional trata de llevar la movilización de las masas a los esfuerzos que se hagan, no simplemente por modificar las estructuras coloniales, o mitigar sus efectos perniciosos, sino por transformarlas a la larga y reconstruirlas completamente, y mientras tanto reconstruir sólidamente la economía, para mejorar el nivel de vida de la población en general. Su ideología es el «socialismo», y las coordenadas de su «socialismo» son «la liberación y unidad de Africa» (especialmente a la luz de su criterio sobre el «neocolonialismo») junto al «no alineamiento» en los asuntos internacionales.

«Socialist Register», 1966



Socialismo y desarrollo económico en Africa tropical

II
Giovanni Arrighi
y John S. Saul*

Un economista notable (Perroux) ha definido el socialismo como «le développement de tout l'homme et de tous les hommes». Por lo general, a la base de un impulso hacia el socialismo se halla la convicción de que el potencial creador del hombre sólo puede realizarse enteramente en una sociedad que trasciende la centralidad cultural del «individualismo posesivo», y en la cual está garantizada en gran medida la igualdad económica y social —condiciones previas de una genuina democracia política. En lo mejor del trabajo intelectual socialista, sin embargo, los socialistas han estado igualmente interesados en el desarrollo económico, y en la completa liberación del potencial de crecimiento de las fuerzas productivas de la sociedad. Dentro de esta tradición, quizás fue Marx —en su presentación del caso socialista— quien de manera más dramática combinó el interés por el desarrollo económico con el interés por la eliminación de las desigualdades de clase. El sostuvo que las desigualdades de la sociedad burguesa de su tiempo significaba cada vez más que no se

* Una versión anterior de este artículo fue presentada en la sesión plenaria de la Conferencia sobre Ciencias Sociales, de la Universidad de Africa Oriental, que tuvo lugar en Dar es Salaam, en enero de 1968. Los autores agradecen particularmente a Donald Barnett, Justinian Rweyemamu, y Brian Van Arka die sus comentarios sobre dicha versión anterior, si bien, indudablemente, todavía hay puntos con los cuales continuarán en desacuerdo.

realizaría el potencial del aparato industrial disponible; por lo tanto, la desigualdad y la limitación de las fuerzas productivas iban de la mano.¹

A veces ciertas desigualdades de clase han demostrado ser necesarias a fin de alentar la total liberación del potencial de crecimiento de las fuerzas productivas sociales; este es un hecho tan evidente que no requiere ser enfatizado. Pero la existencia de cierta dicotomía necesaria entre «desarrollo» e «igualdad», por el contrario, de cierta conexión necesaria entre ambos, no puede postularse a priori. Tiene que ser determinado empíricamente mediante el análisis de la relación entre la estructura de clases de una sociedad y su desarrollo económico en cada ocasión histórica. Por tanto una acción socialista más refinada en el África contemporánea, debe fusionar la preocupación por una mayor tasa de desarrollo económico con una percepción del papel representado por la ecuación del desarrollo, debido a la existencia y surgimiento de clases y grupos con diferentes grados de interés y participación en los beneficios del mismo. Además, como expondremos más adelante, uno encuentra en efecto el potencial productivo de las sociedades africanas —y, por tanto, su desarrollo y transformación cultural— constreñido por el patrón actual de la economía y la sociedad, tanto en el orden nacional como internacional. El excedente disponible es mal utilizado, disipado —por ejemplo, como en el caso de las ganancias repatriadas de inversiones extranjeras— o consumido por las clases privilegiadas habituadas al derroche, lo cual desalienta la producción de un excedente más amplio por parte de un campesinado soliviantado y movilizado. Por eso es fácil comprender que, en particular, el hecho de la desigualdad presente es lo que tiende a poner trabas a un aumento en la productividad.

Una estrategia socialista que tiene condiciones para realizarse, aplicada a estos dos problemas gemelos, se enfrentará a dilemas de selección en tres áreas estrechamente relacionadas de formulación de políticas. En el plano del sistema económico y social internacional, uno enfrenta el espectro del capitalismo internacional y una grave desigualdad de poder financiero que, como veremos, constituyen realidades que pueden limitar grandemente el desarrollo en general. En el aspecto nacional, uno enfrenta el problema de la relación entre la «ciudad» —el centro administrativo y de la industrialización que se lleva a cabo— y el «campo», relación de la cual podría brotar el verdadero

¹ Sobre la continua validez de una crítica marxista mucho más refinada, véase P. Baran y P. M. Sweezy, *Monopoly Capital* (New York, 1966).

desarrollo, pero que con frecuencia expresa la división entre esferas desiguales y desconectadas de una sociedad que no llega a una transformación genuina. Por último, tenemos el problema del desarrollo agrícola mismo en una esfera rural donde las desigualdades pueden y comienzan a surgir, si bien, al menos a corto plazo, éstas tienen un efecto más bien ambiguo sobre el ritmo de desarrollo que las otras desigualdades ya mencionadas.

Lo que explica el carácter superficial del lustre del «socialismo africano» presentado por sus representantes, es la ausencia de un examen verdaderamente a fondo del presente patrón de desigualdades en el seno del África contemporánea, y en el mundo en general, y de la relación directa de este patrón con la trayectoria del crecimiento y el desarrollo. Volveremos sobre esto. Esta falta de precisión analítica explica también el carácter generalmente no satisfactorio del grueso del comentario académico sobre el fenómeno del socialismo africano. Quizás el locus classicus de este tipo de trabajo sea el muy citado artículo, por Elliot Berg, titulado «Socialismo y Desarrollo Económico en el África Tropical».² Berg da gran importancia al fracaso de la experiencia socialista en Guinea, así como a varios aspectos de interés general, culminando en un extravagante descarte de las pretensiones de un «caso socialista» en cuanto al África tropical. Pero su análisis está minado por un aparente desinterés en definir o tomar en serio el verdadero dilema del desarrollo, común a todos los estados africanos, o la relación de una estrategia socialista respecto a los mismos. Volveremos sobre el artículo de Berg, a modo de una conclusión breve.

El propósito de este artículo es limitado —en el estado actual del debate—, ya que sólo aspiramos a plantear algunas cuestiones que han sido pasadas por alto, yuxtaponiéndolas a la teoría y praxis de los «socialistas» africanos. Además, una elaboración más amplia de una estrategia socialista, sólo puede surgir en una etapa más avanzada del debate y la investigación. En la primera parte examinamos la relación entre la actual formación de las clases en el África tropical y el desarrollo económico, centrando la atención en la penetración del capitalismo internacional en esa zona, y en el surgimiento de lo que llamaremos la «aristocracia del trabajo» del África tropical. En la segunda

² E. Berg, «Socialism and Economic Development in Tropical Africa», en *The Quarterly Journal of Economics* (Cambridge, Mass.), noviembre, 1964. Para citas típicas ver J. S. Coleman, «The Resurrection of Political Economy», en *Mawazo* (Makerere), 1, 1967; C. Anderson, F. Van der Mehden y C. Young, *Issues of Political Development* (Englewood Cliffs, New Jersey, 1967), c. -10.

parte estudiaremos, en primer lugar, la ideología del «socialismo africano» y, en segundo lugar, las políticas de los «socialistas» africanos, sometiendo tanto la teoría como la praxis a una crítica cuidadosa. Como resultado, el lector podría hacerse una idea más amplia sobre la problemática del socialismo en el África contemporánea. Concluiremos, en la tercera parte, con algunas observaciones breves sobre el curso futuro del debate y la estrategia socialista en África, haciendo algunas referencias a la experiencia tanzaniana.

I / FORMACION DE CLASES Y DESARROLLO ECONOMICO

La inmensa mayoría de la población del África tropical está compuesta de productores independientes que no dependen del trabajo remunerado para su subsistencia.³ Toda discusión sobre desarrollo económico en el África tropical debe por tanto comenzar con una descripción general de las economías precapitalistas africanas o, como se las llama comúnmente, economías tradicionales. Esto es sumamente difícil debido a su carácter heterogéneo;⁴ no obstante, pueden señalarse algunas características comunes que son de particular interés para nuestra discusión.

Por lo general, y a través de derechos tribales o de parentesco, los individuos pueden adquirir tierras para radicarse en ellas y cultivarlas. Sólo muy raramente se adquiere la tierra o se dispone de ella a través de la compra o la venta, si bien la comercialización de la agricultura con frecuencia ha sido seguida de una notable expansión de la propiedad privada de la tierra. En términos generales, la especialización del trabajo no ha ido muy lejos en las economías tradicionales de África; se cosecha un número relativamente pequeño de productos, y hay muy pocos cultivadores que dediquen todo su tiempo a un producto determinado. Además, la tecnología utilizada es más bien rudimentaria desde el punto de vista de los implementos que se usan, las facilidades de almacenaje y transporte, el control de las enfermedades de plantas y animales, y el control de agua de reserva. La comercialización era —y todavía lo es en muchas zonas— periférica, en el sentido de que la mayoría de los productores no dependen del intercambio para la adquisición de la mayor parte de los medios de subsistencia. Así, la alta dependencia del medio ambiente físico, debido a la tecnología rudimentaria, es igualada por una independencia relativa de las fluctuaciones del mercado.

³ K. C. Doctor y H. Gallis estiman que la proporción de la fuerza de trabajo de África tropical en empleo remunerado es del 11.1% por término medio. Sin embargo, el trabajo migratorio, que se caracteriza por una dependencia parcial del empleo remunerado para su subsistencia, está incluido en el estimado, de modo que el proletariado propiamente dicho representa un porcentaje más bajo que el indicado. Dicho estimado aparece en «Size and Characteristics of Wage Employment in Africa: Statistical Estimates» en *International Labour Review* (Ginebra) XCIII, 2, febrero 1966.

⁴ Para una bibliografía sobre sistemas africanos tradicionales, ver J. Middleton, *The Effect of Economic Development on Traditional Political Systems South of the Sahara* (La Haya, 1966).

La cohesión social es alentada por el intercambio obligatorio de regalos entre personas que mantienen entre sí ciertas relaciones sociales definidas, y/o por pagos de servicios a algún centro de trabajo socialmente organizado, el cual redistribuye parte de lo que recibe. La seguridad de la subsistencia está por tanto garantizada al individuo de dos modos: a través de derechos socialmente estructurados a recibir ciertos factores de la producción, y a través de asignaciones de emergencia de alimentos por parte del jefe de la tribu, y regalos de parientes.

Es sabido que los campesinos africanos en general han reaccionado muy favorablemente a las oportunidades de comerciar que se les han presentado a través del contacto con el capitalismo europeo. Esta reacción favorable se ha manifestado en el sistema migratorio de trabajadores y/o en la rápida expansión de la producción para el mercado, tanto de productos agrícolas de consumo directo como industriales. Y es probable que este desarrollo haya sido propiciado por la existencia de una considerable capacidad productiva excedente, en la forma de gran cantidad de tierras disponibles y fuerza de trabajo excedente, en las economías tradicionales africanas.⁵ Esto significa que el contacto de una economía tradicional, que producía un número limitado de productos, con el diversificado patrón de consumo de un sistema industrial avanzado condujo a la redistribución de la fuerza de trabajo, de actividades tradicionales improductivas a la producción de un excedente comerciable.⁶

Se ha afirmado que el aumento en la producción campesina para el mercado ha tenido el carácter de cambio «definitivo» (ocurrido en un período de varios años), como lo muestra la curva característica de crecimiento de ese tipo de producción; es decir, una curva que se eleva agudamente en la fase inicial y se suaviza después gradualmente.⁷ Este fenómeno se explica por el hecho de que la estructura social de las economías tradicionales favorece, mediante la elevación al máximo de la seguridad, la adopción de un período de corto plazo en la asignación de cualquier excedente que se haya producido

⁵ Ver H. Myint, *The Economics of Developing Countries*, (Londres, 1964) cap. 3, y también D. Walker, «Problems of Economic Development of East Africa», en E. A. G. Robinson (ed.) *Economic Development for Africa South of the Sahara*, (Londres, 1964), pp. 111-14.

⁶ El adjetivo «improductivo» no tiene desde luego implicación negativa concerniente a la racionalidad o a la necesidad, dentro de la sociedad tradicional, de actividades así caracterizadas.

⁷ Ver Myint, op. cit.; Walker, op. cit.

entre consumo y acumulación, tanto improductiva como productiva.⁸ Dicho de otro modo: los campesinos que todavía no han abandonado enteramente el modo de producción precapitalista, es probable que tengan una fuerte preferencia por el consumo presente y, frecuentemente, por la acumulación improductiva, lo cual preserva la seguridad que brinda el sistema tradicional, mediante el mantenimiento o el fortalecimiento de la cohesión social. Es probable que esta preferencia sea reafirmada por el contacto de los campesinos con el patrón de consumo diversificado de los sistemas industriales avanzados mencionados en el párrafo anterior.

Parece por tanto que tenemos dos problemas al promover el crecimiento de la productividad del campesinado africano: a) *el problema de crear incentivos para explotar la capacidad productiva excedente que pueda existir en términos de tierra y fuerza de trabajo excedentes*; y b) *el problema de elevar la absorción productiva del excedente producido en el sector tradicional a fin de engendrar el crecimiento continuo de la productividad del trabajo*. El primer problema concierne a la relación entre el sector moderno y el sector tradicional; es decir, se refiere al patrón de absorción del excedente en el primero que es probable lleve al máximo los incentivos para aumentar la productividad en el segundo. El segundo problema está relacionado con el tipo de organización de la producción y de instituciones, en el sector tradicional, que es probable garantice la reacción deseada a los estímulos transmitidos por el sector moderno. El primer problema parece de importancia primordial en el África tropical, ya que la presión demográfica sobre la tierra, aunque creciente, aún no es generalmente severa, de modo que las economías tradicionales todavía poseen alguna capacidad productiva excedente. Por esta razón centraremos nuestra atención sobre el potencial de desarrollo del patrón de absorción del excedente en el sector moderno.

El «tipo ideal», en el sentido que le da Max Weber, de absorción de excedente en el sector moderno de las actuales economías del África tropical se ca-

⁸ Definimos el «excedente» como la diferencia entre la producción global neta realizada (neta, es decir, luego de descontar los medios de producción utilizados en el proceso) y los medios de subsistencia consumidos por la comunidad, ambos con referencia a un espacio dado de tiempo. Por subsistencia entendemos bienes que son socialmente reconocidos como artículos de primera necesidad, de modo que excluyen lo que puede llamarse consumo «discrecional». Sobre el concepto del excedente ver P. A. Baran, *La economía política del crecimiento*, (México 1959), cap. 2; y Ch. Bettelheim, «Le Surplus économique, facteur de base d'une politique de développement», en su obra *Planification et croissance accélérée Paris* (Paris, 1965). Nuestra definición se acerca más a la de Bettelheim que a la de Baran.

racteriza por tres formas principales: la exportación de ganancias y de ingresos producto de la inversión en general; consumo discrecional por parte de una pequeña aristocracia del trabajo, como la definimos más adelante, e inversión productiva, que envuelve técnicas de intensidad de capital, concentrada principalmente en sectores distintos a los que producen bienes de capital.⁹ Para comprender la relación entre estas tres formas de absorción de excedente, es conveniente comenzar mediante el examen de las causas e implicaciones de la distribución sectorial y el factor de intensidad de la inversión productiva. El uso de técnicas de capital intensivo en el Africa tropical no es sólo el resultado de factores tecnológicos. Otros dos factores parecen igualmente pertinentes: de una parte, las políticas de inversión de las modernas corporaciones internacionales en economías subdesarrolladas y, de otra parte, la política de jornales y salarios de los gobiernos africanos independientes, lo cual a su vez depende de la índole de su fuente de poder. Con respecto al primero, las modernas corporaciones internacionales tienden a adoptar técnicas de capital intensivo, debido principalmente a limitaciones en cuanto a personal de dirección y a su fuerte posición financiera.

Las técnicas de dirección, organización, y control se han perfeccionado en el ambiente tecnológico de los centros industriales y no pueden ser adaptadas fácilmente a las condiciones prevalecientes en los países subdesarrollados. Por consiguiente, la serie de técnicas tomadas en consideración por las corporaciones pueden no incluir técnicas de intensidad de trabajo. Sin embargo, un factor igualmente o probablemente más importante parece ser la solidez financiera de estas corporaciones, la cual adquieren a través de sus políticas de precios y de dividendos tanto en los centros industriales como la periferia.¹⁰ Las corporaciones internacionales aplican a sus sucursales métodos técnicos correspondientes a su capital;¹¹ como resultado, las técnicas de capital in-

⁹ Este «tipo ideal» es analizado con más detalles en G. Arrighi, «International Corporations, Labour Aristocracies and Economic Development in Tropical Africa» en D. Horowitz (ed.) *The Corporations and the Cold War* (Londres, en preparación). La categoría «bienes de capital» debe entenderse en un sentido muy amplio, y comprende todos aquellos bienes que aumentan directamente la capacidad productiva de la economía.

¹⁰ Los conceptos de «centros industriales» y «periferia» han sido introducidos por Raúl Prebisch para designar economías industrialmente avanzadas y los países relativamente subdesarrollados, respectivamente.

¹¹ F. Perroux y R. Demonts, «Large Firms - Small Nations», en *Presence Africaine* (París) x, 38, 1961, p. 46.

tensivo son adoptadas en el Africa tropical prescindiendo de la situación en los territorios donde se realiza la inversión.

Pero la producción basada en la intensidad de capital también es favorecida por las políticas de jornales y salarios de los gobiernos africanos independientes. La estructura salarial de estos países seguía siendo una herencia colonial y, según los africanos entraron gradualmente en el servicio civil y en los cargos de dirección en grandes firmas extranjeras, asumieron los salarios básicos correspondientes a dichos puestos.¹² Esta aceptación pasiva de una estructura salarial colonial resultó en una inmensa laguna entre los ingresos de las élites y subélites en empleos burocráticos y la masa de los asalariados. Así, toda la escala de ingresos salariales, comenzando con los obreros no calificados, fue objeto de controversia y, dada la influencia política de los trabajadores urbanos sobre los gobiernos africanos —que constituyen la mayor fuente de empleos— se inició una elevación continua en el nivel de los salarios. Este aumento continuo también es favorecido por, y tiende a fortalecer, la tendencia hacia la intensidad de capital en la inversión, mencionada anteriormente. Intensidad de capital generalmente significa que la firma está más dispuesta a conceder aumentos de salario (especialmente los oligopolios extranjeros que pueden pasar el costo de los aumentos al consumidor). Sin embargo, esto refuerza la tendencia hacia el crecimiento del capital intensivo (o ahorro de trabajo), y puede sobrevenir un «proceso de espiral».¹³

Con respecto a la distribución sectorial de la inversión productiva, además de factores tecnológicos evidentes (economías debido a tamaño, ventajas de operar en un ambiente industrial, etc.) parecen haber tres razones principales que explican la inversión inadecuada observada en las industrias de bienes de capital en el Africa tropical. En primer lugar, la preferencia misma en favor de técnicas de capital intensivo, discutidas anteriormente, tiende a promover la utilización de maquinaria altamente especializada y, consecuentemente, restringe el crecimiento de la demanda de bienes de capital que podrían producirse localmente. Otras razones están relacionadas con la conducta de las modernas corporaciones internacionales. En economías carentes de industria el mercado para bienes de capital es pequeño; para que se produzcan tales bienes

¹² P. Lloyd (ed.), *The New Elites of Tropical Africa* (Londres, 1966), pp. 10-11.

¹³ H. A. Turner, *Wage Trends, Wage Policies and Collective Bargaining: the problems for underdeveloped countries* (Cambridge, 1965), p. 21.

deben haber buenas razones para creer que toda la economía se desarrollará de modo que propicie un mercado para los bienes de capital.¹⁴

Este hecho no constituía un obstáculo serio en el siglo XIX, cuando empresarios competidores y grupos financieros realizaban inversiones «no justificadas» por las condiciones del mercado, fomentando así la industrialización de economías menos desarrolladas. Actualmente, sin embargo, la gran racionalidad calculadora, el cuidado, y la circunspección en el enfoque de nuevos desarrollos que caracterizan a las corporaciones modernas no permite que ese proceso tenga lugar. Como ha observado Sweezy, una de las muchas contradicciones del capitalismo es que un mejor conocimiento puede perjudicar su funcionamiento. Finalmente, la falta de inversión en el sector productor de bienes de capital se debe también a la estructura oligopolista de los países capitalistas avanzados, porque esto implica que los productores de bienes de capital, al decidir si establecen, o ayudan a establecer, una industria de bienes de capital, generalmente tomarán en cuenta el efecto de la decisión no sólo sobre sus propios intereses de exportación y el de sus competidores, sino también sobre los de sus clientes.

La falta de desarrollo del sector de bienes de capital tiene consecuencias importantes para el crecimiento del sector moderno de la economía. Porque dicho desarrollo, cuando tiene lugar, puede realizar la doble función de aumentar la capacidad productiva de la economía y el mercado interno. Esta última función, con frecuencia desatendida, fue enfatizada por Lenin, quien sostenía que el desarrollo del mercado interno era posible pese al consumo limitado de las masas (o la falta de mercado externo para la producción capitalista); ya que «para acrecentar la producción es necesario ante todo ampliar el departamento de la producción social que manufactura medios de producción, y esto requiere la utilización de trabajadores que generan una demanda para artículos de consumo».¹⁵ Así, la inversión inadecuada en el sector de bienes de capital restringe la expansión no sólo de la capacidad productiva del Africa tropical sino también de su mercado interno, perpetuando la dependencia de la economía del crecimiento de la demanda mundial para sus productos de exportación. No es sorprendente por tanto que las economías del Africa tropical no hayan podido crecer más rápidamente que sus exportaciones.

¹⁴ M. Barrat Brown, *After Imperialism* (Londres, 1963), p. 419.

¹⁵ Citado en H. Alavi, «Viejo y nuevo imperialismo», en *Pensamiento Crítico* No. 12.

En efecto, en el período 1950-65 el producto real parece haber crecido a una tasa compuesta promedio del 4.2% anual,¹⁶ cifra que es alrededor del uno por ciento más baja que la tasa de crecimiento de la exportación.

Debido a la alta tasa de crecimiento de la población, el producto real *per cápita* aumentó a una tasa promedio del 2% anual durante el mismo período. Esta baja tasa de crecimiento en términos relativos, combinada con los efectos de la espiral de la mecanización mencionada anteriormente, ha resultado en una disminución en la proporción de la fuerza de trabajo utilizada en la mayoría de los países, y ha sido acompañada por una diferencia creciente entre los ingresos urbanos y rurales.¹⁷ Sin embargo, sería erróneo suponer que todas las clases en las áreas urbanas se han beneficiado de esta diferencia creciente. Es sabido que una gran proporción de los trabajadores urbanos en Africa consiste de campesinos no convertidos enteramente en proletarios, periódicamente utilizados en trabajo remunerado. Esta fuerza de trabajo migratoria no está «estabilizada» y en general no adquiere la especialización necesaria en empresas industriales que usan técnicas de capital intensivo. Estos trabajadores como clase, o sea como campesinos, empleados temporalmente en trabajo remunerado, no pueden beneficiarse de la espiral resultante de salarios producto de la mecanización, porque sus mayores ingresos individuales son igualados por una reducción en sus posibilidades de trabajo remunerado.

Más altos jornales y salarios, sin embargo, alienta la estabilización del sector mejor pagado de la fuerza de trabajo cuyos elevados ingresos justifica el rompimiento de lazos con la economía tradicional. La estabilización a su vez promueve la especialización, mayor fuerza negociadora, y aumentos ulteriores en los ingresos de este pequeño sector de la fuerza de trabajo, que representa el proletariado propiamente dicho del Africa tropical. Estos trabajadores disfrutaban de ingresos tres o más veces mayores que aquéllos de los obreros no calificados y, junto con las élites y subélites en empleos burocráticos en el servicio civil y en firmas extranjeras, constituye lo que llamamos la aristocracia del trabajo de Africa tropical. El consumo discrecional de esta clase es lo que absorbe una proporción significativa del excedente producido en la economía monetaria.

¹⁶ Ver O. E. C. D., *National Account of Less Developed Countries* (Paris, 1967), preliminar.

¹⁷ Ver Arrighi, op. cit. y Turner, op. cit., pp. 12-13.

La tercera forma significativa de absorción de excedente la constituye las ganancias, intereses, dividendos, honorarios, etc., transferidos al exterior por las corporaciones internacionales. Parece un hecho comprobado que la inversión privada extranjera en economías menos desarrolladas (lejos de ser una salida para un excedente generado domésticamente) ha sido, en el pasado reciente, un recurso eficiente para transferir excedente generado en el exterior a países capitalistas avanzados.¹⁸ Hay motivos para suponer que, al menos en cuanto al África tropical, esta transferencia de excedente está destinada a aumentar por dos razones principales: la alta tasa de ganancia esperada por las corporaciones extranjeras y la tasa de crecimiento relativamente moderada de las economías del África tropical. Parece que se requiere un rendimiento de una magnitud del 15-20% sobre el capital, usualmente sobre la base de una inversión que produce utilidad en unos tres años, a fin de atraer capital extranjero en África tropical.¹⁹ Se sigue que, a fin de compensar la salida de ganancias, la inversión extranjera en esa área debe crecer continuamente a una tasa del 11-14%, lo cual parece imposible de lograr en economías que crecen a una tasa del 4-5%. Así, aun cuando la transferencia de excedente ha sido contenida un tanto durante la fase actual de fácil sustitución de importaciones, la salida sólo podrá tomar un carácter más serio en los años próximos según dicha fase llega a su fin.

Examinaremos ahora el potencial de desarrollo de este patrón de absorción de excedente. El centro de atención debe estar sobre la creación de estímulos para explotar la capacidad productiva excedente existente en las economías tradicionales. Hay dos medios principales por los cuales los campesinos africanos participan en la economía monetaria: a través de trabajo periódico remunerado y mediante la venta de productos agrícolas. Se sigue que el potencial de desarrollo de un patrón determinado de absorción de excedente en el sector moderno de la economía está determinado por su impacto sobre la demanda para fuerza de trabajo campesina y productos agrícolas. Desde este punto

¹⁸ Respecto a los Estados Unidos, por ejemplo, las cifras publicadas en el *Survey of Current Business* del Departamento de Comercio, muestran que el total de inversiones directas en el extranjero, para el período 1950-61, alcanzó la suma de \$17,382 millones, comparado con un total de ingresos percibidos por inversiones de \$29,416 millones. Ver Baran y Sweezy, op. cit., p. 107. Datos tomados de la misma fuente muestran que, en el período 1959-64, las inversiones directas norteamericanas (excluido el petróleo) en África sumaban \$386 millones, y el ingreso por inversión \$160 millones.

¹⁹ Ver D. J. Morgan, *British Private Investment in East Africa: report of a survey and a conference* (Londres, 1965).

de vista, el patrón de que se trata tiene poco potencial, si es que tiene alguno. El moderado crecimiento de la economía monetaria y la concomitante alta tasa de mecanización y automatización retarda el crecimiento de las posibilidades de empleo remunerado para el campesinado. Lo que es más importante aún, la absorción de una parte considerable del excedente por el consumo discrecional de la aristocracia del trabajo (que crea demanda en los países industriales o en las propias economías modernas del África tropical), y por la transferencia de ingresos de inversión al exterior, restringe el crecimiento de la demanda interna para la producción campesina. Por consiguiente, la creación de estímulos para incrementar la productividad en las áreas rurales es dejada a la lenta expansión de la demanda extranjera para productos africanos y a las «exhortaciones al esfuerzo» que constituyen una característica prominente de gran parte de la práctica «socialista» en África, a la cual volveremos.

El lento crecimiento de los ingresos y la productividad campesinos tiene a su vez un efecto negativo sobre el potencial de crecimiento del sector moderno mismo, ya que estorba además la expansión del mercado interno. Parece por tanto muy improbable una aceleración del crecimiento económico en el África tropical dentro del marco político-económico existente, y, según se reemplaza la fase de fácil sustitución de importaciones, puede realmente esperarse un retardo. A la luz de estas consideraciones, el actual crecimiento económico de África tropical puede ser caracterizado apropiadamente como «crecimiento perverso», es decir, crecimiento que socava, en vez de intensificar, las potencialidades de la economía para el crecimiento a largo plazo.²⁰

Al describir teóricamente el actual patrón de crecimiento en África lo hemos hecho en términos de un tipo ideal, lo cual es propio de un ensayo de esta clase. Es indudable que toda la gama de casos históricos incluiría excepciones que no encajan en nuestras conclusiones. Sin embargo es interesante observar que incluso Costa de Marfil —modelo de desarrollo basado en el capitalismo internacional—²¹ comienza a experimentar las dificultades que acompañan esa estrategia; varios autores han comentado recientemente sobre el patrón de

²⁰ El concepto de «crecimiento perverso» ha sido introducido por Ignacy Sachs. Ver su «On Growth Potential, Proportional Growth and Perverse Growth», en *Czechoslovak Economic Papers* (Praga), 7, 1966, pp. 65-71.

²¹ Ver S. Amin, *La développement du capitalisme en Côte d'Ivoire* (París, 1967); S. Amin, «Côte d'Ivoire: valeur et limites d'une expérience», en *Jeune Afrique* (París), octubre 1967; Z. Dobrška, «Economic Development in the Ivory Coast from the Winning of the Independence», en *African Bulletin* (Varsovia), 5, 1966.

«crecimiento sin desarrollo» del país, carente de una genuina transformación que se sustenta a sí misma, y que parece ir perdiendo importancia para el futuro según las ganancias comienzan a ser remitidas a Francia en forma creciente, sin que, por otra parte, existan suficientes refuerzos complementarios para remediar la situación. Las fuentes autóctonas de capital y de capacidad «empresarial» (públicas o privadas), que pudieran ser utilizadas en una dirección más fructífera, son obstruccionadas por la nueva estructura de clase y por el patrón de comprometimiento internacional.

En vista de estas consideraciones, parece aconsejable una política de auto-suficiencia *vis à vis* el capitalismo internacional, por dos razones principales: (a) debido al drenaje del excedente que, tarde o temprano, es engendrado por la dependencia del capital extranjero; y (b) a causa del impacto de la inversión extranjera (con respecto a la elección de técnicas y a su distribución sectorial) sobre la estructura de las economías de África tropical.²² Sin embargo, no se sigue que el hecho de desligarse del capitalismo internacional sea una condición *suficiente* para el desarrollo. Como hemos visto, el surgimiento de una aristocracia del trabajo, poseedora de gran influencia política, fue producto no sólo del patrón de la inversión extranjera, sino también de la aceptación de una estructura salarial de tipo colonial por parte de los gobiernos africanos independientes. La aristocracia del trabajo continuará por tanto utilizando su poder en el sector moderno de la economía controlado por el Estado a fin de apropiarse de una parte considerable del excedente bajo la forma de un creciente consumo discrecional. En estas condiciones, continuaría el «crecimiento perverso» a pesar de que los medios de producción estén en manos del Estado.²³ Pero incluso la reasignación del excedente, del consumo discrecional de la «aristocracia del trabajo» a la inversión productiva, si bien es una condición necesaria, no es suficiente para un crecimiento estable de largo plazo. La inversión productiva en el sector moderno debe estar dirigida hacia la creación de estímulos para el desarrollo en el sector tradicional; es decir, debe estar destinada a la expansión de aquellas industrias que producen

²² Es sorprendente que los apologistas de la inversión privada extranjera en África (que consideran el drenaje del excedente como pago por asistencia técnica y financiamiento por parte de las corporaciones internacionales) raramente se han detenido a considerar si la ayuda suministrada en términos de personal técnico, de gerencia y administrativo es conveniente, para las economías que la reciben, desde el punto de vista de su potencial de crecimiento (en contraste con los efectos de corto plazo sobre ingreso y nivel de ocupación).

²³ Ver Sachs, op. cit.

los bienes de capital y de consumo que mejor se adaptan a los requerimientos del sector tradicional. De lo contrario, como lo demuestra la historia del desarrollo socialista en ambientes no industriales, la demanda de trabajo y productos agrícolas que sigue a la industrialización conduciría simplemente a términos de intercambio desfavorables para el sector tradicional, restringiendo de esa manera la explotación de su capacidad productiva excedente.²⁴

El problema de crear incentivos para explotar la capacidad productiva excedente en el sector tradicional es importante porque aún existe entre los campesinos de África tropical tierras disponibles y tiempo de trabajo excedente. El segundo problema, relativo al aumento de la productividad de los campesinos africanos, es el de asegurar la *absorción productiva del excedente producido en el sector tradicional*, y aquí es donde se plantea más cabalmente la cuestión de la transformación rural, si bien resulta difícil ofrecer soluciones en términos teóricos. Ello implicaría ciertos cálculos para determinar si la transformación de las economías tradicionales se puede lograr mejor a través de la formación de una clase agraria capitalista o de la absorción gradual de las familias campesinas individuales en unidades más amplias (cooperativas, granjas colectivas, comunas); si a través de la utilización o el reemplazo de las formas tradicionales de cooperación en el trabajo; o a través de organismos centrales de comercialización encargados del acopio de productos agrícolas, de los productores tradicionales, y la distribución de artículos manufacturados a los mismos.

Sin duda se está desarrollando un proceso de diferenciación muy real en muchas partes del África rural. La comercialización de la producción campesina con frecuencia ha sido seguida de una expansión notable de la propiedad privada de la tierra²⁵ y una creciente división entre los nuevos «empresarios» agrícolas (los «kulaks», como el profesor Dumont los llamó recientemente en Tanzania), los cosecheros más marginales de productos para la venta, los que cultivan la tierra para autoabastecerse y los trabajadores agrícolas. Cada vez más estas categorías tienen intereses diferenciales con implicaciones para la estrategia rural. Así, por ejemplo, las cooperativas pueden llegar a ser manipuladas en beneficio propio por los campesinos cuya situación económica es más holgada.

²⁴ Para una excelente discusión de problemas del desarrollo socialista en un ambiente no industrial, ver F. Schurman, *Ideology and Organization in Communist China* (Berkeley y Los Angeles, 1966).

²⁵ Ver S. Chodak, «Social Classes in Sub Saharian Africa», *African Bulletin* (Varsovia), 4, 1966.

Si los instrumentos de una «movilización generalizada» son hipotecados a un grupo en particular, entonces el avance de tal política de desarrollo puede muy bien ser obstaculizado.

Por otra parte, se ha argumentado con buenas razones que, en esta etapa del desarrollo, puede ser prudente «permitir que los kulaks continúen», dejar que la lógica del mercado tenga el efecto de *briser la famille* (como dice Samir Amin), y destruir de una vez por todas los concomitantes impedimentos económicos tradicionales.²⁶ No es inconcebible, desde luego, que los lazos de interés común formados entre los campesinos «capitalistas» que hacen su aparición y la aristocracia del trabajo podrían convertirse en una fuerza ulterior para mantener el presente patrón de la economía y de la sociedad (uno piensa en la simbiosis entre cultivadores y burócratas en Costa de Marfil). No obstante, mucho dependerá del marco general provisto por la trayectoria del desarrollo en el sector moderno el hecho de cómo son orientadas, y quizás controladas eventualmente, las avenencias de corto plazo con la «desigualdad» en el sector «tradicional».

En conclusión, la primera parte de nuestro análisis plantea un número de cuestiones concernientes a la relación entre la presente formación de clases y el desarrollo a largo plazo en el África tropical. El crecimiento de una aristocracia del trabajo y el hecho de confiar en el capitalismo internacional, lejos de ser necesarios para tal desarrollo, parece más bien reducir el potencial de crecimiento de las economías en cuestión, si bien la relación entre formación de clases y desarrollo, al menos a corto plazo, es mucho menos clara en las áreas rurales. Puede argüirse que los cambios en la utilización del excedente, que como hemos visto son necesarios para un verdadero desarrollo, no son posibles en las condiciones históricas actuales, particularmente en vista de las pérdidas a corto plazo en el crecimiento económico que ello causaría; además, es muy probable que cualquier tentativa de desligarse del capitalismo internacional, o de reforma de la fuente de poder de los gobiernos africanos en cuestión, resultaría en una situación de inestabilidad política. Esto, sin embargo, no invalida en absoluto la necesidad histórica del cambio en sí, que debiera por tanto ser de importancia central en el debate socialista.

²⁶ Ver S. Amin, *Trois Expériences africaines de développement: le Mali, la Guinée, et le Ghana* (Paris, 1965), pp. 10-17, 230-32. También «The Class Struggle in Africa», en *Revolution* (Paris), 1, 9.

II / TEORIA Y PRACTICA DEL SOCIALISMO AFRICANO

En este punto parece pertinente evaluar, en términos bastante generales, la teoría y la práctica del socialismo africano como se han manifestado hasta la fecha. De este modo puede ser clarificada la índole de las limitaciones, tanto intelectuales como de contexto, del experimento socialista en África. Desde luego sería artificial separar demasiado categóricamente las consideraciones en cuanto a «teoría» y «práctica»; la comprensión de la última debe servir para esclarecer la verdadera textura y función de la primera. Además, muchas ambigüedades notables son fácilmente identificables en el plano ideológico mismo, ya sea que esto se considere primordialmente como determinante de la práctica o simplemente como su reflejo y racionalización. El amplio contorno de la constelación de ideas bajo discusión, identificada a veces genéricamente como «Socialismo Africano», resulta ya bastante familiar,²⁷ si bien sigue siendo difícil de resumir como debemos hacerlo aquí. Hay que observar que incluso la pretenciosa etiqueta de «Socialismo Africano» ha sido rechazada vigorosamente por algunos de los socialistas más militantes del continente; debemos tener cuidado de no esquematizar continuamente las verdaderas diferencias.

Con todo, subsisten ciertos temas centrales sobre esta cuestión, comunes a la mayoría de los escritores y voceros africanos y, lo que es más importante, cierto patrón común en la aparente inadecuación del análisis que está a la base de sus pronunciamientos. Desde luego los socialistas africanos confirmados están interesados por igual en el desarrollo económico; también se han dado cuenta que se requiere alguna forma de expansión coordinada del sector agrícola y del sector industrial a fin de lograr esa meta. Tienen una percepción bastante vaga de la verdadera naturaleza de los problemas de «transformación estructural» por resolver, si bien en sus discursos y programas a veces resuenan los ecos de estas preocupaciones.

Incluso los socialistas, sin embargo, han tenido la tendencia a obrar en términos del modelo convencional de desarrollo basado en la expansión de la producción agrícola con vistas a la exportación, el incremento de la formación

²⁷ Ver, particularmente, J. Mohan, «Variedades del Socialismo Africano», en este mismo número. También W. H. Fritdland y C. G. Rosberg jr., *African Socialism* (Stanford, 1964); Charles Andrain, «Democracy and Socialism: Ideologies of African Leaders», en D. Apter (ed.) *Ideology and Discontent* (New York, 1964). Bernard Charles, «Le Socialisme Africain, mythes et realities», en *Revue française de Science politique* (Paris), 1965, XV, p. 956.

de capital industrial en la producción de bienes de consumo, y la importación —generalmente privada— de capital extranjero, en tanto que se deja a cargo del Estado proveer el monto requerido de inversión en obras de infraestructura. Desde luego este es esencialmente el tipo ideal de «crecimiento perverso» en Africa, que hemos discutido en la primera parte de este trabajo. Así, las principales limitaciones intelectuales, conscientes o inconscientes, estriban no sólo en una comprensión inadecuada del proceso sostenido de desarrollo y transformación estructural sino también, como se verá, en un cuadro insuficientemente sutil y exacto, tanto del naciente patrón de estratificación socioeconómica africana (particularmente con respecto a las relaciones «ciudad-campo») como de las realidades de la economía internacional. Por eso no es extraño que las ideas en torno a «desarrollo» e «igualdad» no sean ellas mismas enlazadas sistemáticamente y, en consecuencia, surjan estrategias «socialistas» que dejan mucho que desear.

En suma, los líderes africanos raramente han examinado con claridad (y desinterés) tales tendencias. Esto se refleja en la medida en que el tono general del pensamiento «socialista» en Africa tiende a hacer borrosas estas inquietudes, a pesar de las admisiones y reservas ocasionales, que demuestran más bien un mayor grado de razonamiento específico. Así, para citar un ejemplo, Senghor en sus escritos a veces está alerta a los peligros de un nuevo grupo urbano privilegiado, compuesto de «intelectuales, profesionales liberales, funcionarios, patronos e incluso trabajadores» que surge para explotar a «los campesinos, a los pastores, y a los artesanos». Pero él no profundiza en la cuestión, ni especula sobre posibles remedios institucionales; en su lugar, él confía más bien en «valores espirituales» para conjurar el peligro. Aun así, no puede ciertamente esperarse un exceso de abnegación por parte de esta «aristocracia del trabajo» (como la hemos llamado) cuando un vocero socialista tan militante como el propio Touré declara:

«En nuestra denuncia de las tendencias burguesas no debemos, como lo hacen los especialistas de la confusión, acusar de burgueses al campesino, al trabajador, o al empleado público que es un demócrata convencido y miembro devoto del PDG, y quien por sus esfuerzos personales ha podido construir una casa moderna, comprar un automóvil, o adquirir honradamente cualquier cosa que contribuya al bienestar material de su familia. Como el objetivo principal de nuestra revolución es el de crear las condiciones para que todo el mundo pueda lograr con su trabajo el mayor grado posible de prosperidad, no podemos

culpar a estas personas. Al contrario, un hombre debe utilizar sus energías y facultades para mejorar constantemente su nivel de vida».²⁸

Esto indudablemente debe interpretarse como una aprobación tácita de la norma *enrichissez-vous* por lo que toca a los grupos burocráticos (del partido y el Estado), «las nuevas élites del Africa tropical»,²⁹ que se han hecho prominentes en el período posterior a la Independencia. Realmente ha habido muy poca comprensión, en el seno de la doctrina del socialismo africano, de tal forma de desigualdad y de las concomitantes posibilidades de explotación por parte de esta aristocracia del trabajo. Raramente se da suficiente prominencia a la necesidad de cerrar la brecha entre la ciudad y el campo; el tipo de ataque contra el privilegio que liberaría una buena proporción del consumo urbano para dedicarlo a incentivos rurales y a la formación de capital es desviado continuamente.

Ocasionalmente se toman ciertas medidas y se presentan con una lógica que parece impecable para combinar el doble interés por el desarrollo y la igualdad. Así, cuando los gobiernos africanos tratan con los sindicatos obreros, frecuentemente usan argumentos que enfatizan la necesidad social de la acumulación de capital y el imperativo de «trabajar con tesón». En la mayoría de los países «socialistas» los sindicatos obreros han sido absorbidos de manera organizacional en el aparato del partido gobernante. Se sostiene que representan un núcleo privilegiado de trabajadores y que sus logros se hacen a expensas del país en general, y del sector rural en particular. Como un paso hacia el desarrollo general, deben por tanto ser disciplinados y hacer que cambien su actitud y pongan el énfasis en la «producción» y no en el «consumo».³⁰

El sector comercial constituye otro blanco principal, y el argumento que con frecuencia se adelanta contra el mismo es en términos de la necesidad tanto de un patrón de distribución más igualitario como de una acumulación de capital acelerada. Se demanda la redistribución del exceso de ganancias de los comerciantes locales y (algunas veces) de los importadores y exportadores a fin de conceder subsidios a los cosecheros y mayores recursos al Estado para la inversión productiva. Se sostiene además que las cooperativas

²⁸ En *African Report* (Washington), mayo de 1963, «Special Issue on African Socialism» pp. 26-7.

²⁹ Este es el título de un libro valioso sobre temas afines editado por Peter Lloyd.

³⁰ Para la distinción ver Isaac Deutscher, «Russia en» W. Galenson (ed.), *Comparative Labor Movements* (New York, 1952); Friedland y Rosberg, op. cit., p. 19.

de mercado que son alentadas por esas medidas representan un empeño colectivo, y por tanto socialista, que es laudable por derecho propio. El hecho de que el sector comercial que sería desplazado de ese modo esté compuesto a menudo en gran parte por una minoría racial o cultural puede, desde luego, facilitar la aceptación de tales políticas.

Uno pudiera estar mejor dispuesto a aceptar estas medidas, en los términos en que han sido presentadas por los líderes, si el principio general del argumento utilizado para justificarlas (es decir, la crítica, por parte de supuestos socialistas, de desigualdades que bloquean el desarrollo económico) fuese aplicado de manera más consciente y rigurosa a la sociedad en su conjunto. Infortunadamente, este no ha sido el caso: las desigualdades que se observan —lo que Touré ha llamado «contradicciones»— muy fácilmente se desdican y se opacan analíticamente dentro del marco provisto por la ideología «socialista» propia del continente africano. Aquí nos referimos a aquella parte del argumento que ha sido caracterizada por Peter Worsley como «populismo».³¹ En África esto se ha traducido en la afirmación, por casi todos los líderes, en el sentido de que, incluso ahora, han desaparecido las clases en las sociedades africanas. Los fundamentos de una penetrante solidaridad social se hallan en la sociedad tradicional y, con la intervención de una «actitud mental» contemporánea, continúan golpeando contra una estratificación significativa.

La declaración más franca respecto a este «modelo» se encuentra en el ensayo primitivo de Nyerere, *Ujamaa*,³² pero incluso un vocero tan matizado de marxista como Touré ha recurrido a la naturaleza «comunocrática» de la sociedad africana para suavizar, ideológicamente, algunos de los potenciales antagonismos de clase que él ve en la sociedad guineana. A esto Touré agrega el argumento de que tal uniformidad sin clases es reforzada por el hecho de que toda la población se enfrenta, en conjunto, al explotador neocolonialista. No es extraño que el nacionalismo provea gran parte del material para la construcción de este edificio populista, el cual es útil también para desplazar el estado consciente étnico o tribal existente. Podrían introducirse numerosas

³¹ Peter Worsley, *The Third World* (Londres, 1964), cap. 4. Para una crítica detallada del «populismo» ver John S. Saul, «On African Populism» en E. Gellner y G. Ionescu (eds.), *Populism* (Londres, en prensa).

³² Este ensayo es reproducido en J. K. Nyerere, *Freedom and Unity / Ujamaa na Umoja* (Oxford, 1966), p. 162. Fue originalmente publicado en 1962.

citadas para demostrar estos énfasis generales en África. Tampoco es extraño, en el seno de una sociedad «sin clases», encontrar que toda consideración en cuanto a la índole de las relaciones sociales de producción es vista como de poca importancia fundamental para las aspiraciones socialistas. Según Kofi Baako, persona muy ligada a Nkrumah en Ghana:

«En un estado Nkrumahista-Socialista, el agricultor no perderá su finca, el propietario no perderá su casa, pero no se le permitirá que explote al inquilino; se prohibirá que el patrono explote al trabajador, pero no se permitirá que éste defraude al patrono haraganeando; quien posea un automóvil lo conservará... [no] se quitará la propiedad o la riqueza que alguien adquirió o ganó a costa de gran esfuerzo y mediante el uso honrado de sus energías físicas y mentales para dársela a ciudadanos haraganes, inescrupulosos, indisciplinados, pero aptos para el trabajo».

En relación con tales declaraciones, Fitch y Oppenheimer observan: «Ni los propietarios ni los capitalistas serán abolidos; serán simplemente regulados».³³

Esta variedad «populista» de socialismo africano también tiene inferencias importantes para el análisis del sector rural; además, es más que probable que sean tomadas en serio por los propios ideólogos. Worsley resume este tema cuando escribe:

«África es su campesinado, productores que ganan su sustento de la tierra y productores que venden sus cosechas, pero campesinos independientes. Este es el hecho fundamental de las estructuras sociales de los nuevos estados africanos».

Ya hemos visto que esto se sospecha, dado el carácter de las relaciones «ciudad-campo» en el África contemporánea, pero dentro del área rural misma se considera que la solidaridad (una vez más) brota de estos hechos. Sin embargo, como hemos insinuado, incluso las economías rurales relativamente no revolucionadas del África tropical ya no adquieren un carácter tan igualitario como estos líderes pretenden. Lo que está claro, por tanto, es que el problema de la naciente formación de clases rurales y sus consecuencias para el desarrollo no puede enfrentarse honradamente, o no se pueden desarrollar estrategias eficaces de «largo plazo» de control y dirección socialistas, dentro del marco populista de análisis que disfraza el proceso de cambio rural.

³³ Tanto la observación de Baako y el subsecuente comentario se hallan en B. Ficht y M. Oppenheimer, *Ghana: the end of an illusion* (New York, 1966), p. 112. En español: «Ghana: el fin de una ilusión». Ed. Nuestro Tiempo, México.

Incluso en ausencia de un examen minucioso de las realidades rurales, no es menos cierto que la «movilización» del campesinado se considera como una necesidad vital de manera mucho más clamorosa, en estados de inclinación «socialista» que en otros. Allí se vela por una liberación generalizada de energías productivas; en este contexto es que deviene más prominente la variedad de «Socialismo Africano» que Friedland ha denominado «la obligación social de trabajar».³⁴ El socialismo es presentado como una invocación al esfuerzo, e, implícita o explícitamente, se alienta cierto grado de sacrificio y se promete a cambio una recompensa futura no especificada. Así, la *investissement humain* y la ayuda de sí mismo devienen un ejercicio colectivo en cierta forma, con frecuencia marginal, de acumulación de capital. Estas ideas pueden ser de valor para educar a la gente en cuanto a conciencia nacional;³⁵ pero, como debiera ser claro, tales énfasis pueden sencillamente alentar la evasión de aquéllos problemas más centrales concernientes a la interacción entre el sector tradicional y el sector moderno, y la expansión de la capacidad productiva excedente. Muy raramente, por ejemplo, se especifica con claridad el carácter de cualquier elección entre acumulación capitalista y acumulación agrícola colectivista, o se relaciona a cuestiones más amplias de prioridades de desarrollo tales como las que hemos planteado; las políticas por tanto pueden muy fácilmente no dar en el blanco.

De la misma manera que la hebra populista en el socialismo africano opaca las realidades de la formación de clases, también es importante, si bien un tanto paradójico, observar que gran parte de la crítica del «neocolonialismo» en el socialismo africano ha servido para opacar las realidades de la presencia del capitalismo internacional en el continente. Necesariamente, por tanto, también se reduce artificialmente la gama de políticas específicas a seguir. Incluso los socialistas más vociferantes suponen la necesidad de tratar con «el enemigo»; como observó Jean Lacouture al analizar el coloquio de Dakar sobre socialismo africano: «La distinción, siempre bastante artificial, entre el Africa 'revolucionaria' y el Africa 'reformista' parece ahora enteramente obsoleta... Lo que es todavía más asombroso es que nadie rechazó la necesidad de recurrir a la ayuda e inversiones extranjeras».³⁶

³⁴ Friedland y Rosberg, op. cit., p. 16.

³⁵ Ver K. Grundy, «Mali: the Prospects of Planned Socialism», ibid., p. 132.

³⁶ De *Le Monde*, diciembre 11, 1962, citado en *African Report*, Mayo 1936, p. 18.

Pero parece que nadie se sintió tampoco muy compelido a analizar de manera sistemática los argumentos concernientes al potencial de desarrollo de tales inversiones —por una variedad cada vez más monopolista de capitalismo internacional— en términos de la elección de técnicas y la absorción de trabajo, la reinversión de ganancias, y la generación de demanda interna. Así, las declaraciones sobre políticas a seguir oscilan más bien en forma errática entre los slogans abstractos de «neocolonialismo» —un instrumento útil con el cual forjar la unidad nacional que respalde a los líderes— y una aceptación «forzada» de la «necesidad» de alentar la inversión extranjera a fin de adquirir conocimientos y capital.

Los efectos secundarios tienden a desaparecer de la ecuación. Sin embargo, pudiera suceder que, a pesar de un período de adaptación, a la larga la afluencia sin trabas de capital extranjero debe conducir eventualmente a una repatriación importante de ganancias, etc. Por tanto debe hacerse constantemente una evaluación en cuanto a su genuino potencial de desarrollo; por otra parte, como se ha indicado, muchas formas de importación de capital pueden ser peores que ninguna del todo, a pesar de la subsecuente existencia de facilidades productivas y un puñado de nuevos empleados del país en las mismas. Desde luego, uno puede sospechar que algunos de los motivos para alentar un incremento en la entrada de capital extranjero se deben a preocupaciones de la élite relacionadas con dificultades de corto plazo en la balanza de pagos a causa de un exceso en las importaciones. Con todo, el verdadero socialista africano debe subrayar la necesidad de la *formación interna de capital* en sus argumentos y, además, explicarla claramente al pueblo.

Porque, con mucha frecuencia, la promesa en el sentido de que la élite puede llevar a cabo una transacción favorable con tan poderosa constelación externa de tecnología y poderío económico, representada por el sistema económico occidental, da la impresión de que se obtiene algo a cambio de nada (cosa improbable, pero que quizás constituya un argumento político útil para ser presentado a la masa de la población mientras tanto). Dada una perspectiva más clara, la definición de condiciones más firmes para el capital que efectivamente se importe resultaría también un imperativo más urgente de lo que lo ha sido hasta ahora, no obstante lo difíciles que sean de aplicar dichas condiciones en la práctica. Al mismo tiempo, un ataque vigoroso contra la «participación en pequeños estados hostiles», favoreciéndose los agrupamientos regionales, preferiblemente de estados 'afines', para alentar complementarie-

dades y desarrollo coordinado, vendría a ser una característica aún más prominente.

No es tarea fácil relacionar una ideología como el socialismo africano a la compleja estructura social del África en proceso de cambio, así como la identificación de sus funciones. Sin embargo, de lo discutido hasta aquí se deduce que el problema es algo más que una simple confusión intelectual. Es cierto que en el África colonial y subdesarrollada económicamente no ha surgido una clase autóctona dominante en todo respecto;³⁷ los grupos políticos y burocráticos que sí han alcanzado prominencia se han caracterizado por tanto por una mayor 'autonomía y plasticidad socialmente relativas', como lo ha expresado Roger Murray.³⁸ Lo que es más, luego de la independencia, cuando una combinación de educación pasada y/o actuación política y la posición burocrática entonces mantenida se convirtieron en los principales determinantes del privilegio en la nueva sociedad, está claro que, en ausencia de una organización más rigurosa y más claridad ideológica, lo que caracteriza a las nuevas élites es un interés creado, más bien estrecho, en el sistema, «*une bourgeoisie plus proche d'un mandarinat*», como Dia las ha llamado. Su conciencia creciente de una posición diferenciada *vis-à-vis* la masa de la población era tal que Lloyd, uno de los más astutos observadores de este proceso, consideraría descartar el concepto de «élite» y adoptar la noción de «clase» para describir la posición de este grupo en la sociedad.³⁹

Así, dentro de esta clase de contexto es que uno debe situar las tendencias hacia una mayor centralización del poder, la absorción de entidades semi-autónomas, y la especie de cuentos de hadas ideológicos para consumo popular que hemos examinado—tendencias que parecen expresar un claro interés institucional y, detrás del mismo, un interés de clase.⁴⁰ Y en este contexto mucha de la intervención estatal—en la medida en que parece estar rela-

³⁷ Aunque el surgimiento de una pequeña pero activa clase de comerciantes en un país como Ghana, por ejemplo, puede jugar un papel importante en la determinación de la trayectoria de experimentos socialistas.

³⁸ Roger Murray, «Second Thoughts on Ghana», en *New Left Review* (Londres), 42, marzo-abril 1967, p. 34.

³⁹ Lloyd, op. cit., introducción.

⁴⁰ Desde luego al otro extremo tenemos el ejemplo de Kenya, donde la ideología del «socialismo» es utilizada sin escrúpulos para hacer racional la marcha de la nueva élite africana hacia todos los sectores de la economía, públicos y privados. No todos los usos de este fundamento racional son tan crasos, pero no obstante hay cierta consistencia con el patrón africano.

cionada sólo marginalmente con una estrategia generalizada de desarrollo socialista— puede explicarse en parte como la proliferación consciente de empleos para los nuevos miembros del grupo dominante. Por lo menos, dada la naturaleza de la élite burocrática, debe verse con sospecha cualquier identificación voluble—por parte de líderes u observadores— del socialismo en África con *étatisme* y políticas para la centralización del control económico. Además, no es de esperarse de tal grupo una posición firme contra los halagos del capitalismo extranjero, o incluso un escrutinio crítico de sus contribuciones potenciales. Existe cierto peligro de reduccionismo tosco en semejante formulación generalizada, pero sigue siendo una hipótesis que brota en gran parte de la evidencia empírica a nuestra disposición.

Un examen más detenido de la práctica de los estados africanos, convencionalmente llamados «socialistas», contribuye notablemente a ese cuadro. Así, el valioso estudio de Samir Amin sobre Ghana, Guinea y Mali demuestra, con notable fuerza estadística, el oneroso peso del gasto burocrático y del conspicuo consumo urbano, tanto público como privado, en el presupuesto de esos estados. Su conclusión es: «L'austérité, l'effort révolutionnaire de mise en point des méthodes nouvelles moins coûteuses n'ont pas résisté aux appétits de la nouvelle bureaucratie.» En Guinea los gastos administrativos aumentaron un 80% entre 1959 y 1962, un Mali en 60%; la estructura salarial, heredada de la época colonial, ha sido reformada sólo marginalmente. El resultado: «Les plan Guinée et Maliéno prévoient une très gros effort de financement interne par voie publique qui n'a pas été réalisé.»⁴¹

Las cifras de Gerard Chaliand, correspondientes al África Occidental, en su conjunto, que teme a la influencia francesa, revela un aspecto importante de esta desviación de recursos hacia una clase media crecientemente consumidora; a través de esos países, de manera uniforme, existe una gran discrepancia entre los montos gastados en el extranjero para la importación de bebidas y otros artículos de lujo (artículos de tocador, ciertas clases de automóviles) y los montos de divisas utilizados para la formación de capital.⁴² En cuanto a otros países del continente, podrían presentarse estadísticas para documentar la importancia de lo que hemos denominado «consumo discre-

⁴¹ Amin, op. cit., p. 227.

⁴² G. Chaliand, «Independencia nacional y revolución» en *Pensamiento Crítico* 2-3, marzo-abril de 1967.

cional». Amin (y otros) enfatiza la importancia de este patrón en cuanto al sector tradicional el cual, en ausencia de un genuino esfuerzo de desarrollo, él considera como un freno principal sobre el esfuerzo en el mismo sentido dentro de los tres experimentos nacionales que revisa. Desde luego, en estas circunstancias, se hace cada vez más difícil que una población rural crea al pie de la letra las declaraciones y demandas de sacrificio de semejante élite. Y, como debiera ser ya evidente, se están desviando de dicho esfuerzo recursos vitales que podrían estimular la interacción dinámica entre el sector urbano y el sector rural.

En la Ghana de principios de esta década se revigorizó un estilo de debate socialista, que había comenzado en ciertos círculos de estudiantes guineos en el extranjero en los años 40;⁴³ se caracterizaba, por ejemplo, por «la tentativa de trascender la corriente de pensamiento del 'socialismo africano' en favor de una teoría más universal y científica; y por el esfuerzo afín de institucionalizar y acelerar la formación de una *vanguardia ideológica* de cuadros que pudieran entonces esforzarse en hacer de la ideología una fuerza de masas (Winneba)».⁴⁴ Asimismo, el Plan Septenal tomó en serio muchos imperativos concernientes a la «extensión de la actividad económica estatal y el control sobre el sector privado» y la «acumulación acelerada» en cierta relación con una estrategia socialista general.⁴⁵ Incluso en el plano del análisis había deficiencias:

«Porque si bien la lectura del plan guineo demuestra que los líderes están conscientes de la necesidad de abandonar este tipo de desarrollo que ha alcanzado sus límites —de revolucionar la agricultura tradicional, de industrialización radical en el contexto de una unidad económica más estrecha en el Africa Occidental— todavía es necesario decir que las políticas específicas a adoptar no han sido suficientemente sopesadas.»⁴⁶

Y los resultados fueron desalentadores.

⁴³ Sobre esta cuestión ver Colín Legum, «Socialism in Ghana: A Political Interpretation» en Friedland y Rosberg, op. cit.

⁴⁴ Murray, op. cit., p. 35.

⁴⁵ R. H. Green, «Four African Development Plans: Ghana, Kenya, Nigeria and Tanzania» en *The Journal of Modern African Studies*, III, 2 de agosto 1965; Amin, op. cit.

⁴⁶ Amin, *ibid.*, p. 229. Quizás lo que más se echa de menos es una tentativa firme de analizar las relaciones entre el sector tradicional y el sector moderno, e integrar las estrategias industriales y agrícolas de corto plazo, como hemos indicado en la primera parte de este trabajo.

Pero la limitación principal siguió siendo la calidad de la base política y social del régimen. Habiéndose enajenado el apoyo de las masas con el tiempo, el CPP se convirtió cada vez más en una organización de «ciudad» en el sentido general que hemos indicado; los instrumentos políticos mismos se burocratizaron excesivamente, distinguiéndose sus cuadros por el oportunismo. Apenas podían conseguir apoyo ya sea para el socialismo, ya sea contra los demás «aristócratas del trabajo» de la burocracia estatal (incluyendo a los militares) quienes se distanciaron cada vez más del régimen por su franca inclinación socialista, si bien esta inclinación resultó sin entusiasmo en la práctica. «Las purgas espectaculares, los juicios y llamados (radiodifusiones al amanecer, etc.) simplemente revelaron la incapacidad de transformar el CPP y sus formaciones satélites mediante la movilización desde abajo.»⁴⁷ Entre otras cosas, no es sorprendente que los esfuerzos de transformación rural por medio de nuevos cultivos y técnicas sufrieron como resultado de esta variante peculiarmente guinea de la dicotomía «urbana-rural».

Otros aspectos de la llamada «práctica» socialista son reveladores. Hemos hablado de la acción gubernamental *vis-à-vis* los sindicatos obreros, cuyo fundamento racional era con frecuencia una variante del tema «igualamiento para el desarrollo». Sin embargo, de nuevo las estadísticas son asombrosas; ya hemos citado el resultado del análisis de Turner en el sentido de que mientras el trabajo remunerado en Africa ha permanecido relativamente estático en los últimos doce años, los salarios han aumentado notablemente.⁴⁸ No se ha trazado una verdadera línea incluso donde el control organizacional ha sido llevado al máximo. Se le puede perdonar a uno que sospeche que el maniobrar para lograr control político, más bien que la lógica de una estrategia de desarrollo, ha dictado gran parte del intervencionismo que ha tenido lugar. Ciertamente los asalariados no han sido forzados, de manera notable alguna, a pagar el precio del desarrollo; y pese a lo que con frecuencia equivale a un desplazamiento de la dirigencia laboral por parte del gobierno, los trabajadores organizados generalmente han sido admitidos en los círculos privilegiados de la «aristocracia del trabajo». Naturalmente, cuando se comenzó a demandar de estos socios menores de la «aristocracia» que no ejercieran presión en cuanto a salarios, su imposición se hizo más difícil debido a la posición ambiguamente privilegiada de sus otros miembros, los políticos y el salariado: «Especialmente

⁴⁷ Murray, op. cit.

⁴⁸ Ver Turner, op. cit., pp. 12-14.

el CPP resolvió el problema de incentivos morales contra incentivos materiales negando ambos: los trabajadores fueron obligados a convertirse en stajanovistas para defender una revolución que realmente nunca había comenzado.»⁴⁹

Incluso el carácter de la nacionalización del sector comercial, intentado en una forma u otra en la mayoría de los estados «socialistas» de Africa, es revelador. Ciertamente promete una proliferación de empleos; también proporciona fuentes de ventaja para un cuadro de dirigencia cuyo nivel más alto de conciencia es con frecuencia *enrichissez-vous*. Una vez más, la norma de la redistribución demuestra ser ambigua. Resulta aterrador leer el informe de la Comisión Abraham sobre corrupción en las empresas estatales de comercio en Ghana; con demasiada frecuencia el peculado en gran escala ha caracterizado la sustitución de una red de cooperativas y de juntas de comercialización en otras partes. Desde luego cualquier nacionalización completa del sistema de mercadeo es lo suficientemente difícil como para hacerlo a uno titubear en cuanto a considerarla como una primordial inicial para una estrategia socialista, especialmente a la luz de nuestra discusión anterior de las ambigüedades envueltas al establecer prioridades socialistas para las áreas rurales.

Pero es importante notar que críticas tales como las de Berg y otros relativas a la radical «nacionalización», por parte de Guinea, del sector de mercadeo pueden presentar la cuestión como muy sencilla; lo que está en juego no es solamente incapacidad administrativa.⁵⁰ Gran parte del fracaso tenía que ver con la índole de la élite guineana y las normas de la máquina burocrática que se movía para ejercer el control. Una estrategia socialista más generalizada, que establezca, por ejemplo, diferentes prioridades en el adiestramiento de cuadros, y tratara de elevar la conciencia socialista del pueblo a través de la educación política, es posible que pudiera trascender algunos de estos problemas.

Finalmente, debemos evaluar la práctica socialista en las relaciones de los estados africanos con el capital extranjero. A este respecto, ya hemos indicado hasta qué punto los slogans han servido para opacar la elección de políticas a seguir. Sin embargo esta cuestión es decisiva. Como se ha indicado, incluso en un país como Costa de Marfil comienzan a surgir problemas de su estrategia «capitalista internacional» de crecimiento. Y la mayoría de los países socialistas han estado poco dispuestos, en todo respecto, a seguir vías muy diver-

⁴⁹ Ficht y Oppenheimer, op. cit., p. 105.

⁵⁰ Berg, op. cit., pp. 556-60.

gentes. Incluso en el apogeo del socialismo guineano, por ejemplo, se hizo muy poco en el sentido de oponerse al capitalismo internacional en el sector industrial y en la minería, y esta tendencia se ha acentuado desde 1961.⁵¹

El régimen de Nkrumah constituye un caso de estudio al respecto, que ofrece explicaciones adicionales de sus dificultades. Puesto que la «estrategia Lewis» para atraer capital extranjero había sido un fracaso relativo en la década del 50, luego de la declaración de un socialismo más militante se incrementó la actividad —especialmente en lo que toca a créditos de abastecedor, como ha observado Rimmer.⁵² Lo que se estaba gestando era «sencillamente una transformación y redefinición del tipo de vínculo [del capital privado extranjero] con Ghana», a continuación de cierta forma de «política de mediación».⁵³ El Proyecto del Río Volta parece ser el punto culminante de tal «coexistencia pacífica entre sectores»: la Kaiser obtuvo una fuente de suministro de energía barata para la transformación de bauxita importada en aluminio, sin que estuviera obligada a desarrollar o los depósitos de bauxita del país o construir una industrial integrada del aluminio.⁵⁴ No es fácil la redefinición de tal relación neocolonialista: reglas de inversión más o menos estrictas en efecto han sido aplicadas en Guinea, Ghana, Senegal, y especialmente en Mali. Pero si bien es cierto que el clima económico internacional ha sido muy desfavorable para tales esfuerzos, no es menos cierto que la voluntad para desviar los lazos internacionales en una dirección socialista ha sido un fenómeno esporádico.

Esto no es extraño: cualquier tentativa de hacer frente al capitalismo internacional supondría una conciencia creciente de la centralidad del patrón de

⁵¹ Walter H. Drew, «How Socialist Are African Economies?», en *African Report*, Mayo 1963, p. 12; B. Ameillon, *La Guinée, bilan d'une indépendance* (París, 1964). Este último enfatiza particularmente no sólo la posición comprometida (respecto al capitalismo extranjero) del régimen guineano, sino también la consolidación de una «clase burocrática» en el poder. Ver especialmente Parte III, cap. 2 «Du Socialisme d'état à l'étatisation de classe».

⁵² Douglas Rimmer, «The Crisis of the Ghana Economy» en *The Journal of Modern African Studies*, IV, 1.

⁵³ La primera cita es de Murray, op. cit., la segunda de Ficht y Oppenheimer, op. cit. Ambos repiten la declaración un poco más dramática de Fanon sobre la cuestión: «La clase media nacional descubre su heroica misión: la de servir de intermediaria. Vista a través de sus ojos, su misión no tiene nada que ver con transformar la nación; consiste, prosaicamente, en servir de línea de transmisión entre la nación y el capitalismo, rampante pero camuflado, que hoy se pone la máscara del neocolonialismo.» *Los condenados de la tierra* (Ed. Venceremos, La Habana, 1965).

⁵⁴ Ver Tony Kilick, «Volta River Project», en W. Birmingham, I. Neustadt, y E. N. Omaboe, *A Study of Contemporary Ghana* (Londres, 1966).

absorción y utilización para la estrategia del desarrollo, y cierta disposición a corregir sus «irrationalidades». Sin embargo, el corolario inevitable de una decisión firme para alcanzar esta meta, lo constituye un ataque paralelo contra los privilegios de aquellas clases mismas que con más probabilidad forman la base de poder de la mayoría de los gobiernos africanos. Por tanto volvemos en redondo a la dicotomía ya indicada anteriormente (véase parte I) entre lo que es históricamente necesario, tanto para el desarrollo como para el socialismo, y lo que pueda aparecer al presente como históricamente posible. Toda estrategia encaminada a la construcción socialista en África debe por tanto estar a la altura de todas las complejidades presentes en la creación de un poder estatal dedicado a esa tarea, y en la generación o utilización de fuerzas sociales capaces de servir de apoyo a dicho estado. Es posible que ese tipo de base original de poder pudiera encontrarse en la combinación de elementos de un campesinado completamente movilizado y de un proletariado urbano y rural transformado, produciéndose de esa manera un genuino estado de «trabajadores y campesinos». Queda por ver si los hombres que componen las élites políticas y burocráticas presentes son quienes pueden llevar a cabo dicha transformación, ya que, a este respecto, los resultados hasta la fecha no son alentadores; no hay duda que la calidad de los partidos políticos que trabajan para lograr esos fines han dejado mucho que desear. Lo que es más asombroso, el carácter de la rivalidad entre las élites en el África contemporánea y, en particular, la elevación de los militares a una posición de prominencia especial muestra el vigor de las fuerzas que conducen la situación en una dirección contrarrevolucionaria.⁵⁵ Como se ha indicado en la introducción, no ha sido nuestra intención articular enteramente una estrategia de avance para el socialismo africano. No obstante, aquí hay temas que demandan la atención urgente de todos los interesados.

III / OBSERVACIONES FINALES

En el África contemporánea, Tanzania es quizás el país donde las aspiraciones socialistas figuran más prominentemente y de manera más interesante en la ecuación del desarrollo, e influye más poderosamente en la clase de políticas que son puestas en práctica. Naturalmente, todavía queda mucho por hacer

⁵⁵ Sobre esta cuestión ver Roger Murray, «Militarismo en África», en *Pensamiento Crítico* No. 3.

allí; además, no está del todo claro que todas las dimensiones pertinentes del problema ya hayan sido consideradas por la dirigencia. En efecto, podría escribirse otro ensayo de esta extensión para analizar las implicaciones de la experiencia de Tanzania hasta la fecha y su trayectoria probable. Pero, a la luz de la discusión precedente, quizás se pueden hacer algunas breves observaciones al respecto.

No deja de ser cierto que gran parte del curso del desarrollo reciente de Tanzania ha sido trazado por la evolución del pensamiento del propio presidente Nyerere, que va desde el concepto más bien *simplista* de «socialista africano» de presunta solidaridad y actitud mental» automáticamente socialista —lo cual se halla en el ensayo sobre *Ujamaa* citado anteriormente—⁵⁶ hasta una evaluación más penetrante de las realidades africanas; en modo alguno ha surgido de ningún grupo organizado o presión de masas. Pero la aceptación relativamente pasiva de ciertas políticas concomitantes del partido y, especialmente, el logro de una amplia conformidad ideológica con modernas aspiraciones socialistas sí es prueba, en cierta medida, de la «relativa autonomía y plasticidad sociales» del cuadro de dirigencia africano, indicado anteriormente. Queda por ver si la emergente aristocracia del trabajo en Tanzania puede realmente trascender los estrechos horizontes de sus pariguales en otros países africanos. Pero se está haciendo un gran esfuerzo para obtener de ellos un elevado compromiso socialista (y, entre otras cosas, un freno consecuente a las «astucias del consumo urbano»). Desde luego, la falta de «intelectuales revolucionarios» entre los líderes constituye una característica asombrosa, lo cual indica una posible resistencia futura a la política de transformar genuinamente la naturaleza de la «élite».⁵⁷

Sin embargo, es de presumir que también mucho dependerá de esfuerzos paralelos —utilizando los mecanismos democráticos peculiares al sistema de partido único en Tanzania así como otras instituciones— tanto para animar a la vasta masa de la población campesina a expresar sus intereses como una fuerza social, que impida posibles abusos contra su posición por los líderes, como para elevar al mismo tiempo el nivel de conciencia de masas de modo que tal «intervención» sea de tipo progresista. Huelga decir que, dada la circunstancia de un campe-

⁵⁶ Nyerere, op. cit.

⁵⁷ Para una discusión interesante de la importancia de los «intelectuales revolucionarios» ver John Cammett, *Antonio Gramsci and the Origins of Italian Communism* (Stanford, 1967), c. 10.

sinado relativamente inmovilizado, este será un equilibrio difícil de lograr. También resulta cierto que el partido tanzaniano, TANU, que por lo demás parece un instrumento ideal para unir a los intelectuales revolucionarios y a la masa de la población, sigue siendo un elemento relativamente débil.⁵⁸ Infortunadamente, es demasiado pronto para considerar la posibilidad de un cambio dramático en esta dimensión de la situación en Tanzania, pero los esfuerzos emprendidos para realizar tal cambio pueden ser uno de los elementos que hacen de Tanzania un foco importante de interés en los próximos años.

Pero lo cierto es que el presidente ha mostrado cada vez más tener un conocimiento profundo de muchos de los patrones de cambio africano que hemos discutido: la importancia de la dicotomía rural-urbana, la falta relativa de dirección socialista provista por una simple «actitud mental», algunas de las ambigüedades de la presencia económica extranjera en la economía nacional, y las realidades de la estratificación rural. En cuanto al primero de ellos sus acciones han sido sin titubeos por ejemplo, el freno a las pretensiones de los estudiantes en el University College, la subsecuente reducción de salarios en el servicio civil, la reciente actitud firme en cuanto a las extravagantes demandas salariales del NUTA (sindicato nacional de trabajadores), y, lo más importante, la Declaración de Arusha, de febrero de 1967, que ha promulgado una disposición restrictiva contra ciertos tipos de engrandecimiento económico por parte de la élite (especialmente en relación con la adquisición de propiedades), siendo llamada de esa manera a dar el ejemplo en su comportamiento socialista.⁵⁹ Por tanto ha tenido lugar un verdadero comienzo en la dirección correcta. Asimismo, la «educación política» se ha convertido en un tema mucho más dominante, tanto en el seno del sistema educacional como con respecto al público en general, lo cual denota que existe cada vez más una ideología y un compromiso que han de ser enseñados y comprendidos, y un nivel más alto de conciencia socialista hacia el cual trabajar, en vez de ser simplemente *supuesto* como fundamento del socialismo tanzaniano.

Una amplia gama de empresas han sido nacionalizadas, tales como bancos, compañías de seguros y algunas firmas procesadoras y manufactureras, con

⁵⁸ Sobre el TANU en el período anterior a la Declaración de Arusha, ver H. Bienen, *Tanzania: Party Transformation and Economic Development* (Princeton, 1967), un trabajo útil pese al cuadro engañoso que presenta de las dimensiones ideológicas de la experiencia tanzaniana.

⁵⁹ Ver *The Arusha Declaration and Tanu's Policy on Socialism and Self-Reliance* (Dar el Salaam, 1967); también *Arusha Declaration: answer to questions* (Dar el Salaam, 1967).

vistas a relacionar su inversión y otras decisiones más directamente con los intereses del desarrollo nacional. En la esfera rural, con frecuencia se ha dado a los campesinos un rango aún más elevado en las formulaciones verbales de la ideología nacional, en los discursos del presidente, a expensas, explícitamente, del *amour-propre* de los líderes. Como se ha indicado, el aspecto organizacional de este énfasis no ha sido definido enteramente en la práctica, si bien se está exhortando a los líderes locales para que demuestren con ejemplos su socialismo en términos del contenido de la Declaración de Arusha.⁶⁰ Esta es una tentativa, a todos los niveles, de introducir ciertas características de «vanguardia» en lo que por otra parte es más claramente un partido de «masas». Recientemente el presidente también expresó creciente preocupación acerca de las realidades de la formación de clases en las áreas rurales, particularmente con respecto al surgimiento de lo que él mismo calificó de «proletariado rural», y ha sugerido, más bien tentativamente, su solución de la «aldea Ujamaa», con el énfasis de un modo de producción agrícola comunal, tecnológicamente modernizado, para hacer frente a este reto al igualitarismo.⁶¹

Sin embargo, todo el alcance de la relación entre agricultores e industria, entre los sectores urbano y rural, no ha sido establecido claramente, más allá de aquellas acciones importantes, a que nos hemos referido, destinadas a racionalizar el proceso de «apropiación del excedente» mediante la reducción del consumo discrecional en las áreas urbanas. Un resultado contingente es que, dependiendo del constantemente reiterado slogan de «confianza en sí mismo», el simple expansionismo agrícola —una estrategia más bien peligrosa cuando los precios mundiales están bajando— tiende a ser sustituido por la expansión agrícola para satisfacer una demanda planeada, inducida industrialmente, tanto directa como indirecta. En efecto, quizás sea correcto decir que el «creci-

⁶⁰ Como un ejemplo, tales líderes han de ser sometidos a severas restricciones en su contratación de fuerza de trabajo, práctica ésta que implicaría, en el lenguaje de Arusha, «explotación».

⁶¹ Julius K. Nyerere, *Socialism and Rural Development* (Dar el Salaam, 1967). Como hemos indicado, si esta aspiración particular es prematura o no, es una cuestión discutible. El presidente mismo no explora enteramente los vínculos entre el desarrollo agrícola y un modo de producción «igualitario» más allá de observar que «si este tipo de desarrollo capitalista se lleva a cabo ampliamente en el país, puede que logremos un buen aumento estadístico en la riqueza nacional de Tanzania, pero la masa del pueblo no estará necesariamente en mejor situación. Al contrario, según la tierra deviene más escasa nos encontraremos con una clase campesina y una clase trabajadora, con la última imposibilitada de trabajar para sí misma o de recibir un beneficio cabal por su contribución a la producción total». (p. 8).

miento industrial» constituye todavía un eslabón perdido en la cadena de la estrategia socialista en Tanzania; existe un silencio relativo sobre la prioridad que debe darse a la industrialización, sobre cómo debiera dividirse la formación de capital entre el sector de bienes de capital y el sector de bienes de consumo, o también, entre los sectores que sirven a las áreas rurales y aquéllos que sirven a las áreas urbanas, o cómo debe la política agrícola encajar en este patrón. También demandará una consideración ulterior la cuestión afín del comercio exterior y los lazos financieros con los países socialistas más allá de Africa, y con el mundo capitalista. Para los socialistas es tan importante la cuestión de la «utilización del excedente» como la «apropiación del excedente». Tanzania está haciendo esfuerzos heroicos, pero será más fácil evaluar la dirección de su curso cuando por parte de la presidencia se hagan públicas las políticas de industrialización.

Una cosa es clara: el debate en torno al socialismo en Tanzania adquiere un nivel cada vez más alto de refinamiento. Esto es más de lo que puede decirse de gran parte del discurso socialista y la formación de ideología en otras regiones del continente, como hemos indicado. También es más de lo que puede decirse de Berg, cuyo artículo hemos citado, y de muchos de sus colegas académicos. Berg lanza un ataque contra las aspiraciones socialistas en Africa en términos violentos: «Para el Africa contemporánea es la ideología equivocada, inconveniente e inoportuna.»⁶² El basa esta apreciación en tres razones principales, las cuales son intachables en su lugar. Argumenta que existe escasez de fuerza de trabajo calificada, lo cual hace que el control del mercado en particular sea una tarea arriesgada. La agricultura africana no congenia con la mecanización y por tanto con el cultivo en gran escala; además, todavía es necesario sacar a campesinos de la producción tradicional de subsistencia e integrarlos en la economía monetaria, lo cual se logra mejor, a corto plazo; con incentivos en dinero.⁶³ Y finalmente cita la permeabilidad de las fronteras como un gran obstáculo para una comercialización controlada. De lo anterior, él saca la siguiente conclusión absoluta:

«[El socialista africano] cree que el crecimiento máximo sólo puede lograrse mediante soluciones socialistas, y esto es desde luego no enteramente cierto... Y lo más triste de todo es que estos hombres tan admirables también son los

⁶² Berg, op. cit., p. 571.

⁶³ Para un punto de vista similar, aunque desde una perspectiva marxista, ver «XXX», op. cit.

más firmemente aferrados a la ilusión de que el socialismo provee una verdadera y rápida vía hacia el desarrollo económico. De ejercer el poder, conducirían a sus países, no hacia adelante, sino hacia atrás.»⁶⁴

Y sin embargo Berg llega a esta conclusión sin mencionar la mayor parte de los aspectos del desarrollo económico en Africa que hemos visto son de importancia primordial para el socialismo. No menciona la industrialización excepto en un breve canto de alabanza para la «afluencia de capital privado»; huelga decir que no menciona en ninguna parte las ambigüedades en cuanto a la naturaleza de la verdadera contribución del capital privado al desarrollo. Tampoco habla de los patrones de absorción de excedente y de la inversión productiva analizada. Y, una inadvertencia afín, pasa por alto la naturaleza de la formación de clases (particularmente la consolidación de las «aristocracias del trabajo») y el papel probable de este proceso para bloquear, o para estimular, el desarrollo. Sin embargo, al menos los patrones de industrialización y de utilización del excedente son pertinentes para el aumento a largo plazo de la producción agrícola, que él tiene en tan alta estima, tanto en términos de mayores incentivos y demanda creada o predeterminada como de insumos potenciales, producidos o no producidos.

Los argumentos de Berg sí indican con claridad algunos límites de lo posible para los socialistas, particularmente en el sector rural. Pero, como dichos argumentos ignoran las más importantes cuestiones en torno a la relación entre el desarrollo y la aspiración de eliminar los privilegios de clase en Africa, «están lejos de invalidar la discusión de los socialistas respecto a lo que es necesario para el desarrollo, como quizás él hubiera deseado. Por tanto la contribución de Berg es marginal: los estudiosos tendrán que esmerarse más en estas cuestiones si es que van a ser de alguna ayuda a los gobiernos que puedan aspirar a convertir el crecimiento en desarrollo y tomar en serio la posible realización del socialismo para llegar a esa meta.

Dar el Salaam, 12 de marzo de 1968.

⁶⁴ Berg, op. cit., p. 573.

GHANA: LA COEXISTENCIA

Bob Fitch y Mary Oppenheimer (*)
PACIFICA EN UN PAIS

En febrero de 1966 el mundo se sorprendió con la caída de Kwame Nkrumah. En menos de 24 horas se llevó a cabo un golpe militar prácticamente incruento —la única resistencia la ofreció la guardia de Nkrumah que se rindió a las 10 de la mañana—. El pueblo ghanés recibió con júbilo la noticia. Se organizaron manifestaciones callejeras y hasta miembros de la comisión de Krumah —que se hallaba en el extranjero en una misión de paz— desertaron a la primera oportunidad para unirse al nuevo régimen.

¿Cómo fue posible esto?

¿Dónde residía la explicación de este derrumbe sin pena ni gloria, para quien hasta el día anterior aparecía como firme vocero ant imperialista y como un político radical que gozaba de autoridad tanto nacional como internacionalmente?

¿No había sido considerado Nkrumah, como Sukarno, un representante de los regímenes de Democracia nacional? «Es decir, Estados que desfilen consecuentemente su independencia política y económica y luchan contra el imperialismo y sus bloques bélicos, contra las bases militares en sus territorios, que combaten las nuevas formas del colonialismo y la penetración del capital imperialista, rechazan los métodos dictatoriales y despóticos de gobierno y aseguran a sus pueblos amplios derechos y libertades democráticas.»

La extrema fragilidad del régimen indicaba que algo había fallado. Culpas al imperialismo no era explicación suficiente. Claro que éste estaba tras el golpe, pero si había actuado con tanta impunidad, es porque había encontrado terreno abonado.

Y los hechos comenzaron a aparecer. En Ghana no había revolución, la corrupción entre funcionarios y dirigentes era común y corriente. Tanto el Partido de la Convención popular como los sindicatos eran meras agencias burocráticas. La inversión extranjera y el endeudamiento externo en lugar de disminuir habían aumentado durante la época de independencia. Se gobernaba de espaldas a las masas y la represión alcanzaba tanto a la derecha como a la izquierda. Algo había funcionado mal no sólo dentro de Ghana, sino en la imagen que de ésta nos había dado cierta literatura socialista y que no es producto de un análisis equivocado sino de un enfoque reformista. El socialismo ghanés era un mito de exportación para justificar determinadas políticas internacionales.

De ahí que permanezca con validez el análisis del caso de Ghana: no es el único socialismo africano, ni será el

Último capítulo de Ghana: el fin de una ilusión, documentado análisis del período de Kwame Nkrumah, publicado por la Editorial Nuestro Tiempo de México.

último en ser derrocado por un golpe de estado. En cierto sentido analizar el caso de Ghana es hacer la autopsia del socialismo africano. Otras situaciones pueden asimilarse al ejemplo ghanés y sacar las debidas conclusiones. A diferencia de Eva, el reformismo tiene más de tres caras, pero una sola consecuencia, mantener la sujeción neocolonial.

La Redacción

La coexistencia pacífica en un país

Un país es socialista o capitalista, no a causa de las intenciones o ideas de su gobierno, sino a causa de la estructura social que le caracteriza, y de la naturaleza de las clases que desempeñan un papel decisivo en su dirección.

CHARLES BETTELHEIM

Hemos tratado de demostrar cómo la combinación de un ingreso estacionario proveniente del cacao y una actitud de condescendencia del gobierno en sus tratos con los bancos ingleses y las compañías de importación y exportación, produjo una grave crisis en la balanza de pagos que no podría resolverse sino tocando peligrosamente las reservas de Ghana. Hemos discutido también la erosión de la base popular del Partido de la Convención del Pueblo dentro de la clase obrera organizada. Debemos intentar ahora analizar la interrelación de estas dos fuerzas.

Era necesario emprender la tarea de proteger la economía contra la fuerza no regulada de las unidades de negocio extranjeras que operaban en Ghana, o se produciría un colapso económico. Pero, circunscribiendo constantemente cualquier esfuerzo para reducir el poder de las firmas, bancos y minas inglesas, estaba la falta de una base de apoyo popular del PCP.

La estructura de apoyo de éste se había formado a principios y a mediados de la década de los 50s, apelando a los intereses locales, regionales y étnicos y organizando verdaderos aparatos de tutelaje en las zonas urbanas. El partido construyó carreteras de primer orden que atravesaron los poblados adictos al PCP en vez de hacerlo por los pueblos antagónicos al partido, respaldó a los Brongs contra los Ashantis y suministró empleos cuasi políticos y bien pagados a maestros de escuela ambiciosos y a empleadillos menores. Pero la táctica que le dio el triunfo en las elecciones de 1954 y 1956 era inaplicable cuando se trataba de la tarea, ardua y peligrosa, de enfrentarse al poderío económico inglés y de construir una economía nacional fuerte.

Aun así, se requeriría un crecimiento económico considerable simplemente para mantener la prosperidad relativa de Ghana, ya que la presión de la po-

blación aumentaba en las ciudades en tanto que las nuevas élites políticas y administrativas se acostumbraban a sus recientemente adquiridos niveles de consumo. En estas condiciones el nuevo período requería una ruptura con la técnica del trueque de votos, del contubernio político y de las componendas en un alto nivel. Se necesitaban nuevos métodos de organización, movilización, control y comunicación.

El período de seis años de mayordomía que la dirección del partido había desempeñado bajo la administración del gobernador Arden Clarke era una pobre preparación para aprender las nuevas mañas políticas. La nueva situación requería, por encima de todo, que la directiva hiciera de las exigencias de las capas más oprimidas dentro de la clase trabajadora, el imperativo moral de la organización del partido. Sin embargo el PCP, como lo habían demostrado los Ga Shifimo Kpee y la Huelga General de 1961, se había aislado más y más, y de una manera sostenida, de las masas de Ghana.

Aun cuando el PCP se refería a sí mismo constantemente como un partido político de masas —el que supuestamente fue el primero en traer a África la técnica de la organización de Occidente— esta designación era por completo engañosa. El Partido de la Convención era un partido de masas solamente en el sentido de que tenía una gran cantidad de miembros. Pero no lo era en el sentido de poder movilizar a grandes cantidades de gente hacia el ruedo político como participantes activos y políticamente conscientes. Muchos de los hombres y mujeres que compraron credenciales del PCP lo hicieron por la misma razón por la que algunos ciudadanos de los Estados Unidos compran boletos para el baile de la policía. En ambos casos la venta implica un impuesto que es gravado por el poderoso sobre el vulnerable. Hemos visto cómo se requería tener calidad de miembro del PCP para que el granjero-deudor fuera elegible para obtener un préstamo de la Compañía Compradora de Cacao, que estaba administrada por el PCP. Este principio se extendía en forma sistemática a prácticamente todas las agencias gubernamentales. La membresía de «masas» que esto generaba suministraba muy poco de la dirección y espíritu de sacrificio que el PCP necesitaba para hacer frente a la clase de problemas a los que ahora se encaraba.

Debemos decir que los dirigentes del PCP reconocieron que era necesario romper con el pasado. Trataron de desarrollar nuevas técnicas y nuevos enfoques. Parte de este convencimiento se reflejó en la eliminación del Segundo Plan de Desarrollo y su substitución por el nuevo Plan de Siete Años, que

sostenía como meta el socialismo. El PCP formuló también un nuevo programa de partido que fue adoptado formalmente en abril de 1962. Bajo el título de «Programa del Partido de la Convención del Pueblo para el Trabajo y la Felicidad», trataba de definir el acercamiento del partido al socialismo.

Al tratar de romper con el pasado, sin embargo, el partido mostró cuán firmemente se encontraba aún atado por éste. Una de las pruebas críticas de la firmeza del apoyo de masas para cualquier partido, es su capacidad para llevar a cabo una autocrítica abierta. Si no teme a sus electores, puede permitirse el admitir sus equivocaciones, explicar cuáles fueron los errores que condujeron a posiciones no sostenibles y sugerir cómo seguir un nuevo camino. Pero si el partido no tiene ya la confianza de las masas, fabrica una telaraña de mistificaciones acerca de su pasado y trata de demostrar cómo cada nueva vía de acción está relacionada en alguna forma con una vieja acción victoriosa, o es el resultado lógico de ella. Esto es, el partido nunca ha cometido una equivocación, y mientras continúe siendo guiado por sus actuales dirigentes, nunca la cometerá. Hasta cuando el partido vira bruscamente su rumbo político en 180 grados los dirigentes anuncian, como por encima del hombro, que el curso del partido nunca ha cambiado. Y así, por el programa del PCP sabemos que:

El partido ha tenido siempre una teoría congruente para engrandecer la prosperidad de la nación, tal como lo aclara perfectamente el esbozo de nuestra historia que se incluye en este programa. Esta teoría ha sido aprobada en la práctica durante las difíciles circunstancias de los últimos diez años. El progreso que se ha hecho es prueba irrefutable de la practicabilidad y de la corrección de la línea del partido.¹

Puesto que la línea del partido era tanto congruente como correcta, y como había conducido a un éxito tras otro, era claro que cualesquiera problemas que existieran aún en el país debían ser el resultado de vestigios del pasado. Según el programa del PCP, por lo tanto, no era el sistema de propiedad ni las relaciones de producción de nuestros días lo que constituía una barrera para el cambio —la legitimidad de los propietarios, administradores y dirigentes no se ponen nunca en tela de juicio— sino la influencia remanente del colonialismo.

¹ «Programa del Partido de la Convención del Pueblo para el Trabajo y la Felicidad», párrafo 6. El programa está reimpreso en *Ghana en transición*, de David Apter, Nueva York, 1963, pp. 393-421.

El Programa para el Trabajo y la Felicidad afirma, como uno de sus puntos «pivote», que es a causa de «la herencia del colonialismo y del imperialismo» que el socialismo debe ser adoptado.² El socialismo, para el PCP, es considerado como un medio institucional superior para luchar contra el colonialismo. No se le ve explícitamente como un vehículo para el mejoramiento de una clase específica, o como un sistema que ofrezca un modo más ético y racional de organizar a la sociedad. Es impuesto al grupo dirigente por circunstancias externas y por la necesidad de un rápido crecimiento económico. Tal como lo declara el Programa para el Trabajo y la Felicidad, el socialismo fue adoptado porque la herencia colonial militaba contra la elección de cualquiera otro método de crecimiento económico: «Debido a la ausencia de facilidades para la formación de capital, fue claro desde el principio que esta prodigiosa tarea podía ser llevada a cabo con éxito solamente mediante la institución del socialismo».³

Aquí tenemos la clave del concepto del socialismo del Partido de la Convención: es un conjunto de técnicas e instituciones que permiten un rápido progreso e independencia económicos ante la herencia del colonialismo, más bien que el modo de operar característico de un estado de obreros y campesinos. La teoría y la práctica todas del socialismo del PCP dimanaban de esta distinción básica.

LA TEORÍA DEL SOCIALISMO DEL PCP

Aun cuando uno de los fines del Plan para el Trabajo y la Felicidad era el logro de la independencia económica, el gobierno ghanés creía que la inversión extranjera podía desempeñar aún un papel positivo en la economía del país. Durante la era de Lewis, el capital extranjero iba a ser el motor de la industrialización; ahora el Estado iba a ser la máquina en tanto que los inversionistas extranjeros suministraban el combustible, esto es, el capital y el cambio extranjero.⁴ Al capital extranjero se le había asignado un importante papel en el Plan de Siete Años: del gasto del capital de mil millones de libras que se había previsto, no menos del 40 por ciento provenía del extranjero. ¿Pero cómo pensaba el Partido de la Convención que podía proteger al país contra los

² «Programa del Partido de la Convención del Pueblo para el Trabajo y la Felicidad», párr. 7.

³ *Ibid.*, párr. 33.

⁴ *Ibid.*, párrs. 105-106.

efectos de una actividad económica extranjera en tan grande escala? ¿Y por qué, frente a los fracasos del período de Lewis, pensaba que podía atraerse a Ghana al capital extranjero? —especialmente entonces, ¿cuándo había proclamado al socialismo como su meta final?

La respuesta del PCP fue negar que hubiera un conflicto fundamental entre la inversión extranjera y la independencia económica. Esta negativa fue expresada claramente en el discurso de Nkrumah, durante la inauguración de la Presa del Volta: «(Los Estados Unidos) son la más grande potencia capitalista del mundo de nuestros días. Del mismo modo que Inglaterra, durante el apogeo de su poderío imperial, los Estados Unidos están adoptando, y con razón, el concepto de un mandato doble en sus relaciones con el mundo en desarrollo.»⁵ «Este doble mandato», afirmó Nkrumah, «aplicado en una forma apropiada, podrá permitir a los Estados Unidos aumentar su propia prosperidad y al mismo tiempo ayudar a elevar la prosperidad de los países en desarrollo.»⁶ Señaló al Proyecto del Volta como una «prueba viviente de que las naciones y los pueblos pueden cooperar y coexistir pacíficamente con provecho recíproco a pesar de las diferencias de opinión, económicas o políticas.»⁷ Empresas del Estado, «iniciativa» privada, capital extranjero y naciones subdesarrolladas —juntos todos podían trabajar para beneficio común.

El más ambicioso intento para explicar cómo podía contribuir al socialismo esta coexistencia pacífica entre diferentes sistemas sociales, fue hecho por J. H. Mensah, Presidente de la Comisión del Planeamiento Económico Nacional en su alocución presidencial ante la Sociedad de Economía de Ghana. En un discurso sobre «La Relevancia de la Teoría Económica Marxista en la Planeación del Desarrollo de Ghana», Mensah argüía que era imposible aplicar directamente una teoría que trataba de la experiencia europea a la situación ghanesa. La teoría marxista tradicional, decía, está dirigida hacia «la organización de la

⁵ Citado en *Informe de África*, abril de 1966, p. 22. El «mandato dual» era la racionalización teórica de la política del «gobierno indirecto», una estratagema que permitía a los colonialistas ingleses dominar grandes áreas a bajo precio, habilitando a los indígenas como agentes británicos. El crédito de esta teoría pertenece a Lord Lugard, aclamado como el «conquistador» de Uganda y de Nigeria del Norte. Después de fungir como gobernador militar de este último territorio, escribió el notorio *Mandato dual en África Tropical Inglesa*, Londres, 1923. El libro presenta la última seria defensa de la esclavitud por un autor del siglo XX.

⁶ *Informe de África*, abril de 1966, p. 22.

⁷ *Ibid.*

propiedad de los bienes existentes». ⁸ Pero en un país en desarrollo este no es un tema central de discusión, puesto que, «en términos generales, los medios de producción no existen». ⁹ El problema real al que los socialistas en las áreas en vías de desarrollo debieran enfrentarse, «no es el rearreglo de la propiedad de los medios de producción. Su preocupación central debe ser tratar de acrecentar la existencia de bienes productivos de la nación». ¹⁰

Y porque el problema principal es aumentar la existencia de capital de la nación, hay «la necesidad de estimular la inversión privada, haciendo concesiones en los impuestos y otorgando garantías del Estado a la inversión privada, como parte integral de la política económica de un país en desarrollo, a pesar de sus ambiciones socialistas». ¹¹ Las ambiciones socialistas tienen, sin embargo, un papel muy importante que desempeñar: la tasa de crecimiento del sector estatal debe exceder siempre a la del sector privado. Pero, advirtió Mensah citando a la Guía para la Implementación del Plan de Siete Años. «Esto no debe hacerse obstaculizando el crecimiento del sector privado, sino impulsando al máximo el crecimiento del sector público. La empresa privada no debe ser destruida: debe ser sobrepasada.» ¹²

Mensah sostuvo también que no hay clases, ni conflicto de clases en Ghana. Hablando en términos operantes, hay en realidad simples ciudadanos. Y puesto que no hay conflictos de clases, el partido socialista no tiene necesidad de movilizar a los campesinos pobres y a los trabajadores sin tierras para transformar las condiciones del campo. En vez de esto, hacía notar Mensah, «estamos usando a los jefes y a otros dirigentes de la sociedad de las aldeas en loables programas de desarrollo de la comunidad. Nuestra teoría política no debe basarse en la premisa de que la clase de los jefes es una clase antagonista». ¹³

⁸ El Boletín Económico de Ghana, vol. IX, No. 1, p. 4.

⁹ Ibid., p. 14.

¹⁰ Ibid., p. 14.

¹¹ Ibid., p. 14.

¹² Ibid., p. 14. Leopold Senghor, del Senegal, ha propuesto casi la misma teoría. Compárese, por ejemplo, la siguiente declaración: «Y sin embargo hemos suprimido legalmente el capitalismo privado que es extraño a nuestra economía. Ni siquiera hemos nacionalizado nada... ¿Por qué? Porque comenzamos por analizar nuestra situación como un país subdesarrollado y colonizado. La tarea esencial era recuperar nuestra independencia nacional. Luego teníamos que eliminar las fallas del dominio colonial al mismo tiempo que conservábamos sus contribuciones positivas... Dondequiera que el capitalismo privado entra en competencia pacífica con el socialismo, este último, estoy seguro, saldrá triunfante... Mientras tanto, necesitamos capital, aun de fuentes privadas». Citado en *Africa Occidental*, mayo 12, 1962, p. 507.

¹³ Mensah, «La relevancia de la economía marxista al planeamiento en Ghana», p. 15.

Debe enfatizarse que Mensah no sostenía puntos de vista que fueran radicalmente diferentes de los del resto del PCP. Véase, por ejemplo, la descripción del socialismo que nos ofrece Kofi Baako, uno de los fundadores del PCP y un hombre que a menudo estaba más cerca de Nkrumah que ningún otro:

En un estado nkrumahista-socialista, el granjero no perderá su granja; el propietario no perderá su casa, pero no se le permitirá explotar al inquilino; no se permitirá al patrón que explote al obrero, ni se le permitirá a éste defraudar al patrón holgazaneando; quien posea un automóvil aún lo poseerá. Ni se arrebatarán la propiedad o las riquezas que se hayan adquirido o ganado por el duro trabajo y mediante el uso honesto de energías mentales y físicas para ser compartidos con ciudadanos flojos, faltos de escrúpulos e indisciplinados, pero físicamente capaces. ¹⁴

Ni los propietarios ni los capitalistas serán abolidos —simplemente serán reglamentados.

Es esta una de las cosas notables del PCP: a pesar de las hondas diferencias en ideología profesada entre marxistas como Mensah y nkrumahistas como Baako, todos ellos parecían significar lo mismo cuando hablaban de «socialismo». Ninguno de ellos pensaba que el socialismo requería cambios drásticos en las relaciones sociales de producción. ¿Estaba en verdad tan alejado Krobe Edusei de la fuente original del pensamiento del PCP cuando definía al «socialismo» como un sistema en el que «si tienes mucho dinero puedes aún conservarlo»?

La teoría del PCP del desarrollo socialista no es, como podría suponerse, una desviación idiosincrática, o una innovación en la historia del pensamiento socialista. Los principales elementos de la estrategia del Partido de la Convención pueden encontrarse en los programas de numerosos partidos democráticos, socialistas y comunistas, no solamente en Africa, sino en todo el mundo. La doctrina de la coexistencia pacífica entre los sectores público y privado en un mismo país es especialmente popular. No tan sólo forma la base de la estrategia política en países oprimidos tal como el Senegal de Leopold Senghor, sino que es preconizado por los especialistas soviéticos del «tercer mundo». ¹⁵

¹⁴ *Africa Occidental*, mayo 13, 1961, p. 535.

¹⁵ Véase especialmente la colección titulada *El tercer mundo en la perspectiva soviética*, edit. por R. Thornton, Princeton, 1964.

No es de sorprenderse, por lo tanto, que muchos consideren el golpe, no como el resultado de los fracasos del régimen de Nkrumah, sino como el producto directo de sus éxitos. Para ellos, la Ghana de Nkrumah se ha convertido ya en una Atlántida socialista a la que se urge a emular a otros países oprimidos. Por ejemplo, leemos en *Political Affairs*, el órgano teórico del Partido Comunista de los Estados Unidos, que:

Este golpe militar no es de los ordinarios. Es un esfuerzo desesperado para invertir el camino que Ghana ha escogido para lograr su independencia económica —el camino del desarrollo no capitalista: el camino hacia el socialismo. Porque la ruta de Ghana simbolizaba para todos los nuevos países nacientes el modo de liberarse de la dependencia, callejón sin salida, de los imperialistas saqueadores de sus riquezas y de sus recursos naturales.¹⁶

Según esta teoría, «Ghana hubiera sobrevivido la tempestad económica» a la que se encaraba, y esto sería precisamente el por qué fue organizado el golpe. «Se les estaba acabando el tiempo a los imperialistas para sabotear y retardar el avance del nuevo sistema. Decidieron atacar.»¹⁷

¿Fue en verdad detenido «el avance del nuevo sistema» junto con los dos millones de partidarios del PCP por unos cuantos centenares de «saboteadores» militares? ¿o había algo fundamentalmente equivocado en la teoría y en la práctica del socialismo del Partido de la Convención? Es este el problema que debemos examinar ahora.

EL SOCIALISMO DEL PCP EN LA PRACTICA

El modo de pensar del PCP acerca de la transición al socialismo está basado en tres supuestos. El primero es que la propiedad de ciertos medios de producción por el Estado conduce necesariamente al socialismo. El segundo es que el sector estatal puede derrotar al privado sin empeñarse en una lucha de vida o muerte. El tercer supuesto deriva del segundo, pero debe ser discutido por separado: es que el capital privado se prestará a ser usado para construir el socialismo. ¿Qué fue lo que demostró la práctica del PCP acerca de la validez de estas suposiciones?

¹⁶ «Ghana» (editorial), abril de 1966, pp. 1-2

¹⁷ *Ibid.*, p. 4.

1) PROPIEDAD DEL ESTADO Y SOCIALISMO

La ingerencia principal del PCP en el sector privado de la economía no era en la manufactura, la agricultura o la minería, sino más bien en el comercio y en el mercado.¹⁸ El partido nunca pudo lograr tener tanta propiedad estatal como el país que se describe en el párrafo siguiente:

El gobierno es dueño de, y opera, los ferrocarriles. Hay un número no despreciable de empresas industriales que son propiedad del gobierno y son operadas por él... Hay un cierto número de empresas mixtas, públicas y privadas. Los servicios públicos, la radio, el telégrafo, teléfonos, sistemas locales de transporte, bancos municipales de ahorro, etc., son propiedad pública.¹⁹

El presupuesto del gasto público en este país es de 35 por ciento del ingreso nacional, y el gobierno es responsable por el 25 por ciento de la formación del capital. ¿De qué país se trata? ¿Suecia? ¿Finlandia? ¿Birmania? No: es la República Federal Occidental de Alemania. Este ejemplo ilustra que no es el volumen del sector estatal el que determina si la sociedad, como un todo, es capitalista o socialista, sino el uso a que se dedica al sector público. ¿Existe primordialmente para servir a los intereses del capital privado (como por ejemplo el petróleo italiano y el carbón inglés) u opera para servir a los intereses del pueblo todo?

En Ghana ha habido durante muchos años un sector estatal —ferrocarriles y servicios públicos. Fue establecido por el Plan Guggisberg de Diez Años que fue redactado en 1919. Se gastaron 24 millones de libras para poder dotar a la Costa de Oro de una infraestructura moderna, propiedad del Estado.²⁰ La función de este sector era, por supuesto, suministrar transporte y facilidades portuarias para ayudar en sus operaciones a los dueños de las minas y a las empresas de importación y exportación. Simplemente mediante la expan-

¹⁸ La «nacionalización» de muchas minas de oro inglesas agotadas se llevó a cabo porque los dueños las habían abandonado y amenazaban con inundarlas si no se les pagaba la compensación. El gobierno de Nkrumah pagó a los propietarios y trabajó las minas con una pérdida considerable, porque necesitaba divisas extranjeras y no podía encontrar otro trabajo para la mano de obra no calificada de las minas. Véase «Minería», de Tony Killick, en *Un estudio sobre Ghana contemporánea*, pp. 257-262.

¹⁹ Alvin H. Hansen, *La economía americana*, Nueva York, 1957, p. 14.

²⁰ E. N. Omaboe, «El proceso de planificar», en *Un estudio sobre Ghana contemporánea*, p. 440.

sión de esta herencia, cuantitativamente, el PCP no necesariamente cambió su función. Puesto que ni el tamaño ni el crecimiento del sector estatal son índice de si un país está o no sufriendo una transición hacia el socialismo, necesitamos examinar más a fondo la relación entre los sectores público y privado, y tanto, en la teoría como en el contexto de la Ghana actual.

2) COEXISTENCIA PACIFICA ENTRE LOS SECTORES

La primera intervención de importancia dentro del sector comercial, desde que se desmembrara la corrompida Compañía Compradora de Cacao, fue anunciada en diciembre de 1961. El PCP comenzó a regular las licencias de importación y a ejercer un control cualitativo sobre las exportaciones. La Compañía Comercial Nacional de Ghana (CCNG) fue asimismo creada, con 43 sucursales esparcidas por todo el territorio del país. La CCNG fue agrandada más tarde por la compra de la cadena de A. G. Leventis, y eventualmente obtuvo el monopolio de importación de los artículos «esenciales».

Estas medidas eran requeridas desesperadamente para lograr el control de la situación de la balanza de pagos. Si se permitiera a las compañías continuar importando libremente no tan solo amenazaba un déficit, sino que serían imposibles el planeamiento económico y el cobro de impuestos por ingresos en forma coordinada. Como lo escribiera Toni Killick:

Ghana ha sido criticada por recurrir a un sistema de restricciones a la importación y de control de cambios. Quizá la verdad sea que se ha tardado demasiado en imponerlas. Es así que el Plan de Siete Años fue puesto en operación con... (las reservas) exhaustas y dependió completamente para su éxito del aflujo de capital extranjero en una escala absolutamente sin precedentes en la historia reciente del país.²¹

Simplemente desde el punto de vista de la preservación de la integridad económica nacional, estaba justificada una agencia que tuviera las funciones de la CCNG. E. N. Nortey explicaba, en su calidad de Presidente: «Se trata de poner fin a una situación en la que el 95 por ciento de nuestro comercio, tanto de menudeo como de mayoreo, está en manos de extranjeros.»²² Sin

embargo, en 1961 Nortey se sintió obligado a minimizar el grado de intervención del PCP en el sector comercial. «Estamos compitiendo», dijo, «en cierta medida al principio, en términos de igualdad absoluta con las empresas privadas». Nortey negó en esta ocasión que el PCP tuviera plan inmediato alguno para apoderarse de los medios de distribución dentro del país, pero concedió que esto podría ocurrir «si la lógica de la situación nos llevara ahí». «Nuestra preocupación actual», dijo, «es la de vigorizar nuestros negocios y nuestra eficiencia a fin de poder competir libremente y sin los beneficios del favoritismo». Nortey explicó que la CCNG tendría que pagar los mismos derechos que cualquier agencia de importación, y que mantenerse dentro de las cuotas de importación. De manera semejante la CCNG tenía que conseguir dinero de los bancos comerciales «de la misma manera que otro cualquiera». El subsidio que recibía del gobierno fue sólo para los gastos administrativos iniciales.

Pero la corporación, aun cuando eventualmente recibió poderes de «monopolio» pronto se convirtió en el jugueto del sector comercial privado y en una carga para el público. La Comisión Abraham, que se creó en 1965 para investigar las actividades de la CCNG, dejó ver en su informe el hecho de que la corporación en verdad intensificaba el papel de las grandes empresas de importación-exportación. Los comerciantes en pequeño eran puestos fuera del mercado, en tanto que los intereses de los grandes minoristas lograban a menudo sobornar y obtener privilegios con respecto a prácticamente cualquier artículo. Mercancías destinadas a los Territorios del Norte eran desviados hacia el mercado de Kumasi; mercancías especiales eran asignadas a comerciantes favoritos; «la corrupción, la prevaricación, la distracción de existencias y el mercado negro llegaron para quedarse».²³

Las recomendaciones de la Comisión Abraham para poner fin a esta situación, sin embargo, habrían aumentado aún más el poder de las empresas. Sugerían reducir el número de importadores eliminando a algunos de los pequeños sobre la base de que habían tenido una «pobre actuación»; requerir una certificación bancaria a los importadores; y conceder licencias solamente a aquellos importadores que tuvieran medios tanto para mayoreo como menudeo.²⁴ Todas estas medidas habrían afectado a los empresarios comerciales

²¹ Tony Killick, «Comercio exterior», en *ibid.*, p. 359.

²² Estas y las siguientes citas de Nortey están mencionadas en *Africa Occidental*, marzo 17, 1962, p. 296.

²³ Estas palabras son las de Frantz Fanon escritas en 1961, y sin duda teniendo en la mente la experiencia de Ghana. *Los condenados de la tierra*, p. 145.

²⁴ Daily Graphic, enero 31, 1966. Tanto las firmas como los pequeños importadores ghaneses tenían permiso todavía para importar mercancías «no esenciales».

ghaneses restantes, sin afectar en lo más mínimo a las grandes firmas. Unas cuantas semanas antes del golpe el gobierno rescindió las licencias a todos los importadores que no tenían facilidades para menudeo o mayoreo, esto es, los pequeños hombres de negocios ghaneses y las mujeres comerciantes. Esto puso fin también al monopolio de la CCNG sobre la importación de artículos esenciales.²⁵

El colapso y el escándalo de la CCNG no era una cosa anormal: era el espejo de prácticamente todos los intentos ghaneses de entrar al mercado en competencia con la «iniciativa» privada. Los primeros ensayos agrícolas de cultivo por parte del Estado que efectuaron a media década de los 50s en tierras no ocupadas, fueron un completo fracaso. Un informe oficial, conocido bajo el nombre de plan de Desarrollo Gonja, hacía la siguiente evaluación: «La lección fundamental es, sin duda alguna, que los nuevos caminos no pueden por el momento competir con los métodos provisionales de agricultura tal como se la practica en esta región.»²⁶ Y los experimentos de los años 60, a decir del Informe Abraham no tuvieron mejor fortuna: las granjas estatales ghanesas no habían producido para 1966 suficientes alimentos para justificar la cantidad de capital anclado en ellas.²⁷

Y no tuvo más éxito la intervención del Partido de la Convención en el campo de la manufactura. Según el informe de presupuesto del Ministro de Finanzas de 1965, el gobierno había invertido cuarenta millones de libras en 32 empresas estatales, cuyas pérdidas totales hasta fines de 1963 llegaban a más de 15 millones.²⁸

En los estudios de productividad laboral, los establecimientos propiedad del Estado tendían a estar muy por abajo del nivel promedio. En la electricidad, había una instalación privada en tanto que el resto era pública: la empresa privada tenía el más alto índice de productividad. Había cuatro compañías impresoras de propiedad pública, todas las cuales ocupaban lugares bajos en términos de productividad laboral, con un nivel promedio de la mitad del de las empresas privadas. En maderas y aserraderos había una empresa pública:

²⁵ Daily Graphic, febrero 10, 1966.

²⁶ Corporación de Desarrollo Agrícola de la Costa de Oro, *Primer informe y cuentas*, 1955, 1956, Accra, 1957. Citado en «Agricultura y bosques», en *Un estudio sobre Ghana contemporánea* p. 232.

²⁷ Daily Graphic, enero 31, 1966.

²⁸ *Africa Occidental*, abril 17, 1965, p. 419.

tenía la más baja productividad que registraba la industria. En la construcción había 14 empresas de propiedad pública, 71 de propiedad privada, y 2 «desconocidas». Casi todas las primeras se encontraban bien abajo en la mitad inferior de las tablas de calificación y tenían una actividad promedio de alrededor de la mitad de las empresas privadas de la industria de la construcción.²⁹

En tanto que el Informe Abraham echaba la culpa de los fracasos de las empresas operadas por el Estado a la corrupción y a la falta de capacidad administrativa de los ghaneses, la causa real de los fracasos continuados radicaron no en el carácter nacional, sino en la teoría y en la práctica del PCP. Este imaginó en un principio que podría competir sobre una base de igualdad con las compañías importadoras y exportadoras; más tarde, cuando concedió a la CCNG el monopolio de las licencias de importación, pensó que la ventaja legal le sería suficiente para garantizar a la corporación una posición competitiva. El supuesto de que los sectores privado y público pueden coexistir impidió al PCP darse cuenta de la fuerza que podían generar las compañías, inclusive frente a un «monopolio» legal.

¿Cuál es el método apropiado para poner al sector capitalista bajo un control efectivo? Con base en su experiencia en Argelia y Ghana Frantz Fanon escribió:

Si el gobierno quiere sacar al país de su estancamiento y colocarlo en el camino hacia el desarrollo y el progreso, debe, antes que nada y como elemento principal, nacionalizar el sector comercial del intermediario... Nacionalizar el sector intermedio quiere decir organizar cooperativas de mayoreo y menudeo sobre una base democrática; también significa la descentralización de estas cooperativas tratando de interesar a las masas del pueblo en la ordenación de los asuntos públicos.³⁰

Lo correcto de este planteamiento queda avalado por la experiencia de la Revolución China. Cuando el Estado comenzó a tener ingerencia en el sector capitalista para controlar los medios de cambio y coordinar la planeación industrial, el sector privado se resistió por los mismos métodos que más tarde fueron usados en Ghana —soborno de los empleados de gobierno, robo de

²⁹ «Trabajo: productividad industrial», de Tony Killick, en *Un estudio sobre Ghana contemporánea*, p. 232.

³⁰ *Los condenados de la tierra*, pp. 144-145.

propiedades gubernamentales, etc. Se lanzó un contrataque por parte del gobierno: en 1952 se organizó entre los trabajadores del estado el movimiento *san fan* para combatir los «tres males» de la corrupción, el desperdicio y la burocracia. Fue seguido por el movimiento *wu fan* contra los «cinco males»: soborno de los empleados del gobierno, evasión de impuestos, robo de propiedades del gobierno, fraude en los contratos gubernamentales y robo de información económica de fuentes oficiales. Según Hsueh Mu-Chiao: «Este último se anotó una victoria como el resultado de las exposiciones hechas por trabajadores y empleados de las empresas capitalistas y de la acción legal emprendidas por el Estado. Esta lucha muestra una vez más que habría sido imposible anotarse triunfos en la lucha económica sin confiar en la fuerza de las masas y la dictadura del proletariado.»⁸¹

Pero ni siquiera la movilización política es suficiente para proteger al sector estatal. Es necesario también la *movilización económica completa*. Tal como lo señaló Preobrazhensky, el economista soviético, en 1926, la empresa de estado individual y recientemente formada está en una posición completamente distinta de la de la empresa capitalista típica. Es mucho más débil. No puede suponerse, por lo tanto, que la fábrica socialista superará la producción de la fábrica capitalista en la lucha competitiva en la misma forma en la que ésta superó a los oficios. Esta analogía, según Preobrazhensky es una «analogía burda, superficial y falta de crítica con el pasado».⁸²

Como Mensah, Preobrazhensky reconoció que los medios de producción en su país estaban desarrollados. La URSS, decía, carecía de los «prerrequisitos materiales que se necesitan para reconstruir las bases técnicas (del socialismo)».⁸³ Pero su respuesta fue muy diferente de la de Mensah. Arguyó que, «para la economía del estado del proletariado sería absolutamente (y de lo más estúpidamente) autodestructivo tratar de derrocar al capitalismo en la arena de la libre competencia en el estado actual de desarrollo de la economía socialista. Esta última se desintegraría y, eventualmente, sería derrotada en la lucha».⁸⁴ En vez de esto Preobrazhenski argumentaba:

⁸¹ *La transformación socialista de la economía nacionalista en China*, Pekín, 1960, página 52.

⁸² *La nueva economía*, Oxford, 1965, p. 127. Hay edición cubana. Ed. Instituto del Libro, 1968.

⁸³ *Ibid.*

⁸⁴ *Ibid.*

La economía de Estado entra en acción, y no puede sino entrar en acción solamente como un todo unificado. Una empresa de Estado, individual, desprendida o separada del conjunto... probablemente no sobreviviría, sino que sería aplastada. Pero la misma empresa, formando parte del complejo unificado de la economía estatal, tiene tras de sí toda la fuerza de este complejo y, por esta razón, ya no es ahora una empresa aislada o un trust del viejo tipo capitalista.⁸⁵

Durante el período en que las empresas estatales aisladas están acumulando recursos materiales, serán inevitablemente más débiles que las empresas privadas. Por consiguiente, la superioridad de una empresa socialista solamente se hace sentir como el resultado de una cooperación y una coordinación en muy grande escala.

El Partido de la Convención del Pueblo carecía tanto de la base de masas como del control económico necesario para establecer la hegemonía del sector estatal. Faltándole esta base esperaba, sin embargo, competir de acuerdo con las reglas capitalistas del juego. Cuando una empresa administrada por el Estado ponía en evidencia sus inevitables dificultades, sin embargo, esto constituía para el PCP un signo de que la empresa debía ser abandonada por impráctica. Incapaz de capitalizar en la iniciativa de la clase trabajadora organizada, y progresivamente decepcionado por los «fracasos» de las empresas de Estado, el PCP, lo que no es de sorprender, se iba convenciendo cada vez más de lo correcto de su tercera suposición mayor: la capacidad del sector estatal para atraer y controlar el capital extranjero al mismo tiempo que edificaba el socialismo.

3) EL CAPITAL EXTRANJERO Y EL SOCIALISMO DEL PCP

Hay una aparente anomalía en el patrón de la inversión extranjera en Ghana. Durante la época de Lewis del *laissez-faire* y de la inactividad del Estado en la industrialización, la inversión extranjera era poco impresionante; en el período posterior a 1961, el capital extranjero afluyó en masa, hablando en términos comparativos. Si se excluye temporalmente de este análisis al capital extranjero involucrado en el Proyecto del Volta, encontramos que, aun cuando la inversión a largo plazo era despreciable, el total de las inver-

⁸⁵ *La nueva economía*, Oxford, 1965, p. 128.

siones a corto plazo excedían a cualquier logro obtenido durante la época de Lewis. Según el *Economic Survey* de 1964, Ghana había recibido créditos a mediano y corto plazo por unos 168 millones de libras. *Prácticamente la suma tan considerable?* ¿Bajo qué condiciones llegó el dinero? ¿Y qué ventajas específicas le trajo al pueblo de Ghana?

Si desmenuzamos la cifra de 168 millones un poco más, encontramos que 157 millones consistían en «créditos de proveedores», con el gran volumen de pagos concentrado dentro de cuatro a seis años.³⁶ El sistema de créditos de proveedor es uno en que las compañías extranjeras emprenden la terminación de un proyecto de «desarrollo» bajo un convenio garantizado por la directiva de la compañía. Esta adelanta entonces al gobierno africano el crédito por el costo del proyecto, habitualmente bajo términos por arriba de las tasas bancarias corrientes, debiendo pagarse el principal dentro de cuatro a seis años. La deuda queda a su vez garantizada por el gobierno africano. En consecuencia, uno de los rasgos principales de estos «inversionistas» extranjeros es que no invierten. Ni arriesgan nada de su propio dinero ni esperan a que el proyecto reditúe para empezar a sacar sus utilidades.³⁷

Este sistema mostró ser altamente beneficioso para las industrias rezagadas de la Gran Bretaña y de Alemania occidental. Para poner un ejemplo, los constructores ingleses de barcos pudieron obtener del Departamento de Garantías de Exportación Inglés una garantía para un cazasubmarino de 5 millones de libras para el gobierno ghanés. Haciendo a un lado la cuestión de la vulnerabilidad de Ghana a un ataque submarino, se sabe que esta garantía fue concedida simplemente para dar impulso a las exportaciones inglesas y ayudar a resolver el desempleo en los astilleros británicos.

Otro proyecto financiado por este sistema de crédito comprendía una nueva carretera entre Tema y Accra. Los empleados del gobierno aconsejaron un proyecto modesto, con un costo de 1.9 millones de libras. Sin embargo, se concedió a Parkinson Howard, contratistas ingleses, un contrato, de 3.9 millones para una gran carretera para automóviles, completa, con teléfonos a intervalos regulares y cubierta por el Departamento de Garantías de Exportación del Reino Unido.

³⁶ *Africa Occidental*, octubre 9, 1965, p. 1123.

³⁷ *Africa Occidental*, marzo 26, p. 341. Los ejemplos que siguen están tomados también de este artículo.

En forma semejante el gobierno de Alemania occidental dio la garantía a un contrato por 9.5 millones de libras a una compañía alemana para mejorar el sistema de aguas y drenaje de Ghana. Y sin embargo, antes de que el contrato fuera concedido, un estudio pericial llevado a cabo por consultantes nombrados por la Organización Mundial de la Salud y el Fondo Especial de las Naciones Unidas, recomendaba un plan que costaba solamente 6.5 millones.

La más importante de entre todas las firmas que concedían créditos de proveedor a Ghana es, según se cree, el grupo Drevici, también de Alemania occidental. Ghana le debe a Drevici aproximadamente 60 millones de libras en créditos, todos ellos garantizados por el gobierno de Alemania occidental. Uno de los proyectos ejecutados por Drevici fue una torre gigante rematada por un restaurante giratorio para la Feria Internacional de Comercio en Accra. Con el crecimiento de los créditos de proveedor pronto se hizo evidente que Ghana no podría financiar las deudas que había acumulado. A pesar de ello varios países occidentales, ansiosos por aumentar sus ganancias por exportación, continuaron cooperando con sus compañías, haciendo caso omiso de la capacidad de pago de Ghana. Como lo hiciera notar un observador en 1965: «Ha sido vendido a Ghana un astillero gigante (cómo es que Ghana puede suministrar crédito para financiar la venta de barcos constituye un misterio) por un contratista de uno de los varios países en los que la industria de la construcción de barcos está notablemente «deprimida». ¿Es esta quizás una explicación del por qué del contrato?»³⁸

Ya en 1964 las crecientes deudas a los «inversionistas» de Ghana en el extranjero estaban comenzando a desquiciar la economía. El ingreso del erario en ese año fue de 120 millones de libras, en tanto que el gasto total del gobierno ascendía a 144 millones.³⁹ De esta suma era necesario gastar 26 millones por concepto de pago de intereses de las deudas.⁴⁰

Sucedió que en 1964 el presupuesto fuera más equilibrado que en cualquiera de los dos años anteriores. Comenzando en 1960, con las reservas de Ghana hundiéndose, había sido necesario financiar el déficit y a esto había seguido

³⁸ «El manejo de la deuda exterior en un país en desarrollo», por Douglas A. Scott, en *Financiando el desarrollo africano*, ed. por Tom J. Farer, Cambridge, 1965, p. 55. El país al que se alude es la Gran Bretaña y el contratista es Parkinson Howard.

³⁹ *Africa Occidental*, octubre 9, 1965.

⁴⁰ Scott, «Manejo de la deuda exterior en un país en desarrollo», p. 57.

una grave inflación. Por ejemplo, entre marzo de 1963 y diciembre de 1964 el precio de los comestibles de cultivo local se elevó hasta 400 por ciento en algunas regiones de Ghana. El alza promedio en el precio de los alimentos fue de 36 por ciento y de los precios todos, del 17 por ciento.⁴¹ Pero la inflación, en vez de estimular la economía, fue acompañada de un creciente desempleo.⁴² Esto fue en parte el resultado del tipo de proyectos que los ministros de Ghana habían permitido que se les convenciera para que se utilizaran en ellos los créditos de proveedor. La inversión nunca se hizo en proyectos que redituaran o se hicieran productivos en un plazo relativamente corto: solamente el 16 por ciento del gasto total comprendía proyectos industriales; la agricultura no ascendía sino al 3 por ciento, en tanto que los préstamos a la infraestructura llegaban al 72 por ciento.⁴³ Muchas de las inversiones ghanesas no comenzarían a producir réditos sino después de muchos años —si es que llegaban a producirlos.

En tanto que así se elevaba la deuda exterior de Ghana —en 1964 llegaba a los 349.2 millones de libras esterlinas—, la confianza en su capacidad de pago decrecía en proporción directa. Por añadidura, se impusieron en forma más estricta las restricciones a la importación; el mercado negro florecía; el cambio extranjero se convirtió en el bien más preciado del país; los bancos propiedad de extranjeros refunfuñaban ante los requerimientos que les forzaban a aceptar documentos del gobierno contra sus depósitos; y aumentaban las quejas acerca de las dificultades para obtener pagos de Ghana. Mientras tanto, los ministros continuaban negociando créditos hasta que el golpe puso un hasta aquí a este proceso. Como lo hizo notar al *Wall Street Journal* al día siguiente del golpe, «Ghana está en bancarrota, pero no se puede poner en liquidación a un país.» Ghana no fue liquidada tras del golpe: fue puesta en administración judicial.

Y sus generales están ahora negociando con los «acreedores».

EL PROYECTO DEL VOLTA

A pesar de la carga creciente de crédito de proveedores, a muchos les gusta señalar al Proyecto del Volta —la presa y el Complejo de fundición de

⁴¹ Africa Occidental, febrero 19, 1966.

⁴² «Acerca de la inflación en Ghana», por Robert W. Norris, en *Financiando el desarrollo africano*, p. 104.

⁴³ *Ibid.*

aluminio financiado por el Banco Mundial y la Compañía Kaiser— como una prueba de que la fe del Partido de la Convención en el capital extranjero no estaba del todo fuera de lugar. *Political Affairs* lo describió como la realización más importante del período de Nkrumah: merced a él «Ghana se convirtió en la primera de entre las antiguas colonias en Africa en establecer una planta de fuerza motriz de energía eléctrica para el desarrollo omnilateral del país.»⁴⁴ Nkrumah mismo, en su discurso de inauguración, se refirió a él como «un símbolo concreto del tipo de cooperación internacional que, para citar la frase de mi amigo Edgar Kaiser, puede ayudar a «forjar la paz mundial».⁴⁵

Sea lo que fuere lo que el proyecto del Volta haya podido significar dentro del contexto internacional, ciertamente era un monumento a la fe del PCP en el capital extranjero. ¿Qué es exactamente lo que el Proyecto se suponía que fuera a hacer por Ghana para provocar así tan profusas alabanzas?

Un análisis preliminar indica que muchas de las esperanzas despertadas por la presa se habían desvanecido. En 1961, cuando Eugene R. Black, por entonces presidente del Banco Mundial, estaba negociando el empréstito para el proyecto, observó:

A la larga, estos proyectos bien podrían ser los cimientos sobre los que se levante una Africa industrial. Por ahora, el beneficio principal para las nuevas naciones africanas está constituido simplemente por las rentas, regalías o impuestos que vaya acumulando el gobierno. Soy el primero en admitir que, por deseables que sean estos proyectos, no proporcionan en tesis general un gran número de nuevos empleos, especialmente empleos calificados para africanos; no producen artículos para el mercado local mediante los cuales se estimule el aprendizaje y la difusión de las prácticas modernas en los negocios; y no han logrado estimular las empresas africanas locales.⁴⁶

Desde 1961 no ha habido ningún cambio importante en la esencia del Proyecto del Volta que pudiera determinar una reconsideración de este juicio. El proyecto, ya terminado ahora, consta de una presa en Akosombo capaz de generar 833 000 kilowatts. Detrás de la presa hay un lago de 250 millas

⁴⁴ «Ghana», abril de 1966, p. 22.

⁴⁵ *Informe de Africa*, abril de 1966, p. 22.

⁴⁶ Eugene R. Black, *Historia de dos continentes*, Nueva York, 1961, p. 29.

de largo, que proporciona la posibilidad de pescar tierra adentro.⁴⁷ La fuerza de la presa mueve una fundidora —no una fábrica de aluminio— en Tema. Como veremos, éste es uno de los aspectos más importantes del proyecto. Como lo señaló Black, el proyecto no requiere mucha mano de obra: la comisión preparatoria calculó un requerimiento máximo de potencial humano de 145 para operar el proyecto de fuerza motriz. Esto equivale a un capital de 400 000 libras por hombre.⁴⁸ Según el discurso de inauguración de Nkrumah, «El reexamen del proyecto por la Compañía Kaiser nos permitió disminuir el costo de todo proyecto en forma substancial.»⁴⁹ La razón por la que Kaiser pudo reportar los costos por abajo de los cálculos originales, fue que el proyecto incluía originalmente una fábrica de aluminio y no simplemente una fundidora. El gobierno inglés, junto con algunas compañías británicas de aluminio, iban a firmar un contrato para construir una industria integrada del aluminio usando la fuerza hidroeléctrica de una presa del otro lado del Volta, en Ajena, para refinar la bauxita ghanesa. Se incluían también proyectos para irrigar las llanuras de Accra y para impulsar la industria pesquera. Esto, sin embargo, fue antes de 1956; en aquella época tanto los dólares como el aluminio estaban aún escasos, e Inglaterra deseaba obtener una cierta independencia de los proveedores de los Estados Unidos. Pero después de 1956 ni el aluminio ni los dólares estaban tan escasos, y los ingleses perdieron interés en el proyecto.⁵⁰

Este parecía haber fracasado cuando, en 1958, Nkrumah se puso en contacto con Edgar Kaiser, quien convino en participar en él. Kaiser, sin embargo, estaba en posición de ofrecer condiciones duras, ya que ninguna otra compañía de aluminio estaba interesada. Por cualquier patrón que se juzgue, Ghana recibió de Kaiser peor trato en 1958 que el que hubiera recibido de los ingleses en 1955. Entre otras cosas, el proyecto de Kaiser no incluía provisiones para irrigación ni pesca, y el aspecto de los servicios públicos estaba separado de la industria del aluminio. Pero, y es lo más importante, Ghana

⁴⁷ Inundar el lago implicaba mover a 78 285 personas. Como no ha habido granjas disponibles las personas desplazadas han sido acuarteladas en campamentos y alimentadas por la FAO, de las Naciones Unidas. Se ha calculado que les tomará cinco años a muchos de los «colonos» para que se les suministre tierra. Se ha acusado a los «colonos» de desarrollar una mentalidad de refugiados. Véase *Africa Occidental*, febrero 5, 1966.

⁴⁸ «El proyecto del río Volta» por Tony Killick, en *Un estudio sobre Ghana contemporánea*, p. 394. Nuestro análisis está tomado en gran parte del artículo de Killick.

⁴⁹ *Informe de Africa*, abril de 1966, p. 21.

⁵⁰ Killick, «El proyecto del río Volta», p. 392.

ya no iba a obtener una industria integrada del aluminio: solamente una fundidora. Esta debe *importar* alúmina, extraída de las minas de Jamaica y procesada en los Estados Unidos; mientras tanto, el desarrollo de las propias minas de Ghana era «diferido». Ahora Ghana percibirá tan sólo alrededor de la mitad de lo que le hubiera producido una industria del aluminio integrado. ¿Pero por qué habría de embarcar Kaiser alúmina del extranjero cuando hay depósitos de bauxita tan cerca de la fuente de fuerza motriz? La respuesta es que el precio de la fuerza que Kaiser ha contratado por comprar en Ghana es tan bajo que el transporte por barco deja más utilidades que el empleo de los recursos locales.⁵¹

De hecho Ghana le está proporcionando fuerza motriz a Kaiser virtualmente a precio de costo. De haber sido más alto el precio, Kaiser podría haberse visto obligado a desarrollar los recursos de bauxita locales. El acuerdo, sin embargo, está vigente por treinta años, de manera que pasará mucho tiempo para que Ghana tenga una industria integrada del aluminio.

Puesto que Ghana está suministrando fuerza motriz a Kaiser casi al costo, la clave del éxito financiero del proyecto está en la posibilidad de encontrar otros clientes para dicha fuerza. El uso de ésta ha sido ofrecida a los países vecinos, pero se muestran renuentes a dar a Ghana, o a cualquier otro país extranjero, el control sobre la fuerza motriz. Hasta ahora el único cliente extranjero en perspectiva es la Embajada de los Estados Unidos en Togo.⁵² En esta forma lo más probable es que Ghana tenga que buscar los clientes que necesita dentro de su propio territorio. Y la posibilidad de encontrar clientes depende, en último análisis, de la tasa de industrialización de Ghana.

Entretanto, la cantidad máxima de fuerza motriz que Kaiser está obligado a pagar es por valor de 2.5 millones de libras al año. El interés y el principal, que deben empezar a pagarse en 1967, ascienden a 3 millones de libras al año. ¿Cómo cumplirá el gobierno el pago de los costos restantes? Una sugerencia sería la de irrigar las llanuras de Accra. Pero esto costaría cerca de 28 millones —una suma que no es probable que Ghana pueda reunir en un futuro próximo. Un plan para llenar el lago con peces, chocaría con el mismo problema financiero.

⁵¹ *Ibid.*, p. 398. Se dice que el precio (2.625 milésimas de dólar por kilowatt-hora) es uno de los más bajos del mundo.

⁵² Véase *Africa Occidental*, enero 29, 1966.

Quizás el nuevo gobierno acepte la sugestión de Nkrumah de que se convierta a la presa en una atracción turística tal como las Cataratas del Niágara («Por las noches puede iluminarse la fuente con miles de luces multicolores»). Decidase lo que se decida, puede uno estar seguro al decir que, cualquier cosa que haya hecho el Proyecto del Volta para «forjar la paz del mundo», no ha garantizado el futuro económico de Ghana. Esta tiene ahora fuerza motriz —falta ahora construir sus fábricas.

MEDIATIZACION Y REVOLUCION

El escenario en el que Nkrumah se levantó el 22 de enero de 1966 para pronunciar el último de sus discursos importantes, aceptando el «mandato dual» americano, era ciertamente el adecuado. Ante él se extendía una presa gigantesca, construida con capital extranjero, interceptando un majestuoso río africano. Los recursos africanos y el capital de los Estados Unidos se combinaban —para suministrar fuerza motriz barata a la fundidora de Henry Kaiser, alimentada con materia prima de las minas de otra neocolonia. Los lingotes ya acabados serían reembarcados hacia el país que poseía el mandato, y vendidos para fines industriales. A los dirigentes del país bajo el mandato se les daría, como lo señaló Eugene Black, «simplemente las rentas, las regalías o los impuestos».

Es así como la doctrina de la coexistencia pacífica entre los sectores de un país hace retornar inexorablemente al modo colonial de producción. En la época colonial, el jefe africano concedía derechos sobre las minas o el uso de la tierra al extranjero por unas cuantas libras anuales. Ahora, en la época postindependencia, el presidente africano concede el uso de los ríos por una suma algo mayor. El proceso todo opera a un nivel mucho más sofisticado, pero la relación esencial permanece idéntica —como permanece el standard de vida de los países bajo el mandato. La pregunta que debe contestarse es: ¿en qué punto fue que el movimiento nacional de independencia ghanés comenzó a retornar hacia el pasado?

El primer indicio de ello fue la conducta del PCP durante la campaña de Acción Positiva en 1950. El anuncio de Arden-Clarke de que el PCP podía alcanzar el poder bajo ciertas condiciones estrictamente prescritas, dividió al movimiento en dos. Durante el juicio que se siguió a la Acción Positiva, la directiva toda del partido, denunció a la Huelga General. La escena estaba lista para que el PCP iniciara su carrera parlamentaria.

El PCP tenía entonces, es necesario recordarlo, menos de un año de vida: no tenía aún los años de experiencia que enseñan a un partido cuáles son las alianzas que pueden ser aceptadas como medidas tácticas y cuáles deben, por principio, ser rechazadas. Dentro del PCP prevalecieron aquellos que aceptaron la tentación de Arden Clarke y sus condiciones. Por lo tanto, en cierto sentido, la primera equivocación del PCP fue la última —ya que es evidente que una coalición con el colonialismo es fatal para cualquier partido que busque apoyarse en la fuerza y las aspiraciones de los colonizados.

Como parlamentarios, los miembros del PCP se vieron forzados a hacerse cargo de ciertas tareas que hasta entonces habían sido desempeñadas solamente por los colonialistas. Era ahora el Partido Nacionalista el que estaba al servicio del Consejo Mercantil del Cacao, y el que regresaba el excedente económico del país a Inglaterra. Era el Partido Nacionalista el que se veía forzado a jalar la rienda en el asunto de los salarios, a fin de proteger el margen de utilidad de los dueños de las minas. Y fue el Partido Nacionalista el que llegó a creer que su «ancla de salvación» era la libra inglesa.

Durante la época anterior a la independencia fue natural que el PCP desarrollara intereses de grupo que no eran los de los colonialistas, ni tampoco, sin embargo, los de los colonizados; y la concesión de independencia no logró aminorar la divergencia fundamental de intereses. Aparecieron ciertas ideologías que trataron de enmascarar el conflicto; se afirmaba que el capital extranjero y el socialismo africano podían coexistir, en tanto que el partido y las masas lucharan por superar la herencia colonial. Pero a fin de cuentas el PCP no pudo superar las contradicciones generadas por su posición como mediador entre los antiguos capitalistas y los otros colonizados.

En cualquier país, la élite política sólo puede derivar su ingreso sacándolo del excedente económico. Pero en un país oprimido como Ghana no existe una tendencia inherente al crecimiento económico autosostenido. ¿Cómo pues, va a derivar su sustento sin hombrear a sus súbditos? En el sector agrícola de viveres prevalece una economía de subsistencia; las cosechas en efectivo como la del cacao se ven sujetas a condiciones desventajosas en el comercio, la minería está dominada por compañías extranjeras con márgenes variables de utilidad. Poner impuestos a los sectores intermediarios que son propiedad de extranjeros —los bancos y las compañías de importación y exportación— es tan arriesgado políticamente como tratar de poner impuestos a las minas.

Esto deja tan solo a un sector: la manufactura. A fin de elevar, o siquiera mantener su standard de vida, la élite política *debe* aumentar la manufactura. Pero, como lo hemos visto, esto no puede llevarse a cabo sin la movilización completa de la clase trabajadora organizada, la misma clase trabajadora que la élite política se vio forzada a disciplinar en los días anteriores a la independencia, a fin de aplacar a los intereses coloniales. Y en el período post-independencia la élite política y la clase trabajadora organizada se enfrentan la una a la otra como potenciales consumidores del excedente económico. Para combatir la insatisfacción creciente de la clase obrera y del lumpenproletariado urbano —que en Ghana se expresó tanto por el Ga Shifimo Kpee como por la Huelga General en 1961— la élite política se ve forzada a recurrir más y más a la mistificación como una presunta fuente de legitimidad. Ha nacido el culto al líder —no del deseo de adulación de parte del héroe nacionalista, sino porque, como lo señala Fanon, «el líder es tanto más necesario ahora, cuanto que ya no hay partido». Pero aun esto no resuelve el problema económico.

Por consiguiente la élite política se vuelve cada vez más hacia los intereses extranjeros: los impuestos a las minas, los bancos, y las firmas, por bajos que sean constituyen la única fuente sólida de ingreso; los créditos de proveedor, por onerosos que sean sus términos, continúan siendo la última esperanza para aumentar el excedente económico, en tanto que la población crece y las condiciones del comercio declinan. Eventualmente, sin embargo, el inversionista extranjero exige que se le devuelva su dinero.

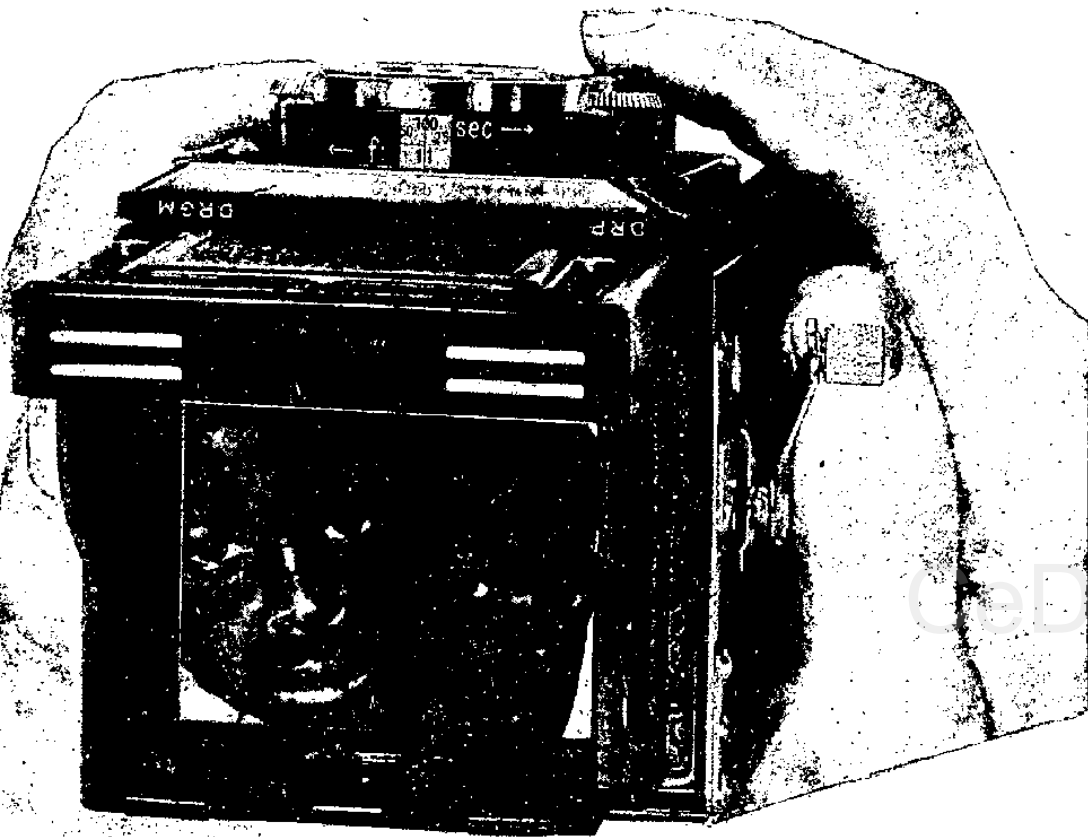
Para la época en que ocurrió el golpe, las relaciones del PCP con las masas habían pasado por tres etapas, semejantes a las recorridas por las élites políticas de los países oprimidos en otras partes del mundo. Durante la primera etapa el PCP hacía derivar su legitimidad de su habilidad para concertar convenios con los dirigentes coloniales. Durante la segunda etapa la hacía derivar de sus anteriores éxitos al tratar con los colonialistas. Durante la etapa final, las masas y las otras élites competidoras —el ejército y los empleados del gobierno— empezaron a darse cuenta de que los convenios concertados por la élite política eran absolutamente inservibles para ellas. De aquí en adelante era solamente una cuestión de tiempo para que surgiera una nueva élite que pudiera resolver la contradicción, bien en favor de las masas; bien en favor del neocolonialismo. El esfuerzo para coordinar los intereses de ambos había resultado imposible.

La época de los movimientos de independencia colonial de post-guerra había pasado ya. Las élites políticas que trataron de llegar al poder a través de mediatización están dejando el lugar a nuevas élites militares burocráticas que funcionan en nombre de la austeridad y de la eficiencia. Pero no debe pensarse que, simplemente por actuar en favor del antiguo poder colonial, los nuevos gobernantes han puesto fin a las contradicciones que se enfrentaron y derrotaron a las élites políticas salientes.

¿Cómo puede detenerse esta «circulación de élites»? ¿Qué se necesita para poner fin a la política de mediatización? ¿Cómo pueden combinarse las independencias económicas y política? Las respuestas específicas a estas preguntas pueden venir tan sólo de los africanos, a través de la experiencia de sus propios movimientos revolucionarios. Parece, sin embargo, que ya en la Guineca «Portuguesa», en donde el Partido Africano de Independencia de Guiné e Cabo Verde (PAIGC) ha liberado a más de la mitad del país, comienza a desarrollarse un bosquejo de solución. En la Guinea «Portuguesa», principiando con un movimiento muy semejante en cuanto a composición de clases al de Ghana en los primeros días del Partido de la Convención del Pueblo, el PAIGC ha podido desarrollar un movimiento revolucionario a través de un proceso de guerra anticolonial.

En los países oprimidos del mundo este proceso desempeña el equivalente funcional de la guerra industrial del siglo XIX entre proletarios y capitalistas. No es la violencia en sí misma, sino la experiencia de servir en la milicia y en el ejército guerrillero, la que prepara a los campesinos y a los trabajadores de la ciudad para las luchas postliberación en la industrialización y reconstrucción nacionales. Los campesinos, los proletarios y los intelectuales revolucionarios se constituyen en una fuerza homogénea y disciplinada, que al mismo tiempo aprende la pericia técnica y la capacidad de inventiva que se requieren para la industrialización.

Si, como lo sugiere la historia reciente, es éste el camino del progreso para los pueblos explotados del mundo, coloniales y neocoloniales, será entonces en las selvas y en las sabanas, en donde los caminos se hacen veredas y el sol cae sobre chozas con techo de paja, que las clases trabajadoras de Ghana habrán de reunirse para preparar el futuro.



LA SINTESIS MARXISTA

Stanislaw Ossowski

El presente trabajo forma parte del libro de Stanislaw Ossowski «Estructura de clases y conciencia social». Ossowski era profesor de sociología de la universidad de Varsovia, cargo del que fue separado en 1953 y obligado prácticamente a hacer una vida semiclandestina. En estas condiciones organizó un seminario que, por las circunstancias apuntadas, pasó desapercibido en los medios intelectuales y del que resultó una serie de conferencias integradas posteriormente en un volumen con el título mencionado, cuya publicación fue posible gracias a los sucesos de 1956 que lo restituyeron a sus actividades anteriores en la universidad. El libro fue publicado en Italia por Einaudi en 1963, año en que murió su autor, y a partir de entonces ha tenido amplia repercusión y es citado en muchos trabajos monográficos marxista sobre el tema.

Ossowski tenía un profundo conocimiento de los clásicos del marxismo con la sociología contemporánea, especialmente la norteamericana, lo que le permitió replantearse desde una perspectiva novedosa y antidogmática el problema de las clases sociales. En este capítulo muestra la impropiedad de las interpretaciones simplistas y deformadoras de Marx. Este, para Ossowski, no fue sólo un creador genial, sino también el autor de la mayor síntesis del pensamiento social anterior, de aquí el carácter abierto y flexible de su obra que difícilmente permite reducciones. Es lo que demuestra en cuanto al concepto de Marx de clase social, que no puede, en modo alguno ser limitado a una definición única por la diversidad de ángulos desde el que es analizado: político, sociológico, económico.

La Redacción

LA DOCTRINA DE MARX SOBRE
EL FONDO DE LA HISTORIA
DEL PENSAMIENTO

A mediados del siglo XIX nace y se desarrolla, por obra de dos pensadores, un gran sistema teórico que sintetiza los problemas de la sociología, la economía, la filosofía y la política y en el

cual las tesis generales sobre el tipo de las proposiciones de las ciencias naturales representan la base de concretas concepciones históricas, y las más abstractas fórmulas e hipótesis metafísicas constituyen el punto de partida de razonamientos que desembocan en conclusiones prácticas en el campo de la actividad política y económica.

Si medimos el peso de su obra teórica sobre la base del alcance de sus consecuencias sociales, debemos considerar ese sistema como una creación de la mayor importancia. En el curso de cien años las ideas contenidas en el mismo han educado a escritores y hombres de acción, combatientes por un nuevo orden social y han plasmado la conciencia social de las porciones más activas de la clase obrera en Europa y fuera de Europa, constituyendo el fundamento del programa social o, mejor de los programas sociales, dado que son más de uno los programas que han buscado en ellas su fundamento teórico. Esas ideas han constituido un capital de energía para el movimiento revolucionario al propagar la fe de que la realización de los objetivos revolucionarios está garantizada por inconvertibles leyes históricas. Después de cien años esta doctrina no sólo no ha cesado de actuar directamente sobre la vida social de una considerable parte de la humanidad, sino antes bien, ha ensanchado notablemente su esfera de influencia. La fe en su infalibilidad

ha llegado a ser la base de la educación ideológica de millones de hombres y de la formación oficial en las ciencias sociales en vastos territorios de Europa y Asia, ha llegado a ser un arma de propaganda en la lucha por el fortalecimiento del nuevo sistema social y en la lucha por el predominio en el mundo.

Pero las obras de Marx y Engels tienen también otra importancia: la importancia de una gran síntesis en la historia de las ideas. La originalidad de cada una de las tesis de Marx y Engels tienen también otra importancia: la importancia de una gran síntesis en la historia de las ideas. La originalidad de cada una de las tesis de Marx es de ordinario superestimada en el campo marxista. En casi todas sus ideas fundamentales, el autor de *El Capital* ha tenido precursores. Es tal vez difícil encontrar un ejemplo más visible de paternidad colectiva en una creación tan individual de un gran pensador. Las tres fuentes del marxismo justamente indicadas por Lenin, esto es, la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés, no agotan, en efecto, la herencia cultural que ha hallado una expresión en las obras de estos autores dotados de tan grande poder de asimilación. Y al trazar la historia de los predecesores del marxismo habría que tomar en consideración también

ciertas obras que no llegaron directamente a Marx, como, por ejemplo, la carta de Babeuf a Charles Germain, del 10 Thermidor del año III (28 de julio de 1795), en que el autor, en vísperas del *Manifiesto plebeyo*, formula, entre otras, «la bárbara ley dictada por los capitales» (*la loi barbare dictée par les capitaux*) que hemos citado aquí antes. La originalidad esencial de los fundadores del marxismo y la razón por la cual la teoría de Marx constituye un vuelco decisivo, consiste en haber extraído de las ideas aceptadas consecuencias de amplio alcance, en haber desarrollado ideas de varios orígenes, construyendo con ellas un sistema unitario, en haber enlazado las concepciones teóricas con un programa de acción, con un análisis de los acontecimientos históricos y con una visión del futuro, en haber realizado una gran síntesis de diversas corrientes de pensamiento teórico y de diversos filones ideológicos. Bajo este aspecto, las obras de Marx constituyen, por así decirlo, un enorme lente que recoge rayos procedentes de diversas partes, un lente sensibilizado ora respecto a la herencia de las generaciones pasadas, ora respecto a la creación de la ciencia de hoy. Desde los tiempos de la muerte de Lenin nos hemos habituado a asociar al marxismo la imagen no de un lente, sino de un instrumento óptico de

paredes no transparentes, a través del cual, en lo que respecta al pensamiento postmarxista, pueden pasar exclusivamente rayos procedentes de una sola dirección. Por esta razón, entre otras, comúnmente se subestiman —tanto por parte de los secuaces del marxismo como parte de sus adversarios— los tantos y tan varios nexos entre la doctrina de Marx y la historia del pensamiento europeo.

El carácter sintetizador de la teoría de Marx aparece con particular relieve si se analiza la concepción marxista de las estructuras sociales y, por tanto, también el concepto marxista de clase. A esta síntesis, precisamente, de varios modos de concebir la estructura social y no a la gran síntesis constituida por la concepción del mundo marxista me refería al formular el título del presente capítulo.

EL CONCEPTO DE CLASE SOCIAL EN LA DOCTRINA DE MARX

El concepto de clase social es algo más que uno de los conceptos fundamentales de la doctrina de Marx. Ese concepto ha llegado a ser, en cierto sentido, el símbolo de toda la doctrina y del programa político que de ella deriva. Esto aparece en las expresiones «actitud marxista», «punto de vista marxista»: en esta acepción, la «actitud de clases» *tout court* se contraponía a la actitud burguesa.

Según Engels, Marx ha realizado una «subversión en toda la concepción de la historia universal» y esta subversión consistiría en haber demostrado que «toda la historia transcurrida hasta hoy es una historia de luchas de clases, que en todas las múltiples y complicadas luchas políticas se trata solamente del dominio político de clases sociales».¹

Al concepto de clase social está conexo también lo que Engels, en el mismo artículo, llama el segundo gran descubrimiento realizado por Marx y al cual atribuye igualmente un puesto en extremo importante en la historia de la ciencia: «La explicación de la relación entre capital y trabajo.» Al concepto de clase social está conexa, en fin, toda la concepción marxista de la cultura como superestructura de los intereses de clase.

Teniendo en cuenta la enorme importancia del concepto de clase en la doctrina marxista, es sorprendente que en las obras de Marx y Engels no encontremos nunca una definición de este concepto, usado continuamente por ellos. Se le podría considerar como un concepto introducido sin definición cuyo significado se aclare en los contextos; pero basta confrontar las varias declaraciones en que, en Marx

¹ F. Engels, *Karl Marx*, en «*Volkskalendar*», Braunshweig, 1878, (trad. española en C. Marx-F. Engels, *Obras escogidas*, Tomo II, Moscú, S. F. págs. 161-173).

y Engels, entra en juego el concepto de clase social para comprobar que el término de «clase» es aquí un término de connotación variable, que designa grupos distintos ora de un modo ora de otro en el seno de una categoría superior, esto es, la categoría de grupos sociales caracterizados por intereses económicos comunes o por una situación económica de sus miembros en cierto aspecto idéntica. Dado que la comunidad de duraderos intereses económicos es, en la doctrina de Marx, una característica particularmente importante de las clases sociales, fácilmente ha podido escapar a la atención el hecho de que ésta no constituye un criterio suficiente de la clase social.

El problema de la definición de la clase social lo afronta Marx de modo directo solamente más de treinta años después del *Manifiesto comunista*, en las últimas páginas de la obra principal de su vida. El manuscrito del tercer volumen de *El Capital* se interrumpe precisamente en el momento dramático en que el autor se preparaba a responder la pregunta: «¿Qué es lo que constituye una clase?» No sabemos cuál habría sido la respuesta si la muerte no hubiese interrumpido el curso de las reflexiones, ni si Marx habría adoptado una postura definida frente a las divergencias de sus declaraciones precedentes.

La cuestión con que termina el ma-

nuscrito de *El Capital* no fue continuada por Engel después de la muerte de Marx. La posterior definición leninista, que manuales y enciclopedias marxistas han popularizado, une dos fórmulas diversas y no está claro cómo éstas deben ser consideradas: no se sabe si el autor ve en ellas dos definiciones equivalentes que abrazan la misma esfera, y las une con el fin de dar una caracterización más plena del designado, o si, al revés, la unión de las dos fórmulas es necesaria porque las características determinadas de una de ellas no deben coexistir necesariamente con las características determinadas por la otra. Prescindiendo de tal cuestión, expresiones metafóricas como «el puesto en un sistema de producción social históricamente definido» pueden ser interpretadas de varias maneras: la definición leninista es bastante plástica para poder adaptarse a todos los matices semánticos del término de «clase» en los escritos de Marx y Engels.² La definición

² «Se llama clases a esos grandes grupos de personas que se diferencian por el puesto que ocupan en el sistema históricamente determinado de la producción social, por sus relaciones (generalmente sancionadas y fijadas por leyes) con los medios de producción, por su función en la organización social del trabajo y, en consecuencia, por el modo y la medida en que gozan de la parte de riqueza social de que disponen. Las clases son grupos de personas, de los cuales uno puede apropiarse del trabajo de otro según el diferente puesto ocupado por él en un determinado sistema de economía social» (Lenin, *Marx-Engels-marxismo*, cit., p. 379).

bujariniana,³ que pretende abrazar también la concepción marxista de la clase social, da acceso a todavía más vastas posibilidades interpretativas, y solamente la clasificación de las clases sociales hecha por Bujarin permite comprender qué connotación atribuye el autor al concepto de clase social.⁴ Como es sabido, Marx, aún sirviéndose de un concepto de clase fundado en criterios económicos, lo limita a veces al introducir criterios psicológicos: un conjunto de hombres que, desde el punto de vista económico, corresponde a los criterios de la clase social, llega a ser clase en el sentido pleno de la palabra, solamente cuando los miembros de este conjunto están unidos por la conciencia de clase, por la conciencia de intereses comunes, por un lazo síquico que deriva de los comunes antagonismos de clase.⁵ El autor

³ N. Bujarin, *Historical Materialism. A System of Sociology* (trad. ingl., Londres, 1926, p. 267). Existe edición española *El materialismo histórico*, ed. Cenit, 1933. Traducido del inglés por Pablo de la Torre-Brau y Gabriel Barceló. (N. de R.)

⁴ *Ibid.*, pp. 282-84.

⁵ Cfr. *La ideología alemana*: «Cada grupo de individuos forma una clase sólo en cuanto deben librar una lucha común contra otra clase» (trad. K. Marx y F. Engels, *La ideología alemana*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1966); el *Manifiesto comunista*: «Esta organización de los proletarios en clase y, por tanto, en partido político...» (trad. cit., p. 39); traducción italiana citada. *El 18 brumario de Luis Bonaparte*: «En la medida en que millones de familias viven en condiciones económicas tales que distinguen su modo

se da cuenta de esta duplicidad semántica e introduce una distinción terminológica: *Klasse an sich* y *Klasse für sich*; pero de estos términos más restringidos no se sirve de ordinario en el curso de sus reflexiones.

La «clase» que no es clase en sentido pleno, porque le falta el lazo síquico, es llamada por Marx a veces de modo distinto (por ejemplo, con el término de «estrato») o se detiene en el término particular (por ejemplo, «pequeños campesinos»), evitando un término más general. Además, a veces ciertas clases, aunque estén conscientes de sus intereses de clase, son llamadas por Marx «fracciones» de una clase superordenada. Así, por ejemplo, los capitalistas y los propietarios de tierras, en Marx, constituyen a veces dos clases distintas, y otras, dos frac-

de vida, sus intereses y su cultura de los de otras clases y las contraponen a ellas de modo hostil, ellas forman una clase. Pero en la medida en que entre los campesinos pequeños propietarios existen solamente lazos locales y la identidad de sus intereses no crea entre ellos una comunidad, una unión política en escala nacional y una organización política, ellos no constituyen una clase. Son, pues, incapaces de hacer valer sus intereses de clase...» (subrayado de S. Ossowski). En esta última proposición, «clase» significa otra cosa que en la proposición precedente. Lo mismo puede decirse, por lo demás, de la proposición que hemos leído poco antes en el mismo escrito de Marx: «Bonaparte representa una clase, antes bien la clase más numerosa de la sociedad francesa, los pequeños propietarios campesinos» (trad. en C. Marx, *El 18 brumario de Luis Bonaparte*).

ciones de una clase, esto es, de la burguesía.

Todas estas divergencias semánticas referentes al término de «clase» eran para Marx muy probablemente poco importantes, puesto que, según su teoría, el ulterior desarrollo social debía hacerlas completamente inactuales a consecuencia de la extensión de la conciencia de clase y la prevista desaparición de la diferencia entre clase *an sich* y clase *für sich* y a consecuencia del proceso de polarización de la estructura social.

Por lo demás, se puede plantear la cuestión de otro modo. Podemos suponer que, en vez de una definición de la clase social que nos permita establecer la connotación de este concepto, Marx nos da un *modelo* de la clase social, su tipo ideal, que debe realizarse plenamente en el futuro, en la última fase del sistema capitalista. En la época en que aparecen las obras de Marx, al tipo ideal de la clase social se aproxima el proletariado de fábrica de la Europa occidental. Los otros grupos sociales identificados sobre la base de criterios económicos pueden ser clases solamente en una cierta medida, más o menos grande, pueden aproximarse al tipo ideal bajo éste o aquel aspecto. Por eso las tentativas de incluirlos en categorías conceptuales netamente delimitadas llevan necesariamente a la pluralidad.

De todos modos, en un caso como en

otro, al tratar la concepción marxista de la estructura de clase, hay que recordar que miembros de esta estructura de clase no son solamente aquellos grupos que Marx llama clases allí donde los contraponen a los estratos, en los cuales «la identidad de intereses no crea ninguna comunidad... ningún lazo en escala nacional ni ninguna organización política».

Dentro de poco tendremos ocasión de comprobar que en la concepción marxista de la clase social intervienen ciertas complicaciones conceptuales que son ya solamente cuestiones de términos.

LAS INTERPRETACIONES DE LA ESTRUCTURA DE CLASE EN LAS CONCEPCIONES MARXISTAS

Hemos dicho que las obras de Marx y Engels constituyen un lente en que se refractan múltiples corrientes del pensamiento europeo. En lo que concierne a los problemas tratados en los precedentes capítulos, en las reflexiones marxistas encontramos los tres esquemas de la estructura social que hemos examinado ya, y además un nuevo y peculiar modo de concebir el sistema de las clases mediante el cruce de tres divisiones dicotómicas.

LA DICOTOMÍA FUNDAMENTAL

Ante todo, pues, tanto Engels como Marx son herederos de las visiones

dicotómicas propias del folklore y la ideología de combate de las revoluciones populares. La imagen del secular antagonismo entre clases opresoras y clases oprimidas no desaparece nunca del campo visual cuando se leen las obras de Marx y Engels. Hemos hablado ya de las visiones dicotómicas del drama de la historia del *Manifiesto comunista* y en la obra, anterior en tres años, de Engels.⁶ En ese contexto hemos observado el doble tipo de concepción dicotómica de las relaciones interhumanas en la estructura social: los múltiples antagonismos entre diversas clases opresoras y oprimidas en la sociedad de épocas pasadas dejan el puesto a una sola e integral dicotomía que, según las previsiones del *Manifiesto*, debe realizar plenamente la sociedad capitalista en el penúltimo acto del drama, en el período precedente a la catástrofe; al acercarse tal dicotomía, la estructura social del mundo capitalista se acerca, pues, a su fin.

La tendencia de desarrollo en esta dirección caracteriza ya, según los fundadores del marxismo, a la sociedad contemporánea de ellos, en la cual Marx advierte «la decadencia inevitable de las clases medias burguesas y de la llamada clase campesina en el sistema actual,⁷ en la cual, según

⁶ Cfr. el capítulo II de esta obra.

⁷ *Trabajo asalariado y capital*, en obras escogidas, ed. cit., t. I pág. 98.

Engels, se está produciendo ya «la escisión de la sociedad en una pequeña clase desmesuradamente rica y en una gran clase de asalariados pobres».⁸ En la insurrección de los obreros parisienses del 22 de junio de 1848, Marx ve «la primera gran batalla entre las dos clases en que se ha dividido la sociedad moderna..., la guerra entre el trabajo y el capital».⁹

DOS CONCEPCIONES DE LAS CLASES INTERMEDIAS

Marx, en cuanto revolucionario y creador de una dramática visión de la historia, desarrolla una concepción dicotómica de la sociedad de clases. Marx, en cuanto sociólogo, al analizar la estructura de las sociedades contemporáneas, debe enturbiar la claridad de la división dicotómica al introducir las clases intermedias, y no puede omitir «la masa de la nación que está entre el proletariado y la burguesía».¹⁰ Estas clases intermedias constituyen un elemento muy importante en las representaciones de la realidad contemporánea que nos ofrecen los escritos históricos de Marx. A veces —de conformidad con la definición más restricta de la clase social— se habla en estos escritos de

estratos intermedios y a veces aparece el término «estado medio», que no designa aquí expresamente un grupo institucionalizado como era, por ejemplo, el *tiers état* francés.

La heterogeneidad de las posiciones sociales y de la situación económica de estas clases intermedias hace que sea difícil encerrarlas en un esquema unitario. El término «clases intermedias» sugiere un esquema de gradación. En efecto, alguna vez se encuentra en Marx la concepción de las clases intermedias como un conjunto de individuos que ocupan una posición media en la gradación económica, independientemente del tipo de relación que tienen con los instrumentos de producción y de la diversidad de los papeles sociales y las fuentes de ingreso. Así, por ejemplo, en el *Llamamiento del comité central a la liga de los comunistas*, escrito por Marx y Engels en 1850, la «pequeña burguesía» comprende también a los representantes del pequeño capital, cuyos intereses se oponen a los de los grandes capitalistas. Y en *La guerra civil en Francia* Marx habla de la «clase media alemana liberal, con sus profesores, sus capitalistas, sus burgomaestres y escritores a sueldo».¹¹

¹¹ Segundo manifiesto del Consejo general de la Asociación internacional de trabajadores sobre la guerra Franco-prusiana en La guerra Civil en Francia. Obras escogidas. t. I pág. 512. Ediciones en Lenguas extranjeras. Moscú.

Aquí la clase media se concibe del modo en que se concibe en Inglaterra o los Estados Unidos, la *middle class*. El capitalista —el propietario de los instrumentos de producción— puede pertenecer a una clase u otra, según el monto de capital. Sólo que en Marx ésta no es una cuestión de círculos de la buena sociedad o de epígrafes en las tablas estadísticas; con la dimensión de los capitales relaciona la diversidad de los intereses de clase.

No es ésta, sin embargo, la concepción de la clase intermedia que ha entrado en el número de los conceptos fundamentales del análisis marxista de la sociedad capitalista. Al construir su sistema teórico, Marx crea la base para otra concepción de la clase que ocupa una posición intermedia entre la clase de los capitalistas y el proletariado. Esta concepción, si bien no ha sido formulada de modo definitivo por Marx y sus discípulos, está conexa a un esquema de la estructura de clase de la sociedad capitalista que es peculiar de Marx y el marxismo, esto es, a un esquema en que a las tres clases sociales corresponden tres tipos de relaciones con los instrumentos de producción.

En tal esquema la clase intermedia, que es de ordinario designada globalmente con el nombre de «pequeña burguesía», trátese de habitantes de la ciudad o de habitantes del campo, se define aplicando simultáneamente

dos criterios, cada uno de los cuales, separadamente, constituye una base para una demarcación dicotómica de las clases sociales, cada uno de manera distinta. El primer criterio es la propiedad de los instrumentos de producción. En el esquema dicotómico ese criterio escinde la sociedad en *clases poseedoras* y *clases no poseedoras*. El segundo criterio es el trabajo, el cual, sin embargo, al revés de Saint-Simon, no comprende las funciones superiores de dirección en las empresas capitalistas. También este criterio lo hemos visto ya en el esquema dicotómico: el mismo divide a la sociedad en *clases trabajadoras* y *clases no trabajadoras*. La clase intermedia, según esta concepción, comprende a los individuos que pertenecen a dos categorías que se cruzan, esto es, los que poseen instrumentos propios de producción y los utilizan ellos mismos.

El marxismo utiliza también otra versión de esta división tripartita, una versión que de ordinario no es distinta de la precedente. El primer criterio de división (propiedad de los instrumentos de producción) permanece inalterado; el segundo, en cambio, está constituido no por el trabajo, sino por la *no utilización de trabajo asalariado*. En esta versión la clase intermedia es más restringida que en la precedente: no comprende a todos los trabajadores que poseen instrumentos propios de producción, sino solamente

⁸ F. Engels, *Introducción a Trabajo asalariado y capital*, cit., pág. 64.

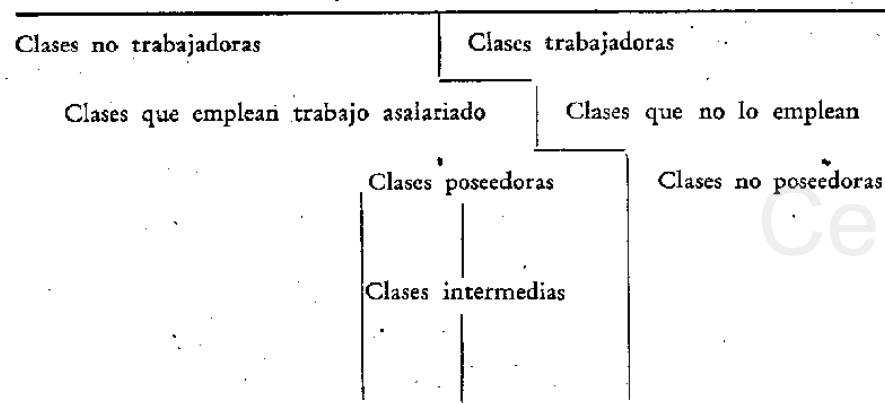
⁹ *Las luchas de clases en Francia*, en *Obras Escogidas*, t. I.

¹⁰ *Ibid.*

a aquellos que, trabajando propiamente, no emplean mano de obra asalariada. En esta versión un campesino acomodado que emplee dos o tres muchachos estables o que se sirva de pequeños agricultores que trabajen para él para pagar las deudas, pertenece ya a la clase de capitalistas del campo. En la primera versión la «pequeña burguesía» comprende a ambos estratos: tanto los que, aun trabajando ellos, emplean mano de obra asalariada,

como los que no la emplean. Desde el punto de vista sociológico, en ciertas condiciones se impone más bien la primera versión; en otras, la segunda, esto es, depende de varias circunstancias de que no nos ocuparemos aquí.

La unión de ambas versiones da dos clases intermedias funcionalmente distintas. Esto lo pone en evidencia el siguiente diagrama:



Desde el punto de vista de las hipótesis marxistas relativas a las tendencias de desarrollo del capitalismo, la posición de la pequeña burguesía en la intersección de las dos clases fundamentales se interpreta a veces también de otro modo: la pequeña burguesía pertenece a la clase poseedora respecto a las condiciones actuales, pero al proletariado respecto a la perspectiva del futuro; no sólo el artesa-

no, sino también el pequeño campesino es un proletario en potencia.¹²

A este esquema tripartito corresponden también una gradación económica

¹² Cfr. F. Engels, *La cuestión campesina en Francia y Alemania* (artículo de 1894). Bujarin, desarrollando la teoría marxista de las clases sociales, diferencia la categoría de las clases intermedias entre sus dos clases fundamentales de modo distinto que nuestro esquema: distingue clases intermedias, clases de transición y tipos de clases mixtos (*op. cit.*, t. II pp. 2383-84).

ca: los capitalistas son la clase que posee grandes instrumentos de producción o, al menos, bastante considerables para poder emplear mano de obra asalariada; la pequeña burguesía es la clase que dispone de instrumentos de producción en medida modesta; el proletariado es, en general, la clase completamente privada de instrumentos de producción. Pero en este esquema funcional las demarcaciones entre las clases están señaladas por los papeles sociales (relación con los instrumentos de producción, trabajo, relación con el trabajo asalariado), y no por el grado de holgura. En cambio, en el esquema de gradación de que se ha hablado hace un momento, la clase media puede comprender también a aquellos que viven de la renta, los propietarios de pequeños establecimientos industriales y otros capitalistas provistos de haberes que no sobrepasen los límites de la «mediana holgura».

Pero observar rigurosamente los criterios funcionales económicos al trazar las líneas de demarcación entre la clase de los capitalistas, la pequeña burguesía y el proletariado lleva a conflictos con los criterios sociológicos; un ingeniero, en cuanto trabajador asalariado en una empresa capitalista, debiera ser enumerado entre los proletarios, como un médico empleado en un sanatorio privado. Como es sabido, para Marx el concepto de proletariado está conexo a la concepción

de una dicotomía fundamental. El proletario es un hombre no defendido contra la explotación extrema por especiales calificaciones que no permitan sustituirlo por cualquier otro trabajador dotado únicamente de fuerza física. Este criterio, de conformidad con las intenciones de Marx, excluye a ese médico o ingeniero de la clase del proletariado.

Además, de conformidad con la tesis marxista de que una clase está unida por la comunidad de intereses en los grandes conflictos sociales, otro factor puede aportar una corrección al esquema fundado en las «relaciones con los instrumentos de producción»: en el estipendio del ingeniero empleado por un capitalista está contenida una parte de la «plusvalía» producida por los obreros que el capitalista se apropia.

Resumiendo las consideraciones que hemos hecho sobre este clásico esquema marxista de los papeles sociales sobre el fondo de los tipos de concepción de la estructura social precedentemente expuestos, podemos suponer aquí una interferencia de la visión dicotómica y el esquema de gradación. La clase media constituye, en esta concepción, el terreno fronterizo entre las dos clases fundamentales y antagonistas. Esa clase se distingue por el hecho de que las clases fundamentales se contraponen una a otra no sobre la base de un solo criterio,

sino sobre la base de dos o tres criterios a los cuales corresponden esferas diversas. Dicha clase se compone de individuos que, en ciertos aspectos, están ligados a una de las dos clases fundamentales y en otros aspectos a la otra. Ligados tanto en el sentido lógico (características que forman parte de la definición de la primera y la segunda clase), como en sentido sociológico. Al mismo tiempo, como se ha dicho, la «pequeña burguesía», determinada por una peculiar relación con los instrumentos de producción, ocupa una posición central en la gradación económica tripartita (cantidad de los instrumentos de producción poseídos).

ESQUEMA FUNCIONAL TRIPARTITO SIN CLASE INTERMEDIA

Mientras en Marx, como revolucionario, predomina la concepción dicotómica de la estructura social, en Marx teórico, junto al esquema tripartito con la clase media entre las dos clases opuestas, aparece a veces también un esquema que constituye una herencia científica de la economía burguesa: el esquema funcional tripartito de Adam Smith. Tanto en Marx como en Engels este esquema aparece raramente,¹³

¹³ Cfr. *Ludwig Feuerbach y el fin...* cit., en O. E.; carta de Marx a Engels del 30 de abril de 1868 (trad. it. en C. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, vol. V, Edizioni Rinascita, Roma, 1951, p. 186).

pero su importancia aumenta por el hecho de que, precisamente tal esquema, constituye el punto de partida del último capítulo del tercer volumen de *El Capital*, capítulo dedicado al análisis de las clases en la sociedad moderna. Este capítulo III, apenas comenzado y titulado *Las clases*, se abre con las palabras:

*Los propietarios de la simple fuerza-trabajo, los propietarios del capital y los propietarios inmobiliarios, cuyas respectivas fuentes de ingreso son salario, beneficio y renta inmobiliaria, en otras palabras, los obreros asalariados, los capitalistas y los propietarios inmobiliarios, constituyen las tres grandes clases de la sociedad moderna, fundada en el modo de producción capitalista.*¹⁴

Y un poco más adelante, al precisar la pregunta que he citado precedentemente («¿Qué es lo que constituye una clase?»), Marx toma como punto de partida precisamente esta concepción.

Mientras en la concepción dicotómica y en la concepción marxista tripartita que hemos examinado precedentemente el acento carga sobre las relaciones interhumanas, en la concepción de Smith predomina el punto de vista del economista sobre el del sociólogo: es la relación de los hombres con las cosas la que se coloca

¹⁴ C. Marx, *El Capital*.

en primer plano. Las netas categorías económicas, los criterios concernientes a la relación con las cosas, no dejan lugar; en la estructura social, para las clases intermedias, que, sociólogo no puede omitir. En el esquema de Smith, los que poseen instrumentos de producción propios y trabajan ellos mismos, no constituyen una clase distinta, sino que pertenece simultáneamente a dos o tres clases.

*Es al mismo tiempo patrono y obrero (master and workman) y usufructúa todo el producto de su propio trabajo y todo el valor que añade al material al cual aplica su trabajo. Esto comprende a los que de ordinario son dos diversos tipos de ingreso correspondientes a dos personas distintas, esto es, beneficio del capital y salario.*¹⁵

Este punto de vista también Marx lo toma en consideración en el Libro III de *El Capital* y aun lo aprueba bajo ciertas condiciones.¹⁶

¹⁵ *Op. cit.*, Vol. I, Londres, 1931, p. 59.

¹⁶ «Si un trabajador independiente —por ejemplo, un pequeño campesino a propósito del cual se pueden aplicar las tres formas de ingreso— trabaja por su propia cuenta y vende su propio producto, es considerado primero como patrono de sí mismo (capitalista) que se emplea a sí mismo como trabajador, y como propietario inmobiliario de sí mismo que se emplea a sí mismo a título de arrendatario. Él se paga su salario como obrero, reclama el provecho como capitalista y se paga la renta

Tenemos, pues, en Marx dos diversos esquemas tripartitos de la estructura social a los cuales se puede aplicar la definición de la clase como grupo determinado por la relación con los instrumentos de producción. En el primer caso (capitalista-pequeña burguesía-proletariado) a las distintas clases corresponde una distinta relación con los instrumentos de producción; en el segundo (propietarios de tierras-propietarios de capital-propietarios de fuerza-trabajo) las clases son determinadas por la relación con diversos instrumentos de producción, siendo, en este caso, la fuera-trabajo considerada como una categoría de instrumento de producción.

ESTRUCTURA PLURIPARTITA

Como se recordará, el esquema funcional puede comprender más de tres clases. Lo hemos visto en Madison. En Marx no encontraremos nunca una formulación que directamente encuadre la estructura social en un similar esquema pluripartito. Empero, cuando se junten las afirmaciones contenidas en sus varias obras se verá que

como propietario inmobiliario. Presupuestos el modo de producción capitalista y las relaciones correspondientes como base social general, esta definición es exacta, en el sentido de que no es merced a su trabajo, sino merced a la posesión de los medios de producción está en condiciones de apropiarse de su plustrabajo» (C. Marx, *El Capital*, III, 3, ed. cit., p. 292).

de sus obras se puede deducir también tal representación. En *La ideología alemana* encontramos la contraposición entre burguesía y clase de los grandes industriales, y se trata aquí de dos clases dotadas de funciones sociales diversas y bajo cierto aspecto francamente opuestas, ya que los intereses de la burguesía están encerrados dentro de las fronteras de cada nación, mientras la clase de los grandes industriales es una clase en escala internacional, una clase de carácter cosmopolita. En *Las luchas de clases en Francia*, Marx nos muestra el choque de los intereses de clase de la aristocracia financiera con los de la burguesía industrial,¹⁷ a la aristocracia financiera atribuye el «afán de enriquecerse no con la producción, sino robando las riquezas a otros ya existentes», y por esto la llama irónicamente «reproducción del subproletariado en la cima de la sociedad burguesa».¹⁸ Junto a estas dos clases en lucha entre sí, Marx menciona la pequeña burguesía, excluida del poder político. Poco más de un año después, al describir la misma sociedad del *Dieciocho brumario*, Marx traza todavía de otro modo la línea que divide a la burguesía en dos fracciones antagónicas: el antagonismo cuya superestructura ideológica es el con-

¹⁷ *Las luchas de clases en Francia*, cit., pp. 148 y ss.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 43-44.

flicto entre orleanistas y legitimistas, y la rivalidad entre capital y propiedad inmobiliaria.¹⁰ Estas fracciones fundadas en diversos tipos de propiedad son las clases fundamentales del esquema de Adam Smith.

Si tenemos ahora en cuenta la diversificación de clase de la población campesina, como la representa, por ejemplo, Engels en el prefacio a *La guerra de los campesinos en Alemania*,²⁰ y si no omitimos al subproletariado —que no es una «clase» según la definición marxista, sino un «estrato» que «forma una masa netamente distinta del proletariado industrial»,²¹ un estrato que puede tener un papel peculiar en los movimientos sociales—, obtenemos un cuadro de la diferenciación funcional de la sociedad capitalista en siete, ocho y aun nueve clases o estratos.

INTERFERENCIA DE PUNTOS DE VISTA

Marx, como revolucionario, economista y sociólogo, hereda, pues, los tres tipos fundamentales de concepción de la estructura de clase que encontramos en la historia del pensamiento europeo: el esquema dicotómico, el esquema de gradación y el esquema funcional. Al mismo tiempo

¹⁹ *El 18 brumario de Luis Bonaparte*. Ed. cit.

²⁰ *La guerra de los campesinos en Alemania*.

²¹ *Las luchas de clases en Francia* op. cit.

introduce un cuarto y peculiar modo de concebir esta estructura: mediante el cruce de dos o tres divisiones dicotómicas. Precisamente este modo es que el ha llegado a ser para nosotros el esquema marxista clásico, si bien no es el esquema de que se sirve Marx en las reflexiones sobre el concepto de clase comenzadas en las últimas páginas de su obra principal.

Habida cuenta de que podemos distinguir dos versiones de este esquema clásico y habida cuenta, además, de que junto al esquema funcional tripartito de Adam Smith formulado por Marx explícitamente, encontramos en sus obras, en forma implícita, una versión pluriclasista del esquema funcional, la cual recuerda la concepción de Madison, tendremos en las obras de Marx y Engels por lo menos seis diversas maneras de representar la estructura de las sociedades capitalistas contemporáneas de ellos. La definición de la clase social mediante la relación con los instrumentos de producción se aplica ora al esquema marxista clásico, ora al esquema de Smith, ora al que podemos ligar al nombre de Madison.

Esquemas diversos, lo que no significa tesis contradictorias. El aspecto dicotómico en la teoría marxista de las clases indica la dirección de desarrollo de las sociedades capitalistas, y en esta perspectiva los esquemas pluripartitos deben corresponder a fenómenos

transitorios. Pero aun sin referirse a las tendencias de desarrollo, el esquema de Adam Smith en el tercer volumen de *El Capital* o en otra parte no entra necesariamente en contradicción con la dicotomía fundamental: basta comprender a los propietarios de tierras y a los propietarios de capital bajo la misma categoría superior de «clase poseedora» y contraponerlos a los «propietarios de fuerza-trabajo» como a la «clase no poseedora». El esquema de gradación tripartito se puede conciliar con la concepción dicotómica tratando la clase media como la esfera en que las dos extensiones se cruzan o como el terreno fronterizo entre las dos clases opuestas.

Se pueden buscar también otras explicaciones. En la representación marxista de la sociedad capitalista, la dicotomía concierne a las clases que participan en la producción *capitalista*, que no es la única forma de producción en las sociedades capitalistas actuales. La dicotomía, pues, es el esquema fundamental para el *modelo* marxista de la sociedad capitalista: se trata aquí de las dos grandes clases que se manifiestan «en el interior de la empresa capitalista», como dice Arturo Labriola. Pero entendido así, el biclasismo de la sociedad capitalista no está en contradicción con la existencia de otros grupos sociales, dado que se reconoce que en el seno de esta sociedad sobreviven hasta hoy otras

formas de relaciones de producción y, por consiguiente, también las clases que a ellas corresponden. El esquema dicotómico debe caracterizar a la sociedad capitalista en consideración a la forma de las relaciones de producción que en ella predomina y que le es peculiar; el esquema pluripartito, en consideración a la real estructura social.²²

El esquema de Adam Smith pone en evidencia problemas distintos de los que pone de relieve el esquema marxista basado en dos o tres criterios de división. La pequeña burguesía, que constituye un elemento tan importante en los análisis sociológicos marxistas de la sociedad francesa de aquel tiempo, no es bastante importante, desde el punto de vista de ciertos

22. «Naturalmente, decir que el capitalismo consiste en la existencia de las clases como resultan del principio autoritario de la fábrica y, en consecuencia, de las relaciones de capitalista y asalariado no significa negar que con el capitalismo sobreviven también otros regímenes económicos. [Si Marx] se ocupaba de las dos grandes que existen en el seno de la fábrica capitalista, no podía suprimir con un rasgo de su pluma autoritaria a la pequeña burguesía, las capas profesionales, los oficios inclasificables y similares». (Arturo Labriola, *Ensayo sobre Marx*, segunda edición corregida, Morano, Nápoles, 1926, pp. 184-85).

Sorel observa que en Marx las construcciones lógicas se mezclan a menudo a la descripción de fenómenos reales, y supone que Marx no siempre se daba cuenta del carácter abstracto de su teoría de las clases (G. Sorel, *Matériaux d'une théorie du prolétariat*, París, 1929, p. 184, La Ira. ed. es de 1918).

problemas económicos, como para ser separada en el esquema funcional de Smith. Pero éste no olvida la existencia de la pequeña burguesía: ve en ella a aquellos que, sobre la base de ciertos criterios económicos, pertenecen al mismo tiempo a dos o tres clases separadas en la visión smithiana de la estructura social. Esto no está en desacuerdo con el esquema marxista clásico, en que la pequeña burguesía como clase intermedia está ligada al proletariado a base de un criterio, y a la clase de los capitalistas a base de otro.

Para ciertos fines teóricos y prácticos, los fundadores del marxismo hallan más conveniente un cierto aspecto de la estructura social; para otros fines, otro.

DOS CATEGORÍAS DE LUCHAS DE CLASE

Hay que recordar, sin embargo, que servirse de los mismos términos al describir la realidad bajo aspectos diversos y al formular generalizaciones de puntos de vista diversos puede conducir a malentendidos. Escapa fácilmente a la atención el hecho de que el concepto de lucha de clases, fundamental para la doctrina marxista, comprende dos diversas categorías de procesos históricos: a) las luchas de emancipación en el marco del secular antagonismo de clases opresoras y clases

oprimidas, b) las luchas de las clases competidoras, de las clases que compiten por el poder en una sociedad de estructura pluripartita. A menudo no se advierte que las luchas de clases de que habla el primer capítulo del *Manifiesto comunista* son conflictos sociales de un género distinto de aquel de que, por ejemplo, habla Engels en la introducción a la nueva edición póstuma de *Las luchas de clases en Francia*.

*La historia de todas las sociedades que han existido hasta ahora —leemos en el «Manifiesto»— es la historia de las luchas de clases. Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y aprendices, en una palabra, opresores y oprimidos, han estado siempre en contraste entre sí, han sostenido una lucha ininterumpida, a veces oculta, a veces visible.*²³

Y he aquí la otra representación de las luchas de clases que encontramos en la introducción de Engels:

Todas las pasadas revoluciones han conducido a la sustitución del dominio de una clase por el de otra: pero hasta ahora todas las clases dominantes eran solamente pequeñas minorías respecto a la masa del pueblo dominada. [...] la forma común de todas esas revoluciones consistía en el hecho de

²³ Obras escogidas, Ed. cit. t. I, págs. 21-22.

que eran todas revoluciones de minorías. Aun cuando la mayoría tomaba en ellas una parte activa, lo hacía solamente, concientemente o no, al servicio de una minoría [...].²⁴

He citado estos dos conocidos pasajes para mostrar que aquellos que tratan la historia de las luchas de clases —luchas que constituirían el motor de la historia— ora como si ésta fuera exclusivamente la historia de las luchas de la mayoría oprimida contra la minoría opresora de los explotadores, ora como si fuera exclusivamente las historias de las luchas entre las clases de la minoría que compiten por el poder, podrían apelar al ejemplo de los clásicos del marxismo.

Es bueno darse cuenta de esto, puesto que a esta duplicidad se ligán tendencias hacia ulteriores simplificaciones al representar los acontecimientos históricos. Por ejemplo, la tendencia a considerar los llamados movimientos de emancipación inmaduros, esto es, los movimientos campesinos u obreros en los periodos que preceden al pleno triunfo de la burguesía, como si no tuviesen otro significado en la historia que el que les confiere la participación en las luchas que se libran entre las clases de los niveles superiores de la estructura social, entre las clases que rivalizan por el poder. Uno de

²⁴ F. Engels, *Introducción a Las luchas de clases en Francia*, en *Obras Escogidas* ed. cit. t. I, pág. 118.

los principales representantes del marxismo oficial de hoy, Garaudy, atribuye a los comunistas franceses del siglo XVIII un papel reaccionario porque su actividad debilitaba la fuerza ofensiva de la burguesía en lucha con el feudalismo.²⁵ De manera similar —al parecer—, cuarenta años antes, juzgaba Jaurés la conjura de Babeuf.

ASPEREZA DE LOS CONTRASTES E INTERPRETACIÓN CLASISTA DE LOS FENOMENOS CULTURALES

Me parece que en la tesis misma según la cual las luchas de clases serían el motor de la historia, están fundidas y confundidas tesis concernientes a dos especies de nexos causales. Sobre la base de la primera de esta tesis, motor de la historia son las luchas entre la clase oprimida y la clase opresora; sobre la base de la segunda, motor de la historia son las luchas entre clases que tienen intereses distintos. Si examinamos a los predecesores de Marx, la primera tesis puede recordarnos a Babeuf, y la segunda a Madison o

Ricardo. Según la primera, fenómeno fundamental en las explicaciones causales es la apropiación de la «plusvalía» y la opresión del hombre por el hombre. Según la otra tesis, fenómeno fundamental son los antagonismos de los intereses de clases, antagonismos que no se manifiestan solamente allí donde entra en juego la apropiación de la «plusvalía».

Cierto que en su concepción de la historia Marx presupone que la condición necesaria de la existencia de cualquier división de clase es la existencia de una clase explotada o que la división dicotómica entre explotados y explotadores ha sido la fuente de todas las divisiones de clase, y esta tesis suplementaria —que aparece quizá todavía más claramente en Engels— da la supremacía a la primera de las dos tesis que hemos distinguido. Pero cuando Marx o Engels afrontan investigaciones históricas concretas, se hace valer la segunda tesis y las luchas de clases tienen una interpretación más alta.

Esta elasticidad en la interpretación de los conceptos fundamentales tiene relación con la importancia práctica de la doctrina marxista como arma de la revolución. No por azar se pueden distinguir en las obras de Marx y Engels algunas maneras diversas de concebir la estructura social. No por azar en la teoría marxista de las clases sociales se han cruzado corrientes de

pensamiento tan heterogéneas como la visión dicotómica de la sociedad (herencia del folklore y de los movimientos revolucionarios), de un lado, y el esquema de Adam Smith de otro. Para poder desempeñar la función que ha desempeñado en la historia del marxismo y en la de las transformaciones sociales de los últimos cien años, el concepto de clase social debía satisfacer exigencias aparentemente contradictorias. Para una doctrina que en la lucha de clases ve el motor de la historia y el fundamento del programa político, para una doctrina que en los antagonismos de clase busca la explicación de todo proceso histórico y que a todo fenómeno de la cultura da una interpretación clasista, para tal doctrina es necesaria precisamente una síntesis de diversos aspectos de la estructura de clase.

En función del programa de lucha, esta doctrina debe dar el máximo relieve posible a la aspereza de los contrastes de clases y a la asimetría de las relaciones en la estructura social. Sobre relaciones asimétricas se han construido el esquema de gradación y la visión dicotómica. La máxima aspereza del antagonismo de clase aparece en la concepción de una dicotomía en que el antagonismo de dos clases es el único antagonismo. En el esquema de gradación la intro-

ducción de las clases intermedias atenua la esperanza, y la claridad de los contornos de clase se difumina todavía más cuando crece el número de las clases en la representación de la estructura social y especialmente cuando este número no se fija claramente: cuando distinguimos a veces cinco clases sociales, y otras veces seis u ocho. Si en función de las tareas que la doctrina marxista debía realizar el aspecto dicotómico es el más conveniente a causa de la *aspereza de las oposiciones asimétricas*, por otra parte, la pluralidad de las clases sociales es un presupuesto de que tiene necesidad la «interpretación clasista» de los complejos procesos históricos y de la variedad de los fenómenos culturales. Esta interpretación, que atribuye a las divisiones de clase una importancia multilateral e introduce en la órbita de las luchas de clase todas las esferas de la vida espiritual, no se deja encerrar en el marco de la estructura dicotómica: si todas las luchas políticas o religiosas deben ser luchas de clases, si a las diversas corrientes literarias y artísticas debemos atribuir una base clasista, si es las normas morales debemos buscar en reflejo de los intereses y los prejuicios de clase, hay que recurrir a un número de clases mayor que las dos fundamentales del *Manifiesto comunista*.

²⁵ «Toute doctrine qui tend alors a diviser le Tiers-Etat en mettant au premier plan les conflits nés de l'inégalité des fortunes, diminue la force offensive de cette classe contre la féodalité et joue par conséquent un rôle de frein, un rôle réactionnaire. Les utopies socialistes jouent à l'origine ce rôle et n'ont par conséquent qu'un caractère négatif et rétrograde» (R. Garaudy, *Les sources françaises du socialisme scientifique*, Paris, 1949, p. 29).

Max Weber: Racionalidad y Capitalismo

Herbert Marcuse

Marcuse ha venido gran repercusión en los últimos tiempos, fundamentalmente, por sus trabajos más recientes: «Eros y civilización», «El hombre unidimensional», «El marxismo soviético», «El fin de la utopía» y otros ensayos y conferencias dedicados, casi todos, a la crítica de lo que él llama la sociedad tecnológica. El grado de difusión de su obra, alcanzada a partir de los libros mencionados, no puede, sin embargo, pasar por alto sus trabajos académicos, algunos de los cuales, como los dedicados a Hegel, tienen ya un carácter antológico. En el presente artículo «Max Weber: racionalidad y capitalismo» hace un interesante estudio de un aspecto de la obra del gran sociólogo alemán.

La Redacción

La visión de la industrialización y el capitalismo en la obra de Max Weber es discutible en dos sentidos: su idea de considerarlos como destino histórico de Occidente, y como destino actual de la Alemania creada por Bismarck. Weber los ponía como destino de Occidente porque eran las hechas decisivas de esa racionalidad occidental que es la idea de la Razón, que él buscaba por doquier en todas sus manifestaciones visibles y encubiertas, progresistas y retrógradas. Véalos como destino de Alemania porque, según él, determinaban la política del Reich: la vocación histórica de la burguesía alemana de derrocar al Estado conservador y feudal, de democratizar la nación para después combatir la revolución y el socialismo. Es esencialmente esta idea de la in-

terdependencia de industrialismo, capitalismo e instinto de conservación nacional lo que inspira a Weber en su apasionada y —nunca se recalcará bastante— malévola lucha contra las intenciones socialistas de 1918. El socialismo contradecía la idea de la Razón Occidental y la idea de la Nación-Estado y por tanto era un error histórico universal, por no decir un crimen histórico universal.¹ Porque, fuerte cual fuese por lo demás el significado del capitalismo para el género, debe entenderse ante todo y previo a cualquier evaluación como Razón necesaria.

En su análisis del capitalismo industrial se funden indisolublemente elementos filosóficos, sociológicos, históricos y políticos. Su teoría de una ciencia internamente libre de valores se reveló como lo que era en la práctica: un intento de «liberar» la ciencia para la aceptación de valores competentes cuyo origen es exterior a ella. La función de su teoría de la ciencia estaba clara a partir de su discurso inaugural de Freiburg, en el que abiertamente y sin temor subordinó su economía libre de valores a las exigencias de la política de poder imperial. Más tarde se expresaba sin

¹ Es natural que nos preguntemos que habría dicho Weber si hubiera visto que no era Occidente sino Oriente el que habría de desplegar las formas más extremas de la racionalidad occidental, en nombre del socialismo.

la menor ambigüedad en la reunión de la «Verein für Sozial Politik», en 1909: «La razón por qué denuncié siempre y con tanta pasión —con cierta pedantería que me es peculiar— la confusión entre 'debiera' y 'es', no es porque subestime el problema del 'debiera' sino todo lo contrario: porque no puedo sufrir que los problemas que estremecen al mundo, de inmensas proporciones ideales, en un sentido [los más altos que puedan mover a un ser humano— no puedo sufrir que estos problemas sean convertidos en una 'cuestión' técnica de 'productividad' y se discutan aquí como si correspondieran a una disciplina especializada, como la economía».²

Los problemas de valor del «debiera» que de este modo son separados de la ciencia (como mera disciplina especializada) quedan a la vez protegidos de la ciencia y cerrados a la crítica científica. De la evidencia del trabajo científico «nunca puede deducirse el valor de ningún ideal».³ Es precisamente su análisis del capitalismo industrial, empero, el que demuestra que la idea de la neutralidad científica, o más bien su impotencia, tocante a valores e ideales es insostenible. La concepción filosófico-sociológica pura y libre de valores se convierte,

² *Gesammelte Aufsätze zur Soziologie und Sozialpolitik*, Tübingen (Mohr), 1924, p. 419.

³ *Ibid.*, p. 402.

en su propio desarrollo, en una crítica de valores; e, inversamente, los conceptos científicos puros, libres de valores, revelan sus propias valoraciones ocultas —devienen una crítica de lo dado a la luz de lo que lo dado inflige al hombre y a las cosas. El «debiera» se revela en el «es». El inagotable dinamismo del concepto lo lleva a la luz. En la más libre de valores de todas las obras de Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, verdadera orgía de definición, clasificación y tipología formales, tórnase el formalismo en el más concreto de los contenidos. Esta auténtica calidad de concreción es producto de su dominio de esta enorme masa de conocimientos, su erudición (que hoy sería imposible) y su inteligencia —que le daba una capacidad de abstracción basada en una constante discriminación entre lo esencial y lo inesencial, la realidad y la apariencia. La teoría formal de Weber alcanza con sus conceptos abstractos lo que la sociología antiteórica y pseudoempírica en vano se afana por lograr: una verdadera definición de la realidad. El concepto del capitalismo industrial en los trabajos de Weber se hace concreto en su teoría formal de la racionalidad y la dominación —los dos temas fundamentales del «*Wirtschaft und Gesellschaft*».

Tratemos en primer lugar de exponer la conexión entre capitalismo, racionalidad y dominación en el pensa-

miento de Weber, que puede resumirse de la manera más general en la forma siguiente. La idea específicamente occidental de la Razón está encarnada en un sistema de cultura intelectual y material (una economía, una tecnología, una ciencia, un arte, un estilo de vida) que alcanza su pleno desarrollo en el capitalismo industrial. Este sistema tiende hacia un tipo específico de dominación, que es el destino de nuestra época: la *burocracia* total. La idea de la Razón, como racionalidad occidental, es el concepto fundamental, de enlace. Comenzaremos por ella.

RACIONALIDAD FORMAL

Para Weber, hay una especie de racionalidad existente sólo en Occidente, que creó o ayudó a crear el capitalismo, y que decidirá nuestro futuro previsible. El intento de apoderarse de las múltiples (y a menudo contradictorias) manifestaciones de esta racionalidad constituye gran parte de la obra de Weber. El «espíritu del capitalismo», como describe Weber el primer volumen de su «Sociología de la Religión», es una de estas manifestaciones: ya el prefacio de esta obra indica programáticamente que la racionalidad que toma cuerpo en el capitalismo distingue la forma *occidental* de industrialización de toda otra forma de economía y tecnología.

Los elementos característicos de su concepto de la razón eran:

1) la matematización progresiva de toda experiencia y conocimiento, extendiéndose desde sus éxitos espectaculares en las ciencias naturales hasta la conquista de las ciencias sociales y luego al mismísimo modo de vida, 2) insistencia en la necesidad del experimento racional y la comprobación racional en la organización de la ciencia y la vida, 3) constitución y consolidación de una organización universal de funcionarios especialmente adiestrados, que tiende hacia «un control absolutamente inescapable de toda nuestra existencia».⁴ Esto último era para Weber el *resultado* crucial de toda la evolución. Su definición del mismo efectúa la transición de la razón teórica a la razón práctica e histórica. El concepto de la razón de Weber inicialmente contenía una conciencia de su *historicidad* específica. Veremos que en el curso del análisis del propio Weber esta conciencia se debilita y finalmente abdica toda posición decisiva. En su sociología, la racionalidad *formal* se convierte indivisiblemente en racionalidad *capitalista*; se presenta como la imposición de una disciplina sistemática del irracional «deseo de lucro», y su expresión típica se constituye en

⁴ Prefacio del primer volumen del *Gesammelte Aufsätze zur Religions-soziologie*, Tübingen (Mohr), 1920, p. 1 y siguientes.

el «ascetismo del mundo interior» del puritanismo. En esta disciplina, la Razón occidental se convierte en razón *económica* —la persecución del lucro siempre renovado en la empresa capitalista continúa. La racionalidad se convierte en la condición de la *rentabilidad*, que a su vez se orienta hacia el cálculo sistemático, metódico, la «contabilidad de capital».⁵

En la raíz de esta racionalidad está la *abstracción* que es un producto teórico y práctico de la nueva organización científica y social, la abstracción que define el período del capitalismo: la reducción de la calidad a cantidad. Esta universal funcionalización, que toma la forma económica de valor de cambio, deviene la precondition de la *eficiencia* calculable —eficiencia universal, hasta donde la funcionalización permite la dominación de todas las particularidades, y su reducción a cantidades y valores de cambio. La razón abstracta se hace concreta en una dominación calculable y calculada de la naturaleza y el hombre. Así la concepción de la razón en Weber se revela como razón *técnica*: la producción y transformación de material físico y humano a manos de un aparato regulado, científico, construido para realizar una eficiencia predecible. La racionalidad de este aparato

⁵ *Ibid.*, pp. 4-5.

organiza y controla cosas y hombres, fábricas y burocracias, trabajo y ocio, indistintamente. ¿Controles *para qué fin*? En Weber la concepción de la razón se ha mantenido hasta aquí formal: la cuantificación y abstracción de todas las particularidades, que hace posible la eficiencia universal, predecible del aparato del capitalismo. Pero ahora se revelan los límites de la razón formal: ni la *finalidad* de la construcción científico-técnica, ni el *contenido* de esta construcción (su sujeto y objeto) pueden ser deducidos de ella. Emanan de una esfera que es anterior a la razón formal libre de valores.

En la racionalidad capitalista, como Max Weber la analiza, estos elementos *previos*, que delimitan el contenido de la razón, aparecen como dos hechos históricos:

1. La provisión para las necesidades humanas —finalidad de la economía— se realiza dentro del marco de las posibilidades de lucro *privadamente calculadas*, es decir, la *ganancia* del empresario individual o la empresa.
2. La existencia de los hombres *depende*, por tanto, de las oportunidades de la empresa capitalista —una dependencia que se encarna en la «mano de obra libre» que está a disposición del empresario.

Estos hechos se suponen dados en la concepción de Weber de la razón formal. Pero son hechos históricos,

y como tales limitan la validez general de su concepción. Weber consideraba que la racionalidad capitalista estaba intrínsecamente ligada a la empresa privada: el empresario era una persona libre, plenamente responsable de sus cálculos y sus riesgos. El empresario es, de hecho, un burgués, y el modo de vida burgués halla su expresión característica en el «ascetismo del mundo interior».

¿Es válida aún esta concepción? ¿Aún desempeña la burguesía que Weber vio como vector del desarrollo industrial el mismo rol en el capitalismo de los últimos tiempos? ¿Es aún la racionalidad de este moderno capitalismo un ascetismo del mundo interior? Creo que la respuesta tiene que ser «no». El climax de la racionalidad capitalista anula y sustituye las formas atribuidas a ella por Weber; y con su abolición, la razón de la industrialización capitalista aparece bajo una nueva luz —la de su irracionalidad. Para citar sólo un ejemplo: el «ascetismo del mundo interior» no es ya una fuerza motriz en el capitalismo de última hora —se ha convertido más bien en un grillete para la evolución del sistema. Como tal lo denunció Keynes, y en la «sociedad de la abundancia» es un peligro cada vez que se constituye en obstáculo de la producción y consumo de artículos superfluos. Desde luego, el capitalismo de última hora

también está edificado sobre la «negación»: la lucha por la existencia y la explotación del trabajador deben hacerse más y más intensas, de modo que la acumulación expansiva pueda ser aún posible. La obsolescencia planificada, la antirrazón metódica se vuelven necesidades sociales. Este ya no es el tradicional estilo de vida de la burguesía, como clase que desarrolla las fuerzas productivas de la sociedad —es el advenimiento de la destrucción productiva y la administración total. El cálculo de la rentabilidad y eficiencia matemáticas celebra sus más grandes triunfos en el cálculo de la *aniquilación* —el albur de la propia destrucción contra la oportunidad de destruir al enemigo.

¿Mala aplicación de la razón, o su desarrollo social interno?

Una mala aplicación es una posibilidad inherente de esta razón. Una ciencia que se declara «neutral» y «no competente» para juzgar lo que debiera ser, *se supedita* a los poderes sociales que sí determinan lo que debiera ser —y lo que es.

En el desarrollo de la racionalidad capitalista, entonces, la irracionalidad se hace razón —razón como el furioso desarrollo de la productividad, el saqueo de la naturaleza, el incremento de la existencia de mercancías (y su disponibilidad para capas más amplias de la población). Esta razón

es irracional porque la mayor productividad, la dominación de la naturaleza y la riqueza social se convierten en fuerzas destructivas —destructivas no sólo metafóricamente, en la venta de los llamados valores culturales más altos, sino literalmente: la lucha por la existencia se intensifica dentro de las naciones-estados y entre ellas. La agresión represada rebosa en la legitimación de la crueldad medieval (tortura) y en el exterminio de gentes científicamente planificado.

¿Predijo Weber esta evolución? La respuesta es no, si por predicción entendemos vaticinio. Pero está implícita en su pensamiento como una posibilidad de razón técnica. La concepción libre de valores de la racionalidad capitalista se hace concepción crítica en el análisis maduro de Weber. Deja de ser «puramente científica» para hacerse «evaluativa» y fijadora de metas, *una crítica de la materialización y la deshumanización*.

En este punto, empero, la crítica se detiene y acepta lo que proclama inevitable. Deviene apología —o, peor, denuncia de la posible alternativa: una racionalidad histórica cualitativamente diferente. El mismo Weber definió lúcidamente los límites de su visión: describióse como un «burgués» e identificó su obra con la misión histórica de la burguesía. En nombre de esta misión, aceptó la alianza de las secciones representativas de la

burguesía alemana con los organizadores de la represión y la reacción. Demandó el manicomio, el parque zoológico y el pistoletazo para sus adversarios políticos de la izquierda radical. El, el más intelectual de todos los sociólogos, babea de rabia contra intelectuales que habían sacrificado sus vidas a la Revolución.⁶ Aquí lo personal sirve sólo para ilustración de lo conceptual. Demuestra hasta dónde de la concepción de la Razón misma, en su contenido crítico, se paraliza en sus orígenes. La «Razón» se queda en razón *burguesa*, o, más exactamente, en una parte de ésta que es la razón capitalista.

CAPITALISMO Y DOMINACION

Tratemos ahora de reconstruir el desarrollo interno de la concepción de Weber de la razón capitalista. Su discurso inaugural de Freiburg ve la industrialización capitalista como una totalidad de la política de poder: como imperialismo. Sólo la gran industria libre de trabas puede garantizar la independencia de la nación en condiciones de intensificada competencia internacional. La política de potencia imperial exige industrialización

intensiva y extensiva —y viceversa. La economía tiene que servir de Razón de Estado del poder nacional y trabajar con sus instrumentos. La colonización y la fuerza militar son estos instrumentos —instrumentos para la realización de fines y valores extracientíficos, a los que la economía libre de valores se ha subordinado. Como razón histórica, la Razón de Estado exige el dominio político de la clase que dirige la industrialización y con ello fomenta el auge de la nación —el dominio de la burguesía. Es peligrosa una «clase económicamente decadente con poder en sus manos», como los Junkers en Alemania.⁷ De este modo, la ciencia económica, para Weber, se convierte —al impacto de juicios de valor políticos no científicos— en una crítica política y sociológica del Estado creado por Bismarck. Esta crítica anticipa el futuro: la clase históricamente elegida, la burguesía, es «inmadura» en Alemania, y en su debilidad suspira por un César que desempeñe su papel por ella.⁸

El arribo al poder de la clase burguesa produjo en su tiempo la democratización del Estado, que aún era *pre*-burgués. Pero la inmadurez política de la burguesía alemana la predisponía

al cesarismo. En lugar de la democracia que hubiese correspondido a la industrialización capitalista, amenazaba la dictadura plebiscitaria; la razón burguesa imploraba *carisma* irracional. Esta dialéctica de la democracia burguesa, y realmente de la razón burguesa, era motivo de perpetua inquietud para Weber —como puede verse con la mayor claridad en «Wirtschaft und Gesellschaft», al que volveremos más adelante. Aquí debe señalarse que Weber pronosticó la evolución posterior de la otra clase que es portadora del capitalismo, el proletariado, con más precisión que la mayoría de los socialistas de su tiempo: «Las masas no ofrecen peligro», declaró en su discurso inaugural (¡en 1895!) —las masas no estorbarían al imperialismo y menos aún le pondrían fin.⁹ Eran mucho más «las clases gobernantes y en ascenso» las que representaban una amenaza a la oportunidad de la nación de sobrevivir a la lucha de la competencia internacional.

Carácter conservador de las masas, tendencias cesaristas de las clases dominantes —Weber previó *estas* mutaciones del capitalismo en su etapa avanzada. No las atribuyó a la estructura del capitalismo mismo, como la teoría marxista. La «inmadurez política» es una mala categoría, siem-

pre que no se definan los factores subyugantes —en este caso, la incapacidad de la producción capitalista para conservar el mercado libre y la libre competencia. La productividad capitalista encuentra una barrera en las instituciones democráticas de la sociedad mercantil. La dominación se concentra en y sobre la burocracia, como ápice necesario de la regimentación. Lo que parece «políticamente inmaduro» en el marco del capitalismo liberal, es la madurez política del capitalismo en su etapa avanzada.

¿Y la «docilidad» de los dominados? En la época en que vivió Weber aún estuvieron —por un momento histórico— en disposición de poner fin al imperialismo. Pero de allí en adelante, la madurez política de la burguesía y la eficacia material e intelectual de la productividad capitalista se hicieron cargo de las cosas y cumplieron la profecía de Weber.

Examinemos ahora la visión del capitalismo de Weber en el estudio donde —aparentemente— está más desasido de toda conexión concreta con la política de poder imperialista, y se desarrolla en toda su pureza científica libre de valores —en el «Wirtschaft und Gesellschaft». Aquí el capitalismo como tipo de «empresa económica racional» es definido como «forma especial de contabilidad monetaria»:

«La contabilidad de capital es la valoración y verificación de oportu-

⁶ La documentación a este respecto ha sido muy bien coleccionada y analizada por Wolfgang Mommsen en *Max Weber und die deutsche Politik*, Tübingen (Mohr), 1950.

⁷ *Gesammelte politische Schriften*, Munich (drei Masken Verlag), 1921, pp. 20 y siguientes.

⁸ *Ibid.*, p. 27.

⁹ *Ibid.*, p. 29.

nidad para la ganancia y del éxito de la actividad lucrativa, mediante la valoración de los activos totales de la empresa, sea que éstos consistan en artículos en especie o en dinero, al comienzo de un período de actividad, y la comparación con una valoración similar de los activos aún presentes o de nueva adquisición, al final del proceso —o, en el caso de una organización lucrativa en operación continua, es cuestión de períodos de contabilidad, que extraen un balance entre los estados inicial y final de la empresa».¹⁰

La propia tortuosa sintaxis es testigo de la determinación —que casi podríamos llamar provocativa— de definir el capitalismo en términos «puramente científicos», de purgarlo de todo lo que sea humano e histórico: como si dijéramos, estamos teniendo que ver con *negocios* y nada más. Por contraste, casi parece un lapso chocante cuando leemos en la página siguiente: «La contabilidad de capital de tipo más formalmente racional supone la lucha del hombre contra el hombre».¹¹ Lo que la contabilidad

¹⁰ *Wirtschaft und Gesellschaft*, Tübingen, 1922, p. 48.

¹¹ *Ibid.*, p. 49. Vale la pena señalar que en su traducción al inglés de *Wirtschaft und Gesellschaft*, Henderson y Parsons traducen erróneamente esta cláusula: «Die Kapitalrechnung in ihrer formalrationalen Gestalt setzt daher den Kampf des Menschen voraus», como «Thus the highest degree of rational capital accounting presupposes

de capital le hace al hombre está más claramente expresado en su definición abstracta que en su descripción concreta: la inhumanidad está oculta en la racionalidad urbana de la hoja de balance.

El tipo «más formalmente racional» de contabilidad de capital es aquél en que el hombre y sus «objetivos» entran sólo como cantidades variables en el cálculo de beneficios y ganancias. La matematización, en su racionalidad formal, va tan lejos como un cálculo de la negación de la vida misma. La muerte por hambre, riesgo extremo de los desposeídos, se convierte en una fuerza motriz del sistema económico: «Un elemento decisivo en la motivación de la actividad económica bajo las condiciones normales de una economía de mercado para los no propietarios... lo es la fuerza coercitiva del riesgo que corren tanto ellos como los que de ellos dependen —hijos, esposas, a veces padres— de quedarse sin ningún tipo de provisión vital...»¹²

Max Weber define una y otra vez la racionalidad *formal* en oposición a una racionalidad *substantiva* que contempla

¹² *Ibid.*, p. 60. Cursivas del autor. (La frase «en condiciones normales» está omitida en la traducción inglesa) *The Theory of Social and Economic Organization*, p. 197.

the existency of competition on a large scale...», *The Theory of Economic and Social Organization*, p. 178.

la satisfacción de necesidades económicas «desde el punto de vista de determinados, postulados éticos»,¹³ como quiera que se formulen. Pero, ¿es la racionalidad formal, como halla expresión en una economía capitalista, realmente tan formal? Esta es la definición de Weber:

«El término "racionalidad formal de acción económica" será empleado para designar el punto hasta el cual el cálculo cuantitativo o contabilidad es técnicamente posible y que es, de hecho, aplicado... Un sistema de actividad económica será llamado 'formalmente' racional según el grado en que la capacidad de suplir las necesidades, que es esencial en toda economía nacional, puede ser y es expresada en términos numéricos y calculables.»¹⁴

Es obvio que, de acuerdo con esta definición, una economía totalmente planificada —o sea, una economía no capitalista— es, desde un punto de vista formal, más racional que una capitalista, en la cual los intereses particulares de las firmas privadas y la «libertad» (incluso regulada) del mercado plantean límites inherentes a la calculabilidad. Cuando Weber declaraba que esta economía planificada era una regresión, o incluso una imposibilidad, lo hacía en primer lugar,

¹³ *Ibid.*, p. 44.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 44-45.

en el terreno técnico. Opinaba que en una sociedad industrial moderna la separación del trabajador respecto a los medios de producción era una necesidad *técnica*, que requería un control individual y privado de los medios de producción: o sea, la dominación sobre la empresa por parte del capitalista personalmente responsable. La realidad extremadamente *material*, histórica de la empresa privada, capitalista, se convierte, en el análisis de Weber, en un componente *formal*, estructural del capitalismo y, a la larga, de cualquier economía racional. Pero la función racional y social de la dominación individual de la empresa, basada en la separación de los productores respecto a los medios de producción, va todavía más allá: es la garantía de una disciplina laboral técnica y económicamente necesaria, que suministra un modelo para la disciplina que es requerida por la moderna sociedad industrial en su conjunto. Incluso el socialismo, según pensaba Weber, tenía sus orígenes en la disciplina fabril: «De esta situación vital, de la disciplina de la fábrica, es que nació el socialismo».¹⁵ La «subordinación a la disciplina laboral» privada-económica es así, por una parte, el fundamento de una «jerarquía personal en la empresa; por otra

¹⁵ *Gesammelte Aufsätze zur Soziologie und Sozialpolitik*, p. 501, (Der Sozialismus).

parte, representa la dominación razonable de las cosas sobre los hombres —«esto es, de los medios sobre el fin (la satisfacción de las necesidades)».¹⁶ Con estas palabras, Weber cita una tesis socialista. No la discute; pero creía que una sociedad socialista en modo alguno alteraría el hecho fundamental de la separación de los trabajadores respecto a los medios de producción, porque ésta era simplemente la forma del progreso técnico mismo, de la industrialización. Su racionalidad seguía siendo obligatoria para el socialismo, si el socialismo había de cumplir su promesa de lograr la satisfacción general de las necesidades humanas y pacificar la lucha por la existencia. La dominación irracional de las cosas sobre los hombres sólo podía ser sustituida por la racional dominación de los hombres sobre los hombres. Entonces la cuestión para el socialismo era también: «¿Quién se encargará de ponerse al mando de la nueva economía?»¹⁷

La industrialización es el destino del mundo moderno, y el problema fundamental, lo mismo para la industrialización socialista que para la capitalista, es simplemente: ¿cuál es la forma más racional de dominación sobre la industrialización formal, que sólo se realiza en el funcionamiento calculado,

¹⁶ Ibid., p. 502.

¹⁷ Ibid., p. 511.

regulado, predecible de todo un complejo social? Pero en el curso de su desarrollo conceptual, esta racionalidad formal ha cambiado considerablemente: de acuerdo con su propia lógica interna, se ha subordinado ella misma a la racionalidad de la dominación. Hasta el punto preciso en que esta racionalidad formal no exceda a sus propias determinaciones, tome su propio sistema como la norma de actividad calculadora y calculable, es, como un todo, *dependiente, y determinado desde el exterior*, respecto a algo ajeno a sí mismo. Y de este todo, según definición del propio Weber, se torna «sustantiva».

La industrialización es un «destino», la dominación es un «destino». El concepto de «destino» de Weber es una ilustración del contenido sustantivo de su análisis formal. El «destino» descansa en las leyes impersonales de la economía y la sociedad, independiente de los individuos, que pueden ser desafiadas sólo bajo pena de la propia disolución. Pero la sociedad no es la naturaleza —¿quién decreta este destino? La industrialización es una fase en el desarrollo de las capacidades y necesidades de los hombres— una fase en la lucha del hombre contra la naturaleza y contra sí mismo. Este desarrollo puede desembocar en tipos muy distintos de organización y de metas. No sólo las formas de dominación, sino también las formas de tecnología, de

necesidades y su satisfacción no son, de ningún modo, una «fatalidad». Se vuelven fatalidad a través de su institución en la sociedad —como resultado de la coerción material, económica y psicológica. El concepto de Weber del «destino» se deriva ex post facto de lo siguiente: él generaliza la ceguera de una sociedad cuyo mecanismo de reproducción ocurre a espaldas de los individuos que la forman, una sociedad en la que las leyes de dominación aparecen como las leyes objetivas de la tecnología. Estas leyes no son ni «formales» ni «fatales». El contexto histórico en que se sitúa el análisis de Max Weber es el del desarrollo de la razón económica hasta convertirse en razón dominativa —dominación casi a cualquier precio. Este destino es el resultado de una *evolución* y, como tal, puede ser *superado*. Un análisis científico que no se base en la posibilidad de su superación se define a sí mismo no como razón pura sino como la razón de la dominación establecida. El capitalismo matematizado «científico», sigue matematizado; la dominación tecnológica sobre los hombres y el socialismo científico, tecnológico, sólo pueden ser la reconstrucción o destrucción de esta dominación.

Cuando el análisis formal del capitalismo de Weber deviene un análisis de las formas de dominación, no hay ninguna quiebra en su concepción o en

su método. La «pureza» se revela a sí misma como impura, no porque Weber fuese un sociólogo malo o inconsecuente, sino porque era un auténtico sociólogo, poseído del afán de conocer su objeto. La verdad deviene *crítica*, deviene acusación, y la acusación deviene función de la verdadera ciencia. Si su discurso inaugural subordinaba provocativamente la economía a la política, este «tour de force», a la luz de la totalidad de la obra de Weber, aparece como inherente a la lógica de su método. Vuestra ciencia debe seguir siendo pura: sólo así podréis manteneros fieles a la verdad. Pero esta verdad os fuerza a reconocer que no tenéis poder alguno sobre lo que produce y determina los objetos de vuestra ciencia desde fuera. Vuestra «neutralidad» es tan *obligatoria* como *ilusoria*. Porque la neutralidad sólo es real allí donde tenéis el poder de rechazar interferencias: si no lo tenéis, seréis víctima y cómplice de cualquier potencia que decida utilizaros.

La racionalidad formal del capitalismo tropieza con dos límites: el hecho establecido de la empresa privada y del empresario privado como el verdadero sujeto del cálculo económico, y el hecho establecido de la separación de los trabajadores respecto a los medios de producción de «mano de obra libre».

Para Weber, estos dos hechos pertenecen a la racionalidad específica del ca-

pitalismo:¹⁸ son, para él, necesidades tecnológicas. El no plantea la pregunta de si estas necesidades son real y verdaderamente «tecnológicas» o si no son más bien la máscara tecnológica de intereses sociales específicos. Para Weber, ellas, son los cimientos de la *legítima dominación* como componente integrante de la racionalidad capitalista y, ciertamente, económica, en la moderna sociedad industrial. En consecuencia, la dominación misma debe ser mostrada como una forma de la moderna racionalidad económica. Max Weber se lanza a este empeño en su análisis de la *burocracia*.

LA BUROCRACIA

La dominación burocrática es inseparable de la industrialización avanzada. Ella impone la perfeccionada eficiencia de la empresa individual a la sociedad como un todo. Es el tipo más formalmente racional de dominación, gracias a su «precisión, estabilidad, rigor de disciplina, y confiabilidad; es decir, su calculabilidad para los jefes de la organización y para los que actúan en relación con ellas»¹⁹ y es todo esto porque es «dominación a través de conocimiento» —conocimiento fijado, calculable y experto. En realidad, es el aparato el que domina, ya que la domi-

¹⁸ *Wirtschaft und Gesellschaft*, páginas 19-23.

¹⁹ *Ibid.*, p. 128.

nación del aparato mediante el conocimiento experto es factible sólo cuando éste último está completamente adaptado a sus exigencias y posibilidades técnicas. Por consiguiente el dominio sobre el aparato «es posible para el no especialista sólo en grado limitado: el funcionario permanente adiestrado tiene más probabilidad, a la larga, de imponer su voluntad que el Ministro de Gabinete no especialista».²⁰

Weber repite una vez más que cualquier «socialismo racional tendrá que hacerse cargo de y acrecentar» la administración burocrática, porque la administración burocrática es una pura dominación *sustantiva*, exigida por la sustancia de las cosas mismas: es por tanto igualmente obligatoria para todo género de finalidad o institución política, cultural y moral diferentes. Y esta «sustancia» es el aparato establecido, un aparato cada vez más productivo y eficiente, cada vez más exactamente predecible.

La administración experta del aparato como el tipo más formalmente, racional de dominación: ésta es la reificación de la Razón —la apoteosis de la reificación. Pero esta apoteosis se convertirá, *deberá* convertirse en su propia negación. Porque el aparato, que dicta su propia administración *sustantiva*, es él mismo *instrumento*, medio— y no existe ningún medio «en

²⁰ *Ibid.*, p. 129.

sí mismo». Hasta el más productivo y reificado aparato es un medio para una finalidad *externa*. Esto es válido para el aparato económico del capitalismo. No basta con definir su finalidad como satisfacción de las necesidades humanas. El concepto es demasiado general, demasiado abstracto en el mal sentido de la palabra. Porque, como lo vio el mismo Weber, la satisfacción de las necesidades humanas es un subproducto de la economía capitalista, un subproducto *subordinado* a la ganancia, o más bien el material primordial de la economía, que es moldeado por la *forma* del sistema capitalista. La necesidad humana es necesaria y racional para el sistema, mientras se trató de hombres vivos en cuanto a consumidores (en cuanto a productores, ya son parcialmente innecesarios) a quienes se les puede vender refugios atómicos, una existencia infrahumana bajo tierra, y el aniquilamiento. Pero cuando la administración burocrática del aparato capitalista en toda su racionalidad sigue siendo un medio y, por tanto, sigue siendo dependiente, alcanza sus propios límites como racionalidad. La burocracia se subordina a sí misma a un poder que está por encima y más allá de la burocracia —un poder «ajeno a la administración». Y cuando la racionalidad está incorporada en la administración y *solamente* incorporada en ella, entonces este poder impositor de leyes tiene que ser

irracional. El concepto de la razón de Weber termina en el carisma irracional.

EL CARISMA

De todos los conceptos de Weber, el carisma es tal vez el más discutible: tomado simplemente como término, revela la preconcepción de que toda forma exitosa y ostensiblemente personal de liderazgo imparte una inspiración religiosa. Pero no es el propio concepto, sin embargo, lo que está aquí en discusión. Este será explorado en la medida en que ilumina la dialéctica entre racionalidad e irracionalidad en la sociedad moderna. La dominación carismática aparece como etapa de un doble proceso. Por una parte, el carisma tiende a transformarse paulatinamente en dominación consolidada de intereses particulares a la que corresponde una organización burocrática; por otra parte somete la organización burocrática a una cumbre carismática.

En su capítulo «La Transformación del Carisma», Weber describe cómo la pura dominación carismática tiende a convertirse en una «posesión permanente». En este proceso del carisma «cae en manos de los poderes que condicionan y dominan la vida diaria, sobre todos los intereses económicos».²¹ Lo que comienza como el carisma de un solo hombre y su éxito personal, termina como la dominación de un aparato

²¹ *Ibid.*, p. 762.

burocrático de derechos y funciones adquiridos, en el cual los devotos del carisma se convierten en «sujetos» de buena conducta que pagan impuestos y cumplen con su deberes.

Desde luego, esta administración racional de las masas como cosas no puede prescindir de un elemento carismático irracional. Porque de otro modo la administración, en la medida en que es realmente irracional, tendría la tendencia a *eliminar* la dominación y hacerse simplemente administración de las cosas. Pero el aparato administrativo está todavía edificado sobre la dominación y orientado hacia su mantenimiento y crecimiento. Una administración verdaderamente «racional» estaría dada por el uso de la riqueza social en aras del desarrollo y la satisfacción de las necesidades humanas. El progreso técnico hace de esto una posibilidad cada vez más real. Pero esta posibilidad está contradicha por la racionalidad del aparato, que está construido sobre la *represión productiva*. En la medida en que esta contradicción se hace cada vez más abierta e irracional, debe ser reemplazada por una nueva forma de dominación —en tanto es necesario que subsista la dominación. La democratización trascendental que es consecuencia del progreso técnico— las tendencias igualitarias son resultado de la productividad creciente —es frustrada por el control y la manipulación de la democracia. De esta manera se

fusionan la dominación como privilegio de intereses particulares y la auto-determinación como exigencia de los intereses generales. La manifestación clásica de esta resolución de las contradicciones sociales es la *democracia plebiscitaria* en que las propias masas adiestradas (y aterrorizadas) instalan a su dirigente, lo ratifican periódicamente en el poder, e incluso ratifican su política— en condiciones especiales y cuidadosamente controladas²². Así pues, para Weber el sufragio universal no es solamente un resultado de la dominación, sino también un instrumento de la misma en el período de su madurez técnica. La democracia plebiscitaria es la expresión política de la razón convertida en irracionalidad.

¿Cuáles son las manifestaciones de esta dialéctica de la razón (razón formal) en el desarrollo del capitalismo? No obstante el poder prosaico del capitalismo parece actuar como una barrera contra el carisma, Weber es reticente en la aplicación del término para presentar a la sociedad industrial, aunque su conducta y su lenguaje se aproximan mucho a una decadencia carismática durante la guerra y en la lucha contra la revolución después de la guerra. Pero el *hecho* subsiste: la razón formal del aparato técnicamente perfeccionado está sujeta a lo irracional. El análisis que hace Weber de la buro-

²² Ibid., pp. 156, y siguientes, p. 174, pp. 763 y siguientes.

cracia penetra en las nieblas de la ideología: mostró en su tiempo el carácter engañoso de la moderna democracia de masas con su presunta reconciliación y armonización de las contradicciones de clases. La administración burocrática del capitalismo industrial es, de hecho, una «igualación», pero: «El fenómeno decisivo es más bien la exclusiva igualación de los dominados por el grupo dominante burocráticamente integrado, que de este modo puede gozar de una posición más o menos autocrática realmente, y también a menudo formalmente.»²³

Weber declaraba reiteradamente que el aparato técnicamente maduro de la administración, precisamente a causa de su racionalidad formal, era un «instrumento supremo de poder» para «los que tienen el aparato burocrático a su disposición». Escribió: «Paulatinamente crece la dependencia del destino material de las masas respecto del funcionamiento permanentemente correcto de las organizaciones capitalistas privadas, cada vez más burocráticamente coordinadas, y aún la misma idea de que esas organizaciones puedan ser eliminadas se hace cada vez más utópica.»²⁴

La dependencia del funcionamiento de un aparato omnipresente deviene las «bases de todo orden» de tal modo que el propio aparato deja de ser cuestio-

²³ Ibid., p. 667.

²⁴ Ibid., p. 667.

nado. «La adaptación disciplinada de la conducta obediente a este orden» se convierte en el cemento de una subordinación que ya no es consciente como tal, porque el orden es terriblemente racional —es decir, administra y posee competente y calculablemente los bienes de todos y las tareas que el individuo ya no puede inspeccionar o controlar. Max Weber no vivió para ver cómo el capitalismo desarrollado, en toda su eficiente racionalidad, crea prosperidad por medio del aniquilamiento planificado de millones de hombres y la destrucción planificada del trabajo; cómo la franca locura resulta el fundamento no sólo del progreso, sino de una existencia más agradable. No vivió para presenciar la «sociedad de la abundancia», que derrocha y malgasta sus incalculables recursos técnicos, materiales e intelectuales, al servicio de la movilización permanente, sin tener en cuenta la miseria inhumana y la crueldad sistemática que él mismo crea. Aun antes del crecimiento del poder de esta Razón, Weber señalaba el peligro de un aparato burocrático racional de administración que, por la lógica de su propia racionalidad, se sitúa bajo la dominación de un elemento ajeno.

De este modo el capitalismo, con toda su racionalidad —o más bien a causa de su racionalidad específica— termina en una cúspide irracional y «accidental», no sólo en su economía, sino en

su control sobre la administración burocrática, en su *aparato estatal*. Es difícil no recordar aquí la Filosofía del Derecho de Hegel, en la cual la cumbre del estado burgués que encarna la Razón es la persona «accidental» del monarca, definido como tal por la contingencia del nacimiento. En Hegel, como en Weber, el análisis de la Razón burguesa no puede ocultar sus propias limitaciones; se niega en su propia plenitud.

TECNOLOGIA Y LIBERACION

Echemos ahora una breve mirada retrospectiva a las etapas del pensamiento de Weber —y del objeto de su pensamiento. Para Weber, el capitalismo se mueve bajo el sistema de metas de la política de poder nacional: imperalismo. Su administración interior, sin embargo, sigue siendo formalmente racional: dominación burocrática. Esta administración lleva a cabo la dominación de las cosas sobre los hombres: la técnica racional, «libre de valor» significa la separación de los hombres de los medios de producción, y sometimiento a la eficacia técnica y la necesidad —dentro del marco de la empresa privada. La máquina decide, pero «la máquina inanimada es un fantasma congelado. Sólo porque lo es, puede obligar a los hombres a que se sirva».²⁵

²⁵ Gesammelte Politische. Schriften, p. 151.

Y porque es un «fantasma congelado», resulta también la dominación de los hombres sobre los hombres. Así esta técnica y esta razón reproducen esclavitud. El sometimiento a la tecnología se convierte en sometimiento a la dominación: la racionalidad técnica formal se hace racionalidad política material. ¿O sucede lo contrario? ¿Fue la razón técnica desde el principio la dominación de la firma privada sobre la «mano de obra»? El destino que previó Weber en una de sus formulaciones más precisas se ha cumplido de todos modos en gran escala: «Junto a la máquina, la organización burocrática está comprometida a construir las casas de esclavos del futuro, en las cuales tal vez los hombres vivirán algún día como vivían los campesinos en el antiguo estado egipcio, sumisos e impotentes, mientras una administración y previsión oficial, pura y técnicamente buena, es decir, racional, se hace el único valor final, que decide soberanamente la dirección de sus asuntos.»²⁶

Pero precisamente aquí, en este agudísimo punto de la perspicacia de Weber, se evidencia cuán enraizada tenía su otra identificación: la equivalencia entre la razón técnica y la capitalista. Esta creencia le impedía ver que no era la razón «pura», normal y técnica, y no la razón dominante, la que construía las «casas de esclavos» —que la

²⁶ Ibid., p. 157.

plenitud de la razón técnica podía muy bien convertirse en el instrumento de la liberación del hombre. En otras palabras, el análisis que hizo Max Weber del capitalismo no estuvo *suficientemente libre de valor*, porque llevó a la definición «pura» de la racionalidad formal los valores y normas específicas del capitalismo. Tal fue el desarrollo de la contradicción entre racionalidad formal y sustantiva y su reverso: la «neutralidad» de la razón técnica en cuanto a los valores esenciales externos. Esta neutralidad fue lo que hizo posible que Weber aceptase los intereses (cosificados) de la nación y de su política de poder como valores que exigían razón técnica.

Porque el propio concepto de la razón técnica es quizás *ideología*. No solamente su aplicación, sino la técnica misma, es dominio —sobre la naturaleza y sobre los hombres: dominio metódico y clarividente. Los objetivos e intereses del dominio no son «adicionales» o dictados a la técnica desde arriba— están dentro de la construcción del propio aparato técnico. Pues la técnica es un proyecto social e histórico: en ella se proyecta lo que la sociedad y sus intereses dominantes deciden hacer de los hombres y las cosas. Los objetivos del dominio son «esenciales», y corresponden a la forma de la propia razón técnica.

Max Weber se abstraigo de este irreducible material social. Hemos indicado

lo justo de esta abstracción en su análisis de la razón capitalista: la abstracción se hace una crítica de esta razón en la medida en que muestra el grado en que la propia racionalidad capitalista se abstrae del hombre, indiferente a sus necesidades y mediante esta indiferencia se hace cada vez más productiva y eficiente, cada vez más calculadora y sistemática —y con ello edifica y proporciona (proporciona abundantemente) «casas de esclavos» y las hace disponibles para todos. La abstracción de Weber está justificada por su material: es un juicio racional sobre la sociedad de intercambio racional. Pero esta sociedad tiende en su desarrollo a rebasar sus propios fundamentos materiales. El empresario privado ha dejado de ser el sujeto individual y responsable de la racionalidad económica, y la «mano de obra libre» ya no es la esclavitud impuesta por el «látigo del hambre». La sociedad de intercambio, en la que todo es libre y racional, cae bajo la dominación del monopolio económico y político. El mercado y sus libertades, cuyo carácter ideológico describía Max Weber con bastante frecuencia, se subordinaba a una regulación efectiva y despiadada, en la cual los intereses generales son rigurosamente condicionados y frustrados por los intereses particulares dominantes. En este sentido ominoso se «subyuga» la cosificación. La separación de los medios de producción, en la que Weber

veía acertadamente una necesidad técnica, se convierte en subordinación de todo el complejo industrial al empresario. La racionalidad formal del capitalismo celebra su mayor triunfo en la computadora electrónica, que con una utilización diversa se ha convertido en un poderoso instrumento de la política empresaria, y es capaz de calcular las probabilidades de pérdidas y ganancias con la mayor exactitud— en última instancia, las probabilidades de aniquilación del conjunto, con el consentimiento de la población obediente e igualmente «calculada». La democracia de las masas se hace plebiscitaria en la economía y la sociedad: las masas eligen a sus propios dirigentes en «las casas de esclavos».

Pero cuando la razón técnica se revela como razón política, ello se debe solamente a que ambas fueron desde un principio *esta* razón técnica y *esta* razón política: determinadas y limitadas por intereses dominantes específicos. Como la razón política, la razón técnica es *histórica*. El hecho de que separe a los hombres de los medios de producción es una necesidad técnica —la servidumbre organizada mediante ese hecho no lo es. Sus propios logros— la mecanización productiva y predecible —contiene la posibilidad de una racionalidad cualitativamente distinta,

en que la separación de los hombres de los medios de producción se convierte en separación del trabajo socialmente necesario, pero deshumanizador. En una época en que es posible la producción automatizada, controlada por hombres así liberados del trabajo, dejan de ser antinomias los valores formales y los esenciales. Ya la racionalidad formal no tiene que prevalecer impasiblemente sobre los hombres. Pues como «fantasma congelado», la máquina no es neutral. La razón técnica ha sido hasta ahora la razón social dominante: puede ser cambiada en su propia estructura. La razón técnica puede ser transformada en la tecnología de la liberación.

Para Max Weber esta posibilidad era *utopía*. Actualmente, tal parece que tuviera razón. Pero cuando la sociedad industrial triunfe sobre sus propias posibilidades históricas, ya no será la razón burguesa de Weber la que resulte vencedora. Es difícil ver razón de clase alguna en las sombrías «casas de esclavos». En definitiva, sólo queda la racionalidad técnica. ¿O había ironía oculta en el concepto de la razón de Max Weber, la ironía que comprende y desapruueba? Tal vez está él diciendo: ¿es eso lo que llamáis razón?

«New Left Review», No. 33.

La concentra- ción del poder económico en los Estados Unidos y sus proyecciones en América Latina

Celso Furtado

Las complejas relaciones económicas que existen entre Estados Unidos y los países latinoamericanos son, evidentemente, el resultado de una larga evolución histórica. La diversidad de las estructuras socioeconómicas surgidas en las dos regiones en el período colonial y en la primera fase de la Revolución Industrial, así como la proximidad geográfica, responden en buena medida al carácter de dependencia que marca tales relaciones en forma cada vez más nítida en el siglo actual. En el presente artículo se admite ese estado de dependencia como evidente, lo que no significa que las peculiaridades que presenta en cada subregión hayan sido adecuadamente estudiadas, y aun menos que se haya analizado la significación exacta de esa dependencia desde el punto de vista del desarrollo o estancamiento de los distintos países. Tampoco consideraremos las opciones concretas que se presentan a éste o aquel país, *vis-á-vis* los aspectos negativos de la dependencia.¹ El estudio de casos particulares exige una movilización de informaciones y una amplitud de análisis que por mucho superan el objetivo del presente trabajo, que es contribuir a una mejor percepción del marco general del proceso de dependencia. En

¹ Véase Osvaldo Sunkel, «Política nacional de desarrollo y dependencia externa», en *Estudios internacionales*, Año I, No. 1; y Celso Furtado, *Subdesarrollo y estancamiento en América Latina*, Capítulo II (EUDEBA), 1966.

efecto, el objetivo del presente artículo es limitado; se pretende contestar a esta pregunta: ¿hasta qué punto y en qué forma, las modificaciones estructurales recientes en la economía de los Estados Unidos, resultantes de la rápida concentración del poder económico, están influyendo en el proceso histórico latinoamericano?

LAS FORMAS TRADICIONALES DE LA CONCENTRACION DEL PODER ECONOMICO

La estructura de la economía norteamericana, en particular de su sector manufacturero, muestra un elevado grado de concentración. Iniciado en los últimos decenios del siglo pasado, cuando el mercado nacional ya había alcanzado un alto grado de integración, el proceso de concentración se presentó bajo un doble aspecto de control progresivo —por una empresa de un mercado determinado— de un producto o de una clase de productos y de articulación bajo un solo grupo económico de las distintas fases de un proceso productivo, desde la obtención de una materia prima hasta el suministro de un producto final a su consumidor. Estas son las modalidades clásicas de integración horizontal y vertical, que forman la base de la teoría de las llamadas formas imperfectas del mercado.

Una importante legislación surgió en los Estados Unidos, a partir de fines del siglo pasado,² con el objeto de evitar que las formas de poder, que surgían de las nuevas estructuras de mercado, fueran utilizadas contra el interés público, y aun cuando prevalece en los Estados Unidos, tanto en el ambiente universitario como en la Corte Suprema, una actitud doctrinaria en contra de la concentración del poder económico, esta tendencia ha seguido acentuándose en los últimos decenios. Esto no significa necesariamente que la eliminación de los competidores en cada mercado haya proseguido como en el comienzo del siglo. En realidad, las formas clásicas del poder monopolístico han pasado a un segundo plano; tiende ahora a prevalecer el esquema de organización oligopolística de los mercados, que es compatible con la política de precios administrados que conviene a las grandes empresas y permite la unión de varios grupos en un esfuerzo conjunto para condicionar el comportamiento del consumidor sin conflicto con la legislación vigente.³ Además, han aparecido otras formas de concentración, que escapan a los es-

² El Sherman Act fue aprobado en 1890.

³ Para un análisis en que se identifican los 35 oligopolios más significativos de la industria manufacturera de Estados Unidos, véase William G. Shepherd, «Trends of Concentration in American Manufacturing Industries, 1947-58», en *Review of Economics and Statistics*, mayo, 1964.

quemas tradicionales de control judicial, a las cuales nos referiremos más adelante.

Cualquiera que sea el criterio adoptado para medir el fenómeno, siempre se llega a la conclusión de que un número reducido de sociedades anónimas tiende a controlar una fracción creciente de poder de decisión en la economía de los Estados Unidos. El mejor criterio para medir el fenómeno de la concentración es el monto relativo de los activos netos de capital de las empresas, aunque se obtienen resultados muy similares si se adopta como base de cálculo el monto relativo de las ventas.⁴ Adoptado el primer criterio se comprueba que las 100 mayores firmas americanas ocupan una posición de predominio creciente en la economía americana. Esa tendencia parece haberse acentuado en la posguerra. En efecto, entre 1929 y 1947, la participación de las mayores 100 firmas en el control de los activos netos de capital de las manufacturas habría pasado tan sólo de 44 a 46 por ciento, en tanto que entre 1947 y 1962, el incremento ha sido de 46 a 57 por ciento.⁵

⁴ Se obtiene resultado distinto en base a la mano de obra empleada, pues el coeficiente de capital por persona empleada generalmente es mayor en las empresas grandes.

⁵ Véase el abundante material estadístico presentado por testigos ante el Subcomité sobre Antitrust y Monopolios del Senado de los Estados Unidos, particularmente las sesiones de julio a septiembre de

El grado de concentración del poder económico logrados en los Estados Unidos se desprende del hecho de que en 1962 los activos de las 20 mayores sociedades anónimas manufactureras eran tan grandes como los de las 419 000 empresas más pequeñas, en un total de 420 000 empresas. Una cuarta parte de los activos netos pertenece a los 20 mayores; la mitad a las 1 000 mayores y una cuarta parte a las 419 000 restantes. Otro indicador del mismo fenómeno es el hecho de que en 1963 las tres mayores empresas manufactureras obtuvieron ingresos brutos por un monto de 63 mil millones de dólares, tanto como los ingresos brutos obtenidos por todos los agricultores del país.⁶

⁶ La *General Motors*, la mayor empresa del mundo, emplea 735 000 personas, tiene 1,3 millones de accionistas en más de 80 países y opera plantas en 24 países. Sus utilidades netas (después de pagados los impuestos) alcanzaron, en 1965, a 2,1 millones de dólares, siendo superior a los ingresos fiscales de 48 de los Estados de la Unión. Las ventas de la *General Motors* alcanzaron a 21 mil millones de dólares, aproximadamente igual a una tercer parte del ingreso nacional de todos los países latinoamericanos juntos. Véase Richard y Barber «The New Partnership, Big Government and Big Business», *The New Republic*, 13 de agosto de 1966.

1964. Los datos estadísticos incluidos en el presente artículo, cuando no se indica explícitamente la fuente, han sido recogidos de esos testigos, particularmente los del profesor Gardner Means, del doctor John M. Blair, Economista Jefe del referido Subcomité, del profesor Corwin D. Edwards del doctor Irwin Stelzer y del profesor Ralph L. Nelson.

Ese proceso de concentración, que parece haberse acentuado,⁷ debe ser estudiado con atención si pretendemos conocer los factores que determinan las transformaciones de la estructura económica americana y captar la naturaleza de las relaciones entre ella y las economías latinoamericanas.

Entre los factores que actúan en el sentido de la concentración tienen papel relevante el tamaño creciente de las plantas (economías de escala), la dimensión de los mercados, la tasa de crecimiento de esos mercados y el número medio de plantas que las empresas deciden operar.

Analizando la actual estructura de la economía americana se comprueba que el grado de concentración varía mucho de un mercado a otro. Para medir la concentración es corriente utilizar como base la participación de las cuatro mayores empresas en cada mercado. Si se define como mercado una de las mil y tantas clases de productos principales que salen de la industria manufacturera, el coeficiente de concentración varía, de 3 por ciento en la industria de bloques de concreto y ladrillos al 99 por ciento en el aluminio primario. El hecho más significativo que se desprende de esto es que no existe correlación positiva entre el grado de con-

⁷ En 1965 han sido absorbidas cerca de 1.000 empresas y en 1966 un número aún superior de absorciones se tenía como probable. Richard y Barber, op. cit.

centración y el aprovechamiento de las economías de escala de producción por las empresas dominantes, es decir, las cuatro mayores operando en los principales mercados. Al parecer, la operación de plantas que maximizan la eficiencia desde el punto de vista tecnológico, no exige un elevado grado de concentración, excepción de las ramas industriales de importancia secundaria. La tendencia a multiplicar el número de plantas similares, que se observa entre las firmas más poderosas, parece ser el principal factor responsable de la concentración. En efecto, las cuatro empresas dominantes, en las ramas más significativas, operan un promedio de más de 5 plantas con esquemas de producción similar, mientras las empresas menores operan un promedio apenas superior a una planta. Además, se observa que es en las industrias de mayor grado de concentración que la tendencia a operar un gran número de plantas similares se presenta con más énfasis. En efecto, en estas (de 70 al 400 por ciento del mercado controlado por cuatro firmas), las dos terceras partes de las plantas «excedentarias»⁸ pertenecen a las 4 firmas dominantes, mientras que en las industrias de concentración débil (30 por ciento o menos del mercado controlados por las 4 firmas mayores) menos de una quinta parte de

⁸ Se define para fines del análisis como planta «excedentaria» toda aquella que duplica una ya existente en la empresa.

las plantas «excedentarias» son operadas por las 4 empresas mayores.

Además de operar un número elevado de plantas similares, las empresas dominantes también operan plantas de tamaño medio relativamente grande. En promedio, esas plantas son dos veces mayores que el promedio de las plantas de las demás empresas. Es interesante señalar que esta tendencia a operar plantas relativamente grandes no es una característica de las empresas dominantes de aquellas ramas de más elevado coeficiente de concentración. Hay evidencia estadística que apunta exactamente hacia la conclusión contraria: es en las industrias de menor concentración que se comprueba la tendencia a aumentar el tamaño medio de las plantas. En otras palabras: el análisis de la estructura de la manufactura estadounidense parece indicar que el proceso de concentración actual se funda de manera secundaria en las economías de escala de producción.

Si se considera el proceso de concentración en el tiempo se constata que en mercados de más lento crecimiento es mayor el grado de concentración. También se observa una correlación negativa entre el tamaño relativo del mercado y el grado de concentración. Los dos fenómenos parecen estar relacionados, pues el mercado que crece lentamente tiende a perder importancia relativa en el conjunto de la economía. La concentración es más la

resultante del lento crecimiento que del tamaño relativo original del mercado.

EL FENOMENO DE LA CONGLOMERACION

En la medida en que avanzan los estudios de base empírica del proceso de concentración, se hace evidente que las teorías convencionales de las formas del mercado son de utilidad limitada para explicar el funcionamiento de una economía capitalista de elevado grado de desarrollo. El propósito directo de eliminar los competidores para obtener ganancias de monopolistas, sólo se manifiesta en casos especiales. Por otro lado, tampoco existe base para afirmar que el imperativo tecnológico, fundamento de las economías de escala, es el factor determinante de la evolución estructural del sistema económico. Lo mismo se puede decir en relación a las economías que acompañan la integración vertical: reducción de existencias, sincronización de fases productivas complementarias, etc. En otras palabras: los factores tecnológicos y económicos del proceso de integración que han sido identificados a partir de la teoría de la empresa, no van al fondo del problema. Sin que haya abandonado los canales tradicionales de la integración horizontal o vertical, el fenómeno

no de la concentración se realiza hoy día principalmente por la vía de la diversificación o conglomeración.⁹

Analizando la estructura de las grandes empresas se verifica de inmediato que ellas actúan en una multiplicidad de sectores, sin que exista necesariamente una relación de tipo tecnológico o económico entre los mismos. Más aún: el crecimiento reciente de las grandes empresas aumenta esa aparente desarticulación.

Si consideramos las 100 mayores sociedades anónimas que controlan más de la mitad de los activos netos de las manufacturas americanas, constatamos que ellas aparecen entre las 4 mayores firmas de por lo menos la mitad de todos los mercados importantes. Por ejemplo: existen 66 clases de productos textiles considerados como mercados distintos; en más de la mitad de esos mercados aparece entre las mayores 4 firmas por lo menos 1 de las 100 mayores sociedades anónimas del país. Existen 81 clases de productos químicos: en el 90 por ciento de ellas 1 de los 4 mayores productores pertenece a la familia de los 100 grandes, y así sucesivamente.

⁹ Hoy día más del 70 por ciento de las fusiones del tipo conglomerado, reuniendo en una sola empresa firmas que operan sin ninguna relación mutua. Las consolidaciones entre competidores —tipo horizontal— suman tan sólo 12 por ciento de las fusiones, habiendo representado más del 30 por ciento al comienzo de los años 50». Richard y Barber, op. cit.

En verdad, la ampliación del campo de actuación de las grandes empresas parecería ser la característica predominante de la presente evolución estructural de la economía americana. Comparando las 1,000 mayores firmas manufactureras que operaban en 1950, con las 1,000 mayores de 1962, se hace evidente la tendencia a la diversificación. En efecto, las firmas que producían tan solo 1 clase de productos disminuyeron de 78 a 49; las que producían de 2 a 5 productos, descendieron de 354 a 223; por otro lado, las que producían de 16 a 50 productos aumentaron de 128 a 236 y las que producían más de 50 productos, pasaron de 8 a 15. De las 1,000 mayores firmas de 1950, las dos terceras partes estaban igualmente entre las 1,000 mayores de 1962. Si se las estudia individualmente, compruébase la misma tendencia a la ampliación del campo de actividad. Además, son las principales dentro de las 1,000 mayores firmas aquellas en que es más acentuada la tendencia a la diversificación.

La emergencia y rápida expansión de los conglomerados económicos —firmas que controlan múltiples actividades productivas no relacionadas— es el elemento dominante del actual proceso de concentración en los Estados Unidos. El método corriente de crecimiento de los conglomerados es la absorción de otras fir-

mas en operación. Un buen ejemplo es la Textron, empresa originalmente textil que adquirió, en los últimos dos decenios, 70 otras empresas que operaban en 36 ramas de industrias, diversas. Ese gran conglomerado actúa hoy en una multiplicidad de industrias no relacionadas, comprendiendo desde la fabricación de helicópteros (mayor productor del país en este sector) hasta la crianza de gallinas, la fabricación de equipos para la industria óptica y la producción de aceites vegetales. Hay empresas que actúan simultáneamente en la metalurgia, el cine y el alquiler de coches, o que actúan en la minería y la radiodifusión.

Desde el punto de vista de la teoría económica convencional, el conglomerado podría parecer una aberración, pues no se apoya en las economías de escala ni en las consabidas ventajas de la integración vertical. Pero su vitalidad es evidente y ya constituye la forma predominante de organización de la producción. Se basa él en dos principios. El primero es el mismo que ha dado origen a los fondos de financiación: invertir en múltiples sectores con un mínimo de interrelación es reducir el coeficiente de riesgo. El segundo principio indica que para luchar en un mercado particular, es más relevante el poder financiero que la participación relativa en ese mercado.

El conglomerado surge, así, como un fenómeno del capitalismo postcíclico. Eliminados los grandes ciclos de prosperidad y depresión, una inversión que se distribuya al azar entre un gran número de sectores productivos, se pone al abrigo de riesgos mayores. Siempre que se sostenga la demanda efectiva, las pérdidas ocasionales de ciertos sectores encontrarían compensación en las ganancias de otros. Por otro lado, una empresa de gran poder financiero, es invulnerable a presiones ejercidas en mercados en que ella ha aplicado una fracción pequeña de sus recursos. En realidad, el problema de la relación de su poder financiero, el conglomerado puede controlar un mercado en el cual tiene reducida participación, pues una de las armas que tiene en manos es exactamente la capacidad financiera para aumentar, si juzga necesario, su participación en el mercado. Actuando simultáneamente en múltiples mercados, el conglomerado dispone de múltiples opciones. Siempre podrá escoger el frente en que más le conviene tomar la iniciativa. Su visión global le permite actuar con mayor eficacia que las firmas en las confrontaciones de mercado ya que éstas tienen recursos totalmente comprometidos en un solo sector. En relación a otro conglomerado, su capacidad estratégica, es, evidentemente, mucho mayor que la de la firma especializada.

Los estudios empíricos de los procesos de conglomeración han puesto en evidencia que las firmas absorbidas, en general están lejos de ser empresas en declinación. En general los conglomerados en expansión buscan empresas en rápido crecimiento o que actúan en mercados cuyas potencialidades son reconocidas. También existe evidencia empírica de que las empresas que se lanzan por la vía de la conglomeración presentan la doble característica de declinación en su tasa de crecimiento y de amplia disponibilidad de recursos líquidos. Al confrontarse con dificultades para continuar creciendo en su propio sector, determinada empresa busca la diversidad, y el camino de más fácil acceso a ésta es la adquisición de empresas con experiencia en otros sectores y posiciones ya afirmadas en otros mercados. Evidentemente, también existe la diversificación que resulta del aprovechamiento directo de subproductos y de rumbos inesperados de la propia investigación tecnológica. Empero, este tipo de diversificación es más una forma de crecimiento endógeno de la empresa, mientras que la conglomeración es principalmente un proceso de fusión con otras empresas. Señalamos que la conglomeración es un fenómeno del capitalismo post-cíclico. También sería apropiado calificarlo de característica de la época del consumo dirigido. En la medida en

que el mercado asume la forma de acción más o menos articulada de los productores para forzar al consumidor a diversificar permanentemente su consumo y mantenerlo a elevado nivel, el ciclo vital de cada producto tiende a reducirse. En consecuencia, el ciclo vital de cada línea de producción y, hasta cierto punto, de gran número de industrias, tiende a estrecharse. De ahí que tanto la obsolescencia rápida de los procesos tecnológicos como la sustitución acelerada de los artículos que llegan en manos del consumidor final, influyan en el sentido de favorecer las firmas que operan en un mayor número de frentes productivos. El ciclo vital de estas firmas se parece cada vez menos al de un producto o de una rama de industrias para asemejarse al del conjunto de la actividad manufacturera.

Las consideraciones que acabamos de hacer ponen en evidencia la necesidad de reconstrucción del marco teórico con que nos habituamos a trabajar, en lo que atañe a la organización de la producción en las economías capitalistas. La empresa típica de Marshall, entidad responsable de la organización de la producción, buscando su equilibrio en determinado mercado a través de la maximización de la tasa de ganancia, cuya estructura estaría dada por los precios relativos de los factores establecidos en los mer-

cados y el dominio de una técnica, tiende a desaparecer como categoría analítica.¹⁰

El conglomerado ni se liga a un mercado, ni depende de una competencia técnica particular. Es, esencialmente, una amalgama de capacidad gerencial-administrativa y control de una masa crítica de recursos financieros. En una economía de precios administrados,¹¹ su problema central es menos la maximización de la tasa de ganancias y más la búsqueda de aplicación remuneradora para el flujo de nuevos recursos bajo su control. Al contrario de la empresa marshalliana que era un instrumento para remunerar determinado monto de capital, el conglomerado moderno es principalmente un mecanismo para invertir en expansión un flujo de recursos creados por él mismo.

En una estructura económica de precios establecidos administrativamente y en que las empresas se expanden principalmente en base a los recur-

¹⁰ A ese respecto, es pionero el trabajo de Francois Perroux que en su teoría de la firma dominante ha dado énfasis a las potencialidades de la empresa como centro de poder y como instrumento transformador de las estructuras económicas. Véase *L'Economie du XXème Siècle* (Paris, 1965).

¹¹ Se estima que en los Estados Unidos cerca del 90 por ciento de los productos manufacturados tienen sus precios fijados administrativamente, es decir, independientemente de una situación de mercado en el corto plazo.

sos financieros que crean, la remuneración del capital pierde su carácter residual al nivel de la empresa. La aptitud para acumular recursos tiende a ser, la característica principal de la empresa y el problema central de ésta viene a ser evitar que pase de ciertos límites su coeficiente de liquidez. En efecto, hay evidencia empírica de que las empresas que buscan el camino de la conglomeración son exactamente aquellas cuyo coeficiente de liquidez tiende a superar los límites considerados como razonables. La dirección de tales empresas pasa a dedicar parte creciente de su tiempo a problemas de orden financiero, lo que la induce a ampliar su horizonte de acción.

Así, el control de un flujo creciente de recursos líquidos y la posibilidad de condicionar el comportamiento del consumidor mediante medios de persuasión, son los factores determinantes del fenómeno de la conglomeración. El conglomerado es esencialmente un centro de decisiones de base gerencial-financiera. Para lograr invertir el flujo de recursos líquidos que acumula, necesita diversificar su actuación, por el hecho mismo de que el consumo de la colectividad crece diversificándose. Al contribuir intensamente para diversificar y dinamizar el consumo, abre asimismo nuevas posibilidades de expansión. De ahí que las empresas especializadas y el mercado de capi-

tales tiendan a ocupar un lugar cada vez menos relevante en la estructura económica, al propio tiempo que se amplían las avenidas al proceso de concentración.

La naturaleza y la amplitud de las decisiones que en sus manos tienen los grandes conglomerados, son hoy día objeto de creciente interés en los Estados Unidos. ¿Que repercusiones tendrá en la sociedad estadounidense la modificación en la estructura del poder que está provocando la progresiva concentración del poder económico? Una vez abandonada la ficción de la soberanía del consumidor y de los automatismos de los mercados, colócase de forma directa el problema de encontrar una base de legitimidad para el poder de grupos que, bajo la forma de instituciones privadas, tienen en sus manos el control de un número creciente de decisiones de carácter público.¹²

Conforme señala Kenneth Galbraith en libro reciente, los hombres en el futuro mirarán hacia atrás con aire burlón las razones que en el pasado llevaron la gente a referirse a la General Dynamics, la North American

¹² Adolph Berle indica que la dirección de una sociedad anónima es «una oligarquía que se perpetúa a partir de sí misma y automáticamente». Véase «Economic Power and the Free Society» en *The Corporation Take-Over* (New York, 1964), p. 91.

Aviation o la A. T. and T. como «empresas privadas».¹³

PROYECCIONES EN LA AMÉRICA LATINA

El fenómeno de la conglomeración se ha presentado tanto bajo la forma de diferenciación funcional como de dispersión geográfica, o aun bajo ambas formas combinadas. La empresa que actúa simultáneamente en distintos espacios económicos adquiere en cada uno de ellos, relativamente a los competidores locales, ventajas similares a las del conglomerado funcional que opera en mercados no directamente relacionados en un solo espacio económico. En los dos casos la fuerza principal del conglomerado radica en su gran poder financiero y en el hecho de que sus recursos están dispersos. Las ventajas de la dispersión geográfica son aún mayores que las de la diferenciación funcional, pues la experiencia obtenida en cierta línea de producción en un área puede ser utilizada en otras. Si se unen las dos formas de conglomeración —la funcional y la geográfica— se amplían las posibilidades de concentración del poder económico. En efecto, la gran unidad multifuncional y multigeográfica

¹³ J. K. Galbraith, *The New Industrial State* (Boston, 1967).

es la forma superior de organización de la economía capitalista.

La expansión del capital estadounidense hacia América Latina se realiza, de manera casi exclusiva, bajo la forma de crecimiento de grandes conglomerados geográficos o mixtos. La estructura de esos conglomerados y el grado de concentración de poder económico que representan, no han sido objeto de un examen sistemático hasta el presente. Sin embargo, estudios preliminares llevan a pensar que la expansión relativa de tales conglomerados es por lo menos tan grande en América Latina como en los Estados Unidos. En efecto, el grado de concentración del sector de la economía latinoamericana formado por las empresas norteamericanas es mayor que el observado en Estados Unidos. Mientras en este país, en 1962, las 1,000 mayores empresas manufactureras controlaban tres cuartas partes de las ventas totales, ya en 1950, en América Latina, las 300 mayores firmas americanas contribuyen con el 90 por ciento del total de las inversiones realizadas por el grupo de firmas de propiedad de ciudadanos estadounidenses.¹⁴ Aunque se carezca hasta el presente de estudios sistemáticos sobre la materia, existe alguna evidencia empírica que lleva a admitir que empre-

¹⁴ Los datos relativos a América Latina son de *El Financiamiento Externo de América Latina* (Naciones Unidas, 1964), p. 238.

sas extranjeras —en su gran mayoría conglomerados norteamericanos— controlan del 50 al 75 por ciento de las industrias dinámicas, es decir, de las industrias que marchan a la cabeza en el proceso de desarrollo en América Latina. Esas industrias crecen con tasa que es muy superior al promedio del incremento del sector manufacturero. Comparadas al conjunto de la economía, las industrias dinámicas crecen con una tasa de dos a cuatro veces mayor.

Los conglomerados geográficos y mixtos, que son parte del sistema económico de los Estados Unidos en un sentido amplio, constituyen hoy día elementos esenciales de los sistemas económicos nacionales latinoamericanos. Es dable, por lo tanto, admitir que son estas estructuras de nuevos tipos. ¿Hasta qué punto se puede continuar utilizando el concepto de sistema económico nacional considerando la realidad que se viene fraguando en América Latina? Si se tiene en cuenta que los conglomerados geográficos definen su estrategia, uno con respecto a los demás y cada uno con respecto a competidores locales, con una perspectiva de conjunto y en función de un proyecto de crecimiento propio, no es fácil conciliar esa realidad con el concepto de sistema económico nacional que implica la idea de unificación de las decisiones en función de intereses específicos de una

colectividad. Por otro lado, cabría preguntar: ¿hasta qué punto ya no se comportan como estructura autónoma los conglomerados geográficos y mixtos, que actúan en América Latina? En la medida en que son competitivos o complementarios entre ellos mismos y que hacen frente a problemas comunes, los conglomerados, al definir su estrategia, son llevados a actuar como un sistema de decisiones, vale decir, como una estructura que se comporta con relativa autonomía *vis-à-vis* los sistemas económicos nacionales, en la medida en que estos últimos tienen una realidad propia.

La penetración de los conglomerados estadounidenses en las industrias manufactureras de América Latina es fenómeno posterior a la gran depresión de la década de 1930. Es a partir de la segunda guerra mundial que esa penetración alcanza gran intensidad,¹⁵ particularmente en aquellos países que ya habían cumplido una primera fase de desarrollo industrial.¹⁶ En esa forma, independientemente del grado de desarrollo industrial que hubiera al-

¹⁵ En 1929 las inversiones directas en manufacturas latinoamericanas representaban el 6,3 por ciento del total de esas inversiones. En el período 1951-62 las manufacturas absorberán el 31 por ciento del total. *El Financiamiento Externo de América Latina*, op. cit., cuadros 15 y 179.

¹⁶ En 1929 la participación de la producción industrial en el producto interno bruto ya era, en la Argentina, de 22,8 por ciento; en México de 14,2 y en Brasil de 11,7.

canzado el país, hubo por todas partes una interrupción en el proceso de formación de una clase de empresarios industriales autónomos. De las fuertes posiciones financieras que ocupan, los conglomerados extendieron progresivamente su control sobre los sectores más dinámicos de las manufacturas. Los hombres más capaces surgidos de las industrias locales fueron absorbidos en la nueva clase gerencial, asimilando rápidamente los patrones profesionales que les permiten ascender en la jerarquía de la nueva estructura de poder económico. La acción empresarial nacional independiente queda así restringida a sectores secundarios o a formas de acción pionera que, a la larga, se transforma en trabajo de limpieza del terreno para la expansión futura de los conglomerados estadounidenses.

Si se admite que en las estructuras económicas latinoamericanas está entretejida una estructura de conglomerados geográficos y mixtos, cuyo centro hegemónico se encuentra fuera del área, es dable suponer que un proceso de integración en dos dimensiones se realiza actualmente: integración dentro de la región y de ésta con los Estados Unidos. No estamos en condiciones de captar la verdadera naturaleza de ese complejo proceso de integración, que es mucho más un sistema de decisiones creado por la

concentración del poder económico. que un espacio económico amplificado para obtención de una utilización más racional de recursos escasos. Ese sistema de decisiones opera como una superestructura regional, cuya función principal parecería ser abrir camino a la concentración del poder económico en rápida realización en el sistema económico hegemónico.

A la luz de estas consideraciones, parece ocioso inquirir si existe o no en los países latinoamericanos una clase empresarial autónoma (una burguesía industrial nacional, en la expresión más popular) capaz de encabezar el proceso de desarrollo. El estudio de las estructuras actuales pone en evidencia que una tal clase, allí donde ella haya podido existir, ya no encontraría condiciones para realizar el papel que históricamente se le atribuye. Los agentes económicos que operan en el marco de una estructura, pueden o no participar de forma relevante en el proceso de modificación de esa estructura. Todo indica que, en la medida en que se desarrolló la superestructura de decisiones formada por los poderosos conglomerados que trabajan simultáneamente en los distintos países, las decisiones de largo plazo con impacto en las estructuras se fueron desplazando del grupo de empresarios autónomos hacia la nueva clase de gerentes. Al mismo tiempo,

tales decisiones dejaron de reflejar un proyecto nacional de desarrollo para traducir las tendencias del complejo proceso de integración a que se ha hecho referencia más arriba.

La idea corriente de que los empresarios nacionales autónomos intentarían defender sus intereses de la intrusión de los grandes conglomerados controlados del exterior se funda en simple razonamiento analógico con el conflicto tradicional entre el proteccionismo de esos empresarios y el libre-cambismo de los intereses ligados a las importaciones de manufacturas. En este último caso, el empresario local se identificaba fácilmente los sentimientos nacionalistas, y la defensa de la empresa nacional se traducía en defensa de las fuentes de empleo. La penetración de los conglomerados se tradujo en la implantación de industrias modernas, en baja de los precios relativos de los productos de prestigio que consume la clase media, etc. Se explica así que los empresarios autónomos —cuando habían llegado a alcanzar una percepción mayor del problema— hayan quedado incapacitados para traducir sus intereses en términos de aspiraciones nacionales. Además, la penetración se hizo en general en períodos de intenso desarrollo del sector industrial, lo que permitía a los empresarios locales hacer 'buenos negocios' sin darse

cuenta de los cambios estructurales que estaban en marcha.¹⁷

La eliminación o anulación de la clase de empresarios nacionales autónomos excluye necesariamente la posibilidad de un desarrollo autogenerado, la línea del capitalismo clásico. En el correr del último cuarto de siglo, siempre que el desarrollo latinoamericano tuvo que apoyarse en la industrialización, reflejó la estrategia de la superestructura de conglomerados geográficos (es decir, integración con el sistema económico hegemónico) o la acción del Estado nacional. En la medida en que se implantan los conglomerados, las empresas locales pasan a actuar de forma refleja, cumpliendo tareas auxiliares o limitándose a los sectores estancados. Las únicas empresas que disponen de recursos financieros para seguir creciendo en posiciones estratégicas, son aquellas que apoya directamente el Estado. Empresas como Pemex, CAP, Volta Redonda, ENAP, Vale do Rio Doce y otras, no hubieran existido y sobrevivido sin el apoyo decidido de los respectivos Estados nacionales. Es

¹⁷ El carácter familiar que necesariamente tenían las empresas latinoamericanas, en razón de su creación reciente, facilitó la penetración de los conglomerados. El remplazo de la primera generación de empresarios por la segunda, en el cuadro familiar, constituye el punto crítico de la evolución de toda empresa. Es corriente que la segunda generación tenga vocación para rentista, lo que facilita la transferencia del control de la dirección.

dable esperar, por lo tanto, que la interacción de los dos sistemas de decisiones —la superestructura de conglomerados y los Estados nacionales— continúe a definir, en los próximos años, las posibilidades y las formas del desarrollo económico en América Latina. Solamente en aquellos casos en que se presente la posibilidad de ampliar y racionalizar la acción del Estado como centro de decisiones autónomo —es decir, independiente del otro sistema de decisiones formado por los conglomerados— el desarrollo existirá como una opción al alcance de la colectividad nacional. El debilitamiento del Estado como centro autónomo de decisiones no implica necesariamente, en todos los casos, desarrollo más lento o estancamiento. Pero el desarrollo ya no será una opción. Será consecuencia posible de un proceso histórico extraño a la comunidad, al igual que las transformaciones de una economía dependiente tradicional.

Cabe admitir que, en la medida en que se tome plena conciencia de ese problema, una nueva temática ligada al desarrollo venga a ser planteada en la América Latina. Así, el alcance, la naturaleza y los riesgos de la llamada política de integración regional, podrán ser considerados bajo nueva luz. Lo mismo se puede decir con respecto a la controversia en torno al papel del Estado en el desarrollo,

y a la búsqueda de bases para el sistema de poder que aumenten su independencia *vis-á-vis* las fuerzas ligadas a la superestructura de conglomerados. Por último, como la eliminación del desarrollo en base a un proyecto nacional no sería compatible con la preservación de la iden-

tidad cultural como posibilidad histórica, se puede admitir como probable que, política de desarrollo —allí en donde ésta sea una expresión de aspiraciones de la colectividad— y lucha por la preservación de la personalidad nacional, tiendan a confundirse en la América Latina.

Estudios Internacionales, Chile.



**Si las raíces y la
historia de este
país no se conocen,
la cultura política
de nuestras masas
no estará
suficientemente
desarrollada***

Fidel Castro

* Discurso pronunciado por el Cmde. Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba y Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en el resumen de la velada conmemorativa de los Cien Años de Lucha, efectuada en La Demajagua, monumento Nacional, Manzanillo, Oriente, el día 10 de Octubre de 1968, «Año del Guerrillero Heroico».

Familiares aquí presentes de los héroes de nuestras luchas por la independencia;

Invitados;

Compañeros y compañeras que ostentan aquí esta noche la representación de todos los rincones del país:

Ninguna otra ocasión revistió la importancia de la conmemoración del día de hoy. Al parecer la naturaleza nos someterá una vez más a una pequeñísima prueba, si se quiere, porque ella se suma a esta misma conmemoración si recordamos que precisamente después de la proclamación de la independencia de Cuba, cuando los primeros mambises se dirigían hacia el pueblo de Yara, también aproximadamente a esta misma hora un copioso aguacero realizó con ellos —simbólicamente— el primer precedente de sacrificio. Y que, por cierto, como nuestros primeros mambises en aquellos instantes no poseían más que unas cuantas escopetas de cartuchos e iban a realizar su primer combate, el agua mojó los cartuchos y las armas no pudieron disparar aquella noche; aquella noche en que se derramó también la primera sangre cubana en la lucha de los cien años, y que se empaparon por primera vez aquellos hombres, cuya vida a lo largo de diez años fue una vida de increíbles privaciones.

Hoy —les decía— nuestro pueblo conmemora aquella fecha al cumplirse cien años. Y este primer centenario del inicio de la lucha revolucionaria en nuestra Patria es para nosotros la más grande conmemoración que ha tenido lugar en la historia de nuestro país.

¿Qué significa para nuestro pueblo el 10 de Octubre de 1868? ¿Qué significa para los revolucionarios de nuestra Patria esta gloriosa fecha? Significa sencillamente el comienzo de cien años de lucha, el comienzo de la revolución en Cuba, porque en Cuba sólo ha habido una revolución: la que comenzó Carlos Manuel de Céspedes el 10 de Octubre de 1868 y que nuestro pueblo lleva adelante en estos instantes.

No hay, desde luego, la menor duda que Céspedes simbolizó el espíritu de los cubanos en aquella época, simbolizó la dignidad y la rebeldía de un pueblo —heterogéneo todavía— que comenzaba a nacer en la historia.

Fue Céspedes, sin discusión, entre los conspiradores de 1868 el más decidido a levantarse en armas. Se han elaborado algunas interpretaciones de su actitud, cuando en la realidad su conducta tuvo una exclusiva motivación. En todas las reuniones de los conspiradores Céspedes siempre se había manifestado el más decidido. En la reunión efectuada el 3 de agosto de 1868, en los lí-

mites de Tunas y Camagüey, Céspedes propuso el levantamiento inmediato. En reuniones ulteriores con los revolucionarios de la provincia de Oriente, en los primeros días de octubre, insistió en la necesidad de pasar inmediatamente a la acción. Hasta que por fin el 5 de octubre de 1868, en una reunión en el ingenio —si mal no recuerdo— «Rosario», los más decididos revolucionarios se reunieron y acordaron el alzamiento para el 14 de octubre.

Es conocido históricamente que Céspedes conoció en este lugar de un telegrama cursado el 8 de ese mismo mes por el Gobernador General de Cuba dando instrucciones a las autoridades de la provincia de arrestar a Carlos Manuel de Céspedes.

Y Carlos Manuel de Céspedes no les dio tiempo a las autoridades, no les permitió a aquellas tomar la iniciativa e inmediatamente, adelantando la fecha, cursó las instrucciones correspondientes y el 10 de Octubre, en este mismo sitio, proclamó la independencia de Cuba. Es que la historia de muchos movimientos revolucionarios terminó en su inmensa mayoría, en la prisión o el cadalso.

Es incuestionable que Céspedes tuvo la clara idea de que aquel alzamiento no podía esperar demasiado, no podía arriesgarse a recorrer el largo trámite de una organización perfecta, de un ejército armado, de grandes cantidades de armas, para iniciar la lucha, porque en las condiciones de nuestro país en aquellos instantes resultaba sumamente difícil. Y Céspedes tuvo la decisión.

De ahí que Martí dijera que «de Céspedes el ímpetu y de Agramonte la virtud», aunque hubo también mucho de ímpetu en Agramonte y mucho de virtud en Céspedes. Y el propio Martí expresó en una ocasión explicando la actitud de Céspedes, sus discrepancias sobre el aplazamiento del movimiento con otros revolucionarios, diciendo que «aplazar era darles tal vez la oportunidad a las autoridades coloniales vigilantes para echárseles encima».

*...una guerra que se inició sin recursos
de ninguna clase por un pueblo prácticamente
desarmado.*

Y los hechos históricos demostraron que aquella decisión era necesaria, que aquella resolución iba a prender precisamente la chispa de una heroica guerra que duró diez años; una guerra que se inició sin recursos de ninguna clase por un pueblo prácticamente desarmado, que desde entonces adoptó la clásica

estrategia y el clásico método para abastecerse de armas, que era arrebatádoselas al enemigo.

En la historia de estos cien años de lucha no fue la única ocasión en que nuestro pueblo, igualmente desprovisto de armas, igualmente impreparado para la guerra, se vio en la necesidad de lanzarse a la lucha y abastecerse con las armas de los enemigos. Y la historia de nuestro pueblo en estos cien años confirma esa verdad axiomática; y es que si para luchar esperamos primero reunir las condiciones ideales, disponer de todas las armas, asegurar un abastecimiento, entonces la lucha no habría comenzado nunca; y que si un pueblo está decidido a luchar, las armas están en los cuarteles de los enemigos, en los cuarteles de los opresores.

Y esta realidad, este hecho, se demostró en todas nuestras luchas en todas nuestras guerras.

Cuando al iniciarse la lucha de 1895 Maceo desembarca por la zona de Baracoa, lo acompañaban un puñado de hombres y unas pocas armas. Y cuando Martí, con Máximo Gómez, desembarca en un lugar de la costa sur de Oriente, áspero y duro, en una noche oscura y tormentosa, venía también acompañado de un exiguo grupo de combatientes. No llevaba un ejército detrás. El ejército estaba aquí, en el pueblo, y las armas estaban aquí, en mano de los dominadores.

Y cuando apenas algunos días más tarde avanzaron por el interior de la provincia, se encontraron a José Maceo con una numerosa tropa combatiendo en las inmediaciones de Guantánamo, y más adelante a Antonio Maceo que después del desembarco se había quedado absolutamente solo por las montañas y los bosques de Baracoa —¡absolutamente solo!—, y que unas cuantas semanas después recibía a Máximo Gómez, y a Martí con un ejército de tres mil orientales organizados y listos para combatir.

Estos hechos nos brindaron un ejemplo extraordinario y nos enseñaron en días difíciles. Cuando no había recursos, cuando no había armas, pero sí un pueblo en el cual se confiaba, estas circunstancias no fueron tampoco un obstáculo para iniciar la lucha.

Y este es un ejemplo no sólo para los revolucionarios cubanos, es un ejemplo formidable para los revolucionarios en cualquier parte del mundo.

Nuestra Revolución, con su estilo, con sus características esenciales, tiene raíces muy profundas en la historia de nuestra Patria.

Por eso decíamos, y por eso es necesario que lo comprendamos con claridad todos los revolucionarios, que nuestra Revolución es una Revolución, y que esa Revolución comenzó el 10 de Octubre de 1868.

Este acto de hoy es como un encuentro del pueblo con su propia historia, es como un encuentro de la actual generación revolucionaria con sus propias raíces. Y nada nos enseñará mejor a comprender lo que es una revolución, nada nos enseñará mejor a conocer el proceso que constituye una revolución, nada nos enseñará mejor a entender qué quiere decir revolución, que el análisis de la historia de nuestro país, que el estudio de la historia de nuestro pueblo y de las raíces revolucionarias de nuestro pueblo.

Quizás para muchos la nación o la patria ha sido algo así como un fenómeno natural, quizás para muchos la nación cubana y la conciencia de nacionalidad existieron siempre, quizás muchos pocas veces se han detenido a pensar cómo fue precisamente que se gestó la nación cubana y cómo se gestó nuestra conciencia de pueblo y cómo se gestó nuestra conciencia revolucionaria.

...hace cien años no existía un pueblo con pleno sentido de un interés común y de un destino común...

Hace 100 años no existía esa conciencia, hace 100 años no existía la nacionalidad cubana, hace 100 años no existía un pueblo con pleno sentido de un interés común y de un destino común. Nuestro pueblo hace 100 años era una masa abigarrada constituida, en primer término, por los ciudadanos de la potencia colonial que nos dominaba; una masa enorme también de ciudadanos nacidos en este país, algunos descendientes directos de los españoles, otros descendientes más remotos, de los cuales algunos se inclinaban a favor del poder colonial y otros eran alérgicos a aquel poder; una masa considerable de esclavos, traídos de manera criminal a nuestra tierra para explotarlos despiadadamente cuando ya los explotadores habían aniquilado virtualmente la primitiva población aborigen de nuestro país.

Y desde luego, los dueños de las riquezas eran, en primer lugar, los españoles; los dueños de los negocios y los dueños de las tierras. Pero también había descendientes de españoles, llamados criollos, que poseían centrales azucareros y que poseían grandes plantaciones. Y por supuesto que en un país en aquellas condiciones en que la ignorancia era enorme, el acceso a los libros, el acceso

a la cultura lo tenían un número exiguo y reducido de criollos procedentes precisamente de esas familias acaudaladas.

En aquellas primeras décadas del siglo pasado, cuando ya el resto de la América Latina se había independizado de la colonia española, permanecía asentado sobre bases sólidas el poder de España en nuestra Patria, a la que llamaban la última joya y la más preciada joya de la Corona Española.

Fue ciertamente escasa la influencia que tuvo en nuestra tierra la emancipación de América Latina.

Se sabe que en la mente de los libertadores de América Latina se albergó también la idea de enviar a Cuba un ejército a liberarnos. Pero ciertamente aquí todavía no había una nación que liberar sencillamente porque no había nación, no había un pueblo que liberar porque no existía pueblo con la conciencia de la necesidad de esa libertad.

Y en aquellos primeros años del siglo pasado, en la primera mitad del siglo pasado, las ideas que los sectores con más cultura de la población, los sectores capaces de elaborar algunas formulaciones políticas, las ideas enarboladas por ellos no eran precisamente la idea de la independencia de Cuba.

Por aquellos tiempos se discutía fundamentalmente el problema de la esclavitud. Y los terratenientes, los ricos, la oligarquía que dominaba en nuestro país, bien española o bien cubana, estaba poseída de un enorme temor a la abolición de la esclavitud; es decir que sus intereses como propietarios, sus intereses como clase, y pensando exclusivamente en función de esos intereses, la conducía a pensar en la solución de la anexión a los Estados Unidos de Norteamérica.

Así surgió una de las primeras corrientes políticas, que se dio en llamar corriente anexionista. Y esa corriente tenía un fundamento de carácter económico; era el pensamiento de una clase que consideraba el aseguramiento de esa institución oprobiosa de la esclavitud por la vía de anexionarse a Estados Unidos, donde un grupo numeroso de estados mantenía la misma institución. Y como ya se suscitaban las contradicciones entre los Estados del Sur y del Norte por el problema de la esclavitud, los políticos esclavistas del Sur de Estados Unidos alentaron también la idea de la anexión a Cuba, con el propósito de contar con un Estado más que ayudase a garantizar su mayoría en el seno de los Estados Unidos, su mayoría parlamentaria.

Esa es la raíz de aquella expedición a mediados de siglo, dirigida por Narciso López.

...ciertamente Narciso López vino alentado por los políticos esclavistas de Estados Unidos...

Cuando nosotros estudiábamos en las escuelas, nos presentaban a Narciso López como un patriota, nos presentaban a Narciso López como un libertador. Tantas cosas nos presentaron de una manera increíblemente torcida, que se nos hizo creer en nuestros años de escolares —y ya supuestamente establecida la República de Cuba—, se nos hacía creer que Narciso López había venido a libertad a Cuba, cuando ciertamente Narciso López vino alentado por los políticos esclavistas de Estados Unidos a tratar de conquistar un Estado más para precisamente servir de apoyo a la más inhumana y retrógrada institución, que era la institución de la esclavitud.

Martí en una ocasión calificó aquella expedición de infeliz, organizada precisamente por esos intereses. De manera que en aquel entonces las corrientes anexionistas adquirieron considerable fuerza en el seno de nuestro país.

Y es preciso que lo tengamos en cuenta porque esa corriente, por una u otra causa, con uno u otro matiz, resurgía periódicamente en el proceso de la historia de Cuba.

En determinados momentos las corrientes anexionistas fueron perdiendo fuerza, y surgieron entonces otras corrientes frente a la política española en nuestra patria, que se dio en llamar reformismo, que propugnaba no la lucha por la independencia de Cuba sino por determinadas reformas dentro de la colonia española.

Todavía realmente no había surgido en la realidad una corriente independentista, una corriente verdaderamente independentista. Los engaños y las burlas reiteradas del régimen colonial español llevaron al ánimo y a la conciencia de un reducido grupo de cubanos, de criollos pertenecientes por cierto a sectores acomodados, poseedores de riquezas, poseedores a la vez de cultura, de amplia información acerca de los procesos que tenían lugar en el mundo, que concibieron por primera vez la idea de la obtención de sus derechos por la vía revolucionaria, por la vía de las armas, en lucha abierta contra el poder colonial.

Más nadie piense que aquel núcleo de cubanos estaba obligadamente llamado a contar con el apoyo mayoritario de la población, que podía contar con un respaldo grande a la hora de la lucha, porque —como dijimos anteriormente— en aquellos instantes la conciencia de la nacionalidad no existía.

Y entre los sectores que ostentaban la riqueza de origen criollo, había un factor que los dividía profundamente. Los españoles lógicamente estaban contra las reformas y, aún más, contra la independencia, puesto que los separaba de las ideas más radicales el problema de la esclavitud. Por lo que puede decirse que el problema de la esclavitud fue una cuestión fundamental que dividía profundamente a los elementos más radicales, más progresistas, de los criollos ricos, de aquellos elementos que, calificándose también de criollos —todavía no se hablaba propiamente de cubanos— se preocupaban por encima de todo por mantener la institución de la esclavitud. Y de ahí que apoyaran el anexionismo primero, el reformismo luego, y cualquier cosa menos la idea de independencia y la idea de la conquista de los derechos por la vía de la lucha armada.

Y esto constituye una cuestión muy importante, porque vemos cómo esta historia se va a repetir periódicamente, esta contradicción, a lo largo de los 100 años de lucha.

De manera que el reducido núcleo —que bien podía comenzar a considerarse patriota— del sector acaudalado e ilustrado de los hombres nacidos en este país, ese núcleo decidido a lanzarse a la conquista de sus derechos por la vía de las armas, tenía que enfrentarse a esa compleja situación, a esas hondas contradicciones que necesariamente conducirían su causa a una lucha dura y larga.

Y lo que vino a darles verdaderamente el título de revolucionarios fue su comprensión, en primer lugar, de que sólo había un camino para conquistar los derechos, su decisión de adoptar ese camino, su ruptura con las tradiciones, con las ideas reaccionarias, y su decisión de abolir la esclavitud.

...aquella decisión de abolir la esclavitud constituía la medida más revolucionaria, la medida más radicalmente revolucionaria que se podía tomar en el seno de una sociedad que era genuinamente esclavista...

Y hoy tal vez pueda parecer fácil aquella decisión, pero aquella decisión de abolir la esclavitud constituía la medida más revolucionaria, la medida más radicalmente revolucionaria que se podía tomar en el seno de una sociedad que era genuinamente esclavista.

Por eso lo que engrandece a Céspedes es no sólo la decisión adoptada, firme y resuelta de levantarse en armas, sino al acto con que acompañó aquella decisión —que fue el primer acto después de la proclamación de la independencia—, que fue concederles la libertad a sus esclavos, a la vez que proclamar su criterio sobre la esclavitud su disposición a la abolición de la esclavitud en nuestro país, aunque si bien condicionando en los primeros momentos aquellos pronunciamientos a la esperanza de poder captar el mayor apoyo posible entre el resto de los terratenientes cubanos.

En Camagüey los revolucionarios desde el primer momento proclamaron la abolición de la esclavitud, y ya la Constitución de Guáimaro, el 10 de abril de 1869, consagró definitivamente el derecho a la libertad de todos los cubanos, aboliendo definitivamente la odiosa y secular institución de la esclavitud.

Esto, desde luego, dio lugar —como ocurre siempre en muchos de estos procesos— a que muchos de aquellos criollos ricos, que vacilaban entre apoyar o no apoyar a la revolución, se abstuvieran de ayudar a la revolución, se apartaron de la lucha, y de hecho comenzaron a cooperar con la colonia. Es decir, que en la medida en que la revolución se radicalizó se quedó más aislado aquel grupo de cubanos, aquel grupo de criollos, que, desde luego, ya empezaron a contar con los únicos capaces de llevar adelante aquella revolución, que eran los hombres humildes del pueblo y los esclavos recién liberados.

En aquellos primeros momentos del inicio de la lucha revolucionaria en Cuba, empezaron a cumplirse indefectiblemente las leyes de todo proceso revolucionario, empezaron a producirse las contradicciones y comenzó el proceso de profundización y radicalización de las ideas revolucionarias que ha llegado hasta nuestros días.

En aquel tiempo, desde luego, no se discutía del derecho a la propiedad de los medios de producción. Se discutía el derecho a la propiedad de unos hombres sobre otros. Y al abolir aquel derecho aquella revolución, —revolución radical desde el instante en que suprime un privilegio de siglos, desde el momento en que suprime aquel supuesto derecho consagrado por siglos de existencia— llevó a cabo un acto profundamente radical en la historia de nuestro país, y a partir de ese momento, por primera vez, se empezó a crear el concepto y la conciencia de la nacionalidad, y comenzó a utilizarse por primera vez el calificativo de cubano para comprender a todos los que levantados en armas luchaban contra la colonia española.

Sabido es cómo se desarrolló aquella guerra. Sabido es que muy pocos pueblos en el mundo fueron capaces o tuvieron la posibilidad de afrontar sacrificios

tan grandes, tan increíblemente duros, como los sacrificios que soportó el pueblo cubano durante aquellos diez años de lucha. E ignorar esos sacrificios es un crimen contra la justicia, es un crimen contra la cultura, es un crimen para cualquier revolucionario.

Nuestro país solo, absolutamente solo, mientras los demás pueblos hermanos de América Latina —que unas cuantas décadas con anterioridad se habían emancipado de la dominación española— yacían sumidos en la abyección, sumidos bajo las tiranías de los intereses sociales que sustituyeron en esos pueblos a la tiranía española; nuestro país solo, y no todo el país sino una pequeña parte del país, se enfrentó durante diez años a una potencia europea todavía poderosa que podía contar —y contó— con cientos de miles de hombres perfectamente armados para combatir a los revolucionarios cubanos.

Es conocida la falta casi total de auxilio desde el exterior. Es conocida la historia de las divisiones en el exterior, que dificultaron y por último imposibilitaron el apoyo de la emigración a los cubanos levantados en armas.

Y sin embargo, nuestro pueblo —haciendo increíbles sacrificios, soportando heroicamente el peso de aquella guerra, rebasado los momentos difíciles— logró ir aprendiendo el arte de la guerra; fue constituyendo un pequeño pero enérgico ejército que se abastecía de las armas de sus enemigos.

...empezaron a surgir por primera vez del seno del pueblo oficiales y dirigentes del movimiento revolucionario...

Y empezaron a surgir del seno del pueblo más humilde de entre los combatientes que venían del pueblo, de entre los campesinos y de entre los esclavos liberados, empezaron a surgir por primera vez del seno del pueblo, oficiales y dirigentes del movimiento revolucionario. Empezaron a surgir los patriotas más virtuosos, los combatientes más destacados, y así surgieron los hermanos Maceo, para citar el ejemplo que simboliza a aquellos hombres extraordinarios. Y al cabo de diez años aquella lucha heroica fue vencida no por las armas españolas sino vencida por uno de los peores enemigos que tuvo siempre el proceso revolucionario cubano, vencida por las divisiones de los mismos cubanos, vencida por las discordias, vencida por el regionalismo, vencida por el caudillismo; es decir, ese enemigo —que también fue un elemento constante en el proceso revolucionario— dio al traste con aquella lucha.

Sabido es que, por ejemplo, Máximo Gómez después de invadir la provincia de Las Villas y obtener grandes éxitos militares fue prácticamente expulsado de aquella provincia por el regionalismo y por el localismo. No es ésta la oportunidad de analizar el papel de cada hombre en aquella lucha, interesa analizar el proceso y dejar constancia de que la discordia, el regionalismo, el localismo y el caudillismo dieron al traste con aquel heroico esfuerzo de diez años. Pero también es forzoso reconocer que no se les podía pedir a aquellos cubanos —a aquellos primeros cubanos que comenzaron a fundar nuestra Patria— el grado de conciencia política; más que conciencia —porque ellos tenían profunda conciencia patriótica— el grado de desarrollo de las ideas revolucionarias en la actualidad, porque nosotros no podemos analizar los hechos de aquella época a la luz de los conceptos de hoy, a la luz de las ideas de hoy. Porque cosas que hoy son absolutamente claras, verdades incuestionables, no lo eran ni lo podían ser todavía en aquella época. Las comunicaciones eran difíciles, los cubanos tenían que luchar en medio de una gran adversidad, incesantemente perseguidos y, desde luego, no podía pedírseles que en aquel entonces no se suscitara estos problemas que se volvieron a suscitar en la lucha del 95, problemas que se volvieron a suscitar en la segunda mitad de este siglo a lo largo del proceso revolucionario.

Pero cuando debilitadas las fuerzas cubanas por la discordia arreció el enemigo su ofensiva, entonces también empezaron a evidenciarse las vacilaciones de aquellos elementos que habían tenido menos firmeza revolucionaria. Y es en esos momentos —en el instante de la Paz del Zanjón, que puso fin a aquella heroica guerra— cuando emerge, con toda su fuerza y toda su extraordinaria talla, el personaje más representativo del pueblo, el personaje más representativo de Cuba en aquella guerra, venido de las filas más humildes del pueblo, que fue Antonio Maceo.

Aquella década dio hombres extraordinarios, increíblemente meritorios, comenzando por Céspedes, continuando por Agramonte, Máximo Gómez, Calixto García e infinidad de figuras que sería interminable enumerar. Y no se trata de medir ni mucho menos los méritos de cada cual —que fueron méritos extraordinarios— sino simplemente de explicar cómo se fue desarrollando aquel proceso y cómo en el momento en que aquella lucha de diez años iba a terminar surge aquella figura, surge el espíritu y la conciencia revolucionaria radicalizada; simbolizada en ese instante en la persona de Antonio Maceo, que frente al hecho consumado del Zanjón —aquel Pacto que más que un pacto fue realmente una rendición de las armas cubanas— expresa en la histórica

Protesta de Baraguá su propósito de continuar la lucha, expresa el espíritu más sólido y más intransigente de nuestro pueblo declarando que no acepta el Pacto del Zanjón. Y efectivamente, continúa la guerra.

Ya incluso después de haberse llegado a los acuerdos Maceo libra una serie de combates victoriosos y aplastantes contra las fuerzas españolas. Pero en aquel momento Maceo, reducido a su condición de jefe de una parte de las tropas de la provincia de Oriente, Maceo negro —cuando todavía subsistían mucho el racismo y los prejuicios— no pudo contar naturalmente con el apoyo de todo el resto de los combatientes revolucionarios, porque desgraciadamente todavía entre muchos combatientes y muchos dirigentes de aquellos combatientes subsistía el prejuicio reaccionario e injusto. Por eso, aunque Maceo en aquel momento salva la bandera, salva la causa y sitúa el espíritu revolucionario del pueblo naciente de Cuba en su nivel más alto, no pudo, pese a su enorme capacidad y heroísmo, seguir manteniendo aquella guerra y se vio en la necesidad de hacer un receso en espera de las condiciones que le permitiesen reanudar otra vez el combate.

Pero la derrota de las fuerzas revolucionarias en 1878 trajo también sus secuelas políticas. A la sombra de la derrota, a la sombra del desengaño, otra vez de nuevo aquellos sectores, representantes décadas atrás de la corriente anexionista y de la corriente reformista, volvieron a la carga para propugnar una nueva corriente política, que era la corriente del autonomismo, para oponerse, naturalmente, a las tesis radicales de la independencia y a las tesis radicales acerca del método y del único camino para obtener aquella independencia, que era la lucha armada.

De manera que después de la Guerra de los Diez Años, en el pensamiento político, o en la historia del pensamiento político cubano, surge de nuevo la corriente pacifista, la corriente conciliatoria, la corriente que se opone a las tesis radicales que habían representado los cubanos en armas. De la misma manera vuelven a surgir las corrientes anexionistas en un grado determinado, corrientes incluso en los primeros tiempos de la guerra de los Diez Años, cuando todavía muchos cubanos ingenuamente veían en la nación norteamericana el prototipo del país libre, del país democrático, y recordaban sus luchas por la independencia, la Declaración de la Independencia de Washington, la política de Lincoln; todavía había cubanos a principios de la guerra de 1868 que tenían resabios o residuos de aquella corriente anexionista, que fue desapareciendo en ellos a lo largo de la lucha armada.

*...aquella guerra inspiró a quien fue sin
duda el más genial y el más universal de los
políticos cubanos, a José Martí...*

Se inicia una etapa de casi 20 años entre 1878 y 1895. Esa etapa tiene también una importancia muy grande en el desarrollo de la conciencia política del país. Las banderas revolucionarias no fueron abandonadas, las tesis radicales no fueron olvidadas. Sobre aquella tradición creada por el pueblo de Cuba, sobre aquella conciencia engendrada en el heroísmo y en la lucha de 10 años, comenzó a brotar el nuevo y aún más radical y avanzado pensamiento revolucionario.

Aquella guerra engendró numerosos líderes de extracción popular, pero también aquella guerra inspiró a quien fue sin duda el más genial y el más universal de los políticos cubanos, a José Martí.

Martí era muy joven cuando se inició la Guerra de los Diez Años. Padeció cárcel, padeció exilio; su salud era muy débil, pero su inteligencia extraordinariamente poderosa. Fue en aquellos años de estudiante, paladín de la causa de la independencia, y fue capaz de escribir algunos de los mejores documentos de la historia política de nuestro país cuando prácticamente no había cumplido todavía 20 años.

Derrotadas las armas cubanas, por las causas expresadas, en 1878, Martí se convirtió sin duda en el teórico y en el paladín de las ideas revolucionarias, Martí recogió las banderas de Céspedes, de Agramonte y de los héroes que cayeron en aquella lucha de 10 años, y llevó a las ideas revolucionarias de Cuba en aquel período a su más alta expresión. Martí conocía los factores que dieron al traste con la Guerra de los Diez Años, analizó profundamente las causas, y se dedicó a preparar la nueva guerra. Y la estuvo preparando durante casi 20 años, sin desmayar un solo instante, desarrollando la teoría revolucionaria, juntando voluntades, agrupando a los combatientes de la Guerra de los Diez Años, combatiendo de nuevo —también en el campo de las ideas— a la corriente autonomista que se oponía a la corriente revolucionaria, combatiendo también las corrientes anexionistas que de nuevo volvían a resurgir en la palestra política de Cuba después de la derrota y a la sombra de la derrota de la Guerra de los Diez Años.

Martí predica incesantemente sus ideas; Martí organiza los emigrados, Martí organiza prácticamente el primer partido revolucionario, es decir, el primer partido para dirigir una revolución, el primer partido que agrupara a todos

los revolucionarios. Y con una tenacidad, una valentía moral y un heroísmo extraordinarios, sin otros recursos que su inteligencia, su convicción y su razón, se dedicó a aquella tarea.

Y debemos decir que nuestra Patria cuenta con el privilegio de poder disponer de uno de los más ricos tesoros políticos, una de las más valiosas fuentes de educación y de conocimientos políticos, en el pensamiento, en los escritos, en los libros, en los discursos y en toda la extraordinaria obra de José Martí.

Y a los revolucionarios cubanos más que a nadie nos hace falta tanto cuanto sea posible ahondar en esas ideas, ahondar en ese manantial inagotable de sabiduría política, revolucionaria y humana.

No tenemos la menor duda de que Martí ha sido el más grande pensador político y revolucionario de este continente. No es necesario hacer comparaciones históricas. Pero si analizamos las circunstancias extraordinariamente difíciles en que se desenvuelve la acción de Martí; desde la emigración luchando sin ningún recurso contra el poder de la colonia después de una derrota militar, contra aquellos sectores que disponían de la prensa y disponían de los recursos económicos para combatir las ideas revolucionarias; si tenemos en cuenta que Martí desarrollaba esa acción para libertar a un país pequeño dominado por cientos de miles de soldados armados, hasta los dientes, país sobre el cual se cernía no sólo aquella dominación sino un peligro mucho mayor todavía: el peligro de la absorción por un vecino poderoso, cuyas garras imperialistas comenzaban a desarrollarse visiblemente; y que Martí desde allí, con su pluma, con su palabra, a la vez que trataba de inspirar a los cubanos y formar su conciencia para superar las discordias y los errores de dirección y de método que dieron al traste con la Guerra de los Diez Años, a la vez que unir en un mismo pensamiento revolucionario a los emigrados; a la vieja generación que inició la lucha por la independencia y a las nuevas generaciones, unir a aquellos destacadísimos y prestigiosos héroes militares, se enfrentaba en el terreno de las ideas a las campañas de España en favor de la colonia, a las campañas de los autonomistas en favor de procedimientos leguleyescos y electorales y engañosos que no conducirían a nuestra Patria a ningún fin, y se enfrentaba a las nuevas corrientes anexionistas que surgían de aquella situación, y se enfrentaba al peligro de la anexión, no ya tanto en virtud de la solicitud de aquellos sectores acomodados que décadas atrás la habían solicitado para mantener la institución de la esclavitud, sino en virtud del desarrollo del poderío económico y político de aquel país que ya se insinuaba como la potencia imperialista que es hoy. Teniendo en cuenta esas

extraordinarias circunstancias, esos extraordinarios obstáculos, bien podemos decir que el Apóstol de nuestra independencia se enfrentó a dificultades tan grandes y a problemas tan difíciles como no se tuvo que enfrentar jamás ningún dirigente revolucionario y político en la historia de este continente.

Y así surgió en el firmamento de nuestra Patria esa estrella todo patriotismo, todo sensibilidad, todo ejemplo, que junto con los héroes de las batallas, junto con Maceo y Máximo Gómez, inició de nuevo la guerra por la independencia de Cuba.

¿Y qué se puede parecer más a aquella lucha de ideas de entonces que la lucha de las ideas de hoy? ¿Qué se puede parecer más a aquella incesante prédica martiana por la guerra necesaria y útil como único camino para obtener la libertad, aquella tesis martiana en favor de la lucha revolucionaria armada que las tesis que tuvo que mantener en la última etapa del proceso el movimiento revolucionario, en nuestra Patria, enfrentándose también a los grupos electoralistas a los politiqueros, a los leguleyos, que venían a proponerle al país remedios que durante 50 años no habían sido capaces de solucionar uno solo de sus males, y agitando el temor a la lucha, el temor al camino revolucionario verdadero, que era el camino de la lucha armada revolucionaria? ¿Y qué se puede parecer más a aquella prédica incesante de Martí que la prédica de los verdaderos revolucionarios que en el ámbito de otros países de América Latina tienen también la necesidad de defender sus tesis revolucionarias frente a las tesis leguleyescas, frente a las tesis reformistas, frente a las tesis politiqueras?

Y es que a lo largo de este proceso las mismas luchas se han ido repitiendo en un período u otro, aunque —desde luego— no en las mismas circunstancias ni en el mismo nivel.

*...ninguna de nuestras luchas culminó
realmente en derrota, porque cada una
de ellas fue un paso de avance, un salto
hacia el futuro...*

Martí se enfrenta a aquellas ideas. Y se inicia la Guerra de 1895, guerra igualmente llena de páginas extraordinariamente heroicas, llena de increíbles sacrificios, llena de grandes proezas militares; guerra que, como todos sabemos, no culminó en los objetivos que perseguían nuestros antepasados, no culminó en el triunfo definitivo de la causa, aunque ninguna de nuestras luchas cul-

minó realmente en derrota, porque cada una de ellas fue un paso de avance, un salto hacia el futuro. Pero es lo cierto que al final de aquella lucha la colonia española, el dominio español, es sustituido por el dominio de los Estados Unidos en nuestro país, dominio político y militar, a través de la intervención.

Los cubanos habían luchado treinta años; decenas y decenas de miles de cubanos habían muerto en los campos de batalla, cientos de miles perecieron en aquella contienda, mientras los yanquis perdieron apenas unos cuantos cientos de soldados en Santiago de Cuba. Y se apoderaron de Puerto Rico, se apoderaron de Cuba, aunque con un «statu quo» diferente; se apoderaron del archipiélago de Filipinas, a diez mil kilómetros de distancia de Estados Unidos, y se apoderaron de otras posesiones. Algo de lo que más temían Martí y Maceo. Porque ya la conciencia política y el pensamiento revolucionario se habían desarrollado tanto, que los dirigentes fundamentales de la guerra de 1895 tenían ideas clarísimas, absolutamente claras, acerca de los objetivos, y repudiaban en lo más profundo de su corazón la idea del anexionismo; y no sólo ya el anexionismo, sino incluso la intervención de Estados Unidos en esa guerra.

Esta noche se leyó aquí uno de los párrafos más conocidos del pensamiento martiano, aquel que escribió vísperas de su muerte, que prácticamente es el testamento, en que le dice a un amigo el fondo de su pensamiento, una de las cosas por las que había luchado, aunque había tenido que hacerlo discretamente; una de las cosas que había inspirado su conducta y su vida, una de las cosas que en el fondo le inspiraba más júbilo, que era estar viviendo ya en el campo de batalla, en la oportunidad de dar su vida para «con la independencia de Cuba impedir que Estados Unidos se extendiese, apoderándose de las Antillas, por el resto de América con una fuerza más».

Este es uno de los documentos más reveladores y más profundos y más caracterizadores del pensamiento profundamente revolucionario y radical de Martí, que ya califica al imperialismo como lo que es, que ya vislumbra su papel en este continente, y que con un examen que bien pudiera atribuirse a un marxista, por su profundo análisis, por su sentido dialéctico, por su capacidad de ver que en las insolubles contradicciones de aquella sociedad se engendraba su política hacia el resto del mundo, Martí en fecha tan temprana como en 1895 fue capaz de escribir aquellas cosas y de ver tan profundamente en el porvenir.

Martí escribió con toda la fuerza de su elocuencia y fustigó duramente las corrientes anexionistas como las peores en el seno del pensamiento político de

Cuba. Y no sólo Martí, sino Maceo asombra también a nuestra generación por la clarividencia, por la profundidad con que fue capaz de analizar también el fenómeno imperialista. Es conocido que en alguna ocasión, cuando un joven se acercó a Maceo para hablarle de la posibilidad de que la estrella de Cuba figurara como una más en la constelación de Estados Unidos, respondió que aunque lo creía imposible, ése sería tal vez el único caso en que él estaría al lado de España.

Y también, como Martí, unos días antes de su muerte escribe con una claridad extraordinaria su oposición decidida a la intervención de Estados Unidos en la contienda de Cuba, y es cuando dice que «preferible es subir o caer sin ayuda que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso». Palabras proféticas, palabras inspiradas, que uno y otro de nuestros dos más caracterizados adalides de aquella guerra de 1895 expresaron unos días antes de su muerte. Y todos sabemos cómo sucedieron los acontecimientos. Cómo cuando el poder de España estaba virtualmente agotado, movidos por ansias puramente imperialistas, el gobierno de Estados Unidos participa en la guerra, después de treinta años de lucha. Con la ayuda de los soldados mambises desembarca, toman la ciudad de Santiago de Cuba, hunden la escuadra del almirante Cervera, que no era más que una colección propia de museo, más que escuadra, y que por puro y tradicional quijotismo la enviaron a que la hundieran a cañonazos, sirviendo prácticamente de tiro al blanco a los acorazados americanos, a la salida de Santiago de Cuba. Y entonces a Calixto García ni siquiera lo dejaron entrar en Santiago de Cuba. Ignoraron por completo al Gobierno Revolucionario en Armas, ignoraron por completo a los líderes de la Revolución; discutieron con España sin la participación de Cuba; deciden la intervención militar de sus ejércitos en nuestro país. Se produce la primera intervención, y de hecho se apoderaron militar y políticamente de nuestro país.

*...nos decían que la potencia
imperialista no era la potencia
imperialista...*

Al pueblo no se le hizo verdadera conciencia de eso. Porque ¿quién podía estar interesado en hacerle conciencia de esa monstruosidad? ¿Quiénes? ¿Los antiguos autonomistas? ¿Los antiguos reformistas? ¿Los antiguos anexionistas?

¿Los antiguos esclavistas? ¿Quiénes? ¿Los que habían sido aliados de la Colonia durante las guerras? ¿Quiénes? ¿Los que no querían la independencia de Cuba sino la anexión con Estados Unidos? Esos no podían tener ningún interés en enseñarle a nuestro pueblo estas verdades históricas, amarguísimas.

¿Qué nos dijeron en la escuela? ¿Qué nos decían aquellos inescrupulosos libros de Historia sobre los hechos? Nos decían que la potencia imperialista no era potencia imperialista, sino que lleno de generosidad el gobierno de Estados Unidos, deseoso de darnos la libertad, había intervenido en aquella guerra y que como consecuencia de eso, éramos libres. Pero no éramos libres por los cientos de miles de cubanos que murieron 30 años en los combates, no éramos libres por el gesto heroico de Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria, que inició aquella lucha, que incluso prefirió que le fusilaran al hijo antes de hacer una sola concesión; no éramos libres por el esfuerzo heroico de tantos cubanos, no éramos libres por la prédica de Martí, no éramos libres por el esfuerzo heroico de Máximo Gómez, Calixto García y todos aquellos próceres ilustres; no éramos libres por la sangre derramada por las veinte y tantas heridas de Antonio Maceo y su caída heroica en Punta Brava; éramos libres sencillamente porque Teodoro Roosevelt desembarcó con unos cuantos «rangers» en Santiago de Cuba para combatir contra un ejército agotado y prácticamente vencido, o porque los acorazados americanos hundieron a los «cacharros» de Cervera frente a la bahía de Santiago de Cuba.

Y esas monstruosas mentiras, esas increíbles falsedades eran las que se enseñaban en nuestras escuelas.

Y tal vez tan pocas cosas nos puedan ayudar a ser revolucionarios como recordar hasta qué grado de infamia se había llegado, hasta qué grado de falseamiento de la verdad, hasta qué grado de cinismo en el propósito de destruir la conciencia de un pueblo, su camino, su destino; hasta qué grado de ignorancia criminal de los méritos y las virtudes y la capacidad de este pueblo —pueblo que hizo sacrificios como muy pocos pueblos hicieron en el mundo— para arrebatárle la confianza en sí mismo, para arrebatárle la fe en su destino.

Y de esta manera los que cooperaron con España en los 30 años, los que lucharon en la colonia, los que hicieron derramar la sangre de los mambises, aliados ahora con los interventores yanquis, aliados con los imperialistas yanquis, pretendieron hacer lo que no habían podido hacer en 30 años; pretendieron incluso escribir la historia de nuestra patria amañándola y ajustándola a sus

intereses que eran sus intereses anexionistas, sus intereses imperialistas, sus intereses anticubanos y contrarrevolucionarios.

¿Con quiénes se concertaron los imperialistas en la intervención? Se concertaron con los comerciantes españoles, con los autonomistas. Hay que decir que en aquel gobierno de la República había varios ministros procedentes de las filas autonomistas que habían condenado a la revolución. Se aliaron con los terratenientes, se aliaron con los anexionistas, se aliaron con lo peor, y al amparo de la intervención militar y al amparo de la Enmienda Platt empezaron, sin escrúpulos de ninguna índole, a amañar la República y a preparar las condiciones para apoderarse de nuestra patria.

Es necesario que esta historia se sepa, es necesario que nuestro pueblo conozca su historia, es necesario que los hechos de hoy, los méritos de hoy, los triunfos de hoy, no nos hagan caer en el injusto y criminal olvido de las raíces de nuestra historia; es necesario que nuestra conciencia de hoy, nuestras ideas de hoy, nuestro desarrollo político y revolucionario de hoy —instrumentos que poseemos hoy que no podían poseer en aquellos tiempos los que iniciaron esta lucha— no nos conduzca a subestimar por un instante ni a olvidar por un instante que lo de hoy, el nivel de hoy, la conciencia de hoy, los éxitos de hoy más que éxitos de esta generación son, y debemos decirlo con toda sinceridad, éxitos de los que un día como hoy, hace 100 años, se levantaron aquí en este mismo sitio y libertaron a los esclavos y proclamaron la independencia e iniciaron el camino del heroísmo e iniciaron el camino de aquella lucha que sirvió de aliento y de ejemplo a todas las generaciones subsiguientes.

*...En ese ejemplo se inspiró la generación del 95,
en ese ejemplo se inspiraron los combatientes revolucionarios
a lo largo de los 60 años de República amañada...*

Y en ese ejemplo se inspiró la generación del 95, en ese ejemplo se inspiraron los combatientes revolucionarios a lo largo de los 60 años de República amañada; en ese ejemplo de heroísmo en esa tradición se inspiraron los combatientes que libraron las últimas batallas en nuestro país.

Y eso no es algo que se diga hoy como de ocasión porque conmemoramos un aniversario, sino algo que se ha dicho siempre y que se ha dicho muchas veces y que se dijo en el Moncada y que se dijo siempre. Porque allí cuando los jueces preguntaron quién era el autor intelectual del ataque al cuartel Moncada, sin

vacilación nosotros respondimos: «¡Martí fue el autor intelectual del ataque al cuartel Moncadal!»

Es posible que la ignorancia de la actual generación o el olvido de la actual generación, o la euforia de los éxitos actuales, puedan llevar a la subestimación de lo mucho que nuestro pueblo les debe, de todo lo que nuestro pueblo les debe a estos luchadores.

Ellos fueron los que prepararon el camino, ellos fueron los que crearon las condiciones y ellos fueron los que tuvieron que apurar los tragos más amargos; el trago amargo del Zanjón, el cese de la lucha en 1878; el trago amarguísimo de la intervención yanqui, el trago amarguísimo de la conversión de este país en una factoría y en un pontón estratégico —como temía Martí—; el trago amarguísimo de ver a los oportunistas, a los politiqueros, a los enemigos de la Revolución, aliados con los imperialistas, gobernando este país.

Ellos tuvieron que vivir aquella amarguísima experiencia de ver cómo este país lo gobernaba un embajador yanqui; o como un funcionario insolente, a bordo de un acorazado se anclaba en la bahía de la Habana a dictarle instrucciones a todo el mundo: a los ministros, al jefe del Ejército, al presidente, a la Cámara de Representantes, al Senado.

Y lo que decimos son hechos conocidos, son hechos históricamente probados. Es decir, no tanto conocidos como probados, porque realmente las masas durante mucho tiempo los ignoraron, durante mucho tiempo las engañaron. Y es necesario revolver los archivos, exhumar los documentos para que nuestro pueblo, nuestra generación de hoy tenga una clara idea de cómo gobernaban los imperialistas, qué tipo de memorándums, qué tipo de papeles y qué tipo de insolencias usaban para gobernar, a este país, al que pretendía llamar país «libre», «independiente» y «soberano», para que nuestro pueblo conozca qué clase de libertadores eran éstos, los procedimientos burdos y repugnantes que usaban en sus relaciones con este país, que nuestra generación actual debe conocer. Y si no los conoce, su conciencia revolucionaria no estará suficientemente desarrollada. Si las raíces y la historia de este país no se conocen, la cultura política de nuestras masas no estará suficientemente desarrollada. Porque no podríamos siquiera entender el marxismo, no podríamos siquiera calificarnos de marxistas si no empezásemos por comprender el propio proceso de nuestra revolución, y el proceso del desarrollo de la conciencia y del pensamiento político y revolucionario en nuestro país durante cien años. Si no entendemos eso, no sabremos nada de política.

Desgraciadamente, mucho tiempo hemos vivido ignorantes de muchos hechos de la historia

Y desde luego, desgraciadamente, mucho tiempo hemos vivido ignorantes de muchos hechos de la historia.

Porque si el interés de los que se aliaron aquí con los imperialistas era ocultar la historia de Cuba, deformar la historia de Cuba, eclipsar el heroísmo, el mérito extraordinario, el pensamiento y el ejemplo de nuestros héroes, los que realmente están llamados y tienen que ser los más interesados en divulgar esa historia, en conocer esa historia, en conocer esas raíces, en divulgar esas verdades, somos los revolucionarios.

Ellos tenían tantas razones para ocultar esa historia e ignorarla, como razones tenemos nosotros para demandar que esa historia, desde el 10 de Octubre de 1868 hasta hoy, se conozca en todas sus etapas. Y esa historia tiene pasajes muy duros, muy dolorosos, muy amargos, muy humillantes, desde la Enmienda Platt hasta 1959.

Y debe también conocer nuestro pueblo cómo se apoderaron los imperialistas de nuestra economía. Y eso, desde luego, lo sabe nuestro pueblo en carne propia. No saben cómo fue pero fue.

Y saben los hombres y mujeres de este país, sobre todo los de esta provincia donde se inició la lucha, donde siempre se combatió por la libertad del país, cómo fue aquello que de repente pasó de manos de los españoles a manos de los americanos. Cómo fue aquello y por qué los ferrocarriles, los servicios eléctricos, las mejores tierras, los centrales azucareros, las minas y todo fue a parar a manos de ellos. Y cómo se produjo aquel fenómeno. Y qué es aquel fenómeno en virtud del cual en este país donde por los años 1915 ó 1920 había de traer trabajadores de otras Antillas, porque no alcanzaban los brazos, algunas décadas después —en los años veintitantos, treintitantos, cuarentitantos y cincuentitantos, cada vez peor— había más hombres sin empleo, había más familias abandonadas, había más ignorancia. Cómo y por qué en este país donde hoy los brazos no alcanzan —los brazos liberados— para desarrollar las riquezas infinitas de nuestro suelo, para desarrollar las capacidades ilimitadas de nuestro pueblo, sin embargo los hombres tenían que cruzarse de brazos meses enteros y mendigar un trabajo, no ya en tiempo muerto sino en la zafra. Y cómo era posible en esas tierras que regaron con su sangre decenas de miles de nuestros antepasados, decenas de miles de nuestros mambises; cómo era posible que en esa tierra regada por su sangre, el cubano en la República

mediatizada no tuviera el derecho, no digo ya de recoger el pan, no tenía siquiera el derecho de derramar su sudor. De manera que donde nuestros luchadores por la independencia derramaron su sangre por la felicidad de este país, sus hermanos, sus descendientes, sus hijos, no tenían siquiera el derecho de derramar el sudor para ganarse el pan.

¿Qué república era aquella que ni siquiera el derecho al trabajo del hombre estaba garantizado?

¿Qué república era aquella donde no ya el pan de la cultura, tan esencial al hombre, sino el pan de la justicia, la posibilidad de la salud frente a la enfermedad, a la epidemia, no estaban garantizados? ¿Qué república era aquella que no brindaba a los hijos del pueblo —que dio cientos de miles de vidas; pero que dio cientos de miles de vida cuando aquella población de verdaderos cubanos no llegaba a un millón; pueblo que se inmoló en singular holocausto— la menor oportunidad? ¿Qué república era aquella donde el hombre no tenía siquiera garantizado el derecho al trabajo, el derecho a ganarse el pan en aquella tierra tantas veces regada con sangre de patriotas?

Nos pretendían vender aquello como República, nos pretendían vender aquello como Estado justo

Y nos pretendían vender aquello como República, nos pretendían vender aquello como Estado justo. Y en pocas regiones del país como en Oriente, estas cosas se vivieron, estas experiencias se vivieron en carne propia; desde las decenas de miles de campesinos que tuvieron que refugiarse allá en las montañas hasta las faldas del Pico Turquino para poder vivir, a los hombres, a los trabajadores azucareros que vivieron o cuyos padres vivieron aquellos años terribles, ¡Y qué porvenir esperaba a este país!

Pero el hecho fue que los yanquis se apoderaron de nuestra economía. Y si en 1898 poseían inversiones en Cuba por valor de 50 millones, en 1906 unos 160 millones de inversiones, y en 1927, 1 450 millones de pesos en inversiones. No creo que haya otro país donde se haya producido en forma tan increíblemente rápida semejante penetración económica, que condujo a que los imperialistas se apoderaran de nuestras mejores tierras, de todas nuestras minas, nuestros recursos naturales; que explotaran los servicios públicos, se apoderaran de la mayor parte de la industria azucarera, de las industrias más eficientes, de

la industria eléctrica, de los teléfonos, de los ferrocarriles, de los negocios más importantes, y también de los bancos.

Al apoderarse de los bancos, prácticamente podían empezar a comprar el país con dinero de los cubanos, porque en los bancos se deposita el dinero de los que tienen algún dinero y lo guardan, poco o mucho. Y los dueños de los bancos manejaban aquel dinero.

De esta forma, en 1927, cuando no habían transcurrido treinta años, las inversiones imperialistas en Cuba se habían elevado a 1 450 millones de pesos. Se habían apoderado de todo con el apoyo de los anexionistas o neoanexionistas, de los autonomistas, de los que combatieron la independencia de Cuba. Con el apoyo de los gobiernos interventores se hicieron concesiones increíbles.

Un tal Preston compró en 1901 setenta y cinco mil hectáreas de tierra en la zona de la Bahía de Nipe por 400 mil dólares, es decir, a menos de seis dólares la hectárea de esas tierras. Y los bosques que cubrían todas esas hectáreas de maderas preciosas, que fueron consumidas en las calderas de los centrales, valían muchas veces, incomparables veces esa suma de dinero.

Vinieron con sus bolsillos rebosantes a un pueblo empobrecido por treinta años de lucha, a comprar de las mejores tierras de este país a menos de seis dólares la hectárea.

Y un tal MacCan compró 32 mil hectáreas ese mismo año al sur de Pinar del Río. Y un tal James —si mal no recuerdo— ese mismo año compró en Puerto Padre 27 mil hectáreas de tierra.

Es decir, que en un solo año adquirieron mucho más de 10 mil caballerías de las mejores tierras de este país, con sus bolsillos repletos de billetes, a un pueblo que padecía la miseria de treinta años de lucha. Y así, sin derramar sangre y gastando un mínimo de sus riquezas, se fueron apoderando de este país. Y esa historia debe conocerla nuestro pueblo:

No sé cómo es posible que habiendo tareas tan importantes, tan urgentes como la necesidad de la investigación en la historia de este país, en las raíces de este país, sin embargo, son tan pocos los que se han dedicado a esas tareas. Y antes prefieren dedicar sus talentos a otros problemas, muchos de ellos buscando éxitos baratos mediante lectura efectista, cuando tienen tan increíble caudal, tan increíble tesoro, tan increíble riqueza para ahondar primero que nada y para conocer primero que nada las raíces de este país. Nos interesa más que corrientes que por snobismo puro se trata de introducir en nuestra cultura, la tarea seria, la tarea necesaria, la tarea imprescindible, la tarea justa de ahondar y de profundizar en las raíces de este país.

Y nosotros debemos saber, como revolucionarios, que cuando decimos de nuestro deber de defender esta tierra, de defender esta patria, de defender esta revolución, hemos de pensar que no estamos defendiendo la revolución de una generación: ¡hemos de pensar que estamos defendiendo la obra de cien años! ¡Hemos de pensar que no estamos defendiendo aquello por lo cual cayeron miles de nuestros compañeros sino aquello por lo cual cayeron cientos de miles de cubanos a lo largo de cien años.

Con el advenimiento de la victoria de 1959, se planteó en nuestro país de nuevo —y en un plano más elevado aún— problemas fundamentales de la vida de nuestro pueblo. Porque si bien en 1868 se discutía la abolición o no de la esclavitud, se discutía la abolición o no de la propiedad del hombre sobre el hombre, ya en nuestra época, ya en nuestro siglo, ya el advenimiento de nuestra revolución, la cuestión fundamental, la cuestión esencial, la que habría de definir el carácter revolucionario de esta época y de esta revolución, ya no era la cuestión de la propiedad del hombre sobre el hombre, sino de la propiedad del hombre sobre los medios de sustento para el hombre.

Ahora se discutía el derecho que podían tener los esclavistas de ayer a ser dueños de las mejores tierras de nuestro país

Si entonces se discutía si un hombre podía tener diez y cien mil esclavos, ahora se discutía si una empresa yanqui, si un monopolio imperialista tenía derecho a poseer mil, cinco mil, diez mil o quince mil caballerías de tierra; ahora se discutía el derecho que podían tener los esclavistas de ayer a ser dueños de las mejores tierras de nuestro país. Si entonces se discutía el derecho del hombre a poseer la propiedad sobre el hombre, ahora se discutía el derecho que podía tener un monopolio o quien fuera, aquel propietario de un banco donde se reunía el dinero de todos los que depositaban allí, si un monopolio o un oligarca tenía derecho a ser dueño de un central azucarero donde trabajaba un millar de obreros; si era justo que un monopolio o un oligarca fuera dueño de una central termoeléctrica, de una mina, de una industria cualquiera que valía decenas de miles o cientos de miles, o millones o decenas de millones de pesos; si era justo que una minoría explotadora poseyera cadenas de almacenes sin otro destino que enriquecerse encareciendo todos los bienes que este país importaba.

Si en el siglo pasado se discutía el derecho del hombre a ser propietario de otros hombres, en este siglo —en dos palabras— se discutía el derecho de los hombres a ser propietarios de los medios de los que tiene que vivir el hombre. Y ciertamente no era más que una libertad ficticia. Y, no podía haber abolición de esclavitud si formalmente los hombres eran liberados de ser propiedad de otros hombres y en cambio la tierra y la industria —de la cual tendrían que vivir— eran y seguían siendo propiedad de otros hombres. Y los que ayer esclavizaron al hombre de manera directa, en esta época esclavizaban al hombre y lo explotaban de manera igualmente miserable a través del monopolio de las riquezas del país y de los medios de sustentación del hombre.

Por eso si una revolución en 1868 para llamarse revolución tenía que comenzar por dar libertad a los esclavos, una revolución en 1959, si quería tener el derecho a llamarse revolución, tenía como cuestión elemental la obligación de liberar las riquezas del monopolio de una minoría que las explotaba en beneficio de su provecho exclusivo, liberar a la sociedad del monopolio de una riqueza en virtud de la cual una minoría explotaba al hombre.

¿Y que diferencia había entre el barracón del esclavo en 1868 y el barracón del obrero asalariado en 1958? ¿Qué diferencia, como no fuera que —supuestamente libre el hombre— los dueños de las plantaciones y de los centrales en 1958 no se preocupaban si aquel obrero se moría de hambre, porque si aquél se moría había otros diez obreros esperando para realizar el trabajo. Si se moría, como ya no era una propiedad suya que compraba y vendía en el mercado, no le importaba siquiera si se moría o no un trabajador, su mujer o sus hijos. Estas son verdades que los orientales conocen demasiado bien.

Y si así fue suprimida la propiedad directa del hombre sobre el hombre y perduró la propiedad del hombre sobre el hombre a través de la propiedad y el monopolio de las riquezas y de los medios de vida del hombre. Y suprimir y erradicar la explotación del hombre por el hombre era suprimir el derecho de la propiedad sobre aquellos bienes, suprimir el derecho al monopolio sobre aquellos medios de vida que pertenecen y deben pertenecer a toda la sociedad. Si la esclavitud era una institución salvaje y repugnante, explotadora directa del hombre, el capitalismo era también igualmente una institución salvaje y repugnante que debía ser abolida. Y si la abolición de la esclavitud era comprendida totalmente por las generaciones contemporáneas, también algún día las generaciones venideras, los niños de las escuelas, se asombrarán de que se les diga que un monopolio extranjero —administrándolo a través de un funcio-

nario insolente— era dueño de 10 mil caballerías de tierra donde allí se mandaba como amo y señor, era dueño de vidas y de haciendas, tanto como nosotros nos asombramos hoy de que un día un señor fuera propietario de decenas y cientos y aún de miles de esclavos. Y tan irracional como le parecía a la generación contemporánea un hombre amarrado a un grillo, igualmente monstruosos les parecerá a las generaciones venideras, mucho más que a nuestra propia generación. Porque los pueblos muchas veces se acostumbran a ver cosas monstruosas sin darse cuenta de su monstruosidad, y se acostumbran a ver algunos fenómenos sociales con la misma naturalidad con que se ve aparecer la luna por la noche, el sol por la mañana o la lluvia o la enfermedad, y acaban por adaptarse a ver instituciones monstruosas como plagas tan naturales como las enfermedades.

...No podían estar jamás interesados en enseñar a un pueblo su hermosa historia su justiciera revolución, su heroica lucha en pro de la dignidad y de la justicia.

Y, claro está, no eran precisamente los privilegiados que monopolizaban las riquezas de este país quienes iban a educar al pueblo en estas ideas, en estos conceptos, quienes iban a abrirle los ojos, quienes iban a mandarle un alfabetizador, quienes iban a abrirle una escuela. No eran las minorías privilegiadas y explotadoras, las que habrían de reivindicar la historia de nuestro país, las que habrían de reivindicar el proceso, las que habrían de honrar dignamente a los que hicieron posible el destino ulterior de la Patria. Porque quienes no estuvieran interesados en la revolución sino en impedir las revoluciones, quienes no estuvieran interesados en la justicia sino en medrar y enriquecerse de la injusticia, no podrían estar jamás interesados en enseñar a un pueblo su hermosa historia, su justiciera revolución, su heroica lucha en pro de la dignidad y de la justicia.

Y por eso a esta generación le tocó vivir las experiencias de manera muy directa, le tocó conocer también de expediciones organizadas en tierras extranjeras, precedidas de los bombardeos y de los ataques piratas, organizadas allí por los «prohombres» del imperialismo, organizadas acá por los que en sólo 30 años se habían apoderado de la riqueza de este país para aplastar a la Revolución y para establecer de nuevo el monopolio de las riquezas por minorías privilegiadas explotadoras del hombre.

Le correspondió a esta generación ver también los anexionistas de hoy, los débiles de todos los tiempos; los Voluntarios de hoy —es decir, no en el sentido que hoy tiene la palabra, o en el sentido que hoy tiene la palabra guerrillero sino en el sentido de ayer—, Voluntarios de ayer, guerrilleros de ayer, que así se llamaba en aquella época a los que perseguían a los combatientes revolucionarios, a los que asesinaron a los estudiantes, a los que macheteaban a los mambises heridos cuando trataban de restablecerse en sus pobres y desvalidos e indefensos hospitales de sangre.

Esos los vemos en los que hoy tratan de destruir la riqueza del país, en los que hoy sirven a los imperialistas, en los que hoy —cobardes e incapaces del trabajo y del sacrificio— se mudan para allá. Cuando llegó aquí la hora del trabajo, cuando llegó la hora de edificar la Patria, cuando llegó la hora de liberar los recursos naturales y humanos para cumplir el destino de nuestro pueblo lo abandonan y se ponen allá de parte de sus amos al servicio de la causa infamante del imperialismo, enemigo no sólo de nuestro pueblo sino enemigo de todos los pueblos del mundo.

De manera que a esta generación le ha correspondido conocer las experiencias de la lucha, de las luchas en el campo de la ideología, la lucha contra los electoralistas defendiendo las legítimas tesis revolucionarias; le tocó conocer la lucha en sí, le tocó conocer las grandes batallas ideológicas después del triunfo de la Revolución, le tocó conocer las experiencias del proceso revolucionario le tocó enfrentarse al imperialismo yanqui, le tocó enfrentarse a sus bloqueos, a su hostilidad, a sus campañas difamantes contra la Revolución, y le tocó enfrentarse al tremendo problema del subdesarrollo. Debemos decir que la lucha se repite en diferente escala, pero también en diferentes condiciones. En 1868 y en 1895 y durante 60 años de república mediatizada —o casi 60 años— los revolucionarios eran una minoría, los instrumentos del poder estaban en manos de los reaccionarios; los colonialistas, los autonomistas, tenían la fuerza, tenían el poder, hacían leyes contra los revolucionarios. Lo mismo ocurrió durante toda la lucha de 1895 y lo mismo ocurrió hasta 1959. Hoy nuestro pueblo se enfrenta a corrientes similares, a las mismas ideas reaccionarias revividas, a los nuevos intérpretes del autonomismo, del anexionismo; se enfrenta a los proimperialistas y a los imperialistas. Pero se enfrenta en condiciones muy distintas.

En 1868 los cubanos organizaron su gobierno en la manigua; había divisiones y discordias propias de todo proceso. También, ocurrieron cosas similares a lo largo de estos cien años. Los heroicos luchadores proletarios en la república

mediatizada —Baliño, Mella, Guiteras, Jesús Menéndez—, tenían que enfrentarse a los esbirros, a los explotadores asistidos de sus mayores y sus guardias rurales, y caían abatidos por las balas asesinas en el exilio o en la propia tierra, en México o en El Morrillo o en Manzanillo, o desaparecían como tantos revolucionarios, como fue desaparecido Paquito Rosales, hijo de este pueblo.

Los revolucionarios de hoy tuvieron el privilegio de recoger los frutos de las luchas duras y amargas de los revolucionarios de ayer.

De estos cien años, durante noventa años la revolución no había podido abarcar todo el país, la revolución no había podido tomar el poder, la revolución no había podido constituirse en gobierno, la revolución no había podido desatar las fuerzas formidables del pueblo, la revolución no había podido echar andar el país. Y no es que no hubiese podido porque los revolucionarios de entonces fuesen menos capaces que los de hoy —¡no, de ninguna forma!— sino porque los revolucionarios de hoy tuvieron el privilegio de recoger los frutos de las luchas duras y amargas de los revolucionarios de ayer. Porque los revolucionarios de hoy encontramos un camino preparado, una nación formada, un pueblo realmente con conciencia ya de su comunidad de intereses; un pueblo mucho más homogéneo, un pueblo verdaderamente cubano, un pueblo con una historia, la historia que ellos escribieron; un pueblo con una tradición de lucha, de rebeldía, de heroísmo. Y a la actual generación le correspondió el privilegio de haber llegado a la etapa en que el pueblo al fin, al cabo de noventa años, se constituye en poder, establece su poder. Ya no era el poder de los colonialistas y sus aliados, ya no era el poder de los imperialistas interventores yanquis y sus aliados, los autonomistas, los neo-anexionistas, los enemigos de la revolución. Y por eso en esta ocasión se constituye el poder del pueblo, el genuino poder del pueblo y por el pueblo; no el poder frente al pueblo y contra el pueblo, que había sido el poder conocido durante más de cuatro siglos, desde la época de la colonia, desde que los españoles en las cercanías de este sitio quemaron vivo al indio Hatuey hasta que los esbirros de Batista, visperas de su derrota asesinaban y quemaban vivos a los revolucionarios. Era por primera vez el poder con la Patria y para la Patria, era por primera vez el poder con el pueblo y para el pueblo. Y eran las armas de los mercenarios, no eran las armas de los imperialistas, sino las armas que el pueblo arrebató a sus opresores, las armas que el pueblo arrebató a los gen-

darmes y a los guardianes de los intereses del imperialismo, que pasaron a ser sus armas; pueblo que pasó a ser un ejército. Tuvo esta generación por primera vez la oportunidad de comenzar a trabajar desde ese poder nuevo, desde ese poder revolucionario y extendido a todo el país.

Lógicamente, los enemigos de clase, los explotadores, los oligarcas, los imperialistas, que poseían 1'450 millones, no podían estar con ese poder, tenían que estar contra ese poder. Los politiqueros, los «botelleros», los parásitos de toda índole, los especuladores, los explotadores del juego, del vicio, los propagadores de la prostitución, los ladrones, los que robaban descaradamente el dinero de los hospitales, de las escuelas, de las carreteras, los dueños de decenas de miles de caballerías de las mejores tierras, de las mejores fábricas, los explotadores de nuestros campesinos y de nuestros obreros, no podían estar con ese poder sino contra ese poder.

Y desde entonces el pueblo en el poder desarrolla su lucha, no menos difícil, no menos dura, frente al imperialismo yanqui y contra el imperialismo yanqui, el más poderoso país imperialista, el gendarme de la reacción en el mundo. Poder acostumbrado a destruir gobiernos a destruir gobiernos que insinuaban un camino de liberación, derrocarlos mediante golpes de Estado o invasiones mercenarias, destruir los movimientos políticos mediante represalias económicas, se ha estrellado toda su técnica, todo sus recursos, todo su poderío se ha estrellado contra la fortaleza de la Revolución.

La Revolución es el resultado de cien años de lucha

Porque la Revolución es el resultado de Cien Años de Lucha, es el resultado del desarrollo del movimiento político, de la conciencia revolucionaria, armada del más moderno pensamiento político, armada de la más moderna y científica concepción de la sociedad, de la historia y de la economía, que es el marxismo-leninismo; arma que vino a completar el acervo, el arsenal de la experiencia revolucionaria y de la historia de nuestro país.

Y no sólo armado de esa experiencia y de esa conciencia, sino pueblo que ha podido vencer los factores que lo dividían, las divisiones de grupo, los caudillismos, los regionalismos, para ser una sola fuerza, para ser un solo pueblo revolucionario; cuando decimos pueblo dispuesto a combatir y a morir, no pensamos en los gusanos ni en los pocos pusilánimes que quedan; pensamos en los que tienen el legítimo derecho a llamarse cubanos y pueblo cubano,

como tenían legítimo derecho a llamarse nuestros combatientes, nuestros mam-bises. Un pueblo integrado, unido, dirigido por un Partido revolucionario, Partido que es vanguardia militante.

¿Y qué otra cosa hizo Martí para hacer la Revolución sino organizar el Partido de la Revolución, organizar el Partido de los Revolucionarios? ¡Y había un solo Partido de los revolucionarios! Y los que no estaban en el Partido de los revolucionarios estaban en el Partido de los españoles colonialistas o en el Partido de los anexionistas o en el Partido de los autonomistas.

Y así también hoy el pueblo, con su Partido que es su vanguardia, armado de las más modernas concepciones, armado de la experiencia de cien años, habiéndose desarrollado al máximo grado la conciencia revolucionaria, política y patriótica, ha logrado vencer sobre vicios seculares y constituir esta unidad y esta fuerza de la Revolución.

La Guerra de los Diez Años, como decía Martí, no se perdió porque el enemigo nos arrancara la espada de la mano, sino porque dejamos caer la espada. Después de diez años de lucha, enfrentados al imperialismo ¡ni el imperialismo ha podido arrebatarnos la espada ni nuestro pueblo unido dejará jamás caer la espada!

Esta Revolución cuenta con el privilegio de llevar con ella y contar como parte de ella al pueblo revolucionario, cuya conciencia se desarrolla y cuya unidad es indestructible. Unido el pueblo revolucionario, armado de las concepciones más revolucionarias, del patriotismo más profundo —que la conciencia y el concepto internacionalista no excluye ni mucho menos el concepto del patriotismo—, patriotismo revolucionario, perfectamente conciliable con el internacionalismo revolucionario, armado con esos recursos y con esas circunstancias favorables será invencible.

Este aniversario llega en el momento de mayor auge de la conciencia y del espíritu de trabajo de pueblo. Hechos como el del día 8 en que con motivo del Centenario y también como homenaje al Guerrillero Heroico —caído gloriosamente en fecha que casi coincidió con el 10 de Octubre—, decidido a realizar un esfuerzo digno de esta jornada, llegó a sembrar en un solo día 1 031 caballerías de caña. Y sirva esto de idea acerca de lo que es capaz un pueblo cuya inteligencia, cuya energía, cuyas fuerzas potenciales se despliegan. Debo decir que esta cifra realmente rebasa las cifras más optimistas, las cifras más altas que se hubieran podido concebir. Es necesario un pueblo de verdad trabajando para lograr esas cosas, y es necesario un pueblo realmente consciente e inspirado para realizar esas cosas.

Este homenaje tiene lugar en el momento de máximo auge de la Revolución en todos los campos.

Este homenaje, o este aniversario, tiene lugar en el momento de máximo auge de la Revolución en todos los campos. Pero esto no significa que cien años de lucha signifique, ni mucho menos, la culminación de la lucha, el fin de la lucha. Quién sabe cuántos años más tendremos por delante de lucha. Pero nunca, jamás, hemos estado en mejores condiciones que hoy; nunca hemos estado más organizados, nunca hemos estado mejor armados, no sólo armados con armas, armados con «hierros», sino armados de pensamientos, armados de ideas. Nunca, jamás, hemos estado mejor armados de ideas y de «hierros», nunca hemos estado mejor organizados. Y seguiremos armándonos en ambas direcciones, y seguiremos organizándonos, y seguiremos haciéndonos cada vez más fuertes.

El imperialismo está ahí enfrente, en plan y actitud insolentes, amenazantes; las fuerzas más reaccionarias levantan cabeza, los grupos más retrógados y agresivos se insinúan como factores preponderantes de la política futura de ese país.

Comemoramos este aniversario, este centenario, estos cien años, no en beatífica paz, sino en medio de la lucha, de amaneza y de peligros. Pero nunca como hoy para nosotros las cosas han sido tan claras.

Esta generación no sólo se ha de concretar a haber culminado una etapa, a haber llegado a objetivos determinados, a poder presentar hoy una meta cumplida, una tarea histórica realizada; una patria libre, verdaderamente libre; una revolución victoriosa, un poder del pueblo y para el pueblo; sino que esta Revolución tiene que defender ese poder, porque los enemigos no se resignarán fácilmente, el imperialismo valiéndose de sus recursos no nos dejará en paz. Y el odio de los enemigos crece a medida que sus esfuerzos han sido inútiles. ¿A qué grados llegan? A increíbles grados en todos los órdenes. Llegan, incluso, a extraordinarios ridículos.

Recientemente leíamos un cable en que hablaba de un cura español que organizaba en Miami rezos contra la Revolución; un cura español que, según decía, rezaba para que la Revolución se destruyera, incluso daba misas y rogativas para que los dirigentes revolucionarios muriéramos en un accidente o asesinados como requisito para aplastar la Revolución.

¡Cuán equivocados están si creen que la Revolución puede ser aplastada por ningún camino! Es innecesario siquiera recalcarlo. ¡Ahora menos que nunca!

Pero llama la atención esta filosofía de los reaccionarios, esta filosofía de los imperialistas.

Y ellos mismos decían que organizaban un mitin contrarrevolucionario y apenas iban doscientos, organizaban un rezo contra la Revolución e iban miles de gusanos. Eso, desde luego, denota que a la contrarrevolución le va quedando toda la gusanera beata y ridícula que se reúne a hacer misas. ¡Vaya espíritu religioso el de esos creyentes! ¡Vaya espíritu religioso el de ese cura que da misas para que asesinen o para que se muera la gente!

De verdad que si el cura nos dijera que hay una oración para destruir a los imperialistas, ciertamente nosotros nos negaríamos rotundamente a rezar semejantes oraciones; y si el cura nos dijera que hay una oración para rechazar a los imperialistas si invaden este país, nosotros le diríamos a ese cura: ¡váyase al diablo con su oración que nosotros nos vamos a encargar de aniquilar aquí a los invasores, a los imperialistas, a tiro limpio y a cañonazo limpio!

Los vietnamitas no rezan oraciones contra los imperialistas, ni el heroico pueblo de Corea rezó oraciones contra los imperialistas, ni nuestros milicianos rezaron oraciones contra los mercenarios que venían armados de calaveras, crucifijos y no sé cuántas cosas más; venían en nombre de Dios, con cura y todo, a asesinar mujeres campesinas, a asesinar niños y niñas, a destruir las riquezas de este país. Y ya vemos hasta qué punto han degenerado los reaccionarios, hasta qué punto han prostituido sus propias concepciones y sus propias doctrinas, y a qué extremos llegan y qué clase de sentimientos son éstos. Desde luego, cosas de los aliados de los imperialistas, cosas de la gusanera.

Pero, desde luego, no son los rezos del cura y su muchedumbre de beatos y beatas las cosas que le preocuparían a esta Revolución. Es el imperialismo con sus recursos materiales y técnicos. Y es contra ese imperialismo y contra esas amenazas que nosotros debemos siempre estar preparados y prepararnos cada vez más.

Lo que hicieron aquellos combatientes casi desarmados, ha de ser siempre motivo de inspiración para los revolucionarios de hoy.

El estudio de la historia de nuestro país no sólo ilustrará nuestras conciencias, no sólo iluminará nuestro pensamiento, sino que el estudio de la historia de nuestro país ayudará a encontrar también una fuente inagotable de heroísmo, una fuente inagotable de espíritu de sacrificio, de espíritu de lucha y de

combate. Lo que hicieron aquellos combatientes, casi desarmados, ha de ser siempre motivo de inspiración para los revolucionarios de hoy; ha de ser siempre motivo de confianza en nuestro pueblo, en su fuerza, en su capacidad de lucha, en su destino; ha de darle seguridad a nuestro país de que nada ni nadie en este mundo podrá derrotarnos, ni nada ni nadie en este mundo podrá aplastarnos, ¡y que a esta revolución nada podrá vencerla!

Porque este pueblo, igual que ha luchado cien años por su destino, es capaz de luchar otros cien años por ese mismo destino.

Este pueblo lo mismo que fue capaz de inmolarse más de una vez, será capaz de inmolarse cuantas veces sea necesario.

Esas banderas que ondearon en Yara, en La Demajagua, en Baire, en Baraguá, en Guáimaro: esas banderas que presidieron el acto sublime de libertar la esclavitud; esas banderas que han presidido la historia revolucionaria de nuestro país, no serán jamás arriadas. Esas banderas y lo que ellas representan serán defendidas por nuestro pueblo hasta la última gota de su sangre.

Nuestro país sabe lo que fue ayer, lo que es hoy y lo que será mañana. Si hace cien años no podíamos decir que teníamos una nacionalidad cubana, un pueblo cubano; si hace cien años éramos los últimos de este continente... Un día la prensa insolente de los imperialistas, en vida de Martí, calificó al pueblo cubano de pueblo afeminado con el más increíble desprecio, argumentando entre otras cosas los años que había padecido la dominación española demostrando con ello una increíble ignorancia acerca de los factores históricos y sociales que hacen a los pueblos y de las condiciones de Cuba, y que motivaron una respuesta de Martí en singular artículo llamado «Vindicación de Cuba».

Bien: podían todavía en 1889 alegar esos insultos contra la patria, ignorando sus heroísmos, su desigual y solitaria lucha; podían decirnos que éramos los últimos. Y es cierto y no por culpa de esta nación. No podían culparse de algo a la nación que no existía, al pueblo que no existía como tal pueblo. Pero la nación que existe desde que surgió a la vida con la sangre de los que aquí se alzaron el 10 de Octubre de 1868, el pueblo que se fundó en aquella tradición, el pueblo que inició su ascenso en la historia, que inició el desarrollo de su pensamiento político y su conciencia, que tuvo la fortuna de contar con aquellos hombres extraordinarios como pensadores y como combatientes, ya no podrá decir hoy nadie que es el último. Ya no somos sólo el pueblo que hace cien años abolió la esclavitud, es decir, la propiedad del hombre sobre

el hombre; ¡somos hoy el primero en este continente en abolir la explotación del hombre sobre el hombre!

Fuimos el último en comenzar, es cierto, pero hemos llegado tan lejos como nadie. Hemos erradicado el sistema capitalista de explotación; hemos convertido al pueblo en dueño verdadero de su destino y de sus riquezas. Fuimos el último en librarnos de la colonia, pero hemos sido los primeros en librarnos del imperio. Fuimos los últimos en librarnos de un modo de producción esclavista; los primeros en librarnos del modo de producción capitalista; y con el modo de producción capitalista de su podrida estructura política e ideológica. Hemos echado abajo las mentiras con que pretendieron engañarnos durante tantos años. Estamos reivindicando y restableciendo la verdad de la historia. Hemos recuperado nuestras riquezas, nuestras minas, nuestras fábricas, nuestros bosques, nuestras montañas, nuestros ríos, nuestra tierra.

Y en esa tierra que se regó tantas veces con sangre de patriotas, se riega hoy el sudor honesto de un pueblo; que de esa tierra, con ese sudor de su frente, con esa tierra conquistada con la sangre de sus hijos, sabrá ganarse honradamente el pan que nos quitaban de la mano y de la boca.

Somos hoy la comunidad humana de este continente que ha llegado al grado más alto de conciencia y de nivel político; ¡somos el primer Estado socialista! Los últimos ayer; ¡los primeros hoy en el avance hacia la sociedad comunista del futuro!, la verdadera sociedad del hombre y para el hombre, del hombre hermano del hombre. Y ya no sólo luchamos por erradicar los vicios y las instituciones que tienen una relación negativa del hombre con los medios de producción, sino que tratamos de llevar la conciencia del hombre a su grado más alto. Ya no sólo a la lucha contra las instituciones que esclavizaban al hombre, sino contra los egoísmos que esclavizaban todavía a muchos hombres, contra los individualismos que apartan a algunos hombres de la fuerza de la colectividad. Es decir, ya no sólo pretendemos librar al hombre de la tiranía que las cosas ejercían sobre el hombre, sino de ideas seculares que todavía tiranizan al hombre.

El camino de nuestro pueblo ha sido un camino ininterrumpido de avance.

Por eso podemos afirmar que desde el 10 de Octubre de 1868 hasta hoy, 1968, el camino de nuestro pueblo ha sido un camino ininterrumpido de avance, de

grandes saltos, rápidos avances, nuevas etapas de avance y nuevas etapas de avance.

Tenemos sobrados motivos para contemplar esta historia con orgullo. Tenemos sobrados motivos para comprender esa historia con profunda satisfacción. Nuestra historia cumple cien años. No la historia de la colonia que tiene más: ¡la historia de la nación cubana, la historia de la Patria cubana, la historia del pueblo cubano, de su pensamiento político, de su conciencia revolucionaria!

Largo es el trecho que hemos avanzado en estos cien años y larga también la voluntad y la decisión de seguir adelante ininterrumpidamente. Inconmovible el propósito de seguir construyendo esa historia hermosa, con más confianza que nunca, con más trabajo que nunca, con más tareas por delante que nunca; enfrentándonos al imperialismo yanqui, defendiendo la Revolución en el campo que sea necesario; enfrentándonos al subdesarrollo para llevar adelante todas las posibilidades de nuestra naturaleza, para desplegar plenamente todas las energías de nuestro pueblo, todas las posibilidades de su inteligencia. Y estas serán las tareas: defender la Revolución frente al imperialismo, profundizar nuestras conciencias en la marcha hacia el futuro, fortalecer nuestro pensamiento revolucionario en el estudio de nuestra historia, ir hacia las raíces de ese pensamiento revolucionario, y llevar adelante la batalla contra el subdesarrollo.

Alguien habló entre ustedes ahora de los 10 millones y los 10 millones es prácticamente una batalla ganada de este país por el impulso que lleva el trabajo en nuestros campos, por el tremendo empuje de nuestro pueblo trabajador. Y los 10 millones forman parte de esa batalla mayor que es la batalla contra el subdesarrollo, contra la pobreza.

Y ésas son las tareas del futuro.

Muchas veces desde las tribunas de de los politiqueros hipócritas y mentirosos, ladrones contumaces, estafadores del pueblo, que invocaban los nombres de los patriotas de la independencia, muchas veces profanaron con sólo traerlos a sus labios el nombre de Martí, de Maceo, el nombre de Céspedes, el nombre de Agramonte, el nombre de todos los patricios. Hipócritamente mencionaban aquellos nombres. En el fondo lo olvidaron todo, lo abandonaron todo.

Este país debiera tener una lápida, un recuerdo en cada punto donde combatieron los cubanos, en cada punto donde libraron sus batallas. No se ocuparon de dejar un recuerdo siquiera donde fue exactamente la batalla de Peralejo, o de Las Guásimas, o de Palo Seco, cuales fueron las batallas de la Invasión.

Dejaron que yacieran en el olvido, llenas de maleza o de polvo, sin un solo recuerdo:

Muchas veces los estafadores pretendieron usar los nombres de nuestros héroes para servir a sus fines políticos.

Por eso hoy nosotros, los revolucionarios de esta generación, nuestro pueblo revolucionario puede sentir esa íntima y profunda satisfacción de estarles rindiendo a Céspedes, a los luchadores por nuestra independencia, el único tributo, el más honesto, el más sincero, el más profundo; ¡el tributo de un pueblo que recogió los frutos de sus sacrificios, y al cabo de cien años les rinde este tributo de un pueblo unido, de un poder del pueblo de un pueblo consciente, y de una revolución victoriosa dispuesta a seguir indoblegablemente, firmemente e invenciblemente la marcha hacia adelante!

Gritemos hoy con legítimo derecho:

¡Que viva Cuba Libre!

¡Que viva el 10 de Octubre!

¡Que viva la Revolución victoriosa!

¡Que vivan los Cien Años de Lucha!

¡Patria o Muerte!

¡Venceremos!



LIBROS RECIBIDOS

La formación del pensamiento económico de Carlos Marx: Ernest Mandel. Francois Maspero Editor, París, 1967.

Viet Nam, conflicto ideológico: Roberto Mesa, Editorial Ciencia Nueva, Madrid, 1968.

Lo verosímil fílmico y otros ensayos de estética: Galvano della Volpe. Prólogo de Alberto Méndez Borra, Editorial Ciencia Nueva, Madrid.

La expansión económica de Estados Unidos en América Latina: Z. Romanova. Editorial Progreso, Moscú.

L'Afrique en question: Demba Diallo. Cahiers libres 114-115, Francois Maspero, editor, París, 1968.

Un estudio sobre los problemas de Africa vistos desde una perspectiva histórica, y las probabilidades de un futuro socialista.

Le tiers monde dans l'economie mondiale: Pierre Jalec. Francois Maspero, París, 1968.

Una síntesis de la economía del tercer mundo comparada con la de los países industrializados. Por la gran cantidad de estadísticas que utiliza, resulta un instrumento fundamental para los estudiosos de estos problemas.

Lettere (Cartas) 1915-1918: Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Presentación de Giancarlo Pajetta y un ensayo de Ernesto Regioneri. Editora Riuniti, 1967



JITENDRA MOHAN,

Profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Ghana, de origen hindú. Durante su permanencia en Africa ha realizado diversos estudios sociopolíticos.

G. ARRIGHI Y J. S. SAUL

Profesores de Economía y Ciencias Políticas respectivamente en el University College de Dar el Salam, enviaron su artículo a la redacción de *Pensamiento Crítico*.

BOB FITCH Y MARY OPPENHEIMER

Estudiantes de Ciencias Políticas de la Universidad de Berkeley, California. Su libro, *Ghana, el fin de una ilusión*, se publicó el mismo año del golpe de estado en ese país.

CELSO FURTADO,

Ex ministro de planificación del gobierno de Goulart, profesor de la Universidad de Nanterre, es autor de *Desarrollo y subdesarrollo*, *Dialéctica del desarrollo* y otras obras sobre la economía latinoamericana.

HORA CERO

**TESTIMONIOS
REVOLUCIONARIOS
DE AMERICA
LATINA**

EDITORES:

JULIAN MEZA
y DIANA RIVERA

APARTADO POSTAL M-7145
MEXICO, I, D. F. - MEXICO



Ruedo ibérico

REDACTORES JEFE

RAMÓN BULNES

JOSÉ MARTÍNEZ

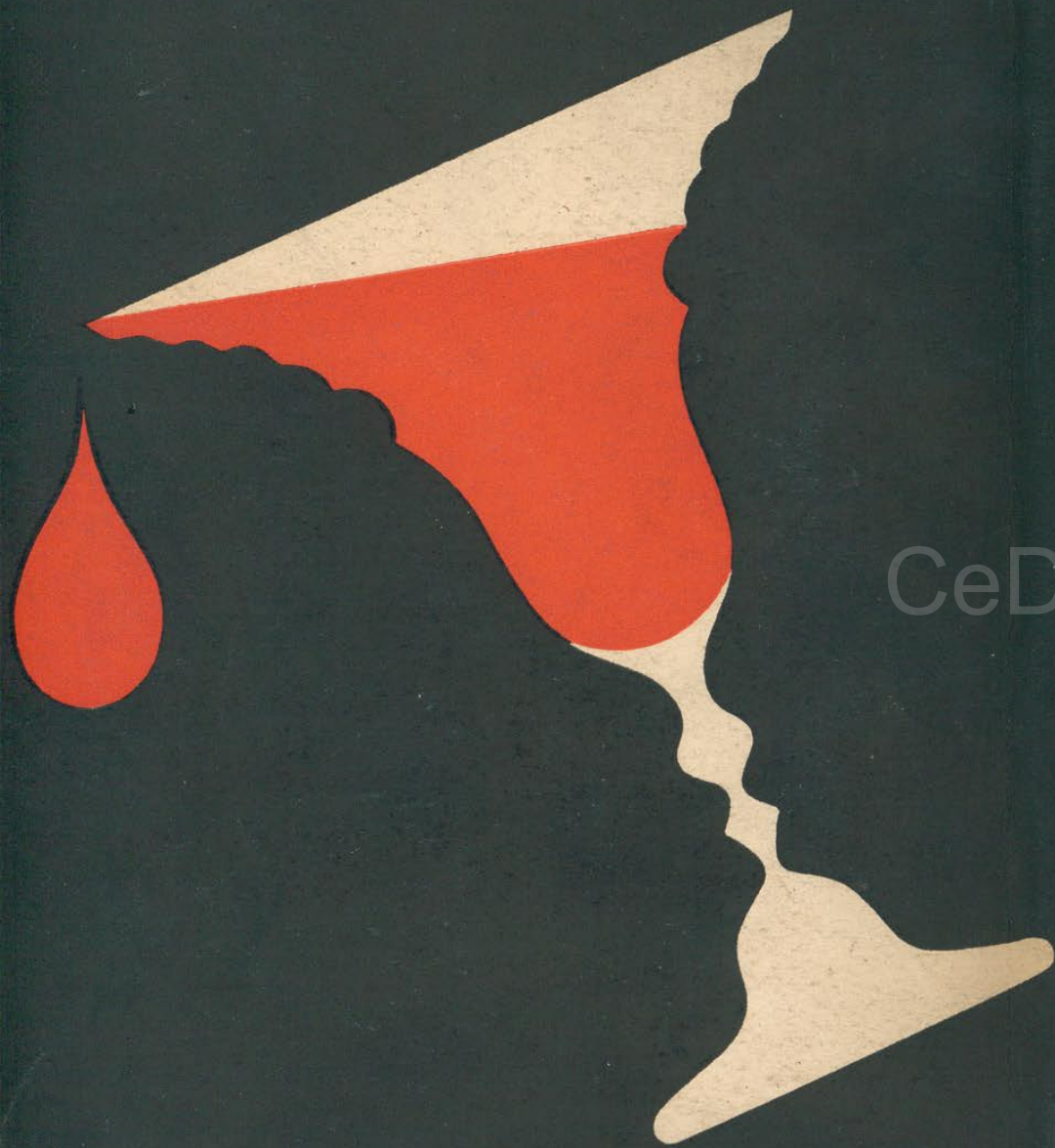
JORGE SAMPRÚN

DIRECTEUR GERANT DE LA PUBLICATION:

FRANCOIS MASPERO

5, rue Aubriot, Paris 4. C.C.P. Paris 16.586-34





CeDInCl